

TRADUCCIÓN POR
ROCÍO T. FERNÁNDEZ

NO ME DIGAS A QUIÉN AMAR

EMMA NICHOLS

NO ME DIGAS A QUIÉN AMAR

EMMA NICHOLS

Primera edición en 2022, en inglés, por:
J'Adore Les Books

www.emmanicholsauthor.com

Copyright © 2022 por Emma Nichols

Traducción por Rocío T. Fernández en 2024.

El derecho moral de Emma Nichols a ser identificada como la autora de este trabajo, ha sido afirmado por ella de conformidad con la Ley de derechos de autor, diseños y patentes de 1988.

Todos los derechos reservados.

Este libro tiene licencia únicamente para su disfrute personal. Este libro no puede revenderse o ser regalado a otras personas. Excepto lo permitido por la legislación vigente, ninguna parte de esta obra podrá ser fotocopiada, almacenada en sistemas informáticos, publicada, representada en público, adaptada, difundida, transmitida, grabada o reproducida de ninguna forma ni por ningún medio, sin el previo permiso de los propietarios de los derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Disponible también en libro en papel.

Otros libros de Emma Nichols

Otros libros de Emma Nichols...

Serie The Vincenti:

Finding You

Remember Us

The Hangover

Serie Duckton-by-Dale:

Summer Fate

Blind Faith

Christmas Bizarre

Forbidden

This Is Me (Novella)

Ariana

Madeleine

Cosa Nostra

Cosa Nostra II

Elodie

Rock My Heart

Para estar en contacto con las últimas novedades de Emma Nichols y su obra, por favor, visita:

www.emmanicholsauthor.com

www.facebook.com/EmmaNicholsAuthor

https://twitter.com/ENichols_Author

ÍNDICE

[Otros libros de Emma Nichols](#)

[Agradecimientos](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota de la autora](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[7.](#)

[8.](#)

[9.](#)

[10.](#)

[11.](#)

[12.](#)

[13.](#)

[14.](#)

[15.](#)

[16.](#)

[17.](#)

[18.](#)

[19.](#)

[20.](#)

[21.](#)

[22.](#)

[23.](#)

[24.](#)

[25.](#)

[26.](#)

[27.](#)

[28.](#)

[29.](#)

[30.](#)

[Epílogo](#)

[Sobre Emma Nichols](#)

Agradecimientos

Sin la ayuda, el consejo, el apoyo y el amor de las siguientes personas, este libro no habría sido posible.

Bev. Gracias por tu inmensa colaboración, por trabajar tan minuciosamente capítulo tras capítulo, muchas veces a lo largo de todo el libro, y por patearme el trasero cuando lo necesitaba.

Gill y Anne. Gracias por vuestros comentarios.

Claire y Ana. Gracias por vuestra experiencia con el español.

Mu. Gracias por esta portada brillante.

Gracias a mi editora en Global Wordsmiths, Nicci Robinson. Es un placer trabajar contigo y con tu equipo para sacar lo mejor de mí y de mis libros.

Gracias Rocío T. Fernández por hacer esta maravillosa traducción de No me digas a quién amar. Tengo suerte de poder trabajar contigo.

A mis maravillosas lectoras y ávidas seguidoras. Gracias por seguir leyendo las historias que escribo. Espero que disfrutéis de esta tanto como el resto de ellas.

Si te gustan mis historias y las disfrutas, por favor, hazme el honor de dejar una reseña en Amazon o Goodreads porque ayuda a dar visibilidad para que otras lectoras también puedan descubrir mis historias. También puedes suscribirte a mi página web www.emmanicholsauthor.com para obtener actualizaciones sobre los lanzamientos de mis libros.

Con cariño, Emma x

Dedicatoria

Para aquellas personas que han tenido que tomar decisiones difíciles para estar con las personas que aman.

Emma x

Nota de la autora

Me he esforzado por mantener la escritura de esta historia auténtica, real y fiel con el lugar y la cultura donde se desarrolla, en Granada, España. Con ese fin, hay algunas palabras escritas en español a lo largo del texto. Las palabras en cursiva en los diálogos están en español en el original.

He descubierto que el español es uno de los idiomas más hablados en todo el mundo y eso significa también que algunas palabras se escriben de manera diferente, dependiendo del lugar, un poco como el inglés británico y el inglés americano. Después de hablar con hablantes nativos de español y un especialista en lingüística, me he decidido por el español europeo.

Espero que disfrutes de *No me digas a quién amar*.

1.

Devon, Inglaterra. Abril 1995.

El ruido sordo en la cabeza de Gabi esta mañana, como todas las mañanas, tenía un latido regular. Capturaba su atención, como cuando solía mirar el péndulo del reloj de pie de su abuela cuando era niña. Tic, sin saber y tac, esperando descubrirlo. Ignoraba la voz elevada de su padre que llegaba de detrás de puertas cerradas y fantaseaba con niñas piratas que luchaban entre sí en barcos majestuosos en busca del tesoro. Ella se convertía en una de ellas y el tictac del reloj representaba el ruido de las espadas de los piratas.

Hipnotizada por el ritmo del ruido, entraba y salía de un sueño confuso, sin importarle la hora o el día en el que estaba. El peso que sentía sobre su pecho era el del brazo de una mujer que había traído a casa y que ahora yacía demasiado cerca para su gusto. Tenía un vago recuerdo de quién era. Buscar en su cerebro medio despierto no le dio resultado. *Pero había sido divertido, ¿no?* No recordaba nada que justificara su optimismo.

Se obligó a abrir los ojos. Incluso con el dolor cegador que sufría, esta mujer parecía encantadora y, afortunadamente, no resultaba familiar. Las mujeres que se aferraban a una así, como si hubieran ganado un primer premio de algo, simplemente porque había pasado la noche con ellas, le producían rechazo. Las mujeres pegajosas le recordaban demasiado esa parte de sí misma que odiaba. Había evitado esa situación con la política de pasar una sola noche, que había adoptado desde que Shay la abandonara. Shay no había sido pegajosa. Shay había sido perfecta.

Hasta que le dijo que no la amaba.

¿Cómo se llama? Su cabeza pedía a gritos alivio. Alivio de los constantes ruidos y del esfuerzo de intentar pensar. Necesitaba liberarse de la abrazadera humana que la sujetaba a la cama e ir al baño. Ese último trago de tequila había sido el que la había matado. La mujer que ocupaba tres cuartas partes de su cama era Capricornio. Gabi la había escuchado alabar los méritos de dejarse guiar por los signos del zodiaco para tener mejores relaciones. Todo esto mientras ella se dejaba guiar por casi una botella de vodka en el bar. Capricornio era soltera y estaba muy interesada en los horror-copos, como los llamaba Gabi. La ironía de la situación de Capricornio no le había pasado desapercibido. A pesar de su incredulidad, Gabi sabía bastante de los signos del zodiaco por haber visto los horóscopos diarios en la televisión matinal, lo cual era fascinantemente adictivo. Le había dicho a la mujer que era Tauro porque eso las hacía totalmente compatibles. No la había engañado deliberadamente, simplemente le había dicho lo que quería oír, como siempre hacía. Sabía que el sexo entre ellas iba a ser apasionante. El sexo era lo único que un Aries tenía en común con un Capricornio, así que había sido una mentira segura, sabiendo que Capricornio se iría a la mañana siguiente sintiéndose fantásticamente bien. Aunque esas justificaciones no impedían que la verdad se apoderara de ella y que el desprecio por sí misma le dejara un mal sabor de boca. Ella no era así. Se había convertido en esta persona desde Shay.

El retumbar en su cabeza le pidió que se tomara unas pastillas. Cogió el teléfono y se quedó mirando la pantalla borrosa hasta que pudo ver los números claramente. Las diez y treinta. “Mierda.”

Le supuso un gran esfuerzo poder liberarse de Capricornio y deslizarse de la cama. A juzgar por la variedad y cantidad de ropa esparcida por el suelo, debió haber sido una noche increíble. Gabi se aclaró la garganta porque todavía no podía recordar el nombre de la mujer,

quizás nunca se lo preguntó. Esperaba que el ruido la despertara, pero siguió durmiendo como un tronco. Mierda, le dolía la cabeza y no había ni una señal de que la Bella Durmiente se fuera a despertar.

Gabi tiró de las sábanas y dejó al descubierto el cuerpo esbelto de la mujer. Sus pechos eran de los que podías hundir la cara, aunque no recordaba haberlo hecho. Los bellos pezones bien formados resaltaban contra su piel más pálida. “Bonitas piernas.” Se le despertó un deseo matinal pero no sucumbiría. Eso prolongaría lo inevitable y solo alentaría algo más de lo que quería ofrecer realmente. Además, tenía cosas más importantes que hacer. Le dio un golpecito en el hombro. “Venga, dormilona. Tengo que trabajar.”

Capricornio abrió los ojos y bostezó. “Hola, amante.”

Gabi se echó a reír. “Sí, claro. Venga, niña. Levanta tu precioso culo de ahí y vete para que yo pueda prepararme.”

La mujer resopló y bajó los ojos. Parpadeó y se pasó la lengua por el labio inferior. Gabi no podía dejarse arrastrar por su atractivo sexual porque podría llevar a un malentendido con su política de una sola noche. Le lanzó la ropa y se vistió rápidamente. Se ducharía cuando Capricornio se fuera, por si acaso la mujer decidía actuar según el deseo que se reflejaba en su rostro y por cómo miraba a Gabi de arriba a abajo.

“Hay zumo en el frigorífico,” dijo Gabi mientras se ponía las zapatillas.

“¿Café?”

Tenía café pero no tenía tiempo para prepararlo y luego sentarse a charlar. Tenía que asistir al cumpleaños de Nana y terminar los regalos que había hecho antes de dirigirse a su casa. Arrugó la nariz al pensar que decepcionaba a Capricornio. Pasar una sola noche o no, siempre era difícil sacar a una mujer de la cama a la mañana siguiente. Sería mucho más fácil si simplemente se levantaban y se iban y así ella no tendría que darles charla. “No puedo. Voy tarde.”

Capricornio se acercó a ella y le acarició la mejilla. El olor a sexo seguía en sus dedos. Con la resaca y el dolor en su corazón recordándole que esto no era lo que quería, Capricornio se volvió rápidamente menos atractiva y el asco por sí misma más fuerte. Este sentimiento empezaba a parecer demasiado familiar, demasiado claustrofóbico. Gabi la acompañó escaleras abajo.

“Aguafiestas.” Hizo un puchero y salió por la puerta. Se alejó por el pasillo comunitario moviendo el trasero de manera seductora.

Gabi cerró la puerta, apoyó la cabeza contra la madera, tomó aire profundamente y saboreó la ligera sensación, que sustituyó esa tensión de tener a una extraña en su casa. En realidad, ella no elegía a las mujeres con las que se acostaba. Eran ellas las que se le acercaban en el bar donde trabaja. Rara vez las rechazaba, porque pasar la noche con alguien siempre era preferible a pasarla sola. Pero incluso con la atención que recibía, se sentía sola.

Pastillas. ¿Dónde estaban las pastillas? Café, fuerte y caliente, y luego una ducha. El gel con efecto mentolado que aumentaba su olor con el agua muy caliente le vendría bien.

Para cuando Gabi se sentó a terminar los regalos, la niebla en su mente ya se había disipado un poco, aunque todavía le temblaban las manos. Esto le suponía todo un desafío para poder bordar el nombre de su nana, Estrella, en el pañuelo de algodón blanco. Pulió el broche de mariposa plateado que había hecho para asegurarse de que estuviera perfectamente limpio, lo colocó en una caja de regalo y lo envolvió con el papel dorado más fino que había comprado en la tienda de tarjetas de la ciudad. Se le hinchó el corazón al imaginarse la alegría en los ojos de Nana y su gran sonrisa de agradecimiento.

El camino desde su casa hasta la de Nana era corto y, aunque el viento siempre azotaba los campos sin importar la estación del año, la brisa, las pastillas y el calor del sol se unieron para quitarle lo último que le quedaba de la resaca.

Nana y el abuelo habían comprado la casa de campo cuando llegaron a Inglaterra en 1939 y, aparte de alguna que otra mano de pintura, su apariencia no había cambiado a lo largo de los años. La piedra arenisca era su tipo de piedra favorita y sus grandes ventanales dejaban pasar el sol, haciendo que el interior fuera luminoso y cálido. Tenía un pintoresco techo de paja, que le daba un carácter peculiar a la casa y un olor ligeramente a almizcle en el antiguo dormitorio de Gabi al que se había llegado a acostumbrar. Le encantaba la casa porque era parte de Nana y Nana parte de ella. Era donde Gabi había pasado su infancia porque su padre había estado navegando los mares. La casa de campo siempre sería su hogar, algo que no había logrado sentir con el piso donde vivía de alquiler. Algunas veces deseaba no haberse mudado nunca, pero la independencia había ganado en aquellos momentos, cuando empezó a salir con mujeres.

El jardín envolvente siempre tenía algo nuevo. Los rosales que Nana había plantado recientemente tenían muchos capullos diminutos que florecerían durante el verano. El aroma a lavanda dio paso a un aroma a las flores de primavera cuando llegó a la puerta principal, que estaba abierta, y desde el umbral podía oler el pan dulce recién horneado.

“*Cariño*, Gabriela, pasa, pasa. Tengo que rescatar la torta antes de que se incinere.” Nana se había arreglado su melena blanca, aunque Gabi se preguntaba qué sentido tenía si se iba a cubrir de harina y Dios sabe qué más le había salpicado la cara y su blusa roja.

“Feliz cumpleaños Nana.” Dejó los regalos en el único espacio libre que vio.

Nana dejó caer el flan caliente sobre la encimera de la cocina, cerró la puerta del horno, tiró los guantes de cocina sobre la encimera y se acercó a Gabi con los brazos abiertos. El brillo de sus ojos no se había perdido con los años. Tenía mejor aspecto que nunca, como si le hubieran dado una nueva vida.

“Ven aquí, Gabriela,” dijo.

Gabi disfrutó del cálido abrazo y de la ternura de su voz. Dejó escapar un profundo suspiro. “Bueno, ¿cómo está la cumpleañera?”

“Cada vez más mayor y más sabia, *cariño*.” La besó en las mejillas y se la quedó mirando fijamente. “Pareces cansada. Necesitas unas buenas vacaciones.”

“No me lo puedo permitir.”

“Te lo pago yo.”

“No voy a aceptar tu dinero, Nana, ya lo sabes.”

Miró a Gabi, apretó los labios y murmuró algo que Gabi no llegó a entender.

Cogió un plato de comida de la encimera. “Ayúdame a llevar el buffet a la mesa, Gabriela.”

Gabi fue de la cocina hasta el comedor hasta que trasladó todos los platos con la tapas. Todo tenía un olor delicioso. Solo había un obstáculo en este evento familiar, y acababa de aparecer por la puerta. “Papá.”

“Gabi.”

No esperaba cruzar más palabras con él, él tampoco con ella. Así eran las cosas. No se había perdido el amor entre ellos porque, en realidad, nunca lo hubo. Él había sido más bien un tío mayor aburrido y le había molestado profundamente que él intentara hacer valer sus derechos paternos que creía tener sobre ella cada vez que regresaba a casa. Le traía regalos de los lugares que visitaba, pero, sin embargo, nunca le preguntaba qué había hecho en el colegio ni jugaba con ella en el jardín. Más adelante, hablaba con Nana a puerta cerrada, a veces alzando la voz y otras

yéndose con poco más que un adiós. Siempre había sabido que su padre era tan distante como las costas a las que viajaba durante su carrera naval y no esperaba que eso cambiara simplemente porque se hubiera retirado.

Nana siempre decía que él era así y que la amaba. A Gabi no le importaba porque su Nana siempre se las arreglaba para que sus amigos vinieran a jugar con ella cada vez que él estaba en casa y eso había sido más divertido que estar con su padre. Cuando se hizo adolescente, tenía cosas más interesantes en las que pensar que él. Era un extraño tanto para ella como para Nana y Gabi se preguntaba cómo se sentiría su abuela. Parecía no afectarle. Pero así era Nana en todo. Aceptando y amando y defendiendo con vehemencia a aquellos a quienes amaba.

“Hugo. Qué amable de tu parte venir.”

Gabi se mordió el labio para no reírse.

“Feliz cumpleaños, madre.”

Sacó una cajita del bolsillo de su abrigo y se la entregó a Nana. Parecía que la había envuelto un profesional y Gabi se preguntó si su padre sabía lo que había en la cajita o si le había pedido a otra persona que lo comprara en su nombre.

Nana sonrió. “No tenías por qué hacerlo, Hugo.” Dejó la caja sobre el aparador. “Venga, vamos a comer antes de que se enfríe.”

Su padre cogió un plato y lo llenó como si no hubiera comido en un mes. “Había algo que querías decirnos,” dijo mientras masticaba un bocado del pisto con huevos casero de Nana, con trocitos que caían de su boca. Dada su exquisita educación, al menos debería haber tragado antes de hablar.

Nana se aclaró la voz. “Sí, Hugo.” Permaneció quieta y callada hasta que él se dignó a desviar su atención del plato.

“Bueno, ¿qué es?”

A Gabi le habría gustado pensar que su impaciencia se debía a la preocupación por el bienestar de Nana y que quizá esperaba alguna mala noticia que no quería escuchar. Pero su irritación no había afectado a su apetito, así que eso sugería lo contrario. Se había vuelto más arrogante desde que se había instalado en Londres, aunque era un misterio cómo había logrado empeorar.

“Me voy a España,” dijo Nana.

Levantó la barbilla. “Ah, de acuerdo. ¿Una semana o dos?”

“Todavía no lo he decidido.”

Gabi descorchó el cava frío y sirvió una copa a cada uno. “Esa es buena, Nana.”

Nana cogió la copa que le ofrecía Gabi y tomó un sorbo. Se volvió hacia Hugo. “Puede que no vuelva.”

Menos mal que ya había tragado porque, si no, Nana habría sentido toda la fuerza de lo que quedaba de pisto y que ahora intentaba mantener en la boca y no ahogarse.

“¿Has perdido la cabeza, mujer? ¿Qué quieres decir con que puede que no vuelvas?”

Perdida en el malestar de su padre, Gabi no había registrado completamente lo que Nana había dicho. Tenía un sentido del humor seco, que decía haber aprendido de los británicos. Estaba bromeando, ¿no? Gabi se la quedó mirando fijamente. Estaba sonriendo y no parecía que les estuviera tomando el pelo. ¿Qué coño es esto?

“Hugo, estoy en mi sano juicio, siempre lo he estado. *No estoy loca*. Tengo la mente completamente clara.”

“Bueno, a mí me parece una locura. No puedes irte a España por un capricho. ¿Qué coño

estás pensando? ¿Y si te pasa algo?”

Por la cabeza de Gabi rumiaban los mismos pensamientos. Lo único que le impedía estar de acuerdo con él, aparte de que se atragantaría, era que Nana debía tener buenas razones para querer regresar a España después de cincuenta y seis años. Bajó la mirada al suelo, se mordió el labio y tragó saliva para pasar el nudo que sentía en la garganta. Unas vacaciones eran una cosa, pero la idea de que Nana se quedara en España le encogía el estómago. *Joder.*

“¿Y qué? El sistema sanitario allí es tan bueno como el nuestro, si no mejor. Y no entra en mis planes morirme todavía.” Se hizo una cruz en el pecho. “Si Dios quiere.” Volvió a hacerse la cruz y levantó la mirada. Cogió su copa y tomó un sorbo. “Quiero visitar la tumba de mis padres y recordar los buenos momentos que tengo de la vida que dejé atrás.”

“¿Qué vida? No conoces a nadie allí.” Hugo cogió su plato y lo golpeó contra la mesa. Deambuló por la habitación y se frotó el vientre. “Por el amor de Dios, madre.”

“Hice un propósito en Año Nuevo y nada de lo que me digas hará que cambie de opinión.”

“¿Hiciste un propósito hace cuatro meses y ni siquiera pensaste contármelo?”

¿Cómo se atrevía a hablarle así a Nana? Ella no tenía que justificarse ante él. “Tú nunca estás aquí. ¿A ti qué te importa?” le dijo Gabi.

Hugo bufó y su mandíbula se tensó bajo su enorme papada.

Nana se volvió hacia Gabi y sonrió. “Y Gabriela viene conmigo.”

Gabi se la quedó mirando, perpleja y con la boca abierta. “Yo...”

“Necesito una acompañante y prefiero pagarte a ti que a una extraña,” explicó.

La película de su vida cruzó por su mente. Ni siquiera estaba cerca de ganar un premio. Es que ni siquiera figuraría en la lista Z, si es que eso existía. Trabajar en el bar, las mujeres que no conocía o las resacas que la hacían estar hecha una mierda. Nada, no había nada que echaría particularmente de menos. Tal vez un descanso de todo eso le vendría bien y ¿qué malo tenía que le pagaran por cuidar a Nana durante unas semanas o el tiempo que quisiera quedarse? Sería una aventura y le estaría haciendo un favor. Y un cambio de escenario en su vida sexual también estaría bien.

“Madre, necesitas a alguien que realmente pueda ayudarte.”

Gilipollas.

“Gabriela es perfectamente capaz. Puede practicar su español y explorar su lado creativo.”

Hugo movió la cabeza con fuerza y resopló por la nariz. “Estás perdiendo la cabeza.”

“No, Hugo. Nunca me he sentido mejor.”

Gabi miró de uno a otro. Puede que él tuviera razón, pero Nana parecía como si esta decisión le hubiera dado nuevas energías y una nueva vida. Levantó la copa a modo de brindis. “Salud, Nana.”

Hugo cogió comida de un plato que había sobre la mesa y se lo comió como si su vida dependiera de ello. Murmuró algo ininteligible.

“¿Vendrás conmigo?” preguntó a Gabi.

Gabi nunca había visitado España y aunque había hablado español con Nana cuando era niña, no tenía motivos para seguir haciéndolo mientras trabajara en un bar de un pueblo tan tranquilo como Devon. Si hubiera trabajado en Londres, las cosas podrían haber sido diferentes, pero la idea de tener que desplazarse a diario nunca le había resultado atractiva porque odiaba el transporte público. España evocaba imágenes del Mundial de fútbol, de los toros y del golfista Seve Ballesteros. No era aficionada a ninguno de ellos, pero disfrutaría del sol, de las mujeres

sexy españolas y de una buena cerveza o un vino bien frío en una de las muchas tabernas que había por allí. “Sí,” dijo y tuvo la gran satisfacción de ver a su padre como si estuviera a punto de explotar. Uno a cero para España.

2.

Y los últimos días de mayo llegaron rápidamente. Gabi deseó no haber comprado una maleta en la tienda benéfica local cuando, de repente, se le rompió una rueda a medio camino de casa. Arrastrarla colina arriba hasta la casa de Nana y con una mochila a la espalda se convirtió en una sesión de gimnasio, y era demasiado temprano para someter su cuerpo a ese tipo de tortura. Quizás debería haber viajado más ligera de equipaje, pero Nana había dejado claro mientras planeaban el viaje que no tenía ganas de pensar en el regreso. Iba a actuar según vinieran las cosas. Sentía que dejar abierta la vuelta era un poco desalentador, hasta que empezó a decirle a los que la rodeaban que se iba. Su jefe no le suplicó que se quedara y encontró a su sustituto a los dos días. El nuevo inquilino que se iba a quedar en su casa se mudaría esa misma tarde. Si no fuera por su mejor amiga, Issa, que lloró cuando le contó sobre el viaje, era como si nunca le hubiera importado a nadie. Issa tendía a ser muy dramática, pero le había prometido cuidar bien de su equipo de música y de la máquina de café expreso mientras estuviera fuera.

“Vamos a emprender un viaje de descubrimiento. El futuro es nuestro destino,” había dicho Nana.

Al principio, Gabi encontró desconcertante la falta de certeza y seguridad, sin saber lo que le esperaba ni qué podría hacer cuando regresaran. Reflexionando sobre ello, se dio cuenta del lamentable estado de su vida. Se había hecho cómoda con la falta de motivación, aunque desde luego no era feliz y no le entusiasmaba nada. Le había dado vueltas al miedo que le producía dejar atrás lo que conocía, porque tenía que ser fuerte por Nana, y se conformó con la idea de que siempre podría volver a la casa de campo cuando regresaran, hasta que decidiera qué hacer con su vida.

Se detuvo un momento y se apoyó contra el buzón para recuperar el aliento. La casa estaba envuelta en la oscuridad y entrecerró los ojos para confirmar lo que estaba viendo. Nana estaba delante de la puerta principal con dos maletas a sus pies.

“Llegas tarde,” le dijo Nana cuando se acercó.

Nana estaba apoyada sobre su bastón, la típica Nana con su impermeable rosa fucsia y con sombrero y bolso a juego. Debían ser las cuatro y media de la mañana, pero con una ola de calor atípica para finales de mayo, la temperatura era de dieciocho grados. Habría sudado solo con mirarla si no fuera porque ya había sudado suficiente arrastrando su maldita maleta con la rueda rota. Las dos maletas de Nana gritaban que tendrían que pasar por equipajes de gran tamaño, lo que significaba que tendrían que lidiar con otra cola en el aeropuerto. Pero la gran preocupación de Gabi era cómo coño iban a lograr llevarlas, cuando tenían que desplazarse por tres estaciones de tren y por el metro de Londres antes de llegar al aeropuerto.

“El taxi no llega hasta dentro de quince minutos, Nana.”

“Podría haber llegado antes, y entonces ¿qué?”

“Pues que el conductor habría esperado.” No era mucha distancia caminando hasta la casa de Nana, pero habría sido más fácil y cómodo si el taxista se hubiera parado antes en la casa de Gabi, pero Nana insistió en que nos reuniéramos en su casa y así ahorrar al taxista tener que parar dos veces.

“Ya sabes que no me gusta llegar tarde, Gabriela.”

Gabi dejó su mochila en el suelo, estiró la espalda y besó a su Nana en la mejilla. El olor a jabón y a crema hidratante que llevaba usando desde que Gabi podía recordar resultaba

reconfortante. Nana apretó los labios con fuerza y dirigió su mirada al camino como un gato asustado. Quizás estaba más nerviosa de lo que quería aparentar. *Dios la bendiga*. A los setenta y cinco años, y no habiendo viajado al extranjero desde que llegó al Reino Unido, no era de extrañar que estuviera un poco ansiosa por el viaje. “Tenemos un itinerario. Estaremos bien.”

“No, si perdemos el taxi para Exeter, no,” dijo.

“Viene directo a tu puerta.”

“Y si legamos tarde, perderemos el tren a Londres.”

“Estamos ya aquí, ¿no?”

“Ese no es el tema, Gabriela. Podrías haber llegado tarde.”

Gabi puso los ojos en blanco. “Tenemos mucho tiempo entre todos los transbordos, así que no necesitamos darnos tanta prisa. Además, un taxi nos estará esperando en Granada. Puedes relajarte. Lo he arreglado todo.”

Nana le dio unas palmaditas en la mano. “Lo sé, Gabriela. Estoy un poco nerviosa.”

Gabi le tomó la mano. “Por eso estoy contigo. Mira, aquí viene.” El taxista llegaba temprano. Gabi se alegró de no haber llegado más tarde.

Nana se ayudó de su bastón para bajar las escaleras y recorrer el camino, donde saludó al taxista con un alegre “Buenos días.”

El conductor le abrió la puerta y Nana se sentó en la parte de atrás, dejando a Gabi mirando las maletas y preguntándose si no habría sido más fácil comprar lo que necesitaran en España. El hombre abrió el maletero del coche y se posicionó junto a él, sin muchas ganas de ayudar. Dejó las maletas en la parte de atrás del coche y le sonrió. “Bonita mañana,” dijo.

Él gruñó, dando la impresión de que estaba tan entusiasmado por tener que trabajar a esa hora como Gabi por estar despierta. Gimió mientras levantaba la maleta de Gabi y la metía en el maletero. *Debilucho*. Gabi realizó un gran esfuerzo arrastrando la primera maleta de Nana por el camino y sonrió al taxista mientras éste luchaba por levantarla. La segunda maleta era un poco menos pesada pero, aún así, tendría que pasar por equipajes de gran tamaño. Gabi nunca había querido hacer ejercicio antes de las cinco de la mañana. Los anuncios de esas clases de gimnasia matinales eran una estupidez. No, no estaba bien tensionar los músculos antes incluso de estar despierta y no, levantar maletas de ese tamaño no la preparó para empezar el día. Si estuviera ahora en su casa, estaría dando vueltas en la cama y disfrutando de los efectos de un largo descanso antes de un buen café fuerte y dulce. Eso, eso sería la manera perfecta de prepararla para empezar el día.

Se sentó al lado de Nana y se abrochó el cinturón de seguridad. Tenía la camisa pegada a su espalda y gotas de sudor recorrían su frente. Nana todavía estaba envuelta en su impermeable y con el sombrero puesto. “¿No tienes calor?” le preguntó.

“Mejor estar preparada que quedarse corta, *cariño*.”

“Mm.”

“Y me quedé sin espacio en las maletas,” añadió.

No me digas. “Un conjunto para cada temporada, ¿eh?”

Nana le tomó la mano y se la apretó. “No me decidía sobre lo que podía dejar atrás.”

Gabi frunció el ceño. “¿Cómo conseguiste llevar las maletas hasta la puerta?”

“No hizo falta, Gabriela. Las hice en la entrada.”

Que Dios nos ayude a atravesar Londres. Su maltrecha cabeza le decía que ya era media mañana y se preguntó qué había pasado con el café. Miró con nostalgia la luz de neón azul del Caffé Nero mientras pasaban en el taxi. Una sensación de nerviosismo en el estómago casi la hizo pedirle al taxista que parara, pero eso no estaba en el itinerario y a Nana no le gustaría que

se desviarán de su plan de viaje, organizado al detalle.

Treinta minutos más tarde y seguían según el plan, se encontraban situadas frente a la estación de St. David y con sus maletas formando una fila en la acera. “Espera aquí, voy a buscar un carrito,” dijo Gabi.

“Sí, *cariño*.”

El distintivo aroma a café llevó a Gabi a un mostrador y pidió dos cafés dobles expresos. Si Nana no quería el suyo, ella se tomaría los dos y estaría muy feliz de hacerlo. Con las bebidas en la mano, se dirigió hacia donde estaban los carritos estacionados. No fue tarea fácil llevar al mismo tiempo dos vasos de cartón y un carrito que se inclinaba insistentemente hacia la izquierda. ¿Qué pasaba hoy con los carritos y las ruedas? Con la determinación de quien ha cumplido un antojo, llegó al lugar donde había dejado a Nana y su equipaje, al lado de la farola justo afuera de la entrada principal de la estación, donde las había dejado el taxista. Exactamente donde Nana debería haber estado esperándola. Entonces ¿dónde coño estaba? ¿dónde estaban sus maletas? La falta de cafeína aumentó sus peores miedos y, con el corazón acelerado, buscó entre los cada vez más numerosos viajeros que ocupaban el camino de entrada al edificio. No había ningún sombrero rosa fucsia a la vista y cuanto más miraba, más ansiedad sentía. “Me cago en la ostia, Nana. ¿Dónde estás?”

“Gabriela, ese vocabulario.”

Gabi se dio la vuelta y vio a Nana acercarse empujando un carrito con sus maletas. Gabi tomó aire y solo entonces los latidos del corazón empezaron a normalizarse, pero otra vez la comió la furia. “¿Dónde has ido? No puedes pasearte por ahí tú sola.”

“Un joven muy simpático me ha dado su carrito. Fue muy amable y servicial. Y esas son cualidades muy raras estos días. Así que lo llevé hasta donde está el tablón de anuncios con las atracciones del pueblo. Lo agradeció mucho.”

Gabi se pasó los dedos por su cabello, dio un tirón y respiró hondo un par de veces más. Forzó una sonrisa y el nudo del estómago se aflojó por fin.

Nana le dio palmaditas en la mano. “Vamos Gabriela. No tenemos tiempo para quedarnos aquí paradas. No quiero perder el tren.”

Giró el carrito como una profesional y se dirigió a la estación. Si no hubiera querido recuperar la libra que se había gastado por principios, lo habría dejado allí tirado. “Te he traído un café,” dijo Gabi, manteniendo el equilibrio con los dos vasos mientras luchaba con el carrito para llevarlo de vuelta a la estación.

“Bébetelo tú, *cariño*. Parece que lo necesitas más que yo. Además, tengo las manos ocupadas.”

“Mantente cerca de mí,” dijo Gabi y se preguntó si se estaba tomando demasiado en serio su papel de acompañante. Nana empujaba con los brazos extendidos, resoplando, como si estuviera en una sesión de ejercicios. Era probable que este nivel de esfuerzo le provocara un ataque al corazón y las llevara a las urgencias del hospital de Exeter en lugar de a la soleada España. “Relájate.”

Llegaron hasta donde estaban estacionados los carritos y Gabi reclamó su libra con gran satisfacción. Se tomó los dos cafés rápidamente y respiró profundamente mientras la cafeína le levantaba el ánimo. Llegaron hasta al andén.

“Quédate aquí hasta que haya cargado el equipaje,” dijo Gabi. Lo último que necesitaba es que Nana volviera a alejarse. Sentía que este viaje era ya una prueba de amor y estaba empezando a preguntarse si no debería habérselo pensado más. Cuando sonó el silbato y el tren empezó a salir de la estación, dio un profundo suspiro de alivio. Dormiría una siesta en las tres

horas y media que duraba el trayecto a Londres.

“¿Qué vamos a desayunar?” preguntó Nana.

Gabi habría jurado que Nana había esperado a que cerrara los ojos para hacerle la pregunta. Se puso recta en el asiento y bostezó, el cansancio apoderándose de ella. Nana tenía el abrigo y el sombrero abrazados sobre sus piernas. El corazón se le enterneció. Llevaba el broche con la mariposa que le había hecho por su cumpleaños. “¿Qué te apetece?”

“No sé qué hay.”

“Yo tampoco tengo ni idea. Probablemente algo de plástico.”

“¿Puedes ir al vagón de cafetería y averiguarlo, por favor?”

Gabi preferiría no tener que correr de un lado a otro, pero para eso era para lo que se había apuntado. Nana miraba por la ventanilla mientras el tren aceleraba por el campo, con la mano temblándole sobre el regazo, y pensó qué podría estar pasándole por la mente. ¿Sería la última vez que Nana vería este paisaje? “¿Quieres que te ponga el abrigo y el sombrero en el portaequipajes?” le preguntó mientras se levantaba.

Sin desviar la mirada de la ventanilla, le entregó la ropa. “Gracias.”

Gabi caminó lentamente entre los cuatro vagones hasta llegar al de cafetería para darse tiempo a procesar la tristeza que de pronto le había venido. Nana no le había dado ninguna otra razón distinta a la que ya había expresado de por qué quería hacer este viaje. Gabi suponía que quería ver cómo había cambiado Granada desde que ella estuvo allí y hacer las paces con el lugar de descanso de sus padres. Supuso que a las personas mayores les gustaba recordar el pasado y cerrar las cosas. Gabi nunca había preguntado porque nunca se le había ocurrido que Nana moriría algún día.

Por mucho que mirara las opciones de comida, no encontraba nada apetecible. La mujer detrás del mostrador se llamaba Sally, según decía la placa que tenía en la parte superior del pecho derecho. Sally era un nombre con luz, alegre, pero eso no se transmitía en la apariencia hosca de la mujer, lo cual era una pena. Sería guapa si sonriera. La segunda vez que pasó por los vagones para recoger la comida, se fijó en los demás pasajeros, la mayoría vestidos con trajes grises. Algunos leían el periódico, otros tenían los ojos cerrados. Pero a excepción del estruendoso traqueteo del tren, en el interior reinaba una especie de silencio sordo, una ausencia de alegría. Esto reafirmaba el odio que Gabi tenía por el transporte público. Eso era una de las cosas buenas de trabajar en un bar. Todo el mundo parecía feliz, si no antes de unas cuantas copas, definitivamente después. Se alegraba de no haber tenido nunca que viajar para ir a trabajar. La gente no parecía feliz. ¿Por qué iba a querer perder tantas horas desplazándose para ir a trabajar cuando podría hacer cosas mejores con su tiempo, como relajarse?

Nana mordisqueó su sándwich de beicon. No hizo ningún comentario sobre su sabor, probablemente porque no lo tenía. Gabi se tomó el tercer expreso doble del día y empezó con su sándwich de jamón, queso y pepinillos. Parecía la hora del almuerzo y no solo necesitaba su dosis de cafeína, estaba hambrienta.

“Prométeme una cosa,” dijo Nana.

“¿Qué?”

“Que sacarás provecho de este viaje,” la tomó de la mano y se la apretó.

“¿Como qué?”

“Tienes una oportunidad, Gabriela. Eres creativa y estabas desperdiciando tu talento en ese bar.”

La mano de Nana era cálida y suave, la de Gabi estaba pegajosa. Gabi frunció el ceño. No había pensado en nada más que en cuidar de Nana. “Lo intentaré.”

“Me preocupo por ti,” dijo Nana con voz suave.

“No hay nada de lo que preocuparse.” Gabi se volvió para mirar por la ventanilla. No era una conversación que esperara o deseara tener. Ni ahora ni en ningún otro momento. No necesitaba que la regañaran por algo de lo que ella era muy consciente.

“Eres joven. Deberías ser feliz.”

“Estoy bien,” dijo y apartó la mano. No se dio cuenta de que Nana sí lo había visto. El rechazo de Gabi había sido leve pero el suspiro de Nana había sido revelador. Tenía la necesidad de arremeter, pero no sabía contra qué o quién, no entendía ni para qué. No lograba recordar la última vez que había sido plenamente feliz, pero si tuviera que dar una fecha sería cuando vivía con Nana en la casa de campo y antes de enamorarse por primera vez.

3.

“Aisha, ven, rápido, HAY buenas noticias.”

Mama estaba sonriendo y bailando en la puerta del dormitorio de Aisha, llena de felicidad. Le hacía gestos con tanta urgencia que no se le podía discutir. No importaba lo que Aisha estuviera haciendo, tenía que dejarlo todo e ir corriendo. Tenía que unirse a las risas y a la animación que había en la salita. Tenía que recibir las buenas noticias que Conchita ya había compartido con ella con entusiasmo.

Conchita le había rogado que le mantuviera el secreto hacía semanas. No había sido difícil de hacer porque el entusiasmo de su hermana no era el de Aisha. ¿Quién podía saber lo que era el amor a los diecisiete años? ¿Quién por aquí seguía soltera a los veinticuatro? Le recordarían ese fracaso muchas veces en las próximas semanas, como siempre ocurría cuando se anunciaba una boda. Pero en esta ocasión resultaría más embarazoso para su familia porque la boda de su hermana menor llegaría antes que la suya.

“Me estoy vistiendo para ir a trabajar, mama. ¿Qué puede ser tan importante para que tenga que estar ahí ahora mismo?” Sus palabras no llegarían a los oídos de su madre, estaban demasiado ocupados haciendo sonar las campanas de boda y chocando las copas en brindis. Todo el mundo saldrá a bailar a la calle esta noche. Afortunadamente, el trabajo le daría la excusa para no asistir a las celebraciones tan prematuras y así evitar las preguntas y comentarios, que surgirían inevitablemente, sobre sus propias intenciones de casarse. Con suerte, todos estarían demasiado borrachos más tarde para sacar el tema.

“Aisha, *ven ahora*,” dijo su madre.

“Ya voy.” Los ojales del frente de su blusa eran pequeños y le estaba costando abrocharlos con rapidez. Se dirigió a la salita, todavía luchando con ellos.

“Aisha.” Nicolás miró fijamente a sus pechos y sonrió. “¿Necesitas ayuda?”

Aisha se desvió para evitarlo y le dio un golpe a su mano extendida. “No, yo puedo hacerlo.”

La siguió hasta la salita. Parecía que había llegado ya todo el pueblo. Conchita estaba de pie en el centro de una multitud, con las mejillas sonrojadas, asintiendo con la cabeza y moviendo los pies mientras cada persona la tomaba en sus brazos y la felicitaba. Aisha no había pensado nunca que su hermana podía estar radiante, pero esta noche sí que lo estaba y parecía aún más joven. Demasiado joven para casarse. A su lado estaba García, su ahora prometido, con el rostro fresco y sonriendo como el niño que era.

Aisha cogió una copa de vino, miró a su hermana y la levantó para brindar por su buena suerte. Conchita articuló con sus labios “Gracias” y se giró para seguir recibiendo los buenos deseos de quienes la rodeaban. Aisha odiaba este tipo de atención pero eso no evitaba el dolor que le producía un deseo no correspondido y que reforzaba sus deseos pecaminosos.

Nicolás brindó por la feliz pareja y se volvió hacia Aisha. Levantó la copa en su dirección. No era difícil leer sus pensamientos. Tenía unos ojos preciosos, oscuros como el océano, un atractivo tosco y la voz de un ángel cuando cantaba. No había una sola mujer en el pueblo que no lo aceptara en matrimonio si él se lo pedía. Excepto Aisha.

La tocó en el brazo, y aunque fue suave, la estremeció por dentro. Intentó ocultar su reacción acercándose a la puerta. “Tenemos que irnos.”

“Sí, los otros no querrán esperar.”

Su madre fue a su encuentro. Alguien había empezado a cantar y otro rasgueaba una guitarra. No había nada como el anuncio de una próxima boda para tener un buen motivo para celebrar, y nadie lo hacía mejor que ellos. Aisha sintió ganas de salir corriendo.

“¿No es una noticia maravillosa, Aisha? Tu hermana se va a casar.”

“Sí, mama, es una magnífica noticia.” Quería añadir *para ella* pero se contuvo. “Se les ve felices juntos.”

“Y miraros a vosotros,” añadió mama.

Los cogió de las manos y Nicolás sonrió. Aisha luchó contra el impulso de gritar.

“Hacéis una pareja muy bonita.” Su madre juntó sus manos.

Nicolás intentó tomar la mano de Aisha pero ella se apartó. “Sí, mama. Ahora tenemos que irnos a trabajar. Me uniré más tarde a la fiesta.” No se iba a dejar engatusar para mantener una conversación sobre *ellos*, que solo terminaría en una discusión acalorada con su madre.

“Luego venimos,” dijo Nicolás y besó a mama en la mejilla. “Es una noche especial y podemos bailar juntos hasta el amanecer.”

Mama le tomó la cara y lo miró como si fuera el hijo que siempre había deseado. Dio un gran suspiro y miró a Aisha mientras hablaba. “Cuídala bien.”

Aisha quería que se la tragara la tierra y la expulsara en otro tiempo y lugar. No era que no quisiera a su familia. Los quería, y mucho. Los quería a todos y daría su vida por ellos si fuera necesario. Era simplemente que no necesitaba, ni quería, que un hombre cuidara de ella. Quería lo que no podía tener, aunque su corazón todavía intentaba convencerla de que era posible cada vez que iba a la ciudad y actuaba.

Esta noche cantaría al amor en la calle. Bailaría con un deseo salvaje. La música alimentaría su alma con esperanza y su corazón se abriría como una flor. Las estrellas parecerían brillar más y sus pasos a casa serían más ligeros. Quería conocer esa felicidad aunque solo fuera por poco tiempo, incluso si no podía alcanzarla con la mano y aferrarse a ella. Y el anhelo la mantendría despierta hasta que el sol comenzara a salir. Flotaría en sus sueños y despertaría como siempre, con un dolor tan profundo que se perdería en su vacío. Cuando se levantara por la mañana para recoger la cosecha del campo, fingiría que todo estaba bien.

Aisha había conocido ese amor una vez y pensar en Esme todavía hacía que su corazón palpitara más fuerte, pero Esme nunca había podido ser suya. No era su destino. El tiempo había pasado y las cosas habían cambiado. Como la mujer fuerte y sana que era, se suponía que Aisha sería una esposa excelente y tendría muchos hijos, y para una gitana de las cuevas de Sacromonte, eso era lo único que importaba.

Nicolás cogió su guitarra y la puso a la espalda mientras salían de la casa. Se abrieron paso entre la multitud que se congregaba en la calle estrecha. Sus vecinos estaban bailando con su papa. Había encendido un fuego, así que pronto todo estaría listo para cocinar la comida que todos compartirían. Nicolás tenía razón. Cuando volvieran, bailarían todos juntos hasta bien entrada la noche. Era lo que se esperaba de ella.

“¿No te encuentras bien Aisha?” le preguntó mientras caminaban.

Aisha se detuvo en la parte más ancha de la carretera, donde se había construido un punto turístico. La vista de Granada, extendida al pie de Sierra Nevada, lo había convertido en un lugar popular para que los turistas se detuvieran y tomaran fotografías, aunque ella prefería la vista a altas horas de la noche. Salían menos luces de las casas, así que podía ver las constelaciones. La Osa Mayor aparecía a menudo desde las casas a la izquierda del río Genil y Tauro se elevaba hacia la Alhambra. Y había la tranquilidad en la noche en la que podía encontrar algo de consuelo. Detrás de ella estaban las casas pintadas de blanco y más a lo lejos estaba su pueblo y

el estrecho camino que subía a la montaña. Sus casas estaban excavadas en la pared rocosa y cada fachada era tan única como las familias romaníes que habían vivido allí durante generaciones. No importa cuántos años han pasado desde que sus antepasados se establecieran allí, esa parte de la historia era eterna.

“¿Alguna vez has soñado con otra vida?” preguntó.

Nicolás se echó a reír. “¿Por qué iba a hacer eso? Nuestra vida está aquí.” Bailó haciendo una pirueta. “Además, las chicas más guapas están en nuestro pueblo.”

A ella tampoco se le escapaba una mujer atractiva. Pero las mujeres aquí buscaban un marido. Y si no buscaban un hombre, entonces no buscaban nada en absoluto, y ella no conocía a nadie así. Las mujeres como Aisha tenían que guardar sus secretos en sus sueños y negar sus deseos, porque el riesgo de avergonzar a su familia y a su comunidad era demasiado grande. Así que era mejor no mirar, no ver y caer en la tentación y no llamar la atención. “Tú eres libre Nicolás. Quizás sea diferente para ti.”

“Tú también eres libre Aisha.” Se giró y se alejó un paso de ella, bajó la cabeza y golpeó el suelo con la punta del zapato. “Puedes tener al hombre que quieras.”

No necesitaba pedirle directamente que saliera con él. Sus ganas eran tan fáciles de leer como las señales del camino. Era apasionado y le mostraba su corazón sin vergüenza en la forma en que la miraba y pasaba tiempo con ella. Agradecía que no le hubiera pedido que se casara con él. Quizás porque sabía que, en el fondo, ella se negaría. “Es solo que me pregunto cómo sería viajar y ver mundo.”

Se volvió rápidamente y frunció el ceño. “¿A dónde irías que fuera más hermoso que esto?”

“No sé. Es imposible saber qué hay ahí fuera, más allá de Granada y España. Berlín, París, Los Ángeles, Londres. Son lugares de los que hemos oído hablar por los turistas que vienen, lugares que creo que pueden ser como el nuestro pero diferente.” No sabía qué estaba intentando decir.

Frunció aún más el ceño. “¿Crees que me falta ambición porque soy feliz aquí?” preguntó.

“No. Eso no es lo que he querido decir.”

Le cegaba el deseo y el fuego que quería darle. Su deseo nunca se cumpliría. Ella no compartía su sueño de tener una vida juntos, aunque la suya sería mucho más fácil si lo hiciera.

“Si quisieras ir a América o Méjico, podrías bailar allí. Pero ¿dejarías atrás a tu familia y amigos para abrirte camino en ese mundo que no conoces? ¿Y qué harás si descubres que aún así no eres feliz?”

“No lo sé.” Aunque soñaba con una vida diferente, no podía imaginarse dejando atrás a su familia. El deseo que la volvía loca no era trabajar en otra parte del mundo. Se trataba de que pudiera amar a quien quisiera amar y expresar ese amor con las bendiciones y aprobación de su familia. ¿Se equivocaba al querer eso? Los maridos y las esposas lo tenían.

“¿No ves lo buena que es la vida? Tenemos la suerte de tenernos unos a otros, todos nosotros. Nuestra comunidad es fuerte y saludable. Quizás algún día lo veas. Solo espero que no sea demasiado tarde para ti.”

“¿Para encontrar un marido?” Estaba harta de la perspectiva de tener que ser la esposa de un hombre algún día y de la sensación de que se lo impondrían antes de que estuviera lista. Nunca podría pertenecer a un hombre. Nunca.

“Por supuesto. Ya tienes veinticuatro años. Resulta extraño que no estés casada ya. La gente dice que es porque te apasiona tu trabajo, pero cada año que pasa, les das motivos para

hacer nuevas preguntas. Me preocupo por ti.”

Aisha también se preocupaba por ella. Le preocupaba que tuviera que sentar cabeza con un hombre y formar una familia. Le preocupaba su cordura cuando finalmente la obligaran a casarse. No era justo porque no había otras opciones. No podía pensar en eso ahora mismo. Preferiría morir a tener que vivir una mentira. Pero Nicolás tenía razón. No quería que la consideraran una paria o una rara. Porque no lo era. Simplemente no era como las otras mujeres de su pueblo.

Ya estaba harta de una conversación que no iba a ninguna parte y no bailarían bien si no estaba concentrada y sintiera esa pasión. Se levantó la falda por delante y comenzó a caminar por la carretera, sintiendo que se le aceleraba el pulso ante la promesa de la noche de música que tenía por delante. Tenían que llegar al punto de recogida, donde estarían esperando Julio, Francisco y Manuel, y necesitaba sentirse bien. “Ya está bien de hablar de sueños. Esta noche haremos que la ciudad baile.”

4.

Nana le pidió al taxista en un español fluido que tomara un camino en particular para llegar hasta el hotel y pararon frente a las puertas de una casa de tres plantas. Una escalera exterior, lo bastante ancha como para que pasaran tres personas, comenzaba en la calle y subía formando un amplio arco hacia la izquierda hasta una puerta principal de gran tamaño. Un arco de ladrillo conformaba una entrada elegante. El color crema del exterior parecía limpio y fresco y todo en él gritaba riqueza. Gabi contó las ventanas e imaginó ocho dormitorios con baño incluido, probablemente más, y una de esas cocinas de alta tecnología con una isla central y una enorme máquina de café expreso. Destacaba por encima de las casas adosadas encaladas con tejados de terracota por las que habían pasado en su camino hasta aquí. A juzgar por la altura de los setos bien recortados que se extendían a ambos lados de la majestuosa propiedad, detrás de ellos se extendería un jardín igualmente extenso y bien cuidado. Gabi apostaría a que los dueños pagaban a un jardinero y probablemente también tenían sirvientas.

Nana sacó el pañuelo que le había regalado por su cumpleaños y se secó los ojos. Esta había sido la casa de sus padres, el lugar donde había pasado los primeros diecinueve años de su vida. A Gabi se le encogió al corazón al darse cuenta de lo que Nana había dejado atrás.

Ya en el hotel, Gabi continuó observando a Nana, que estudiaba el mapa que había cogido de la mesa de su habitación de hotel. “¿Te gustaría visitar el cementerio mañana?” preguntó Gabi.

¿Cuánto había cambiado Granada en casi sesenta años? Gabi no podía pensar en muchas cosas que hubieran cambiado a su alrededor, excepto en la circunvalación del centro de Exeter, que se había ampliado recientemente. Pero muchas cosas habrían cambiado desde la Segunda Guerra Mundial, incluido el hecho de que ahora podían viajar fácilmente por toda Europa. Su viaje al sur de España les habría llevado días, o incluso semanas, en aquellos días. Gracias a Dios por el progreso.

“No tengo prisa,” dijo Nana.

Gabi estaba fascinada con la idea de estar relacionada con personas a las que nunca había tenido la oportunidad de conocer, aunque no sentía nada por ellos. Por la forma en que había reaccionado Nana al volver a ver su antigua casa, estaba más preocupada por cómo reaccionaría al ver las tumbas de sus padres por primera vez. “¿Está lejos?”

“No, está cerca.”

Nana señaló un lugar en el mapa, el temblor en su mano llamó la atención de Gabi. Nana levantó la vista mientras acariciaba el mapa como si consolara a un amigo y sonrió. Todavía había un atisbo de tristeza en su expresión, que no se le había ido desde que había visto su antiguo hogar, y había estado más callada de lo que era habitual en ella.

“Tenemos que visitar la Alhambra en algún momento. Es bastante espectacular,” dijo Nana.

“Es una fortaleza, ¿no?” Gabi había ojeado algunos folletos turísticos mientras esperaban las llaves de sus habitaciones en la recepción del hotel. Había muchos sitios históricos y atracciones que las mantendrían ocupadas durante un tiempo.

“Hay varios palacios. Son moriscos.”

En ese momento, le rugió el estómago. Había pasado mucho tiempo desde el sándwich de plástico en el tren y el pastel blanducho que habían tomado en el aeropuerto porque llegaban

tarde después de un retraso en el metro de Londres, que había hecho que Nana entrara en pánico. “También me gustaría ver los mercados.”

Nana tocó el broche de mariposa que llevaba en la blusa y suspiró. Se puso en pie y se arregló la falda. “*Venga, vamos. Vamos a cenar.*”

Gabi miró su reloj. “El restaurante del hotel está abierto.”

“No, Gabriela, no. Me gustaría pasear por la ciudad.” Cogió su bolso y su bastón.

Gabi corrió por la puerta que unía sus dos habitaciones y cogió algo de dinero. Cuando regresó, Nana ya iba por el pasillo con paso rápido y tuvo que correr para alcanzarla. No tenía ni idea de adónde iban. Nana recorría las calles adoquinadas con su bastón como si estuviera esquiando en una pista negra. Estaba claro que la siesta le había dado una explosión de energía renovada y Gabi deseó haber hecho lo mismo, en vez de vagar por las calles.

El aire era agradablemente cálido, de una manera que rara vez tenían en casa. El olor a tierra seca se desvaneció rápidamente en cuanto pasaron por jardines de rosas y azahares. Salían olores a especias de los bares que iban pasando y nubes de humo de tabaco flotaban en el ambiente. De vez en cuando salía un mal olor de las alcantarillas. Había música a todo volumen, guitarras y aplausos, y una multitud se apiñaba alrededor de un grupo de bailarines de flamenco en la calle. Los zapateos del público sonaban como castañuelas y el rasgueo era rápido, furioso y eléctrico. Gabi no podía ver lo que estaba pasando exactamente, pero el corazón se le aceleró y un sentimiento de euforia permaneció con ella mientras seguían adelante.

Nana se paró delante de una taberna desde la que se podía oír la música. Un toldo a rayas amarillas y verdes protegía las mesas, vestidas con telas de algodón a juego y servilletas de papel rojas. Parecía los colores de la bandera de la ciudad, seguramente sin intención.

“¿Esta?” preguntó Nana.

El lugar parecía bastante bonito, pero también lo eran los otros seis que habían pasado anteriormente y que habían ignorado. Y no era como si Gabi los conociera como conocía los bares en su pueblo. No sabría distinguir cuál era bueno y cuál había que evitar. Francamente, estaba al borde de un ataque de ira inducida por un nivel bajo de azúcar y estaba a punto de desmayarse de hambre o de asesinar a algún turista desprevenido. “Genial.”

Nana habló con un camarero que, a pesar de que la mayoría de las mesas tenía un cartel de reservado, las sentó en una mesa privilegiada con vistas a la bulliciosa calle. Gabi no sabía si era que Nana encantaba a los hombres en su lengua nativa y los tenía comiendo de su mano, o tal vez simplemente que eran más atentos con una mujer de su edad. Seguramente no habría tenido los mismos resultados si lo hubiera pedido ella.

“Algunas tapas son gratis,” dijo Nana, “como las aceitunas y el pan, y algunas veces el *pan con tomate*. Y si tiene un *pincho*, entonces cuesta dinero. Cuanto más largo sea el *pincho*, más caro. Las tapas calientes también cuestan dinero. Tienes que saber estas cosas.”

“Vale.” Lo mejor que ofrecían en el bar en el que había trabajado eran patatas fritas y cacahuetes gratis, pero como ahora se presta más atención a las alergias, los frutos secos acabaron desapareciendo hacía un par de años y las patatas fritas poco después.

Gabi cogió el menú y lo miró con los ojos entrecerrados. El camarero colocó dos platos con tapas en su mesa. Ninguna tapa tenía palitos de cóctel, o *pinchos*, como los llamaba su Nana. Gabi empezó a comer y sintió que la tensión que sentía se liberaba cuando la comida empezó a registrarse en su estómago. No era solamente la luz del sol lo que la animaba a respirar mejor. Había algo embriagador en el lugar. Edificios sucios, a veces deteriorados, se apoyaban contra estructuras majestuosas y, sin embargo, ninguno parecía fuera de lugar. Parecían formar parte de un escenario más grandioso y rico. El lugar tenía un estilo único y muy diferente a Inglaterra.

Los camareros, tranquilos y relajados, fumaban delante de sus restaurantes y animaban a los transeúntes a entrar con su encanto natural y sus brillantes sonrisas. Incluso cuando esas ofertas eran rechazadas, se reían y charlaban animadamente, como si lo estuvieran haciendo con buenos amigos. Parecía que tenían todo el tiempo del mundo. Era cautivador. Le resultaba atractivo simplemente sentarse y observar, deleitarse con los aromas y el ambiente relajado. Además, todavía no había visto ningún bar solo para mujeres, tampoco había estado buscando. Podría ser objeto de interés más adelante, porque no estaban en unas vacaciones cortas. No tenía prisa. “Estoy disfrutando de tu compañía,” dijo.

Nana la miró por encima de su menú. Era una de esas miradas burlonas que normalmente la harían sonrojar de culpa. Solo que esta vez no era así, porque lo que le había dicho era verdad. Cenar con Nana y ver pasar el mundo, con los taconeos y las canciones de los artistas callejeros seduciendo sus pensamientos, era relajante.

Nana le había hablado de toreo cuando Gabi era más joven. El baile entre el toro y el torero, el arte lo llamaba Nana, no el hecho de matar al toro, era lo que atraía a la gente a la arena para verlo. Gabi no había tenido ni idea de lo que le contaba en aquel tiempo pero, pasara lo que pasara, no le gustaba la idea de que un animal fuera tratado de esa manera. Habían visto juntas la ópera *Carmen* en televisión, la apasionada súplica de unos amantes separados por las circunstancias. Ambos eran un cliché, por supuesto, pero también resumían el sentimiento que se respiraba en el aire y la pasión que transmitía la música que se oía en las calles. Granada era eléctrica para los estándares de Devon aunque, para ser justos, no hacía mucha falta para serlo, y ahora que ya estaban aquí, estaba emocionada por salir a explorar.

Nunca había visto a Nana comer tanto, y mucho menos beber dos copas de vino. Vale, eran copas pequeñas, pero se preguntaba cómo iba Nana a manejarse por las calles adoquinadas con seguridad cuando volvieran al hotel. Nana había estado callada mientras comían. “¿Ha cambiado mucho?” preguntó Gabi.

“¿Ha cambiado qué, cariño?”

“Granada.”

Nana miró a su alrededor. “Hay más gente y muchos más coches. Demasiado ruido. Las tiendas y los restaurantes han cambiado. Hace ya mucho tiempo, Gabriela, y durante la mayor parte de mi adolescencia no vine a la ciudad. No era seguro.”

“¿Cantaban y bailaban así en las calles? Me encanta.”

“Sí.” Miró al grupo de personas que aplaudían y vitoreaban a los músicos y levantó la nariz. “Eso es para los turistas. Deberíamos visitar el Sacromonte para ver el verdadero flamenco de los descendientes de gitanos romaníes.”

“Me gustaría.”

Mirando hacia la plaza, Nana reprimió un bostezo y se frotó los ojos justo cuando Gabi estaba a punto de pedir otra copa. Aunque Nana se había echado la siesta por la tarde, debía estar destrozada después de estar despierta desde tan temprano y el largo viaje.

“¿Lista para volver?” Casi dijo “a casa”, pero estaban muy lejos de la casa de campo.

Nana parpadeó. “Sí. Creo que me volveré al hotel. Tú quédate.”

“No, me voy contigo.”

“No, conozco el camino. Vinimos caminando. Y ese letrero de neón del hotel es más grande que la luna. No te puedes perder.”

Nana exageraba un poco pero tenía razón. La noche acababa de empezar. Volvió a dirigirle esa mirada de *no discutas conmigo*.

“Bueno, vale. Pero prométeme que tendrás cuidado y que vas directa allí.” Gabi sonaba

como la madre que juró no iba a ser nunca, por segunda vez desde que salieron de casa. Había aceptado de mala gana y se sentía algo incómoda. Pero Nana no parecía preocupada en absoluto y tenía que respetar eso o terminaría siguiéndola a todas partes y eso no funcionaría para ninguna de las dos.

Nana negó con la cabeza. “Conozco esta ciudad como la palma de mi mano.”

“Hm.” Gabi dudaba que Nana estuviera tan familiarizada con Granada como antes, pero no tenía mucho sentido discutir. Gabi pagó la cuenta y observó a Nana mientras ésta empezaba a volver sobre sus pasos. Parecía muy ágil con su bastón, a pesar de las copas de vino. Mientras se mezclaba con la gente y Gabi perdía de vista su cabello blanco, el pulso se le aceleró. *Estará bien.*

Gabi volvió a dirigir su atención hacia la música, justo a tiempo para ver a una bailaora levantarse la falda y dejar al descubierto sus rodillas y sus zapatos de tacón cuadrado. La gente aplaudió cuando empezó a taconear. Estaba sobre un trozo de madera, dando la espalda a un hombre. Estaba sentado sobre la pared de piedra de una fuente de agua que había detrás de ellos, con una guitarra en su regazo. Otro hombre estaba sentado a su lado, con las palmas apoyadas sobre lo que parecía un bloque de metal y que sujetaba entre sus piernas. Comenzó a tamborilear con los dedos a un ritmo rápido en la parte frontal del instrumento. La mujer taconeó. Otros dos hombres, que parecían ser parte del grupo, empezaron a tocar las palmas y se colocaron a ambos lados de la mujer.

La velocidad con la que movía los pies y el sonido que producía eran fascinantes. Gabi no podía dejar de mirar y se sumergió en ello, tratando de encontrar el patrón del ritmo. Algunos de los espectadores a su alrededor empezaron a tocar las palmas también pero ella no tenía ni idea de por dónde empezar. El hombre de la guitarra empezó a rasguitarla. No había nada de relajante en esta música. Tenía una intensidad oscura en su apariencia. Era como si él fuera la música, todo pasión, rápida y ardiente.

Gabi no tenía idea de cuánto tiempo había estado parada con las manos juntas delante de ella, pero cuando la mujer que bailaba captó su mirada y sonrió, se dio cuenta de lo extraña que resultaba esa posición de oración, teniendo en cuenta que no tenía fe. Era sorprendente que alguien pudiera mover una parte del cuerpo con tanta rapidez y mucho menos varias partes en movimientos coordinados y precisos. Pensó en el baile de claqué de Michael Flatley durante el intermedio en Eurovisión el año anterior. Eso había sido brillante, pero este flamenco era otro nivel de genialidad. Era rudo, fresco, y cada golpeteo parecía encender un fuego dentro de ella. Quería bailar con ellos, sentirse tan desinhibida y tan conectada con el espíritu de la música como parecía que se sentían ellos. Nana dijo que esto era para turistas y, si tenía razón, estaba ansiosa por ver lo real. Era una locura, en el buen sentido.

Todas estas personas eran preciosas, como las estrellas de una película de Hollywood. Su piel de color oliva, atléticos y atractivos. Ahora que ya no tenía la obsesión de mirar los pies de la mujer y había registrado en su cabeza que le había sonreído, tenía un calor terrible y necesitaba desesperadamente una cerveza fría. Intentó mojarse los labios y respirar más profundamente. Falló en ambos casos. Se le aceleró el corazón y le hormigueaban las manos. Se sintió cohibida.

La mujer volvió a mirar en su dirección mientras bailaba en círculo con el brazo levantado, tocando las castañuelas y taconeando. Gabi estaba segura de que se habían mirado a los ojos. No era el tipo de mirada que usaba en Inglaterra con el propósito explícito de echar un polvo. No era nada de eso. Ni remotamente parecido. Era como si cada célula en su interior hubiera dejado de funcionar y la mantuviera suspendida en la pasión de la música y luego esas

mismas células simultáneamente hubieran cobrado vida en una onda eléctrica que no tenía fin. Y cada mirada que la mujer lanzaba en su dirección intensificaba ese sentimiento. Era difícil respirar e imposible no quedarse mirando fijamente.

Cuando la música llegó a su fin, la multitud vitoreó y arrojó monedas en los sombreros colocados hacia arriba y que definían el límite del escenario improvisado del grupo. Gabi dio un paso adelante y dejó caer un billete. No tenía ni idea de cuánto dinero había dado, pero sabía que lo que había experimentado valía más de lo que llevaba encima. Uno de los hombres la saludó con el sombrero en señal de agradecimiento. Las monedas tintinearón y ella se alejó en trance.

Todavía estaba pensando en el grupo de flamenco cuando llegó al hotel, quería contárselo a Nana. Asomó la cabeza por la puerta que separaba sus habitaciones para ver si estaba despierta. La cama de Nana estaba vacía y las sábanas no habían sido tocadas.

Debería haberse asegurado de que había llegado bien. Debería haber cuidado mejor de ella. *Mierda. ¿Dónde coño está Nana?*

5.

“Esta noche estabas de lo más ardiente, Aisha.” Nicolás sonrió y sus ojos brillaban con fuego.

Estaba tan eufórico ahora como al comienzo del espectáculo. El sudor le oscurecía la camisa blanca debajo de las axilas y el pecho y hacía brillar su pelo oscuro. Había estado bastante bien esta noche. Siempre se esforzaba al máximo y ella se daba siempre en cuerpo y alma en cada actuación. Esta noche no había sido una excepción. Llevaban la música en las venas. Era algo que tenían en común. La única otra cosa buena que compartían era su amor por Esme. Él no sabía nada de eso, nunca lo entendería.

Le ofreció una copa de vino a Aisha. Ella observaba las llamas que lamían los lados de los troncos en el fuego y las chispitas rojas que se elevaban y desaparecían en la noche. El olor a comida creaba un aura en la calle, pero no despertó su apetito. Un vecino cantaba mientras otros bailaban. Pensó en Esme. Habrían bailado una al lado de la otra, nunca juntas, y Esme habría disfrutado de las celebraciones por el compromiso de la hermana de Aisha hasta altas horas de la madrugada.

“Alguien nos ha dado cinco mil pesetas, Aisha.”

Ella sabía perfectamente quién era ese alguien. La mujer destacaba entre la gente como un faro en una tormenta. Aisha la había visto mirándola mientras bailaba. Se dio cuenta de que la mujer estaba emocionada. Se quedó paralizada y se alejó lentamente, aturdida. Los turistas iban y venían, por supuesto. Veían a muchos bailaores por la ciudad y escuchaban su música, disfrutaban esos momentos como uno de tantos en su larga lista de cosas que ver y hacer aquí. Pero sus corazones no estaban tan abiertos como lo había estado el de esa mujer, así que nunca sentirían que la música tocara sus almas como estaba segura de que le había ocurrido a la mujer. Aisha conocía bien ese sentimiento y podía reconocerlo y sentirlo en los demás. Pero había más cosas que habían captado su atención. Tenía el pelo muy corto en la parte de atrás y de punta en la parte superior. Sus pantalones vaqueros eran holgados por las piernas y ajustados en su cintura y unos zapatos de cuero completaban el conjunto. Había algo en su postura, en la forma en que miraba a Aisha y en su forma de caminar. Esas pequeñas cosas que, en conjunto, la definían como Aisha, una mujer a la que le atraían otras mujeres. Podía estar equivocada, pero estaba convencida de que no.

“Cinco mil.” Nicolás empezó a bailar delante de ella y le tendió la mano para que se la cogiera.

Aisha no podía disfrutar de ese dinero porque tenía un deber con su familia y se lo daría a su madre. Su familia estaría encantada. No había podido deshacerse de la sensación con la que había regresado a casa desde que vio a la mujer de la plaza alejarse. No podía explicar cómo o por qué una persona podía afectarle de esa manera sin que hubiera habido siquiera una palabra entre ellas, como tampoco podía explicar por qué o cómo la música inspiraba el alma. Ese razonamiento solo lo conocían los dioses y los poetas que hablaban de ello. Su sensación de inquietud era como una cuña que intentaba abrir su corazón. No podía permitirse que eso ocurriera, no otra vez.

Tomó su mano y la levantó, aunque mantuvo la distancia con él.

“Aisha. Nicolás.”

Conchita se acercó a ellos con García a su lado y les sonrió. “Qué bien veros a los dos

bailando juntos.” Giró la cara, alejada de la vista de los hombres y le guiñó un ojo.

Aisha no tenía ningún deseo de seguirle el juego con cualquier fantasía que pudiera tener de que siguiera sus pasos. Los hombres empezaron a hablar y Nicolás pasó un brazo por los hombros de García mientras se dirigían hacia el centro de las celebraciones.

“¿Estás feliz por mí, Aisha?” Los ojos de Conchita brillaban y estaban vivos con el amor que desbordaba y, sin embargo, todavía era una niña.

“Por supuesto que sí.”

Conchita adoptó una expresión soñadora, sin duda ayudada por el vino. Iba a casarse con el hombre que amaba. La alegría que sentía por su hermana no podía calmar el dolor que sentía en el corazón.

Conchita le tomó la mano y se la apretó. “Estar comprometida es más emocionante de lo que puedas imaginar.” Dio una vuelta y se echó a reír. “Me siento como si estuviera flotando en lo más alto, donde nada malo puede alcanzarme. Es suave, acogedor y cálido. Y tengo el consuelo de saber que él estará ahí para mí y que siempre me protegerá.”

Para Aisha, esas no eran las cualidades más importantes que definían lo que era estar enamorada. El amor era ser una sola persona, estuviera a tu lado o no. Era apreciar y tener en cuenta sus ideas, aunque no fueran las mismas que las tuyas. Era tocarla y ser tocada por ella sin ningún contacto físico y conocer su esencia en cada célula de tu cuerpo, en cada respiración. Era tu risa en sintonía con la de ella. Era explorar, compartir, dar y recibir. Era sentir que eras la persona más afortunada del mundo por haber conocido algo tan precioso. Ella no había necesitado leer poesía para saber qué era el amor. “*Se convierten en el fuego en tus venas y en tu razón de ser y, cuando no están contigo, te reducen a nada más que a polvo bajo tus pies. El amor lo es todo, y sin él, somos meras sombras de lo que de otro modo podríamos llegar a ser.*”

Conchita miró fijamente a Aisha, con la boca abierta y los ojos de par en par. “¿Eres feliz, Aisha?”.

La pregunta de Conchita le arañó la garganta, pero se contuvo. ¿Qué sentido tenía? Seguro que conocía la respuesta. Todos en su familia sabían que no era feliz. ¿Cómo no iban a verlo? Pero nunca le preguntarían el por qué, porque no sabrían cómo mantener una conversación sobre qué *haría* que su corazón cantara de felicidad como lo hacía el de Conchita ahora. Era mejor que no se hablara de problemas como el que ella tenía. Continuarían poniendo excusas de por qué ella seguía soltera hasta que la situación fuera insostenible. El matrimonio de Conchita sería ese punto de inflexión. Siempre había sabido que ese momento llegaría y había tenido suerte de que sus padres no la hubieran obligado a casarse antes. La negación nunca cambiaba la verdad, pero ¿qué otra opción tenía? No podía dejar a su familia y al grupo porque no tenía nada y no sería nada sin ellos.

“Nicolás te ama.”

Se apartó de Conchita y le dio la espalda. “Para mí es como un hermano mayor.”

“Es amable y bueno, y se preocupa por ti. Os he visto actuar. Se os ve bien juntos.”

El corazón de Aisha se hundió al pensar en Nicolás de esa manera y lo que decía su hermana solo hacía que ese vacío se hiciera más grande. “Somos buenos amigos y eso es todo lo que podremos llegar a ser.”

Conchita enlazó su brazo al de Aisha y se apoyó en ella. La puesta de sol era una gran distracción para la vista pero no lo suficiente como para calmar la furia que crecía en su interior. “No quiero hablar de eso esta noche,” dijo.

“¿Es porque estuvo casado antes?”

Aisha cerró los ojos y respiró profundamente. Se le apareció la cara de Esme, inquietante,

y el vacío en su pecho se hizo más grande.

Esme se reía con los niños pequeños a los que estaban enseñando por algo tan insignificante que no podía recordar qué era. Los marrones y rojos que teñían su pelo siempre eran más brillantes bajo la luz del sol de mediodía, pero los niños habían puesto cuentas de colores por las finas trenzas que enmarcaban su rostro en un óvalo perfecto y se la veía preciosa. Su prima mayor le había regalado la falda negra que llevaba, dos tallas más grandes, pero la había atado con un pañuelo rojo alrededor de su cintura y parecía como si ese hubiera sido el diseño original. Su blusa blanca de encaje colgaba abierta en el cuello, dejando al descubierto la parte superior de sus pechos y el colgante de cuarzo rosa con una cadena que Aisha le había regalado cuando cumplió dieciséis años. No, la razón por la que no quería casarse con Nicolás no tenía nada que ver con que él se hubiera casado con su primer amor. Esme, su mejor amiga, que había muerto a causa de una embolia hacía casi dos años, también el bebé. Los había dejado a ambos desamparados.

Nicolás tenía a la comunidad para consolarlo en su dolor mientras ella lloraba en silencio en la intimidad de su habitación por las noches y buscaba excusas para justificar por qué necesitaba secar sus almohadas al sol todos los días.

“No es fácil encontrar una buena pareja, Aisha.”

“¿A mi edad, quieres decir?”

Conchita bajó la cabeza. “No quise decir...”

Aisha no quería ser dura con su hermana. Conchita tenía buenas intenciones, pero no podía permitirse mentir sobre algo que ambas sabían que era cierto. El engaño era destructivo y solo debilitaría aún más el vínculo, ya frágil, que había entre ellas. “Sí. Te referías a mi edad. Todo el mundo habla de ello. Ya estoy acostumbrada a los comentarios. Pero lo que tienes que entender, Conchita, es que yo no soy como tú.”

Conchita la miró con los ojos llorosos.

Aisha sonrió. “Está bien. Tú has encontrado el verdadero amor. Yo no. Quizás algún día lo encuentre, o quizás no. Pero no puedo casarme con alguien a quien no ame con todo mi corazón. Ahora que has encontrado a García, entiendes lo que se siente.” Aisha le tomó la mano y Conchita asintió. “Por favor, no pienses en mí. Pronto tendrás tu propia familia. Yo soy feliz.”

Conchita resopló. “Odio pensar que no seas feliz.”

Conchita estaba cegada por las leyes que regían su cultura. La felicidad no era una prioridad cuando provenía de algo tan infame como el amor a otra persona del mismo género. Aceptar las costumbres de generaciones o ser condenada a vivir fuera de la comunidad. Aisha sería desterrada por tal delito. Dishonraría a su familia y ella no podía hacer eso. “Soy afortunada. Me encanta bailar. Eso me hace feliz.”

“Entonces baila conmigo. Vamos con los demás y seamos felices juntas.”

Aisha atrajo a su hermana hacia ella y la besó en la coronilla. Todavía era una niña y, sin embargo, pronto se casaría. Sería considerada una adulta que tendría su propia vida junto a su marido y tendría hijos. A Aisha no se le ocurría nada peor.

“¿Habéis fijado ya una fecha para la boda?” le preguntó mientras caminaban para encontrarse con los demás.

“Del 27 al 30 de septiembre. Me encantan los colores del otoño.”

“Será perfecto.”

Conchita continuó hablando sobre sus planes para su primera prueba de vestido y sus ideas para los arreglos florales. Aisha lo oiría todo una y otra vez hasta que se cansara de oírlo. ¿A alguien le importaba su felicidad? Lo dudaba y mucho. Se disculparía después de este baile y

se iría a su habitación, donde se quedaría durante un rato, a solas con sus sueños. Y, durante un breve tiempo, encontraría algo de calma y placer.

6.

Nadie de la recepción del hotel había visto a Nana.

Granada podría tener la fama de ser una de las ciudades más seguras del país, pero eso no quería decir nada. Estaba oscureciendo, había sido un día largo y Nana era una persona mayor y no muy estable sobre sus pies. Gabi tuvo una visión de ella tirada junto a una alcantarilla de una calle lateral oscura, estrecha y adoquinada porque se había caído y se había desmayado por el dolor de una cadera rota. Gabi sacudió la cabeza para borrar esa imagen pero otra se le apareció. En esta, Nana miraba la placa con el nombre de una calle pegada a la pared de una casa, frunciendo el ceño y temblando, tratando de estabilizar su bastón. Gabi podía sentir su confusión y su ansiedad e imágenes más inquietantes sobre el destino de Nana la perseguían. Nana podría pensar que conocía la ciudad como la palma de su mano, pero ahora era una mano artrítica que probablemente había cambiado tanto como la ciudad en los últimos sesenta años.

“¿Puede llamar al hospital y comprobar si está allí?” le dijo Gabi al hombre de detrás del mostrador. Él le sonrió pero no hizo movimiento de levantar el teléfono, a pesar de que ella lo señalaba repetidamente.

“Por favor, señorita Sánchez, trate de no preocuparse. Estoy seguro de que estará bien.”

Eso no lo sabes. Gilipollas. Le hervía la sangre y quería estrangular a este cabrón. “¿Puede decirme el número? Por favor.” Nana no la perdonaría si olvidaba sus buenos modales. No podía esperar. “Llamaré yo al hospital.” No había forma de que su nivel de español pudiera explicar la situación pero, en este momento, ese era el menor de sus problemas.

“Por favor, señorita Sánchez, nosotros podemos ayudarla. Tome asiento, por favor.”

No quiero un puto asiento. Quiero a Nana. La bomba de relojería en su interior estaba a punto de explotar y este pequeño cabrón iba a recibir toda la explosión si no sacaba el dedo. “Tengo que encontrar a Nana. Ahora.” Pronunció las palabras antes de ahogarse con ellas. El aire estaba siendo succionado de su pecho más rápido que un globo reventado y la presión en su cabeza aumentaba a la misma velocidad. ¿Dónde empezaría a buscar? Podría estar buscando toda la noche y aún así no cruzarse con ella. El hombre le sonrió de nuevo y quiso quitarle ese rictus de un guantazo. Se metió las manos apretadas en los bolsillos y se mordió la lengua. No se había dado cuenta de cuánto odiaba este sentimiento de impotencia. *Cálmate. Cálmate.* Intentar respirar y calmar sus pensamientos era imposible, como nadar contra un tsunami.

“Tal vez esté dando un paseo,” dijo el hombre.

“Es una mujer de setenta y cinco años que camina con un bastón.”

“Lo entiendo, señorita Sánchez.”

No, está claro que no lo entiendes o ya habrías llamado al hospital. Empezó a hacer algo en el ordenador, probablemente comprobando que Gabi no estaba mintiendo sobre la edad de Nana, o quizás comprobando que Nana existía y que Gabi no era una loca. Gabi se lanzó contra el mostrador. No llegó a dar un puñetazo sobre la superficie o a gritarle o, peor aún, estirar el brazo y sacudirlo para que actuara. “Por favor.” Su voz sonaba débil ya.

El recepcionista cogió el teléfono e hizo varias llamadas.

Nana no había sido llevada al hospital, aunque esto no disminuyó la presión en su cabeza ni la irritación que sentía hacia el hombre que le transmitía la información. Él sonrió de nuevo, más ampliamente esta vez, y la tensión de ella subió otro nivel.

“Estoy seguro de que la señora Sánchez volverá muy pronto.”

No. Si está tirada en un callejón oscuro y nadie la ha visto, no lo hará. *Cabrón*. “¿Puede llamar a la policía, por favor?”

Levantó las cejas y se aclaró la garganta. “¿Ha dicho usted que han pasado dos horas desde que la vio por última vez?”

“Ese no es el tema.”

Se movió la corbata roja de su cuello. “No será considerada como persona desaparecida.”

A Gabi no se le escapó el énfasis que puso en la palabra “desaparecida”. Que técnicamente fuera verdad hizo que se irritara más aún. “Voy a ver si puedo encontrarla,” dijo con los dientes apretados. Forzó una sonrisa con los labios apretados y se giró, dándole la espalda. Respiró hondo para aliviar las palpitaciones del corazón, volvió a respirar, y se quedó quieta hasta que el mareo remitió. No necesitaba este estrés. Necesitaba una noche tranquila y un largo sueño. Necesitaba el consuelo de... ¿el consuelo de qué?

“Le sugiero que empiece por el río,” dijo el hombre.

Joder. Ni siquiera había pensado que Nana podría haberse ahogado. Se dio la vuelta y lo fulminó con la mirada. La sonrisa se le borró de la cara al recepcionista.

“Es el lugar al que acuden muchos de nuestros huéspedes para dar un paseo nocturno.”

Mientras caminaba, tuvo que admitir que el hombre estaba intentando ayudar, pero ella no estaba exagerando. Sabía lo vulnerable que era Nana, aunque no lo demostrara. No debería haberla dejado volver sola al hotel. Si algo le ocurriera, tendría que enfrentarse a su padre y se sentiría culpable eternamente. Y cabreada porque él habría tenido razón al decir que ella era incapaz de ayudar a nadie que no fuera ella misma.

Comenzó a correr, buscando la cabellera plateada de Nana entre lo que parecía toda la población de Granada. Después de casi doscientos metros, le ardían los pulmones. Se paró, respiró hondo un par de veces y empezó a caminar, buscando en todas direcciones hasta llegar al río. El agua parecía profunda y la corriente era fuerte. Todo empezó a volverse borroso ante sus ojos. ¿Qué camino debería tomar?

Caminó unos diez minutos más antes de sentarse en un muro de una placita que daba al río, se llevó las manos a la cabeza y dejó que las lágrimas cayeran en silencio. No quería que nadie se parara y le preguntara si estaba bien, porque se derrumbaría por completo. Necesitaba ser fuerte por Nana. Se frotó los ojos y levantó la cabeza.

“¿Estás bien Gabriela? ¿Qué ha pasado?”

“Nana.” Dio un salto, se agarró a ella y la abrazó con fuerza. Lloraba sin parar, pero, esta vez, eran lágrimas de alegría y alivio. “Estaba muy asustada.”

“¿De qué, *cariño*?”

Gabi la soltó y la miró fijamente. “Tenía miedo por ti. ¿Adónde has ido? Se suponía que tenías que volver al hotel y cuando volví y no estabas allí, pensé que te había pasado algo horrible.”

“*Cariño*, ¿por qué pensaste eso? Me siento segura aquí. No estaba cansada, así que di un paseo.” Se sentó en el muro y apoyó sus manos en el bastón. “Siéntate, *cariño*. Disfruta de esta maravilla de lugar.”

Gabi se sentó, no porque quisiera, sino porque sentía como si le hubieran dejado sin aire. “Estaba jodidamente aterrorizada.”

Nana le dio unas palmaditas en la rodilla. Se sentaron en silencio. La euforia que sentía se evaporó mientras su interior se relajaba y se sentía enferma. Un destello de irritación dio paso al agotamiento. Cerró los ojos y se obligó a mantener la calma. Nana estaba bien y eso era lo único que importaba.

“Solía escabullirme de mi casa y pasear por aquí con un chico.” Dio un suspiro. “Era romántico y emocionante,” dijo Nana.

Gabi abrió los ojos. Nana estaba sonriendo y se había sonrojado. Era difícil imaginarse a Nana siendo tan joven. No estaba hablando del abuelo porque lo habría llamado por su nombre. Mientras veía a Nana revivir los buenos recuerdos de esa época, le ganó la intriga que sentía. “¿Estabas enamorada de él?”

“Se llamaba Juan. Sí.”

Se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque seguía sonriendo mientras contemplaba el río. Había estado enamorada de alguien que no era el abuelo. Todo lo que sabía de la historia de Nana era que ella y el abuelo habían huido a Inglaterra al principio de la Segunda Guerra Mundial en un barco vía Gibraltar. El abuelo había sido guardia civil y el bisabuelo, el padre de Nana, un comandante, también de la guardia civil. Después de mudarse a Inglaterra, él trabajó para el gobierno británico como funcionario público de algún tipo. Había muerto antes de que naciera Gabi y nunca había oído a Nana hablar de él. No había tenido motivos para hacer preguntas antes, pero ahora su cabeza estaba llena de ellas. “Si amabas a Juan, ¿por qué no te casaste con él?”

Su sonrisa se hizo más grande. “No era posible. Era *gitano*.”

“Era, ¿qué?”

“Son gitanos romaníes originarios del sur de Asia. Algunos se asentaron aquí hace cientos de años y muchos todavía viven en las cuevas del Sacromonte.”

“Y entonces, ¿por qué no pudiste casarte con él?”

“Franco mataba a los *gitanos* sin motivo y yo era hija de un comandante de la guardia civil. No me permitían hablar con él y mucho menos pasear con él.”

Le dolía el corazón al ver la tristeza en los ojos de Nana. La crueldad era difícil de digerir. “Si yo amara tanto a alguien, no podría dejarla.”

Nana suspiró. “Espero que no. Me alegro que el mundo haya cambiado para tu bien.”

Nana debió tener el corazón roto cuando tuvo que dejar atrás al hombre que amaba, pero eso hizo que algo fuera más confuso. “¿Por qué te casaste con el abuelo si no lo amabas?”

Nana respiró hondo. Hubo un largo silencio antes de que respondiera. “Las circunstancias, Gabriela. No era seguro para una mujer joven viajar sola, así que el estar casada me dio cierta protección.” Apretó los labios y volvió a respirar profundamente. “Y aprendí a amar a tu abuelo.”

¿Cómo se puede aprender a amar a alguien? No tenía ningún sentido. El amor viene del corazón, no de la cabeza. “¿Crees que sigue vivo?”

Nana se apoyó en el bastón y se puso de pie. “Lo dudo. Muchos *gitanos* fueron masacrados durante la guerra.” Se dirigió hacia el hotel y Gabi caminó para alcanzarla.

“Estoy cansada Gabriela. ¿Cómo fue tu noche?”

Gabi tenía la impresión de que no quería seguir hablando de Juan. La noche de Gabi era borrosa. “Estuve yendo de un sitio a otro y terminé viendo flamenco en la plaza.” Recordó los tacones de la bailaora y el hombre tocando con fuerza su guitarra, la pasión de ambos y el ritmo rápido que ella no había sido capaz de seguir. “Fue brillante.”

“Mi Juan era bailaor de flamenco,” dijo Nana.

Mi Juan. Gabi pensó en esas palabras de cariño. Enlazó su brazo con el de Nana. Le iba a costar un poco acostumbrarse a pensar que Nana había estado enamorada de un hombre que no era el abuelo, pero estaba fascinada. “¿Me contarás más cosas de él?” preguntó. “¿Quizás podríamos visitar el lugar donde solía vivir? ¿A lo mejor todavía vive allí?”

“Ay *cariño*, iremos al Sacromonte. Me gustaría verlo una vez más y el baile allí es el mejor de la ciudad.”

Gabi se preguntó si Nana tenía una lista de deseos para cumplir en este viaje y que no había compartido con ella y si había estado planeando en secreto que este sería su lugar para el descanso final. “¿Vamos a ir al cementerio mañana?” preguntó.

Nana dejó de caminar y dio varias respiraciones rápidas. “Quizás otro día.”

Gabi frunció el ceño al ver que Nana había perdido un poco del brillo que tenía antes y parecía cansada. Se había esforzado demasiado cuando debería haber estado arropada en la cama.

Nana acarició la mejilla de Gabi. “No necesito que cuides de mí Gabriela. Quiero que tengas tus propias experiencias. Mis piernas están cansadas. Mañana iré al spa. Ha sido un día largo. Un día muy emocionante, ¿no crees?” y sonrió, disimulando un bostezo.

No, Gabi no pensaba igual y odiaba los spas. Estaba destrozada y completamente agotada por el estrés del viaje y por la angustia que le había provocado pensar que le había ocurrido algo a Nana. Y ahora tenía que enfrentarse al recepcionista cuya sonrisa diría “Se lo dije.”

Gabi movió la cabeza de un lado a otro para liberar la tensión de su cuello mientras entraban al hotel, escudriñó las caras que había detrás del mostrador y soltó el aliento que había estado conteniendo. No lo vio, gracias a Dios. Se dirigió rápidamente al ascensor y lo mantuvo en espera mientras Nana daba las buenas noches a todos. Gabi se sintió aún peor por su comportamiento y se prometió en silencio hacer las paces con el hombre la próxima vez que lo viera. Bajó la cabeza y se frotó la nuca.

“No pareces tú, *cariño*. No estarás enfermando, ¿verdad? Dicen que los viajes en avión son los peores para los gérmenes.”

“Estoy bien. Armé un poco de escándalo en recepción cuando estaba preocupada por ti, eso es todo. Llamaron a todos los hospitales.”

Nana sonrió. “Bueno, estoy segura de que el personal estuvo encantado de ayudarte. Son muy acogedores, ¿verdad?”

En su habitación, encontró una pequeña botella de vino, una caja de bombones y una tarjeta que decía que el personal del hotel estaba a su servicio para lo que necesitaran. No se había sentido así antes, pero tal vez no había visto las cosas con tanta claridad.

Cuando su cabeza tocó la almohada, su estado iba más allá del agotamiento. Se oyó un ruido sordo que venía de la habitación de Nana, como si fuera agua cayendo por un estrecho tubo de desagüe. Le llevó un tiempo darse cuenta de que era Nana roncando. Se hundió en el suave colchón, pensando en la historia de Nana y su antiguo amor, Juan. Había pasado toda una vida. Lo último que recordó fue los tacones de la flamenca marcando el ritmo de la música.

7.

Gabi había aprovechado al máximo la piscina en la azotea del hotel durante la semana que llevaban allí, disfrutando de la hospitalidad del bar y tomando el sol, mientras Nana se había relajado con tratamientos de spa diarios y siestas. Nana parecía más joven y renovada, lo que llevó a Gabi a preguntarse si debería haber elegido un masaje facial y corporal completo en vez de los cócteles de cava y vitamina D. Tomó un sorbo de su bebida y miró hacia los tejados de abajo.

La variedad de colores llamativos marcaba los puestos textiles del mercado. Más allá, las colinas rocosas se elevaban desde el perímetro de la ciudad hasta el cielo en una serie de picos y líneas irregulares oscuras. El contraste con el paisaje verde y bastante llano y el clima frío y húmedo de Devon no podría ser más marcado. El ambiente de Granada, como una promesa de un cóctel deliciosamente suave en una tranquila tarde de domingo, había despertado el interés de Gabi. Había deambulado por la ciudad todas las noches y se había sentado tranquilamente en el mismo bar, observando a la gente ir y venir. Había disfrutado de la música y de una tapa gratis con cada bebida. No había sentido la soledad habitual que se había apoderado de ella después de que Shay la dejara.

“La vista es espectacular,” dijo Gabi.

“¿Qué piensas de esto?” le preguntó Nana enseñándole un periódico.

“¿Un apartamento de dos habitaciones?”

“Tiene una terraza grande y un jardincito. Está a diez minutos a pie de la ciudad, así que está lo bastante lejos como para que sea un sitio tranquilo. Creo que podría apañarme.”

Le dio un vuelco el corazón y se le hizo un nudo en el estómago. “¿Hablas en serio? ¿Comprarte algo aquí? ¿Quedarte aquí?” Aunque Nana había dicho que no sabía cuándo planeaba volver a Inglaterra, Gabi había asumido que lo harían en algún momento. Nana no había dicho nada de comprar una casa. Habían reservado sus tres primeras semanas en el hotel para relajarse y luego alquilarían un lugar con cocina hasta finales de septiembre. Si decidían quedarse más tiempo, Gabi supuso que buscarían otro lugar o extenderían el alquiler.

Nana la miró por encima de sus gafas y sonrió. “Sería una casa de vacaciones estupenda y si yo, o nosotras, decidimos quedarnos, sería perfectamente razonable. Voy a investigar un poco. Tengo un buen presentimiento sobre esta casa.”

La idea de no volver a lo único que había conocido como su hogar chocaba con la idea de regresar sola a Inglaterra. No, no podía volver sin Nana. Nana parecía tan entusiasmada con la casa que casi había hecho desaparecer el escalofrío que había invadido a Gabi.

“La han renovado hace poco y es propiedad de una pareja holandesa. Voy a concertar una cita para verla,” dijo.

Gabi se frotó la nuca y respiró profundamente. Nana avanzaba más rápido de lo que Gabi podía procesar, y por mucho que quisiera oponerse para atrasar las cosas, no podía estropear el entusiasmo de Nana. Una casa de vacaciones sería una idea fantástica y podrían venir en cualquier momento. “¿Voy contigo?”

“Por supuesto *cariño*. Deja que hable primero con el comercial y ver qué puedo hacer.” Nana cerró el periódico y se puso de pie. “Los voy a llamar ahora y luego voy al jardín a leer un rato. Encontré un clásico en la biblioteca del hotel que parece interesante. *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez.”

El título sonaba muy deprimente. Gabi no podía imaginar nada peor que la soledad, mucho menos cien años de soledad, probablemente porque resumía bastante bien cómo había estado viviendo en su apartamento y por qué prefería la compañía de mujeres por las noches a dormir sola. Pero todos esos años de aislamiento. No, no veía cómo eso podría traer felicidad. Deseaba compañía, pero no la compañía pasajera que se había convertido en su norma. “Yo voy a ir a la ciudad para ver si puedo ver al grupo que vi la semana pasada.”

“Excelente. Deberías soltarte el pelo un poco.”

Gabi se pasó la mano por la nuca y se rió. “Lo intentaré.”

“Oh, y creo que es hora ya de ir al cementerio, mañana.”

Eso sería uno de los deseos marcados en la lista de Nana. Gabi esperaba que tuviera una lista muy larga. “Vale.”

“Pediré que nos preparen un almuerzo para llevar en el hotel,” dijo Nana.

Gabi frunció el labio.

“Me gustaría pasar el día allí.”

“¿En el cementerio?”

“Es un lugar tranquilo.”

Sí, *silencio absoluto*. A Gabi le interesaban sus abuelos, pero la idea de pasar el día en compañía de lápidas desgastadas y esculturas feas de piedra la hacía temblar. “Almorzaré en el mercado.”

“¿Quieres buscar algo de mi parte para el cumpleaños de Maggie?”

“Claro.”

“Había pensado en un cenicero o un jarrón pequeño.”

“Vale. Eso estará bien.”

“Le gustan los rojos y los naranjas y odia los negros. Le recuerda demasiado a los funerales y a la guerra.”

“Odiaría estar aquí entonces.” Por lo que había visto, la mayoría de las mujeres vestían de negro la mayor parte del tiempo. Faldas negras, blusas negras, velos negros. Probablemente bragas negras también, aunque nadie iba a averiguarlo. Se esperaba que llevaran el negro hasta un año después de la muerte de un marido, pero muchas viudas nunca volvían a cambiarlo.

“Colores otoñales sería *perfecto*,” dijo Nana.

Una hora más tarde, ya en la ciudad, Gabi iba reflexionando sobre el apartamento que Nana había concertado para ver. Tenía dos amplios dormitorios, cada uno con su propio cuarto de baño dotado de bañera y ducha, una sala de estar que era más grande que todo el antiguo piso de Gabi y vistas a la plaza y a un pequeño supermercado local. Tenía también una cocina moderna con barra americana y una terraza con vistas al río Genil que recibía el sol de la tarde. Nana tenía razón, sería perfectamente razonable. Quizás Gabi estaría más abierta a quedarse, e incluso a buscar trabajo. Podría ir por los bares en busca de oportunidades. Después de todo, era temporada vacacional y con su nivel de español podría manejarse en las conversaciones con los turistas, tomando pedidos de bebidas e informándoles de los mejores lugares para visitar.

La música en esta calle no era tan buena como la primera noche. Un camarero la convenció para que entrara en su bar con una sonrisa y una primera copa gratis. Pidió una cerveza y echó un vistazo a su alrededor mientras esperaba a que se la sirvieran. Una mezcla embriagadora de perfume de mujer, aftershave de hombre y el humo de los cigarrillos le recordaban a su antiguo trabajo. Las voces y las risas ahogaban la música callejera. Aunque estaría mejor fuera al aire cálido, se relajó con la familiaridad que había en el bar. Le sonrió a una mujer que le sonreía. Su blusa blanca colgaba de un hombro y estaba metida en una falda

que apenas cubría su trasero. Tenía el pelo castaño, largo y ondulado, y una sonrisa entre burlona y tímida que Gabi interpretó como una invitación para presentarse. Gabi dio las gracias al camarero por su cerveza y levantó el vaso como saludo cuando la mujer se acercó a ella.

“¿Has estado aquí antes?”, preguntó la mujer con un acento propio de Cockney.

Gabi negó con la cabeza. “¿Eres de Londres?”

“¿Tan obvio es?”

“¿Qué puedo decir? Soy adicta a las del este.”

La mujer rió. “¿De dónde eres?”

Gabi dio un sorbo a su bebida. “Devon. Un pueblo cerca de Lydford.”

La mujer asintió. “Pareces española, menos en el pelo.”

“Está en mis genes.” Gabi tiró de sus pantalones holgados.

La mujer volvió a reírse. “¿De vacaciones?”

“Algo así. ¿Tú?”

“Solo una semana.”

Gabi volvió a tomar un trago. “Soy Gabi.”

“Lynn.”

Gabi levantó su vaso y Lynn lo chocó con el suyo.

“¿Has estado en España antes?” preguntó Gabi.

“No. ¿Y tú?”

“La primera vez.” Gabi enarcó las cejas y bebió.

Lynn sonrió mientras la miraba de arriba a abajo. “Bonita.”

La cerveza se le fue por otro lado e hizo toser a Gabi. “Parece bastante agradable,” dijo y desvió su mirada hacia el bar, sus mejillas totalmente rojas. Estaba acostumbrada a que charlaran con ella mientras estaba al otro lado de la barra. Era diferente estar de este lado y se sintió más vulnerable sin poder esconderse detrás de su trabajo.

Lynn rozó el brazo de Gabi con la yema del dedo y sostuvo su mirada.

Gabi terminó su cerveza y llamó al camarero. “¿Puedo invitarte a otra bebida?”

Lynn negó con la cabeza. “¿Quieres que vayamos a otro bar?”

Gabi no veía nada malo con este. Ciertamente no era un bar gay, pero el ambiente era tranquilo y estaba cerca de la plaza donde estaban los bailarines de flamenco. ¿Qué demonios? Sería agradable tener algo de compañía. “Vale.”

“Sígueme,” dijo Lynn.

“¿Dónde te alojas?” le preguntó Gabi mientras caminaban.

“En un alojamiento con desayuno en Jorge Carmen.” Sacudió la cabeza, se revolvió el pelo, se pasó los dedos por él y se lo colocó detrás de las orejas. “Somos tres. Trabajamos juntos.”

“¿Dónde están tus amigos?”

“Los dejé juntos en la cama.” Dijo poniendo los ojos en blanco.

Gabi se echó a reír. “Eso está bien, para ellos.”

“Decidieron llevarse bien la noche que llegamos y desde entonces no se han levantado de la cama. Salir con amigos es un rollo.”

“A menos que seas tú quien esté teniendo sexo,” dijo Gabi.

“Verdad.” Lynn se abrió paso entre una multitud de mujeres y entró en un bar.

Las voces eran más agudas y el aroma más dulce. Había más mujeres dentro. “¿Es un bar gay?”

“Creo que es amistoso con los gays, para atender a los turistas inmorales como nosotras.

Sabes que no hay lesbianas españolas, ¿verdad?”

“¿Qué?” Gabi frunció el ceño hasta que se dio cuenta de que Lynn estaba bromeando. Gabi movió la cabeza. ¿Por qué a algunas personas les resultaba tan difícil dejar vivir a los demás? Ella no gritaba a los cuatro vientos que era lesbiana, pero tampoco lo ocultaba. Sí, había gente que menospreciaban o hablaban despectivamente sobre su pelo corto, pero siempre habría imbéciles en este mundo. “Qué asco. Uno pensaría que estamos en 1905 y no en 1995.”

“Es patético. ¿Qué quieres beber?” preguntó Lynn.

“Vodka con Coca-Cola, por favor.” Gabi miró a su alrededor. Reconoció algunos de los idiomas que se hablaban, alemán, francés y portugués, y alguno que sonaba a escandinavo u holandés.

Lynn le dio la bebida y levantó su copa. “Felices vacaciones.”

Gabi salió del bar y se alejó de la multitud. “Bueno, ¿a qué te dedicas cuando no estás aquí?” le preguntó.

Lynn tomó un sorbo de su bebida. “Soy trabajadora social.”

“Ese es un trabajo duro.”

“A veces. Sobre todo es gratificante, poder ayudar a niños desfavorecidos para que tengan una oportunidad en la vida. Los éxitos hacen que valga la pena pasar horas terribles y un sueldo de mierda.”

“Bueno, es un trabajo.”

“¿A qué te dedicas tú?”

“Trabajo en bares. Y hago joyas.” Casi había dejado de hablar de las joyas porque, en general, se avergonzaba de ello. No había hecho muchas cosas y, aunque lo que había hecho había sido bien recibido, suponía que era porque se lo había regalado a su amiga o a Nana.

“¿Eres buena?” Tiró de los vaqueros de Gabi y le sostuvo la mirada.

Gabi se preguntó si el tema de la conversación había cambiado. “Supongo que la belleza está en los ojos de quien la mira, ¿no?”

“Cierto.” Lynn sonrió. “Tienes unos ojos muy bonitos.”

Gabi se sonrojó. No le atraía Lynn, pero aún así era agradable hablar con ella, familiar, como estar en casa. Se sintió atraída por la música que oía en la distancia. Lynn se inclinó hacia ella. El calor que sintió contra su oreja envió un cosquilleo a su columna. Puso una mano en la cintura de Lynn.

“Tienes una energía suave,” susurró Lynn.

Gabi debería responder algo positivo, pero no quiso animarla. Quería volver a la plaza y a la música. Abrió los ojos y se quedó helada al ver a la mujer que pasaba por la puerta del bar, justo delante de ellas. Estaba segura de que era *ella*, la bailaora de flamenco que había visto la primera noche.

Lynn dio un paso atrás. “¿Qué es? ¿Qué pasa?”

Gabi parpadeó varias veces y empezó a dudar de sí misma. Estiró el cuello pero no pudo ver a la bailaora por ningún sitio. “Nada. Estoy bien.”

Lynn miró en su misma dirección. Miró a su alrededor. “¿Me he perdido algo?”

Gabi se volvió hacia ella y sonrió. “No es nada. Oye, mira, ¿podemos posponer esta noche? Quizás hacerlo otra noche. Mi Nana me está esperando en el hotel.” Sonaba poco convincente.

Lynn suspiró. “Me voy mañana.”

Gabi frunció los labios. Lynn era agradable pero no le aceleraba el corazón ni le producía cosquillas en el estómago. Lynn no tenía nada que ver con la bailaora. “Qué pena,” dijo Gabi,

esperando sonar más sincera de lo que sentía.

“Quizás podríamos quedar cuando vuelvas,” dijo Lynn.

Lynn parecía triste y sola. Gabi lo sintió en el corazón pero no podía prometer algo que sabía que no cumpliría. “Es una buena oferta, pero no estoy segura de que vayamos a volver a Inglaterra.”

Lynn le dio un beso en la mejilla. “Bueno, ha sido un placer conocerte. Te dejo que vuelvas con tu Nana,” dijo.

Gabi sonrió. “Que te diviertas esta última noche.”

Lynn levantó su copa. “Oh, esa es mi intención,” dijo y volvió a entrar al bar.

Gabi siguió la música hasta la fuente donde había visto al grupo esa primera noche. El sonido nítido de las castañuelas llegaba rápido y furioso, y la guitarra sonaba salvaje y embriagadora. Se abrió paso entre la gente, se unió a las palmas y a los vítores y se le erizaron los pelos del cuello. Entonces vio a la bailaora y se detuvo, sin aliento.

Sostenía el bajo de la falda larga por encima de las rodillas y lo balanceaba hacia adelante y hacia atrás, mientras movía la otra mano sobre su cabeza al ritmo de la música. Gabi no se sentía lo bastante borracha como para imaginar el deseo que esa mujer despertaba en ella. Era muy real. Era puro. Fresco. Era la mujer más hermosa que había visto jamás y su cuerpo no iba a permitir que lo olvidara fácilmente. El cabello casi negro flotaba libremente alrededor de su rostro bronceado mientras bailaba, y sus ojos oscuros adquirieron la mirada feroz de un cazador, envolviéndola en un halo de misterio. Sus labios carnosos se abrieron para revelar unos dientes blancos preciosos y cuando cantó, Gabi sintió las vibraciones en cada nota.

Fuera lo que fuese lo que esta mujer hacía y cómo lo hacía, Gabi se sentía afectada de la manera más extraña. No era solo que fuera deslumbrante y atractiva. Era la pasión y el fuego en sus ojos, y a medida que el ritmo se hacía más intenso, Gabi quedó hipnotizada por ella, como lo había estado esa primera noche.

El baile terminó demasiado pronto y Gabi regresó al hotel en trance. La bailaora había despertado algo en su interior. Esta no era la emoción que podría sentir al pasar la noche con todas las Lynn del mundo. Podría vivir sin eso y no echarlo de menos. Este sentimiento, esta sensación, como el puzle que busca una solución o la cálida brisa que le ordena suavemente una respuesta que no podía negar que era cautivadora. No se trataba de que echara de menos algo o vivir sin ello, era descubrir algo poderoso dentro de ella que había ignorado durante demasiado tiempo. Llegaba con una gran emoción y algo de alarma, y no tenía más opción que agarrarse a ello y seguir adelante.

Gabi consideró lo que le diría a la bailaora y se le hizo un nudo en el estómago. ¿Por qué le asustaba tener una simple conversación con ella cuando había sido tan fácil con Lynn apenas una hora antes? Y, sin embargo, no podía mirar a esta mujer, no podía pensar en ella sin que se le secara la boca y se le acelerara el corazón. Vendría la próxima semana para ver al grupo y, mientras tanto, Gabi reuniría el valor para hablar con la bailaora.

8.

“Aisha, ¿qué te pasa? No estás prestando atención. Tu hermana necesita nuestra ayuda en este momento tan importante de su vida y tienes la cabeza en las nubes.”

Mama dio una palmada delante de su cara, sacándola de su sueño, en el que estaba la mujer, de pie fuera del bar con otra mujer, sujetándola por la cadera y susurrándole al oído. Les había echado un vistazo nada más porque Nicolás estaba con ella, pero eso había sido suficiente para encender el fuego que la llenaba de deseo. Era la misma mujer que había estado en la plaza el sábado y estaba intrigada.

Lo último que quería era estar aquí, atendiendo a los planes del vestido de novia de su hermana. Miró a Conchita y sonrió.

“¿Cuál crees tú Aisha?” le preguntó Conchita sonriendo.

Sostuvo el trozo de tela de satén blanco a un lado de su cuerpo y el material de algodón de encaje blanco al otro. El satén sería suave contra su piel y mostraría las curvas de sus pechos y caderas. El encaje pesado tenía un aire más tradicional y le recordaba los velos que llevaban las mujeres de luto. No realzaba el comportamiento juvenil y alegre de Conchita.

“Definitivamente el encaje blanco, Conchita,” dijo Mama.

La dependienta de la tienda asintió y expresó su opinión con un chillido agudo y aplausos exagerados. La tía y la abuela de Aisha, junto con otras dos ancianas de su pueblo, que tenían que participar en decisiones importantes como el diseño del vestido de novia, se unieron al júbilo. Aisha movió la cabeza mientras ellas seguían encima de Conchita.

Una de las ancianas cogió un fino velo tejido del estante y se lo pasó entre los dedos. “¿Quizás con esto?” dijo.

Cuando un anciano hablaba, lo que decía podía presentarse como una pregunta, pero no lo era, y cualquiera que le rebatiera, sería entendido como una demostración de insolencia. Aisha odiaría este tipo de atención para su boda y que le dijeran qué ponerse. Cuando captó la mirada de su hermana y ésta le dedicó una sonrisa tímida, estaba claro que ella tampoco estaba encantada con la idea. Era mucho más fácil para los hombres y mucho menos complicado elegir un traje. Si Aisha se casara, llevaría pantalones. Bailaba con faldas todos los días. Elegiría un esmoquin blanco con una pajarita rojo sangre para representar el corazón. Escogería una rosa recién cortada a juego, una con un delicioso perfume, para un ojal. Nunca permitiría que la sometieran a esta exhibición.

La confección del vestido llevaría semanas e implicaría varias pruebas. Se esperaba que Aisha asistiera a todas ellas para dar apoyo a su hermana. No estaba de acuerdo con su madre ni con las ancianas. Aisha abrió los ojos como platos y miró fijamente cuando su mama cogió el material de encaje, lo desdobló y envolvió a su hermana con él. Conchita parecía un merengue partido. Frunció el ceño mientras se miraba y tocaba el material, como si fuera a morderla.

“¿Estás segura, mama?” preguntó Conchita.

“No,” dijo Aisha e inmediatamente sintió la furia en las miradas de las mujeres. Todas se irguieron y apretaron los labios en una expresión sincronizada de asco y conmoción.

“Ah, pero si habla,” dijo su madre y levantó el brazo. “Esperas hasta que ya hemos decidido lo que es mejor para Conchita antes de dar tu opinión.”

“El encaje está pasado de moda.” Hizo una pausa. “Conchita, a García le gustarás mucho más si llevas el vestido de satén. Eres joven y la tela es suave y atractiva. El encaje está

sobrecargado y demasiado pesado.” Ignoró las bocas abiertas y los jadeos y cogió el satén de las manos de la vendedora. Dejó a un lado el encaje y acercó la tela al pecho de su hermana. “Creo que un escotado, para mostrarle la que pronto será su *mozuela*. Ajustado en la cintura.” Levantó el material al lado de Conchita. “Y una abertura en el lado de la pierna.”

Conchita se sonrojó y soltó una risita. Miró hacia donde sostenía el material en lo alto de su muslo y jadeó suavemente. “¿De verdad crees...?”

“Mi hija no se va a vestir como una *puta*, y, desde luego, no en el día de su boda,” dijo su madre, elevando los brazos al aire. Le arrancó la tela a Conchita y se lo devolvió a la vendedora. “¿En qué estás pensando, Aisha? *Cállate. Ya has dicho suficiente*. De verdad que no sé qué hacer contigo estos días, pero esa actitud tiene que parar.”

Aisha vio a una de las ancianas abanicarse. Su abuela y su tía, allí de pie y abrazadas una a la otra y tapándose las bocas con las manos. Ataviadas con sus uniformes negros de viudas confeccionados en casa, eran tan deprimentes como su actitud. Aisha se alejó de su hermana con un profundo suspiro y negando con la cabeza. Quería para Conchita lo que quería para ella misma, la libertad de romper con las tradiciones que les hacían revivir las vidas de sus antepasados. La opresión en su pecho se hizo más pesada cuando vio los ojos vidriosos de su hermana.

Mama se disculpó con la dueña de la tienda y con las otras mujeres presentes y expresó su profunda preocupación por Aisha. Aisha dejó que las palabras le resbalaran, ya lo había oído todo antes muchas veces. No tenía motivos para sentirse avergonzada, o culpable, o arrepentida por haber hablado. La tienda vendía tela de satén porque sabía que era un buen material para el vestido de una novia. No estaba equivocada. Pero sus ideas venían de sus interacciones con demasiados turistas y “otros”, explicó su mama a las demás. Se quedaron mirando a Aisha, movieron la cabeza, ofrecieron palabras de condolencia a Mama y, mientras hacían la señal de la cruz, murmuraban “*Dios mío*” y “*por Dios*.” Conchita bajó la mirada y la dependienta recogió el pesado encaje y lo sostuvo contra ella.

Aisha resopló. Se sentó en una silla de mimbre que había en un rincón de la sala y se cruzó de brazos. Observó a las mujeres que se ocupaban de su hermana con el material de encaje. Cuando terminaran, la tendrían vestida como la virgen que era, fuertemente atada e inalcanzable. Era una metáfora de la vida estrangulada y sofocante que viviría con su marido. Lucharía durante horas para acercarse a ella en su noche de bodas, pero cuando lo hiciera, el premio sería suyo, porque él sería el ganador en su relación. Siempre lo sería.

Bailar flamenco era más romántico que cualquier cosa que un hombre pudiera ofrecer. El flamenco *era* una mujer. La primera nota, el despertar instantáneo a una pasión compartida muy intensa. Los picos, las caídas y el éxtasis del crescendo, y siempre había muchos, y eran explosivos y ella quería más. Podía quitarse la ropa del cuerpo con facilidad y acurrucarse contra su piel suave y cálida. Se podía perder en la ternura de su tacto y morir por un instante mientras el calor de su aliento roza su piel. Podía descubrir un éxtasis incomparable en su ascenso final, juntas. Así era como se sentía el amor en sus sueños.

Cerró los ojos y pensó en la vez que ella y Esme habían ido al campo a recoger naranjas. Puso su mano sobre su pecho, encima del corazón, y respiró hondo. Era un recuerdo entrañable pero también el momento en que todo cambió para Aisha. Había cerrado su corazón...

Ese año había sido un otoño cálido y la fruta estaba jugosa y dulce. Esme había tirado su rebecca al suelo antes de subirse a la escalera que Aisha sostenía contra el tronco para llegar a las ramas más altas. Aisha estuvo tentada de mirar hacia arriba mientras Esme subía, pero se contuvo y desvió la mirada hacia otro lado. Mantuvo la cabeza gacha hasta que una naranja cayó

sobre ella. Esme se rió y todo lo que podía ver eran sus piernas y la falda abriéndose mientras descendía, y el punto oscuro entre sus piernas, aunque sabía qué había allí. Ese había sido el momento justo antes de que Esme gritara y Aisha cayera al suelo con un ruido sordo. Respiraba con dificultad a pesar del dolor agudo que sentía en la espalda. Abrió los ojos y se rió cuando vio a Esme sentada sobre ella. Esme la ayudó a levantarse. Cuando gimió de dolor, Esme tocó frenética pero suavemente sus brazos, hombros y costillas. Ella tomó su rostro entre sus manos y la miró a los ojos, diciendo que solo estaba revisando sus pupilas. El dolor de Aisha se había transformado en una sensación de profundo deseo.

No había tenido la intención de rozar sus labios con los de Esme, pero cuando sucedió, Esme se quedó paralizada y se la quedó mirando fijamente durante un buen rato. “Eso no puede ocurrir nunca más,” dijo. “Está mal y morirás por ello.” Esme no cambió después de eso su actitud hacia ella pero Aisha había enterrado sus sentimientos y no los había dejado salir a la superficie desde entonces. Nunca volvieron a hablar del incidente. Esme cambió cuando se comprometió con Nicolás y Aisha se volvió más distante con todos.

“¿Qué piensas de esto, Aisha?”

Aisha parpadeó hasta que se le aclaró la vista. Seguía siendo un merengue, solo que ahora con una espantosa máscara cubriéndole su preciosa cara. “El satén estaría mejor,” dijo. “Y sin velo. Está pasado de moda.”

Mama levantó un brazo. “¿Por qué tienes que ser tan negativa? *Nos quemaremos en el infierno.*”

¿Morirás en el infierno por insistir en vestir a mi hermanita como si estuviera de luto? Respiró hondo y dejó de preocuparse. Pensó en la mujer que había venido a verlos bailar. Con su color de piel, no podía ubicarla en un lugar concreto del mundo, pero por su apariencia lo más probable es que fuera una turista. Los turistas iban y venían. Aisha solo podía soñar.

9.

Gabi no veía dónde empezaba o terminaba el cementerio. Parecía extenderse en todas direcciones durante kilómetros. Debía haber miles de tumbas, tal vez cien mil. Nana dejó sobre el suelo el ramo de flores que había comprado. Sacó un trozo de papel del bolso, lo estudió y miró a su alrededor.

“Por aquí,” dijo. Recogió las flores y empezó a caminar.

Gabi la siguió, pasando fila tras fila de elevadas tumbas de mármol negro y gris, dispuestas en un patrón simétrico. Todas las tumbas tenían bordes muy afilados y sus superficies brillaban con la luz del sol. Las zonas de césped entre las tumbas eran exuberantes, a diferencia de las zonas polvorientas que había visto en la ciudad. Las altas estatuas blancas añadían altura, dando perspectiva, y la más antigua que había visto databa de 1824. La vida era surrealista. La estatua se había mantenido en pie durante más de cien años y las personas enterradas a su alrededor habían vivido probablemente menos de cincuenta, reducidas a un nombre que nadie recordaba o a una o dos fechas grabadas en una placa que se desvanecería con el tiempo, mientras que algo que había sido construido, podía mantenerse en pie durante miles de años. Era extraño, pero reforzaba lo importante que era saborear cada momento y aprovechar cada oportunidad que la vida te ofrecía.

Una pared cubierta de placas cuadradas pequeñas, sobre puertas cuadradas también pequeñas, proporcionaban pequeños hogares para las cenizas de las personas. Estaba impecablemente limpia y adornada con flores frescas que desprendían un olor agradable. Los colores iluminaban y destacaban sobre los grises y blancos y no era tan morboso como Gabi había esperado. Ella odiaba el cementerio junto a la iglesia que estaba cerca de casa. Era aburrido y no estaba tan bien cuidado como este. Nana tenía razón. Era tranquilo y bonito y entendió por qué Nana había decidido llevar el almuerzo. El cementerio era como una galería de arte al aire libre y un museo de historia, todo en uno.

Nana se detuvo ante una tumba elevada. Sacó un delicado velo negro de su bolso, se lo puso y se santiguó. Gabi permaneció en silencio reflexionando sobre lo que significaba la señal de respeto. Ella no tenía velo, pero se hizo la señal de la cruz también y sintió el dolor en su interior.

El nombre Flores, impreso en letras blancas, destacaba en el centro del mármol negro. Este era el lugar de la familia de Nana. Ángel Flores era el bisabuelo de Gabi. Había muerto a los cuarenta y dos años y su bisabuela, Serena, apenas tenía cuarenta. “Eran muy jóvenes,” dijo Gabi.

“Mis padres no apoyaban a Franco. Habían planeado venir a Inglaterra después de mí, pero con la guerra, padre pensó que podría hacer más bien si se quedaban y luchaban contra el régimen desde dentro. Al final, había ayudado a miles de personas a escapar a través de Gibraltar, incluidos Miguel y yo.”

Un escalofrío le bajó de la nuca, no podía dejar de mirar los nombres y las fechas que marcaron sus cortas vidas. No podía ni empezar a imaginar a quién había salvado, o lo que sus hijos estarían haciendo ahora o en qué lugar del mundo estarían viviendo. Nana había perdido a su padre. ¿Significó algo su vida para las personas a las que salvó? “Parece que fue un héroe.”

“Se le consideró un traidor y fue ejecutado, mi madre con él. El gobierno se apoderó de

nuestra casa y de todo lo que poseíamos.”

“Joder.” A Gabi se le revolvió el estómago. Él había ayudado a sobrevivir a mucha gente y lo mataron por ello.

“Sí, Gabriela.”

Ella nunca había sabido nada de sus increíbles hazañas de valentía. “Nunca has hablado de esto.”

Nana se quitó el velo y lo volvió a guardar en el bolso. “Creo que, después de un tiempo, nos olvidamos de lo que una vez fue importante, *cariño*. Quizás no quería volver a abrir viejas heridas. Todos teníamos vidas ocupadas y un futuro. Lo siento, quizás debería haber dicho algo, pero ¿cuándo es el momento adecuado para hacerlo? Y luego la vida continúa y el pasado se pierde.”

En algún momento, Nana probablemente había conocido a Gabi mejor que ella misma, pero después de mudarse de la casa de campo y reclamar su independencia, no le había contado nada sobre su vida personal. El pasado había quedado en el pasado, salvo los ocasionales vistazos a un álbum de fotos en Navidad, caras y nombres que no conocía. No había sido algo consciente por parte de Gabi, simplemente que, cuando estaban juntas, hablaban de otras cosas, como el jardín, la cocina o las joyas de Gabi. Algo se había perdido entre ellas y Gabi no se dio cuenta exactamente de lo mucho que Nana significaba para ella hasta ahora. La rodeó con el brazo porque necesitaba de nuevo el consuelo de esa cercanía.

“Estábamos en una posición privilegiada, Gabriela. Mi padre era de confianza y estaba bien conectado con los servicios de inteligencia españoles. Miguel y yo pudimos establecernos en el Reino Unido. Padre le consiguió un trabajo a Miguel en la inteligencia secreta británica. Juntos proporcionaron información sobre la colaboración de Hitler con Franco.”

Sus bisabuelos habían sido ejecutados y su abuelo había sido un espía. Era demasiada información para asimilar.

“Muchas otras familias murieron intentando escapar. Eran tiempos peligrosos.”

“¿Y Juan? ¿Está enterrado aquí?”

Nana le dirigió una tierna sonrisa. “Oh no, Gabriela. No se le permitía ser enterrado aquí.” Su mirada melancólica dio paso a una media sonrisa. Suspiró. “Cuando empezó la guerra, Juan y yo hablamos de lo que nos gustaría que nos pasara si moríamos.”

Gabi se quedó mirándola fijamente, deseando que le diera más detalles.

“Él quería que sus cenizas fueran lanzadas al aire desde el cerro de Sacromonte en un lugar cercano a donde vivía. *Verde que te quiero verde. Verde viento. Verdes ramas.*”

Gabi se atragantó. No entendía por qué Nana estaba recitando lo que parecía una poesía. “*Verde que te quiero verde. Verde viento. Verdes ramas.*” Pero tenía un gran significado para Nana porque se secó una lágrima de la mejilla y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. “¿Tú quieres ser enterrada aquí?” preguntó.

Nana respiró hondo y sostuvo la mirada de Gabi. “Pensé que descansaría junto a Miguel en el cementerio de Devon, pero ahora que estoy aquí, he cambiado de opinión. Creo que quiero estar con mis padres. Este es mi verdadero hogar, Gabriela, me alegro de que hayamos venido.”

Las cenizas de la madre de Gabi estaban en el mismo cementerio de Devon y ella había asumido que, llegado el momento, ella haría lo mismo. No por ninguna conexión emocional, solo porque era lo que normalmente se hacía. En realidad, no había pensado mucho sobre ello, porque nunca había conocido a su madre y era demasiado joven para pensar en algo que veía tan lejano. Pero saber que Nana sería enterrada aquí, la hizo sentir de repente muy sola. No quería imaginarse a Nana detrás de un bloque de piedra porque eso querría decir que no estaría

hablando con ella. Y eso era inconcebible. Guardó ese pensamiento en el fondo de su mente y miró hacia el cielo. Preciosos cielos azules. Aire. Vida. “Yo también me alegro de que hayamos venido,” dijo y se contuvo las lágrimas.

Nana colocó el pequeño ramo de flores sobre el lugar. “Me gustaría estar sola un rato, Gabriela.”

Gabi regresó a la entrada con un gran dolor en el corazón. Nana parecía estar bien al ver las tumbas, pero esta historia y decir adiós no era nada nuevo para ella. Sentía las piernas débiles, como gelatina, y sentía un incómodo nerviosismo en el pecho. Estaba impactada por la historia de su bisabuelo y, en comparación, se sintió pequeña e insignificante. Pero también estaba triste y sentía náuseas. Nana había perdido a muchas personas a las que amaba y un día, Gabi tendría que despedirse de ella.

Si Gabi muriera mañana, ¿a quién le importaría? Miró hacia donde Nana estaba sentada en un banco y con las manos sobre su regazo. Nana era estoica, amable y la persona más asombrosa del mundo. Siempre la había amado y había estado ahí para ella. Y nunca la había juzgado. Gabi no era capaz de encontrar las palabras para describir cómo sería la vida sin Nana. Caminó hacia el mercado, sintiendo su corazón como si acabara de pasarlo por una trituradora.

Se sentó en una plaza cuyo nombre desconocía. La fuente del centro estaba rodeada de césped, que conservaba su color pero que no era tan exuberante como el césped del cementerio. Se parecía más al césped sobre el que jugaban los niños en Devon cuando llegaba el clima más seco. El agua brotaba de una alta aguja en el centro de la fuente y de varios puntos en sitios más inferiores que formaban un círculo a su alrededor. El ruido del chapoteo, como el de una cascada silenciosa, distraía gratamente. Lanzó una moneda y prometió hacer algo con su vida, porque no podía tener lo único que habría deseado: su madre.

Se dirigió al mercado y entabló conversación con el dueño de un puesto. Su sonrisa contradecía la edad que aparentaba por su piel profundamente agrietada. Gabi admiró una serie de bocetos enmarcados sobre una fila de tela de algodón que se habían amarilleado con el paso del tiempo.

“Esta es la familia de mi hermano en Kashmir. Mi tío abuelo los dibujó,” dijo el hombre.

Había una mujer, siempre con un vestido marrón, y niños con túnicas blancas sucias, recogiendo cosechas, jugando y riendo, cocinando y comiendo, y alrededor de ellos, en una imagen, había edificios parcialmente destruidos y hombres con ametralladoras. Evocaban tristeza y esperanza. “Son preciosos. ¿Están a la venta?”

“No. Son solo recuerdos.”

Eran preciosos y le dieron una idea de lo que había pasado la familia del señor, y quizás también de lo que había pasado su bisabuelo. No tenía nada parecido con lo que recordar a su familia y esa ausencia la atravesó como un rayo. Se llevó una mano al corazón y cerró los ojos, preguntándose cómo habría sido su vida si su madre hubiera sobrevivido. Gabi siempre se había sentido diferente, en el colegio y mientras crecía, y no tener mamá era algo que hacía que esa diferencia fuera aún más notoria. Pero había tenido a Nana. Y si su madre hubiera vivido, Nana no habría sido la Nana que conocía, la Nana que la había criado y que todavía seguía aquí. No tenía recuerdos de su madre, nada a lo que aferrarse, nada que echar de menos, excepto quizás la ausencia de algo que debería haber estado allí, la ilusión de lo que podría haber sido. No creía que importara, pero en este momento, no podía estar segura porque se sentía trastornada por los acontecimientos del día y necesitaba que las cosas se asentaran en su interior para saber lo que sentía realmente.

“¿Le apetece un té?” preguntó el hombre.

Le dirigió una leve sonrisa. “Gracias.”

La infusión, que sabía a agua dulce y tibia, le pareció maravillosa en ese momento. Charló con él un rato y descubrió que vivía con su esposa y tres hijas en los cerros del Sacromonte. Gabi pensó en su madre. No, tampoco tenía recuerdos para atesorar de ella.

Las alfombras tejidas a mano que se vendían aquí eran de colores vivos y los diseños le recordaban la alfombra que Nana tenía en su comedor. Una era particularmente llamativa. Tenía un elefante en el centro, lo que parecía extraño para España pero seguramente reflejaba sus raíces indias. Los rojos eran vivos, los azules pálidos y suaves, y las insignias doradas que colgaban del cuello del elefante y sobre su espalda le llamaron mucho la atención. No era de las cosas que más gustaban a Gabi, pero sus detalles eran sorprendentes y ella admiraba el talento y la destreza. La lana tenía un ligero olor a producto químico y su textura era áspera. El montón de alfombras no era muy alto pero estaban muy apretadas. Debió llevarle horas tejerlas y, sin embargo, costaban una miseria en comparación con una alfombra del mismo tamaño producida a gran escala en el Reino Unido. Esperaba que la gente que hacía las alfombras tuviera suficiente comida para comer. Gabi compró un pañuelo de seda fucsia que haría juego con el abrigo y el bolso de Nana. Le pagó el doble de lo que costaba pero, aún así, no parecía que le hubiera dado suficiente dinero.

Se sintió animada por colores más vibrantes al pasar por los puestos de ropa y telas. Las alfombras parecían populares pero no era lo que estaba buscando. Pasó de largo por las telas y junto a una tienda de souvenirs sin mirar siquiera. Se paró frente al tipo de puesto que siempre le toca la fibra sensible. Una joyería. Su entusiasmo inicial se desvaneció cuando miró el escaparate. Las piezas eran para turistas. Había muchas con el mismo diseño y carecía de la autenticidad que había esperado. Quería inspirarse en algo hecho a mano, algo delicado, intrincado y único.

“Un anillo de bodas para una bella dama, quizás,” dijo el hombre detrás del puesto.

Gabi levantó la mirada y lo vio mirando detrás de ella. Tenía una gran sonrisa y modales alegres y, a juzgar por sus mejillas sonrojadas, sentía un gran cariño por la persona con la que estaba hablando. Gabi se dio la vuelta y se quedó helada.

“Te mando a Conchita, Matías. Enseguida.”

La mujer se echó a reír. Era *ella*. El corazón de Gabi no podía salirse del pecho lo bastante rápido. Creía que se iba a desmayar.

“Prométeme, Aisha, que cuando llegue tu momento, me harás el honor de diseñar tu anillo. Crearé la perfección para ti.”

Aisha.

“Matías, estarás esperando una eternidad entonces.”

“Esperaré. Ya te llegará tu momento,” dijo.

Gabi tuvo la impresión de que estaban teniendo conversaciones diferentes. Tenía un nombre bonito. Gabi disfrutó de la sensualidad en su lengua. Tragó saliva y se dio cuenta de que se sentía más sonrojada que Matías y, lo más embarazoso de todo, no podía apartar la mirada de Aisha.

Aisha le sonrió y a Gabi se le aceleró el corazón. No estaba equivocada. Era la bailaora de flamenco. Se le hizo más difícil hablar y su último pensamiento antes de quedarse completamente en blanco fue que los ojos color avellana de Aisha eran preciosos. Gabi no podía dejar de mirarlos.

“Hola,” dijo Aisha.

Gabi empezó a mirar de un lado a otro, a mirar a cualquier parte menos a ella. Buscó algo

inteligente o ingenioso que decir, pero estaba demasiado desconcertada por el espacio vacío entre sus orejas y el desierto en el que se había convertido su boca como para poder hablar.

Aisha volvió a sonreírle y entrecerró los ojos.

“Hola,” dijo Gabi, o más bien, chilló. Se aclaró la garganta y lo volvió a intentar. “Eres la bailaora de flamenco.”

“Sí.”

“Estuviste increíble. Quiero decir, eres increíble. O sea...” No sabía qué narices quería decir y estaba segura de que parecía una idiota balbuceando. Pero no había dónde esconderse, a menos que saliera corriendo para no ser vista nunca más. ¿Y qué sentido tendría eso? Un incómodo silencio llenó el espacio.

Aisha inclinó un poco la cabeza. “Gracias. Me alegro de que disfrutaras el baile.”

“Lo disfruté mucho. Fue asombroso. No he visto nunca nada parecido. ¿Cómo mueves los pies tan rápido?” ¿En serio acababa de decir eso? Cerró los ojos para que Aisha no los viera poner en blanco y cuando los abrió, la sonrisa de Aisha se hizo más grande.

“Con mucha práctica.”

Aisha se echó el pelo hacia atrás. Donde el marrón oscuro captaba la luz, se atisbaban hebras doradas y rojizas. Era mucho más guapa de cerca. Gabi se aclaró la garganta. “¿Cuántos años tenías cuando empezaste?”

“En cuanto empezamos a andar, bailamos,” dijo Aisha.

Gabi se la imaginó de pequeña. Seguramente habría atraído la atención de la gente. Tenía unos ojos redondos preciosos y una mirada que podría derretir los corazones más duros. “Yo no podía seguir el ritmo,” dijo.

Aisha sonrió. “Ya. Es muy rápido.”

Gabi cerró la boca, esperando no haber estado boquiabierta durante demasiado tiempo. “¿Bailas en algún otro sitio aparte de la plaza?”

“Sí. A veces actuamos en otros lugares. Los sábados siempre en la plaza. ¿Cuánto tiempo estarás de vacaciones aquí?”

“No estamos de vacaciones. Bueno, es una especie de vacaciones. Estoy con mi nana.” Necesitaba explicarse. “Tiene setenta y cinco años y es de aquí. Ha vivido en Inglaterra desde que tenía diecinueve años y quería venir para ver las tumbas de sus padres y creo que para hacer las paces con su tierra natal.” Omitió otras cosas.

“Suenan interesantes.”

La historia familiar en la que Nana también tuvo un papel importante era épica. “Sí, sí que lo es.”

“¿Y tú?”

“¿Si yo soy interesante?” Un hormigueo le recorrió el cuerpo cuando Aisha se rió.

“Estoy segura de que sí lo eres. Lo que quería decir era que cuáles son tus planes mientras estás aquí.”

Gabi juraría que no estaba pensando en sexo pero, de repente, hacía mucho calor y no podía hacer nada para evitar el sonrojo de sus mejillas. “De todo. La cultura, la comida, el baile.”

Aisha cogió un brazalete de plata con gemas azules incrustadas y lo giró en su mano. Por la forma en que lo miraba, Gabi no sabía si le gustaba o no.

“Será mejor que te deje seguir con tus cosas,” dijo Gabi y se sintió vacía ante la idea de irse. No era precisamente la forma más apropiada para continuar una conversación, pero le estaba costando qué decir y no quería parecer una inglesa loca.

“Vives en Inglaterra.” Dijo Aisha mientras dejaba el brazalete en su sitio.

“Sí.”

Los labios de Aisha se curvaron hacia arriba y entrecerró los ojos. “¿Cómo es donde vives?”

“Verde y, sobre todo, húmedo. Terrenos más llanos que aquí.” Gabi levantó su mirada hacia el cielo azul y a las colinas del tamaño de montañas.

“El verde es mi color favorito.”

“El mío es el castaño,” dijo Gabi, mirándola a los ojos. Aisha parecía distante. La tensión de la trabajosa conversación era como algo que le apretaba el pecho. El silencio hacía que le apretara más fuerte a cada segundo. Aún así, no quería que este tiempo juntas acabara. “¿Podrías decirme dónde puedo tomarme un buen café?” le preguntó.

Aisha sonrió. “Puedo enseñártelo ¿si quieres?”

La presión del pecho se le aflojó un poco y ahora podía respirar mejor. “Si tienes tiempo.”

“Por supuesto.”

Gabi se sintió más alta al lado de Aisha. “¿Vives cerca?”

“En el Sacromonte. ¿Lo conoces?”

“En los montes. ¿Las cuevas excavadas en las rocas?”

“Sí. A unos quince minutos en autobús.”

Autobús. Ella preferiría coger un taxi cuando fuera con Nana.

Aisha se paró delante de la puerta de lo que parecía una casa. Mirándola desde más cerca, Gabi vio el nombre del café grabado en la madera del marco de la ventana más grande. Las ventanas del piso de arriba eran pequeñas y había una pizarra negra con el menú del día apuntado apoyada sobre la pared encalada junto a la puerta principal. Era pintoresco y, a juzgar por la piel bronceada y el cabello oscuro de las dos mujeres que tomaban café fuera, atraía más a la gente de aquí que a los turistas. A Gabi le encantó.

“Aquí es donde sirven el mejor café.”

Gabi dudó en alejarse de Aisha y ésta tampoco parecía que fuera a hacer ningún movimiento para irse. Era ahora o tal vez nunca. “¿Te apetece tomarte un café conmigo?”

Aisha sonrió y asintió. Gabi la siguió al interior del café.

Era pequeño y estaba oscuro, había un fuerte olor a tabaco. Aisha le dijo algo al hombre de detrás de la barra, que daba caladas a un cigarrillo que parecía pegado a su labio inferior. Las llevó hasta del fondo de la sala, donde tomaron asiento debajo del aire acondicionado.

El hombre les trajo su pedido en una cafetera de plata con un pico largo. Estaba decorado al estilo árabe y complementado con dos tazas plateadas del tamaño de un expreso.

“¿Todos en tu familia bailan?” preguntó Gabi.

“Sí, aunque algunos lo hacen bastante mal.”

Gabi soltó aire. “Es bueno saber que hay otra gente que no sabe bailar.”

Aisha tomó un sorbo de café. “Yo no he dicho que no sepan bailar.” Su sonrisa le delataba, se estaba burlando de ella pero a Gabi le gustaba su franqueza.

“¿A qué te dedicas?”

“Solía trabajar detrás de una barra y me gusta hacer joyas.”

“Ah, ¿te gustó el puesto del mercado?”

Gabi sabía que su expresión había delatado sus pensamientos antes de que pudiera censurarse.

Aisha sonrió. “Matías es un buen artesano y mejor empresario. Hace lo que se vende fácilmente. Si quieres ver algo original, puedo llevarte a su taller.”

“Eso sería increíble.”

Aisha le tocó una mano y Gabi se quedó paralizada.

“¿No usas nada de lo que haces?” dijo, y la soltó.

“No.” Gabi se sentó sobre sus manos. La idea de que Aisha viera algo que había hecho hizo que quisiera huir. Era irracional, pero era por la misma razón por la que nunca se había decidido a vender sus joyas. Cualquier crítica la afectaba profundamente.

Aishaladeó la cabeza y la miró fijamente, hasta tal punto que todo en su interior empezó a hormiguearle.

“Imagino que tienes mucho talento.” Aisha volvió a tomar un sorbo de su café.

A Gabi se le hizo un nudo en la garganta. Aisha era amable, deslumbrante y Gabi sintió como si acabara de sumergirse en su alma y, de alguna manera, la hubiera hecho más grande y brillante. Deseaba tener la misma fe en sus habilidades como parecía que Aisha tenía, aunque probablemente solo estaba siendo educada, porque no había visto nada de lo que ella había hecho. “¿Significa eso que podemos volver a vernos?” preguntó.

“Si quieres.”

Gabi se tragó el grito de alegría. Le ardían tanto los ojos como la garganta. No sabía por qué se sentía triste y feliz al mismo tiempo, algo que ver con el cementerio quizás. Era abrumador y se sintió estúpida. Tomó un sorbo de café y, mientras Aisha la miraba fijamente, no podía dejar de sonreír.

Aisha miró su reloj y suspiró. “El tiempo se me pasa volando. Probablemente debería volver a casa.”

Gabi no quería que se fuera. Se terminó el café lentamente y se puso de pie. “Gracias por traerme aquí.”

“Gracias por invitarme a café.”

Volvió a aparecer la incomodidad que existió al principio y Gabi salió del café en silencio. Permaneció parada en la calle como esperando instrucciones, dudando si debería ser ella quien rompiera el hechizo que sentía.

Aisha se dio la vuelta y señaló. “Yo me voy por ahí.”

Gabi movió la cabeza en la dirección opuesta. “Yo me alojo en el hotel Palacio.”

Aisha enarcó las cejas. “Es uno de los mejores.”

“Lo eligió Nana.”

“Pues tiene buen gusto.”

“Sí, sí que lo tiene.” Gabi se giró a medias. “¿Podemos vernos mañana?”

Aisha comenzó a alejarse y a Gabi le dio un vuelco el estómago.

“A las once. En la fuente de los Patos.”

El corazón se le aceleró. Aisha tenía un gran trasero en vaqueros. No tenía ni idea de dónde estaba la fuente, había muchas, pero no volvería al hotel hasta encontrarla. Esta era una cita que no iba a perderse.

10.

“Mira, Aisha, estos tomates están perfectamente maduros.”

Eso no era ninguna novedad para Aisha. Nicolás estaba intentando entablar conversación y la seguía por el campo como un cachorrito. Era irritante. Lo único que tenía y que nadie podía arrebatarse eran sus pensamientos y le gustaba tenerlos a solas. Le dio la cesta para que dejara caer los tres tomates búfalo que había recogido. “Este año tienen un buen tamaño,” dijo ella, porque su madre le diría algo si se enteraba de que no era educada.

“¿Recojo pimientos?” le preguntó Nicolás. “¿Cuántos quiere Pilar?”

A Aisha no le importaban nada los pimientos ni lo que su madre quería. Solo quería que se fuera y la dejara en paz. “Cuatro o cinco.”

Los tomates cherry estaban dulces y apetecibles. Arrancó tres enredaderas y las añadió a su montón. “Y dos lechugas.”

Nicolás puso los pimientos en la cesta y le tocó la mano. Aisha se volvió hacia las cebollas, aunque no necesitaban ninguna, y sus manos se separaron.

“Aisha, pareces más distante. ¿Es la boda de Conchita lo que te distrae? Ya sé que es un momento de mucho lío para la familia, pero debes confiar en que todo saldrá bien. Es un momento de felicidad.”

Era un momento feliz para su hermana y Aisha no tenía duda de que todo estaría perfecto para la boda. Ese no era el problema. Su mente estaba ocupada por la extranjera inglesa. No esperaba volver a verla después del baile. Encontrarse con ella ayer había alimentado sus fantasías y llenado su mente de falsas posibilidades. Nunca debería haber aceptado verla de nuevo. Era demasiado arriesgado, pero la había pillado por sorpresa y con la guardia baja, y cuanto más charlaban, más quería conocerla. Arrancó las cebollas de raíz, sacudió la tierra pegada a ellas y las tiró a la cesta.

“Aisha, quiero que me tomes en serio.”

“Lo hago Nicolás. Eres un hombre honesto. Te preocupas por... te preocupas por la gente y trabajamos bien juntos.”

Se inclinó hacia ella, con las manos entrelazadas y los ojos entrecerrados. “No me refiero solo al trabajo, Aisha. Quiero que pienses en mí como Conchita piensa en García.”

El corazón se le subió a la garganta, ahogándola y haciéndole difícil respirar. Mientras el silencio crecía entre ambos, Nicolás se sintió derrotado, dio un paso atrás y bajó la cabeza.

“Quiero que seamos felices, Aisha. Tenía la esperanza de que tú quisieras lo mismo.”

“Es demasiado pronto, Nicolás.”

Apretó los dientes y movió la cabeza. “Para mí no lo es.”

¿Por qué lo que él quería era siempre lo que más importaba? Respiró hondo para mantener la calma. “Necesito estar segura.” Necesitaría que le forzaran a ello, era lo que quería decir realmente.

“¿Y no lo estás?”

Aisha se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección a la casa. “No es tan simple.”

Él la siguió un paso por detrás. “¿Por qué, Aisha? ¿Por qué es todo tan jodidamente complicado contigo?”

Se detuvo y lo miró, con la cabeza a centímetros de la de él. “¿Por qué me gritas?”

Nicolás dio un paso atrás, se pasó los dedos por el pelo y se frotó la nuca. “Siempre estás

poniendo excusas. Ni siquiera Esme podía entenderte.”

Que mencionara su nombre de esa manera era como clavarle un cuchillo en el corazón. No podía decir eso de la única mujer que la conocía bien y que cambió su actitud hacia ella después de casarse con él. “¿Cómo te atreves a meter a tu esposa muerta en esto? Si ella estuviera aquí todavía, no estarías llamando a mi puerta, ¿verdad?”

Se estremeció, luego levantó la cabeza y adoptó la postura de superioridad que era su derecho como hombre en su comunidad. “¿Qué será de ti?”

Ella trató de mirarlo a los ojos pero él evitó el contacto. ¿Su reacción era un intento de amenaza? Él no podía saber nada sobre sus deseos porque ella no tenía nada que ocultar, excepto las imágenes que su mente guardaba celosamente. No podía preocuparse por lo que pasaría si perdía sus facultades mentales, como la vieja María, y empezaba a decir la verdad. Tampoco podía mostrarle ninguna preocupación por su agresión verbal. Tampoco podía mostrar ningún signo de debilidad porque eso daría lugar a algún tipo de intervención por parte de sus padres. “Seré feliz, eso es lo que será de mí.” Y comenzó a caminar de vuelta a la casa. Él la siguió.

Mama los recibió en la puerta. Llevaba una cesta cubierta con un paño de tela. Aisha puso la cesta con las verduras que acababan de recoger sobre la mesa y se dirigió a su dormitorio.

“Aisha, tienes que llevarle esta comida al señor Pérez,” dijo su madre.

“Mama, no puedo. He quedado con una amiga a las once.” No podía escapar de la mirada de Nicolás.

“No sabía nada de estos planes tuyos,” dijo mama y levantó la mano con desdén. “El señor Pérez es muy mayor y tenemos que cuidar de él. He hecho pan. Ahora cógelo y ve.”

“Este es el trabajo de Conchita. ¿Por qué no lo hace ella?” Si las miradas pudieran matar, habría caído más rápido que un pájaro herido desde el cielo. La alegría y la emoción que había albergado por el encuentro con Gabi se evaporaron ante la actitud de su madre. Bien podría estar tendida boca abajo en el suelo de piedra, sangrando, en un lento camino hacia la muerte, que nada cambiaría. “Mama, necesito hablar contigo.” Tenía que intentar explicarle que no se podía casar con Nicolás o con ningún otro hombre.

“Ahora no. Estoy ocupada. Tu hermana está organizando los preparativos necesarios para la boda. Tú no tienes nada tan importante a lo que dedicar tu tiempo. *Ojalá que no fueras tan insolente. Vamos.*” Mama le arrojó la cesta. “Tómalo.”

Aisha lo cogió y lo dejó colgando a su lado. No quería ser mal educada con mama. No la escuchaban y era exasperante.

“Permíteme acompañarte, Aisha. Será un placer,” dijo Nicolás.

Aisha se volvió hacia él y apretó la cesta con más fuerza. “Estaré bien.”

Mama le sonrió, el salvador de su hija delincuente. Quería gritar.

“Muy buena idea, Nicolás. Quizás puedas ayudarle a perder esa actitud tan irrespetuosa.”

Le lanzó otro gesto de desdén. No tenía sentido retarla porque se enfadaría aún más. Aunque fuera corriendo hacia la casa del anciano y volviera, perdería el autobús que necesitaba tomar para llegar a tiempo a la ciudad. En el mejor de los casos, llegaría una hora y media tarde. Gabi pensaría que no quería verla. Algunos dirían que era una señal de la naturaleza para que hiciera lo correcto con su familia. Ella no creía en eso.

“Bueno, ¿quién es este amigo con el que has quedado?” preguntó Nicolás mientras caminaban.

“Nadie que conozcas.”

Continuaron en silencio. Aisha alargó el paso y su ira y frustración ardían en su interior.

Llegar tarde le molestaba, pero no ser libre la devoraba como un parásito que no podía ser destruido. No había nadie con quien pudiera hablar. Nadie con quien pudiera compartir sus sueños y que entendiera lo que era ser ella.

“¿Este amigo es un hombre?” volvió a preguntar Nicolás.

Dejó de andar, se volvió hacia él y se puso las manos en las caderas. “No quiero tener esta conversación contigo. No todo gira en torno a los hombres y el matrimonio, Nicolás. No estoy interesada en ninguno de los dos.” El corazón empezó a latirle con fuerza. Había dicho demasiado. Se mordió la lengua y observó su respuesta, esperando que no hubiera captado lo que realmente estaba diciendo.

Él movió la cabeza. “¿Me lo contarías si hubiera otro hombre?”

Se atragantó con la respiración que había estado conteniendo y un poco de esa tensión desapareció.

Su boca se torció mientras hablaba. “De verdad que me preocupo por ti, Aisha, y si hubiera otro hombre, me rompería el corazón. Pero quiero que seas feliz. Y eso explicaría tu reacción y tu actitud hacia mí.”

Sintió pena por él, echándose las culpas, pero necesitaba ser amable con él y tenerlo de su lado, o sus padres la animarían a buscar otro pretendiente en su pueblo y otro hombre podría ser menos paciente con ella. “No hay otro hombre. Si quisiera casarme, te elegiría a ti, Nicolás. Es simplemente que no estoy preparada para eso todavía. Me encanta bailar. Quiero conocer gente nueva y conocer mundo.” *Quiero poder respirar como yo, no como nosotros.* Su cultura y su historia los definían a ambos, pero donde a él lo alimentaba, a ella la destruía.

Él le dedicó una medio sonrisa. Era mejor que el ceño fruncido y sugería que se había creído su historia.

“Todavía tengo esperanzas,” dijo y siguió cuesta arriba con un poco más de energía en su paso.

Pensar en Gabi le levantaba el ánimo y borraba su presencia. Enviaría un mensaje al hotel y esperaba que Gabi la perdonara. Quizás pronto podrían ir a almorzar o dar un largo paseo juntas por el río y charlar. Quería saber más sobre Inglaterra y la increíble vida que Gabi debía tener allí. Gabi quería explorar Granada y Aisha podría enseñarle los alrededores. Había mucho que ver. ¿Qué malo podría tener que pasaran tiempo juntas? Su corazón le dio la respuesta y no pudo reprimir el sentimiento, aunque sabía que debía hacerlo.

11.

Gabi se sentó en el muro bajo de la fuente y volvió el rostro hacia el sol. Se le aceleraba el pulso y todo su cuerpo vibraba como un refresco en una coctelera cuando pensaba en Aisha. No recordaba haberse sentido tan nerviosa y emocionada cuando quedó con Shay por primera vez, así que eso era buena señal. Cuando Shay la abandonó, sintió el dolor del rechazo y, peor aún, que la tomara por estúpida, pero no la había echado de menos. Las aventuras de una noche habían enmascarado la soledad que la había perseguido desde la infancia de una manera que no habían hecho sus relaciones, pero también había llegado a no gustarse, porque quería la estabilidad de estar con una mujer en una relación romántica.

Había pensado mucho en Aisha desde la primera noche que la vio y aunque verla en el mercado y pasar tiempo con ella ayer había resultado algo incómodo, estaba segura de que habían conectado. La música, el baile, la comida, el vino, el lugar. Era todo muy de ensueño y Granada era una ciudad preciosa, pero había algo más. Se sentía más cómoda ahora que no estaba persiguiendo a Nana cada cinco segundos. Era como si su historia aquí hubiera echado raíces con las que conectarse, como si ella fuera parte de este lugar, un lugar que no había conocido antes. No tenía sentido. Era un sentimiento de pertenecer a un lugar y tal vez no era suyo en absoluto. Quizás era el de Nana y ella, de alguna manera, había sintonizado también con él.

Era una locura sentir que lo que sentía por una extraña y tal vez estaba en peligro de cometer los mismos errores que en el pasado, pensar que estaba enamorada cuando, en realidad, no era amor en absoluto, pero no podía mentir. Se sentía tonta y un poco intimidada, así que esto tenía que ser diferente a Shay y las aventuras de una noche no contaban para nada.

A medida que pasaba el tiempo, se iba poniendo nerviosa y a deambular por la placita. No era difícil ser vista, así que Aisha no podía pasarla por alto. Miró el cartel de Los Patos situado en la pared de una casa, aunque sabía que estaba en el lugar correcto. Ayer había recorrido el trayecto tres veces desde el hotel y había llegado a las 10.45 a.m., incluso después de haber comprado un café por el camino. Los españoles tenían una actitud más relajada en cuanto al tiempo, así que seguramente llegar tarde era la norma.

Eso no impidió que Gabi se preguntara si había malinterpretado por completo las intenciones de Aisha, cegada por sus propios sentimientos confusos. Se le hizo un nudo en el estómago ante la idea de que la dejaran plantada. ¿Había presionado a Aisha para que dijera que sí? Creía que no. Quizá estaba liada con alguna otra cosa. Gabi no sabía qué voz dentro de su cabeza era la que llevaba razón, pero sabía cuál quería creer. Le daría un poco más de tiempo a Aisha.

Miró hacia cada entrada a la plaza varias veces según iban pasando los minutos. Cada segundo le recordaba sentirse invisible, como cuando era niña en casa de Nana, mirando el péndulo del reloj de pie tic, sin saber, tac, esperando. La voz de su padre se elevaba con ira. Lo sentía ahora, la sensación desgarradora de ser ignorada mientras hablaban de ella, cuando todo lo que había querido era que la abrazara y le dijera que todo iría bien, que ella estaría bien.

El tiempo avanzó lentamente. Media hora se convirtió en cuarenta y cinco minutos. La habían engañado, igual que con Shay. Estúpida, estúpida, estúpida Gabi. Esa voz en su cabeza, que no le gustaba demasiado, se había apoderado de ella y los pensamientos tropezaban de

manera convincente en su mente. No debería haber venido a este maldito viaje, no debería haberse engañado pensando que tenía algo que ofrecer a alguien tan hermosa como Aisha.

Se cruzó de brazos para proteger su corazón dolorido y caminó de un lado a otro, con el peso de la decepción arrastrando sus pies y el vacío en su interior haciéndose más grande. Podría consumirla y, aún así, no se atrevía a alejarse, porque no quería admitir la verdad. Aisha no iba a venir.

Se sentó en el suelo, al pie de la fuente, cerró los ojos y apretó los dientes para contener las lágrimas. La decepción era peor porque la anticipación había sido electrizante. Gabi tocó la esfera de su reloj. No podían ser ya las 12:15 p.m. ¿Debería darle otra media hora? No podía irse todavía.

Había sido una ingenua, una vez más, al pensar que esta vez las cosas eran diferentes, aquí, con una mujer a la que ni siquiera conocía. La lógica le gritaba que despertara. Márchate y no mires atrás. Pero la lógica palideció contra la voluntad de su corazón y la dejó sentada junto a una fuente de lágrimas. ¿Cuántas monedas tendría que tirar para que su deseo se hiciera realidad? No era la primera persona en el mundo a la que dejaban plantada o abandonada en un ambiente tan romántico.

El dolor en su pecho se hizo más profundo y volvió a pensar en su madre, en su ausencia, en lo que debió haberse perdido. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. La niña que había en ella quería que la abrazaran y la consolaran, pero como siempre había ocurrido, su madre no estaba allí para aliviarle el dolor. La voz que la había engañado sobre Aisha se apagó y la inmensa tristeza disminuyó, haciéndola sentir débil y herida.

El camino de regreso al hotel fue largo y cuando Nana la saludó con un arrebato de entusiasmo, su desánimo no disminuyó lo más mínimo.

“Justo salía a buscarte. ¿Qué pasa Gabriela?”

“Nada.”

“Ah. ¿Estás segura, *cariño*? Ven a almorzar conmigo junto a la piscina. Podemos charlar o quizás un baño pueda ayudar.”

No tenía hambre, pero la idea de remojar su cabeza en agua para enfriar el ardor que sentía en los ojos no era tan mala. “Vale.”

Nana cogió su bolso. “Ponte el bañador.”

Gabi hizo lo que le dijo y se dirigieron a la azotea a través de la recepción del hotel, donde Nana insistió en informar a todos los miembros del personal sobre sus planes para el almuerzo. Siempre era muy sociable y parecía que al personal le encantaba prestarle atención. El recepcionista al que Gabi casi había agredido cuando pensó que a Nana le había pasado algo arrancó una flor morada del jarrón que había sobre el mostrador y se la entregó a Nana.

“Si hay algo que podamos hacer usted, por favor, no tiene más que preguntar,” dijo.

Gabi siguió a Nana hasta el ascensor y se cruzó de brazos.

“¿Te gustaría ir una noche a un espectáculo de flamenco? ¿En el Sacromonte? Eso te animará,” dijo Nana mientras el ascensor se ponía en marcha.

“Si quieres.” Gabi observó cómo se iluminaban los números de las plantas. No quería ir al Sacromonte. No quería encontrarse con Aisha, por si ésta había cambiado de opinión. No podía pensar con claridad. La barbilla empezó a temblarle. Le costó un enorme esfuerzo no volver a llorar.

“Creía que te había gustado el baile en la plaza,” dijo Nana.

“Y me gustó, pero hay otras muchas cosas que quieres hacer.”

“¿Qué tal una visita a la Alhambra?”

“Está bien.” El optimismo de Gabi se había ahogado en la fuente y su falta de entusiasmo se manifestaba alto y claro. La tristeza que le había provocado pensar en su madre le resultaba confuso. Esa sensación era nueva y su intensidad inesperada, pero no sabía qué hacer para que desapareciera. Respiró hondo y sonrió, aunque el ceño profundo de Nana decía que no la había engañado.

Llegaron a la zona de la piscina y Nana se dirigió al bar para pedir una selección de tapas. Gabi se quitó los pantalones cortos y la camiseta y se metió en el agua. Nadó hasta el fondo y trató de sentarse allí, haciendo todo lo posible para que le reventaran los pulmones. Fue imposible. Contra su voluntad, flotó hacia la superficie y jadeó en busca de aire. El dolor en el pecho había sido causado por ella misma y se sintió más fuerte por haber recuperado el control. Hizo unos largos para desahogarse. Salió de la piscina y se unió a Nana.

“Te he traído una cerveza,” dijo Nana. Tomó un sorbo de su jerez y suspiró. “¿Sabías que esta fue la primera y única bebida con alcohol que tomé antes de escapar a Inglaterra? Me dieron una copa pequeña la última Navidad para celebrar nuestro viaje y nuestra nueva vida. Pedro Ximénez es sin duda el mejor jerez del mundo.”

“¿Echas de menos a tus padres todavía?” preguntó Gabi mientras se secaba. Se sentó junto a Nana y se pasó los dedos por el pelo para peinarlo.

“A veces.”

“Yo echo de menos a mamá,” dijo Gabi. Tomó un sorbo de su bebida y una lágrima se deslizó por su mejilla. La vista de la ciudad, con el telón de fondo de las montañas, era espectacular y debería apreciarla porque este viaje era por el bien de Nana. Pero era difícil cuando la pérdida era tan dura.

Nana tomó la mano de Gabi y se la apretó con cariño. “Fue duro para ti y muy triste que Pamela nunca pudiera verte crecer.”

“Crecer hasta llegar a ser un desastre de persona.”

Nana se enderezó en la silla y se volvió hacia Gabi. Le levantó las gafas de sol y la miró fijamente. “No te atrevas a decir eso. Eres una persona amable, generosa y preciosa y no quiero volverte a oír decir eso sobre ti. Ella te habría amado con todo su corazón.”

Gabi movió la cabeza y se secó las mejillas. “No me di cuenta de cuánto la echaba de menos hasta que vine aquí. Es estúpido.”

“No, *cariño*, no lo es.” Tomó la mano de Gabi. “No esperaba sentirme como me siento al regresar después de todos estos años. Los recuerdos, los sentimientos. A veces llegan cuando no los esperamos. Quizás cuando estamos preparados para afrontar lo que no pudimos en ese momento. Ver las tumbas de mis padres, estar aquí y pensar en Juan, la pérdida es más fuerte y profunda que cuando estaba en Inglaterra, pero también hay mucha alegría y amor.” Señaló a su alrededor. “Si te quedas perdida en tu mente atormentada, te perderás toda esta belleza y sus oportunidades.”

Una segunda cerveza la ayudó a relajarse. Mientras hablaban, había otra cosa que la había estado martirizando desde que visitaron el cementerio. “¿Papá era un espía?” preguntó. ¿Había seguido los pasos de su padre? Eso explicaría su comportamiento y actitud con ella.

Nana suspiró. “No, *cariño*. Creo que tu padre...” Tragó saliva y apretó los labios antes de tomar un sorbo de jerez. “Tu padre pasó sus primeros años con una niñera y en un internado, y luego en la escuela militar.”

“Lo sé, pero ¿por qué es tan distante y siempre está enfadado conmigo?”

“No creo que se sintiera muy cercano con nadie, excepto con Miguel. Me da vergüenza decir que no tenía el modelo que debería haber tenido en un padre, aunque idolatraba a Miguel.”

“¿El abuelo pasaba mucho tiempo fuera cuando era más joven?”

“Sí. Miguel se movía entre Londres y Gibraltar recopilando inteligencia, ayudando a la resistencia con mi padre. Era un buen hombre de corazón. Si pudiera estar en esa situación otra vez, habría cuestionado su decisión de que tu padre fuera a una escuela lejos de casa. Pero en aquel entonces, todo era más difícil para una mujer. La palabra del marido era definitiva. Le debía mi vida a Miguel porque él me ayudó a escapar. No podía avergonzarlo. Sus ideas sobre la educación y la carrera de tu padre ya estaban establecidas, más bien impulsadas por las tuyas propias. La disciplina y la organización eran más importantes para él que cualquier otra cosa.”

“¿Pero no para ti?”

Nana negó con la cabeza. “Las reglas rígidas que sofocan la individualidad y la pasión no están bien. Debería haber estado ahí para mi hijo y no lo estuve. La guerra hizo que mi relación con Hugo fuera difícil, porque mientras él estaba al cuidado de una niñera, yo cuidaba de los hijos de otras personas evacuadas de Londres. Al hacer de madre de esos pobres niños, perdí de vista al mío.”

Nana parecía desanimada y Gabi quería quitarle ese dolor. “Tú eres la mejor Nana que cualquiera podría desear.”

Nana sonrió y se llevó la mano al pecho. “*Cariño*, te amo con todo mi corazón,” dijo, acariciándole la cara. “Eres un alma hermosa y también cometerás muchos errores a lo largo de los años. Sé que debería haberlo hecho mejor con tu padre, y quizás siempre me arrepentiré de ello, pero no puedo cambiar lo que hice.”

“Echar la vista atrás llega un poco tarde, ¿verdad?”

Nana se echó a reír. “Verdad. Pero he revivido muchas veces el momento en que debería haber tomado una decisión diferente. Siento mucho que no fuera el padre que debería haber sido. Es culpa mía.”

Gabi no podía tragar el nudo que tenía en la garganta. Nana había querido hacer las cosas de manera diferente y, por cómo era la vida en aquel entonces, no había podido hacer nada al respecto. Era desgarrador. Se preguntó cómo habría sido su padre si lo hubiera criado su madre en lugar de una niñera y el sistema escolar. Se conmovió por él. “¿Cómo está tu jerez?” preguntó para cambiar de tema y levantar el ánimo.

“*Excelente*.” Tomó un sorbo. “Voy a ver ese apartamento esta tarde, por si quieres venir. Si nos gusta, tal vez los propietarios nos dejen alquilarlo hasta que se complete la venta y después podemos cancelar la reserva de las vacaciones.”

“¿Quieres quedarte aquí para siempre?”

“No lo sé, *cariño*. Aquí me siento como en casa y no lo esperaba. Es como si una parte de mí nunca se hubiera ido y estuviera feliz de reunirse.”

Gabi sintió como si sus emociones hubieran sido absorbidas por un tornado y escupidas en pedacitos. Lo positivo en el horizonte había sido Aisha y la decepción por haber sido plantada resurgió. Suspiró y tomó un sorbo de cerveza. Seguro que debía haber una buena razón para que Aisha no hubiera aparecido, ¿no? “Quizás podría buscar trabajo,” dijo.

“Ya tienes uno. Cuidarme a mí.” Dijo Nana y tomó un sorbo de su bebida.

“Y si sigues tomando muchos más jerez, tendré que llevarte de vuelta a tu habitación.” Gabi se echó a reír. “De todas formas, no puedo ser tu cuidadora con un sueldo si vamos a vivir aquí. Me volverás loca.”

Nana se rió. “Bueno, no vayas a buscar trabajo en un bar. Tú eres mejor que eso.”

Gabi negó con la cabeza. “No estoy cualificada para nada más,” dijo.

“Tonterías, Gabriela.” Nana miró por encima del hombro de Gabi y sonrió. Gabi se dio la

vuelta y se le revolvió el estómago. Se le aceleró el corazón y no pudo evitar sonrojarse.

“Perdón por interrumpir.”

El cabello ondulado de Aisha le caía por debajo de los hombros y la luz del sol que lo atravesaba reflejaba una gama de marrones intensos y rojos castaños. La falda negra le llegaba justo por encima de las rodillas y llevaba tacones más finos y una blusa holgada roja. Informal y cómoda. Era un espejismo que llamaba a todos los sentidos de Gabi. Sintió hormigueos por todo su cuerpo cuando Aisha la miró de arriba a abajo. Se sintió desnuda y vulnerable y deseó que las manos de Aisha trazaran el camino que acababa de tomar su mirada.

Aisha se aclaró la garganta. “Gabi, siento no haber podido venir antes. Tuve que hacer un recado.”

Nana le dio una palmada a Gabi en la mano y se recostó en la silla. “Será mejor que vayas y te cambies, *cariño*. Vamos, vamos.” Dijo sonriendo.

Gabi debería haber protestado. Nana había pedido tapas y le había dicho que la acompañaría a ver el apartamento, pero sabía que sus palabras serían en vano. Y lo último que quería era pasar la tarde con Nana cuando podría estar con Aisha.

Aisha dio un paso adelante y le tendió la mano. “Usted debe ser la Nana de Gabi. Soy Aisha.”

Nana tomó la mano de Aisha entre las suyas y Gabi casi podía ver los pensamientos de Nana mientras ésta sonreía.

“Es un placer conocerte,” dijo Nana. Miró a Gabi y frunció el ceño. “¿Qué haces ahí sentada todavía cuando esta preciosa jovencita te está esperando?”

“*Una hermosa mariposa*,” le dijo Aisha a Nana.

Si Gabi se sonrojaba más, explotaría con el calor.

Nana dio unas palmaditas a la mariposa plateada prendida a su vestido. Lo había llevado puesto todos los días desde que salieron de Inglaterra. “*Me gusta mucho. Es mi favorito*. Tengo una nieta con mucho talento,” dijo.

Aisha sonrió a Gabi. “Te esperaré en recepción,” dijo.

Gabi agarró sus pantalones cortos y su camiseta.

“Ha sido un placer conocerte,” dijo Nana.

“Igualmente.” Dijo Aisha y se dirigió hacia la puerta.

Uno de los camareros llegó con una pila de platos haciendo equilibrios sobre varias partes de su brazo y Gabi se quedó mirando la comida y luego a Nana. Había una fila de platos en la barra, todos seguramente para ellas. Maldijo en silencio.

“Vete,” dijo Nana, haciendo señas con la mano para dar mayor énfasis. Miró hacia la puerta por la que había salido Aisha. “Ahora es un buen momento para que disfrutes.” Observó las tapas, miró a Gabi y sonrió. “Vete, vete.”

Gabi besó a Nana en la frente. “Te quiero.”

Nana no le hizo caso y se comió una gamba en un pincho. “Delicioso.”

Gabi corrió hacia su habitación y se vistió. Quizás comprar un apartamento aquí sería una genialidad porque eso querría decir que podría ser amiga de Aisha. No la conocía bien, pero no la había abandonado. Aisha había tenido la intención de ser fiel a su palabra, a diferencia de lo que Shay había sido alguna vez, y solo habían sido una serie de circunstancias lo que le había impedido ir a la plaza. Su corazón se había acelerado cuando la vio en la piscina y ese sentimiento no podía haber surgido de la nada. Si existía el amor a primera vista, Gabi lo había sentido cuando vio a Aisha bailar esa primera noche y en la incomodidad cuando tomaron café. No podía estar segura porque la línea entre el amor y el deseo se mezclaba y ya se había

equivocado antes. Bueno, se estaba adelantando y necesitaba calmarse. Temblaba por dentro mientras se dirigía a la recepción.

12.

El olor intenso de las cebollas crudas, el humo espeso de los cigarrillos y los repugnantes olores a grasa frita comenzaron a disiparse gracias al aire que entraba a través de las estrechas aberturas en la parte superior de las ventanillas del autobús. Gabi se tragó el último bocado de tortilla que le había costado comer desde que se habían subido al autobús. Se recostó en su asiento, agradecida por estar sentada junto a la ventanilla ante la insistencia de Aisha de que se sentara allí, y miró a través del cristal rayado. Estos asientos estaban reservados para niños, aunque por estar sentada tan cómodamente junto a Aisha valía la pena este viaje tan desagradable.

El autobús pasó por la que Aisha dijo que era la calle principal del Sacromonte, donde los turistas venían a experimentar el flamenco tradicional, aunque el mejor flamenco tenía lugar en sus casas, más arriba de la colina, una noche después del trabajo. El autobús continuó hacia las colinas por una carretera cada vez más estrecha y sinuosa. Tomaron una curva cerrada con gran fuerza y la tortilla bailó flamenco con el ácido en el estómago de Gabi. Si hubiera sabido lo que implicaba llegar al taller de Matías, habría sugerido esperar hasta que hubiera hecho la digestión.

“Esa es la Alhambra,” dijo Aisha. “Tienes que visitarla en algún momento.”

Señaló desde el centro del autobús hacia la fortaleza de piedra rojiza que estaba frente a ellas. Gabi percibió un perfume a vainilla y cerró los ojos para apreciar plenamente la dulzura y calidez que evocaba.

“Los poetas la llamaron ‘una perla engastada en esmeraldas’ porque destaca entre el bosque de olmos ingleses que la rodea.”

“Los ingleses llegamos a todas partes.” Gabi sonrió y dirigió su atención hacia los árboles de color verde oscuro que poblaban densamente los alrededores del palacio. La vista se completaba con un fondo de azul oscuro que se elevaba desde las colinas. “Es bonito.”

“Sí, sí que lo es. ‘Verde que te quiero verde’”, dijo.

“Nana dijo eso también antes. ¿Tiene algún significado especial?”

“Significa todo. Lorca escribió muchos poemas sobre la pasión y el amor. Era el Poeta Gitano. Es uno de mis favoritos.”

A Gabi le encantaba cómo hablaba Aisha, llena de admiración y entusiasmo, y con una certeza que ella quisiera tener. “Nunca leo poesía. Para ser honesta, suspendía en el colegio.”

“La poesía es el lenguaje del amor. Tengo una colección pequeña de libros. Aprendí inglés leyéndolos. Podría enseñarte la mejor librería de segunda mano que hay aquí.”

Gabi asintió. No le gustaba leer pero iría a cualquier sitio si eso significaba poder pasar tiempo con Aisha. “Me encantaría.”

“Mañana. ¿En la cafetería a las diez y media?”

Gabi sonrió. “¿Me vas a introducir en la poesía?”

Aisha sonrió también. “Sí. Ojalá hubiera podido conocer a Lorca. Mi *abuela* lo hizo. Los ancianos se sentaban con él muchas noches y hablaban y escuchaban.” Miró a su alrededor y se acercó a Gabi. “Fue asesinado por las fuerzas nacionales durante la Guerra Civil Española.”

“También asesinaron a mis abuelos.” Gabi respiró hondo cuando Aisha se apoyó en su brazo. La guerra fue cruel y las familias de ambas sufrieron a manos de las autoridades.

“Los guardias civiles eran malvados,” dijo Aisha.

Gabi los había evitado en la calle. Con sus uniformes y gorras verdes, con armas al costado, estaba segura de que las usarían con gusto ante la más mínima excusa. “Aquí todavía dan miedo,” dijo.

“¿Pasa lo mismo en Inglaterra?”

“No. La policía normalmente no lleva armas y no patrulla las calles como hace aquí. Por lo menos no donde yo vivo. Es un pueblo tranquilo y uno siente más seguridad que miedo.”

“Eso suena bien.”

“Supongo.” Sonrió.

“Aquí todavía te arrestan sin haber hecho nada malo.”

Eso borró la sonrisa de sus labios. La idea era repugnante. Se quedó mirando las casas encaladas que diferenciaban el barrio de otros en la ciudad y se preguntó si Nana había conocido a este poeta o a la abuela de Aisha. Las casas parecían menos cuidadas, más sucias y más grises vistas de cerca, y contrastaban con el oscuro de los olmos ingleses. Había una carga importante en esta historia de la que ella, de alguna manera, era producto y, por más que pareciera una tontería, no podía quitarse la sensación de que ella misma se había visto afectada por esa historia.

“Casi estamos ahí,” dijo Aisha.

El autobús disminuyó la velocidad y el aire en el interior volvió a convertirse rápidamente en una mezcla de olores que le recordaba a Gabi todas las razones por las que nunca había comido pescado y patatas en la tienda habitual allá en su pueblo. Luchó contra el impulso de llenar sus pulmones, aunque deseaba desesperadamente realizar una respiración profunda. El autobús se detuvo lentamente y no pudo bajarse lo bastante rápido.

“Bienvenida al Sacromonte,” dijo Aisha.

Gabi se dobló por la cintura y respiró hondo unas cuantas veces. Sintió la mano de Aisha sobre su hombro y se levantó lentamente. “Lo siento, un poco mareada por el viaje,” dijo.

“Estás pálida.”

“Estaré bien.” Respiró más profundamente varias veces más. “Solo necesitaba un poco de aire. No me siento bien ir en transporte público.”

Una columna de humo gris las rodeó cuando el autobús continuó su viaje y Gabi tosió después de respirar una bocanada de ese humo.

Aisha caminó hacia lo que parecía un enorme huerto de hortalizas y otro de árboles frutales al otro lado de la carretera. Arrancó algo del suelo y volvió. “Toma.”

“Menta.”

“Te ayudará.” Aisha comió un poco.

Gabi inspeccionó las hojas en busca de suciedad e insectos, se las metió en la boca y las masticó. Estaban húmedas y con un ligero sabor. Le aclaró la cabeza sorprendentemente rápido.

“Te calmará el estómago.”

“¿Es albahaca lo que huelo?”

“Sí. Cultivamos todo lo que necesitamos. Hierbas, verduras, fruta. Las gallinas deambulan por aquí. Tenemos ovejas y cabras en las laderas y ganado en los campos. Eso es manzanilla,” dijo Aisha señalando la flor silvestre. “Y rosa violeta y castaño.”

Mientras caminaban, el paisaje descubría los secretos de las vidas de estas personas, un mundo creado gracias al trabajo de generaciones que habían allanado su camino. Podrían prosperar fácilmente sin las trampas comerciales que Gabi había llegado a considerar normales, cosas a las que había intentando, sin lograrlo, dar significado. Ahora sus pulmones estaban llenos de nuevas fragancias y la vista era inspiradora. Su estómago se había calmado después de su experiencia en el autobús, pero mirar a Aisha lo cambió todo de nuevo. Tenía ganas de bailar.

“Por aquí,” dijo Aisha.

Un pequeño cobertizo de madera en un campo, frente a la puerta roja que daba a una de las cuevas, captó su atención. Matías salió del cobertizo y se quedó mirándolas con las manos en las caderas. Sus mejillas se sonrojaron cuando se acercaron.

“Bienvenidas,” dijo. “Aisha me dice que te gusta hacer joyas.” Se llevó la mano al corazón. “Será un placer enseñarte todo esto.”

Era gentil y amable y su pasión parecía ser el reflejo de la belleza natural que le rodeaba. Gabi se conmovió por ello. “Muchas gracias a los dos.”

“Aisha, tengo unos anillos de boda muy bonitos para que los veas,” dijo mientras las llevaba al taller.

Aisha se echó a reír. “Se lo diré a Conchita.”

¿Quién es Conchita? Gabi recordaba vagamente el nombre del día del mercado pero no estaba segura del contexto porque, en cuanto vio a Aisha, se olvidó de todo lo que había sucedido antes. ¿Anillos de boda? Matías se echó a reír. Les dio la espalda para abrir la puerta y Gabi se sintió como una cobra bajo el hechizo del encantador de serpientes. Matías se giró y Aisha le sonrió, rompiendo el hechizo. Entraron y la emoción hizo que le hormigueara todo el cuerpo.

“Te va a encantar,” dijo Aisha.

Otra oleada de hormigueo confirmó que Aisha tenía razón. Gabi iba a disfrutar viendo el taller. El interior era estrecho y oscuro y faltaba lo que Gabi habría considerado maquinaria esencial, como una máquina de fundición o un eje flexible. Había tenido suerte de poder usar un lugar para hacer sus piezas en su pueblo, cortesía de su amiga Issa, el padre de su novio era orfebre. Era un milagro que Matías pudiera crear algo en estas condiciones. Sus ojos se adaptaron lentamente a la tenue luz y notó que la superficie de trabajo estaba impecablemente limpia.

“Es pequeño,” dijo Matías. “Pero lo tengo todo aquí. Mira.” Se agachó bajo la superficie y abrió un cajón, de donde sacó una bandeja delgada. Encendió un flexo y colocó la luz sobre la bandeja. Retiró la tela de seda para dejar al descubierto las joyas. Los cierres de oro eran de tono claro, muy pulidos, y en cada uno había una gema pequeña. Visto en conjunto, se podían ver las flores silvestres, los capullos y las hojas verdes del terreno, y eran más brillantes y puros que las vidrieras que Gabi había admirado en las ventanas de las iglesias por las que había pasado. Esmeralda oscuro y zafiro, amatista de color morado intenso, rubí rojo sangre y citrino ardiente. Eran preciosos y le encantaría combinar los colores y hacer algo con ellos que capturara el paisaje de aquí.

Gabi se inclinó hacia la bandeja. Al otro lado había una selección de pulseras y cadenas de oro, cada una perfectamente elaborada y diferentes de manera sutil en forma, tamaño y patrón de los eslabones. Extendió la mano e inmediatamente la retiró, temiendo manchar su belleza con las huellas de sus dedos sudorosos.

“No muerden. Por favor, míralas de cerca.”

“Son preciosas,” dijo Gabi.

“¿De verdad?”

“De verdad.”

“Sí que lo son,” dijo Aisha.

Gabi cogió el brazalete en forma de hélice y lo observó detenidamente. Quedaría precioso en la piel bronceada de Aisha. Lo devolvió a su lugar con cuidado y con manos temblorosas. “Son tan delicados.”

“Son más fuertes de lo que parece,” dijo Matías. “Por favor, coge algo. Es un regalo.”

Gabi retrocedió un paso. “No puedo.”

“Sería un placer para mí,” dijo.

“¿Harías algo más por mí?” preguntó Gabi.

“Si puedo.”

“¿Me enseñarías cómo hacer esto?” preguntó señalando la cadena de hélice.

Matías sonrió. “Sí. Vuelve el miércoles, una semana después del mercado, a las seis de la tarde.”

Gabi se metió las manos sudorosas en los bolsillos y sonrió. “Genial. Gracias.”

Matías se echó a reír. “Y quizás tú puedas devolverme el favor,” dijo.

“Lo que sea,” dijo Gabi.

“Convince a Aisha para que me permita diseñar sus anillos de boda.”

Gabi miró de uno a otra. Tuvo la sensación de que todo se movía más lento y giraba en espiral, la habitación se volvía más oscura y escuchaba el eco de sus risas de fondo. Las mejillas de Matías eran un claro reflejo del evidente afecto que sentía por Aisha. Los ojos de ella brillaban mientras reía. Gabi permaneció quieta, sin palabras. *Por favor, no dejes que eso sea verdad.*

“Cuando llegue ese momento, te prometo que acudiré a ti,” dijo Aisha.

Matías cogió el paño, lo colocó sobre las joyas y devolvió la bandeja a su lugar. Las invitó a tomar té de manzana y galletas caseras y entraron en su casa. La cueva era modesta, con un espacio habitable que incluía una zona para la cocina con una pequeña estufa de leña y un fregadero. El baño estaba en un bloque exterior y lo compartía con los demás ocupantes de las casas de esta fila, dijo. Las paredes de piedra eran de color crema, cálidas, y una única lámpara se alzaba orgullosa en un rincón detrás de un sillón de cuero rojo. La única decoración de la habitación era un marco dorado de filigrana en la pared al lado de la silla que tenía la imagen de una mujer con un vestido verde largo. Gabi no había visto nunca una casa tan pequeña ni tan poco decorada. Se preguntó quién sería la mujer y si la casa de Aisha sería similar. La hospitalidad sincera y la amabilidad natural de Matías le daban al lugar una sensación cálida y hogareña que la decoración por sí sola no podía lograr y no tenía prisa por irse.

“¿Dónde vives?” preguntó Gabi mientras regresaban a la parada de autobús.

“Más arriba de la colina.” Dijo Aisha señalando otro grupo de cuevas que hacían de viviendas.

“¿Te vas a casar pronto?”

Aisha se echó a reír. “No.”

Caminaron una al lado de la otra y sus pasos acompañaban el coro nocturno de los pájaros. Gabi no quería hacerle la siguiente pregunta por si era demasiado personal, pero no podía no hacerlo, ¿no? “¿Quién es Conchita?”

“Mi hermana. Tiene diecisiete años y está prometida a García, que también tiene diecisiete. Se van a casar dentro de unas semanas.”

“Son muy jóvenes.”

Aisha miró a Gabi y suspiró. “Bailamos jóvenes y nos casamos jóvenes. Es nuestra forma de vida.”

A Gabi no le gustó el escalofrío que le recorrió la espalda. No se sentía lo suficientemente mayor para casarse y tenía veintiséis, mucho menos a los diecisiete. “A esa edad todavía eres un niño.”

“Exactamente.”

Caminaron en silencio. La siguiente pregunta obvia le rondaba la cabeza como una bola en una máquina de pinball. Rebotó en el cartel que decía ‘No preguntes’, pasó por el que decía ‘No, en serio, no preguntes’ y se balanceó sobre el botón que, dependiendo de la dirección en la que cayera la pelota, le abriría una puerta o la cerraría firmemente. “Y tú no te has casado joven,” dijo. Vale, no era una pregunta, más bien una declaración. La opción más suave.

Aisha se la quedó mirando fijamente y el hormigueo volvió a recorrer su piel.

“No.”

Gabi quería callarse pero no podía contenerse. Ella quería casarse algún día, con la mujer adecuada, y necesitaba saber qué pensaba Aisha sobre el tema, por si acaso. “¿Quieres casarte? Ya sabes, ¿más adelante quizás?”

Aisha miró hacia la colina desde la que venían. “Sueño con casarme con alguien a quien ame con todo mi corazón.”

Alguien, no un hombre. La distinción era importante, Gabi estaba segura. Se quedaron en silencio en la parada del autobús y Gabi se metió las manos en los bolsillos para evitar tocarla. Dios sabía que quería tocarla. Aisha miró en la dirección por la que llegaría el autobús.

“¿Tienes una familia grande?” preguntó Aisha.

“No, solo mi nana y mi padre. Él está en Inglaterra.”

“¿No tienes hermanos, ni hermanas, ni primos?”

“No que yo sepa.”

Es posible que Nana tuviera más perlas de su historia escondidas de las que aún no le había hablado. Pero si tuviera parientes lejanos en España, Gabi no tendría ni idea de por dónde empezar a buscarlos. Además, como no los distinguiría de Adán y Eva, tampoco tenía ganas de empezar a buscar.

“¿Y tu madre?”

“Murió cuando yo tenía tres años.”

Aisha tomó la mano de Gabi. “Lo siento.”

Gabi se quedó mirando la mano de Aisha envolviendo la suya. La calidez hizo que la pérdida no resultara tan dura. “Descubrieron que tenía cáncer de mama cuando estaba embarazada de mí. Rechazó cualquier tratamiento hasta después de que yo naciera y para entonces ya fue demasiado tarde.”

“Fue muy valiente.”

Gabi observó las lágrimas en los ojos de Aisha. Se sintió aliviada cuando la desesperación que la había sorprendido antes no apareciera de nuevo, solo un vacío y un poco de dolor. “Sí que lo fue. No la recuerdo en absoluto pero, aún así, la echo de menos. ¿Tiene eso sentido?”

“Una madre es importante. No puedo imaginarme estar sin la mía. Creo que tú también eres valiente.”

Gabi negó con la cabeza. “¿Cómo puedo echar de menos algo que nunca he tenido?”

Aisha entrecerró los ojos. “El amor, por supuesto.”

“¿Qué quieres decir?”

“Sabemos lo que es amor. Está en nuestro corazón. El amor de una madre debería estar ahí, y si no está, sabemos que nos falta.” Aisha la abrazó. “Lo siento mucho por ti.”

Gabi inspiró vainilla y cerró los ojos. No quería que su tiempo juntas llegara a su fin, pero tendría que terminar. Y así fue, y fue demasiado pronto, porque podría haber llorado más tiempo y sentirse reconfortada. Hubiera sido mejor que regresar al hotel. Se deshizo del abrazo y miró hacia la colina para evitar la mirada de Aisha, que, irremediabilmente, la haría llorar de

nuevo. “¿Y tu familia?”

“Está Conchita, por supuesto.” Aisha puso los ojos en blanco. “Mi madre, mi padre, mi abuela, nueve primos, demasiadas tías y tíos como para seguirles la pista, aunque lo hacemos, por supuesto. Vivimos cerca unos de otros. Y nuestros vecinos también son como familia.”

“Debe ser bonito tener una gran familia.”

Gabi se consideraba una persona sociable por naturaleza, pero no estaba acostumbrada a las multitudes, sobre todo cuando se trataba de reuniones familiares. Solo habían sido su padre y Nana desde que tenía uso de razón, e incluso entonces, la contribución positiva de su padre a la dinámica familiar era cuestionable. No le había gustado la sensación de soledad que había experimentado en el cementerio sabiendo que, en realidad, solo quedaban ella y Nana. En una familia grande, siempre habría alguien a quien recurrir, alguien con quien sentirse más cercana, alguien para abrazarte cuando lo necesitaras.

Los labios de Aisha se torcieron en las comisuras y su sonrisa desapareció en un profundo suspiro. “Mi familia lo es todo para mí,” dijo.

“A ver que lo adivine. Todos se meten en los asuntos de todos, hay grandes fiestas donde todos acaban borrachos y hay muchas discusiones fuertes.”

Aisha se echó a reír. “Exactamente así.”

“Suenan divertido.”

En el silencio sonaron los gorjeos de los pájaros.

“¿Te gustaría ver los palacios de la Alhambra en algún momento?” preguntó Aisha.

La oferta tuvo un efecto musical, iluminando cada célula de su cuerpo. “Iba a ir con Nana,” dijo.

“¿Por qué no me dejas ser tu guía? Quizás el lunes por la mañana. Tengo colegio por la tarde.”

“¿Colegio?”

“Ayudo a algunos de los niños más pequeños de nuestro pueblo. No es un colegio exactamente. Tal vez podrías venir en algún momento y enseñarles cómo hacer joyas. Les encantaría.”

Gabi frunció el ceño. No se veía capacitada para enseñar nada a niños.

“Pulseras sencillas de hilo y cuentas,” dijo Aisha. “Tienen entre cinco y ocho años.”

Vale, eso podría hacerlo. Le tendió la mano. “Trato hecho,” dijo, y cuando Aisha se la tomó, no la soltó hasta que el autobús apareció a la vista.

Se sentó en la parte de atrás para poder ver a Aisha subir la colina. No podía esperar hasta la mañana siguiente para ir a la librería. Cuando el autobús tomó la siguiente curva, se le revolvió el estómago y miró por la ventanilla para tranquilizarse. Dios, cómo odiaba el transporte público. Pero usaría el autobús en cualquier momento si eso quería decir que Aisha iba a estar sentada a su lado.

13.

Gabi vio a Aisha esperándola fuera del café y el corazón se le aceleró. Cuando Aisha la saludó con un beso en la mejilla, se puso colorada y tembló. Se metió las manos en los bolsillos y la miró, sintiéndose como una adolescente y casi sin palabras. “Hola.”

“Hola.” Aisha se frotó las manos, parecía tan nerviosa como ella.

“Llegas pronto,” dijo Gabi.

Aisha le tendió un paño de algodón que envolvía algo pequeño. “He hecho esto para ti.”

Gabi retiró la tela y se encontró con una galleta en forma de cubo. Se lo llevó a la nariz y lo olió. “Huele bien.”

“Pruébalo.”

Gabi mordió el exterior crujiente y descubrió un centro blando. La ralladura de limón estalló en su lengua. “Mmm, increíble.”

Aisha miró su reloj y paseó la vista por la calle. La sonrisa con la que había recibido a Gabi se desvaneció y fue reemplazada por un ceño fruncido. “Vamos, es por aquí.” Aisha se puso en marcha a buen ritmo y Gabi se aligeró para alcanzarla. “No me puedo quedar mucho tiempo, tengo que regresar,” dijo.

El limón se volvió amargo en su boca. Esperaba que pudieran pasar la mañana en la librería y quizás almorzar juntas. Tal vez había molestado a Aisha pero no se le ocurría nada que hubiera hecho para ofenderla y la gente no traía regalos si estaba enfadada. Pero había algo que no iba bien. “¿Va todo bien?” preguntó.

“Sí.”

Su mirada esquiva mientras hablaba no era muy convincente. Aisha aceleró el paso y llevó a Gabi por una serie de calles adoquinadas. Entró en una tienda con un escaparate de muebles antiguos, relojes viejos, botellas de vidrio que parecían sacadas del jardín trasero de alguien y un puñado de libros cuyas cubiertas estaban descoloridas y marcadas.

El olor a madera y cera le golpeó los sentidos cuando entraron. La habitación estaba repleta de adornos y muebles grandes y objetos difíciles de identificar que ella habría tirado a la basura en vez de darles espacio en la casa. Pero le hablaría a Nana de este lugar porque seguro que ella podría pasarse horas aquí buscando cosas. Siguió a Aisha hasta la parte trasera de la tienda, donde la pared sostenía tres estantes de libros. Los libros cubrían el suelo debajo de las estanterías, apilados en montones hasta la altura de las rodillas. Aspiró el olor a papel viejo, a roble mohoso y a cuero. Le recordaba un poco a la oficina de Nana en casa, solo que más desorganizado.

“Hola Aisha.”

El hombre de detrás del mostrador que las recibió parecía mayor que las antigüedades del escaparate. Su largo cabello gris le daba apariencia de mago, lo que parecía apropiado en esta tienda, donde se necesitaría algo de magia para saber dónde estaba todo.

“José, esta es mi amiga Gabi. Hemos venido a mirar libros.”

“Sabes dónde están mejor que yo,” dijo y se rió.

“Necesitas organizarte.”

“¿Y arruinar la alegría de descubrir cosas nuevas? Me alegro de que hayas venido. He encontrado algo para ti.” Empezó a buscar entre los libros del suelo.

Gabi miró los títulos en un estante. *Jardinería para todas las estaciones* se apoyaba en el *Diario de Ana Frank*, que a su vez se apoyaba en *Una breve historia de la humanidad*. Había tebeos en francés y una guía de Granada en inglés que probablemente estaría ya en desuso. Esa alegría de descubrir de la que hablaba le llevaría horas si buscaba un título específico.

“Aquí está,” dijo y limpió la cubierta del libro de tapa dura que había encontrado antes de dárselo a Aisha.

Aisha jadeó. “Gabriela Mistral está aquí.”

Gabi miró por encima del hombro. “¿Quién es?”

“Era una autora latinoamericana. Ganó un Premio Nobel por su poesía. Esto es increíble. Gracias.”

José sonrió. “Sabía que lo agradecerías. Es una recopilación de algunos de los poetas más importantes.”

La puerta de la tienda se abrió y José se disculpó para atender al nuevo cliente.

Gabi observó a Aisha hojear lentamente las páginas, moviendo los labios como si saboreara las palabras. Era sensual y fascinante. Los ojos de Aisha se entrecerraron, tragó saliva, suspiró y se llevó la mano al corazón. Gabi quería besarla. “Te gusta la poesía de verdad,” dijo con voz emocionada.

Aisha sonrió. “Me abre los ojos.” Aisha miró a José. “Cuando era niña, solía venir los sábados, cuando mi madre venía a la ciudad y le ayudaba a apilar y clasificar los libros. José me ayudó a aprender a leer cuentos y luego poesía. Las palabras lo son todo. El amor, la pérdida, el sufrimiento, la pasión, el odio y la alegría. Todo lo que sabemos o podemos soñar se puede capturar en tan solo unas pocas líneas. Es cautivador y emocionante. Me da esperanza. Hace que mi corazón duela y cante.” Suspiró. “Me hace darme cuenta de que no estoy sola en mi forma de sentir,” dijo en voz baja.

Gabi tenía tantas ganas de abrazarla que la tensión de contenerse era insoportable. “¿Cómo sientes?”

Aisha le sostuvo la mirada con expresión pensativa. “Confundida. Atrapada.”

Gabi puso su mano sobre su brazo. Aisha miró hacia donde José estaba hablando con el cliente. Gabi la soltó, confundida porque ayer ella la había consolado cuando esperaban el autobús. “Si quieres hablar de algo,” dijo.

Aisha pasó el dedo por la portada del libro. “Tal vez algún día aprenda a escribir correctamente y pueda expresar mis sentimientos con palabras.”

Gabi se metió las manos en los bolsillos. “Creo que deberías.”

Aisha cerró el libro y suspiró. “¿Alguna vez sueñas con una vida diferente?”

Gabi negó con la cabeza. “Estaría bien ganar la lotería. Desearía que mi madre no hubiera muerto y haber prestado más atención en el colegio, pero eso es más bien echar la vista atrás.”

Aisha la miró fijamente. “Eres afortunada.”

Gabi sonrió. “Quizás es simplemente que me falta imaginación.”

Aisha negó con la cabeza. “No. Tú tienes opciones.”

“¿Tú no?” Se le puso una bola en el estómago cuando Aisha la volvió a mirar fijamente. No había querido ser frívola pero Aisha estaba seria. Las diferencias entre sus vidas eran enormes y no había tenido respeto por los desafíos a los que Aisha se había enfrentado ya.

“No como tú,” dijo Aisha.

“Pero a ti te gusta vivir aquí, ¿no?”

“Amo Granada, amo a mi familia y amo bailar. Pero nuestras leyes son estrictas y no somos libres para elegir cómo vivimos o a quién amamos.”

Eso explicaba la tensión que se palpaba entre ellas en los momentos en que había otras personas cerca. “Mi padre se volvió loco cuando besé a una chica,” dijo, esperando que eso animara a Aisha a hablar abiertamente.

Aisha bajó la cabeza y pasó el dedo por la portada del libro.

“Tenía ocho años.”

Aisha sonrió.

“Habíamos hecho un muñeco de nieve juntas. Ese fue mi primer beso,” dijo Gabi encogiéndose de hombros.

Había terminado como uno de esos momentos de tic tac mirando el reloj de pie. Papá le había gritado a Nana, diciéndole que Gabi estaba fuera de control y que necesitaba ver a alguien, aunque Gabi no sabía a quién debía ir a ver ni por qué. “Se puso furioso y nunca me ha aceptado tal como soy.”

Aisha suspiró. “Es importante recibir la bendición de los padres.”

Gabi negó con la cabeza. “Para mí no. No estamos muy unidos y él no va a cambiar su actitud, así que no tiene sentido que pierda el tiempo luchando por algo que él no está dispuesto a dar.”

Aisha apretó el libro contra su pecho. “A mí me gustaría tener la bendición de mi madre.”

Gabi se preguntó cómo habría sido intentar tener la aprobación de su padre. Eso la habría vuelto loca, y, de todos modos, era demasiado terca para pedirle nada. Solo porque fuera su padre, no quería decir que ella tuviera que tener su permiso o aceptación sobre la forma en que vivía su vida. “Si el progreso dependiera de actitudes como las de mi padre, no cambiaría nada jamás.” Si así era como vivía Aisha, no es de extrañar que se sintiera atrapada.

“Se trata de respeto. Y saber que cuentas con su apoyo hace que las cosas sean menos aterradoras.”

Gabi se dio cuenta de cuánto la había ayudado el apoyo de Nana, especialmente defendiéndola frente a su padre y pudo identificarse un poco con lo que Aisha estaba diciendo. “Supongo que sí. Yo tengo la bendición de mi nana.”

Aisha se giró y pasó el dedo por el lomo de los libros de un estante. “Sí, sí que la tienes.”

Gabi esperaba que Aisha hubiera hablado más, pero hablar de la necesidad de la aprobación de los padres desvió la conversación y calmó la atmósfera. “¿Tienes que trabajar más tarde?”

“Sí, tengo que hacer recados. Tengo que llevar comida a algunos de los ancianos que no pueden salir de sus casas. Tengo que hacer pan y recoger hortalizas.”

“Haces que me sienta muy vaga. Yo no tengo nada que hacer y tú trabajas a todas horas.”

Aisha le sostuvo la mirada y respiró hondo. Gabi creyó que iba a decir algo pero no lo hizo. Quería preguntarle a quién quería amar, pero se volvió hacia el estante, sacó un libro y lo dejó a un lado. El momento se perdió.

“¿Vendrías conmigo a tomar una copa?” preguntó Gabi.

Aisha negó con la cabeza. “No puedo. Tengo que volver a casa.”

“Quiero decir en algún otro momento.”

Aisha sonrió. “Me encantaría.”

“¿Mañana?”

Aisha negó con la cabeza. “No sé cuándo.”

Gabi se sintió decepcionada. Si por ella fuera, vería a Aisha todos los días. No bastaba con saber que habría una próxima vez. No quería que este tiempo terminara y no con esta sensación de una conversación sin terminar. Quería pasar tiempo a solas con Aisha, tenerla cerca

sin que ella mirara por encima del hombro todo el tiempo, como si la estuvieran observando.

“Pero aún puedo enseñaros a ti y a tu nana la Alhambra, si quieres,” dijo Aisha sonriendo.

Gabi le sostuvo la mirada y la calidez volvió a su expresión. “Me gustaría mucho eso.” Gabi se llevaba consigo al hotel una sensación de claustrofobia que la hacía sentir tensa, vulnerable y confundida. La sensación de estar siendo observada y de que estaba haciendo algo mal lo empeoraba. Miró por encima del hombro, se metió las manos en los bolsillos y salió. No podía imaginarse vivir día tras día deseando algo que no podía tener. Aisha, que bailaba con intensa pasión y sentía el lenguaje de los poetas, era creativa, inteligente y amable, pero estaba encerrada en un mundo que le quitaría todo eso y más al no permitirle elegir cómo quería vivir y a quién amar. Aisha amaba Granada, a su familia y bailar. Gabi no estaba segura de lo que significaba todo eso pero no le sorprendía que Aisha se sintiera confundida y atrapada. Solo con escucharlo, también se sentía así.

14.

Aisha ignoró las continuas y repetidas llamadas de su madre y se sentó a la sombra del manzano y continuó dibujando con el trocito de carbón que había rescatado de las cenizas del fuego de la noche anterior. Había mantenido la imagen oscura para que cualquiera que lo mirara pudiera ver una escena o una impresión de su propia creación. Había capturado la esencia de sus sentimientos por Gabi con trazos largos y amplios y los toques más ligeros separaban la frustración, profundamente arraigada en ella, que había representado a través de manchas gruesas, oscuras y amenazantes en forma de nube. Lo levantó y lo estudió, lo giró noventa grados y luego otros noventa. Necesitaba más trabajo, pero mirar los largos trazos hizo que se le acelerara el corazón.

“Aisha.”

Su madre estaba hinchada de furia y casi ocupaba toda la entrada. Le hizo un gesto con urgencia, aunque Aisha no veía ningún fuego que hubiera que apagar. “Ya voy,” dijo, aunque no hizo ningún esfuerzo por darse prisa. Se colocó el cuadro bajo el brazo, guardó el carbón en el bolsillo del vestido y se dirigió a la casa.

“¿Qué pasa contigo? Te llamo y ahí estás, haciendo la vaga como si no hubiera trabajo que hacer.” Se dio la vuelta y entró, dirigiéndose adonde Conchita revolvía cera derretida en la estufa. “Tenemos velas para hacer para la boda. Conchita necesita tu ayuda. Y yo tengo que recoger verduras.”

Aisha suspiró cuando su madre salió. La vio cruzar la calle cojeando y entrar en el campo, dando pasos más lentos y cuidadosos de lo que Aisha recordaba. Por lo menos podía caminar y vivía, que era más de lo que podía hacer la madre de Gabi. El vacío que había sentido consolando a Gabi mientras le hablaba de su madre seguía ahí cuando pensó lo que Gabi se había perdido. Aunque la naturaleza controladora de su madre era irritante a más no poder, no podía imaginar cómo habría sido su vida sin ella. Y todavía tenía fe en que su madre alguna vez la escucharía, bajo las circunstancias adecuadas, si Aisha reuniera el coraje para hablar con ella y contarle la razón de por qué no quería casarse con un hombre. Pero no se trataba solo de su madre, ¿no? También estaba su padre y los demás del pueblo, que seguro tendrían algo que decir al respecto. Cuando Gabi le contó la reacción de su padre cuando besó a una chica, Aisha supo que ella nunca tendría la bendición de su padre.

No había querido dejar la librería con tanta prisa, pero le había mentido a su madre sobre adónde iba y le preocupaba que la vieran y su madre se enterara. No debería haber estado tan distante con Gabi porque quería hablar más con ella. Pero estar tan cerca había resultado incómodo, así que se quedó callada. Ojalá tuviera la suficiente valentía para ir a tomar una copa con ella sin preocuparse por las consecuencias. Quería ir. Quería ser libre. Quería ser como Gabi.

Fue a su habitación, trazó con los dedos la imagen que había dibujado con ternura y lo metió debajo de la cama junto con el carboncillo. Terminaría el boceto en la intimidad de la noche. Solo era una imagen, un sueño, y nunca les permitiría que le prohibieran soñar. Intentaría pensar en una manera para que la escucharan. Tenía que hacer algo o se moriría.

Conchita dejó de remover la cera y le sonrió, como si hubiera estado esperando su regreso. Miró la cadena que llevaba alrededor del cuello.

“¿Qué es eso?” preguntó Aisha, sabiendo que su hermana quería que le preguntara.

Conchita tocó la cadena y se puso a bailar. “Es un regalo de boda anticipado de García. ¿No es lo más bonito que has visto nunca?”

Tenía esa apariencia alegre y soñadora que Aisha asociaba con estar enamorada, libre y despreocupada. “¿No es suficiente con que te vaya a dar un anillo?” Aisha se arrepintió de lo cortante de su respuesta, y cuando Conchita dio un paso atrás y volvió a ocuparse de la cera, no pudo mirarla. Se le contrajo la garganta y se puso la mano sobre los labios. No estaba enfadada con su hermana. Estaba celosa.

Los hombros de Conchita se movían al ritmo de sus sollozos mientras removía la cera.

Aisha se acercó a ella y miró fijamente la pared que tenían delante. “Lo siento. No quería ser tan brusca,” dijo, y le pasó el brazo por los hombros a su hermana.

Conchita se deshizo de ella, se volvió y la fulminó con la mirada. “No puedes estar feliz por mí, ¿verdad?”

Aisha bajó la cabeza y pasó la mano por la superficie de la mesa. “De verdad que sí, Conchita. Lo siento.”

Conchita vertió la cera en doce moldes redondos pequeños para velas. Sus movimientos eran bruscos y le temblaba la mano, derramando la cera sobre la mesa. Maldijo a Aisha.

Aisha tomó el cucharón de su mano y lo dejó a un lado. La abrazó y la besó en la coronilla. “Lo siento. No quería hacerte daño.”

Conchita se alejó de ella. “Siempre nos haces daño, Aisha.”

Aisha tragó saliva para evitar un comentario duro. No era culpa de su hermana que ella tuviera una vida vacía, que quisiera estar con una mujer y no con un hombre, y que, por todo eso, ella se sintiera prisionera de unas reglas que poco a poco le estaban quitando la vida.

“¿Por qué estás tan indiferente a todo siempre? Ya casi no hablas con nosotros.”

“Trabajo mucho y muy duro para todos nosotros,” dijo Aisha.

“Trabajas mucho y no estás presente. Tu cabeza siempre está en otro sitio, en un lugar mejor. Eres una de las nuestras pero no estás con nosotros.”

El corazón de Aisha latía con fuerza y le dolía la garganta de ira y decepción. Si no fuera por el dinero que Aisha ganaba bailando, vivirían prácticamente en la pobreza, como muchos otros. “Tú no tienes ni idea de lo que pasa por mi cabeza ni en mi vida.”

“Porque no dejas entrar a nadie, Aisha. ¿Cómo podemos saberlo? ¿Cómo podemos ayudarte a ser feliz?”

La fuerza del argumento de Conchita hizo que Aisha diera un paso atrás. Su hermana pequeña ya no era una niña. Era una mujer joven que veía la lucha de Aisha por encontrar la felicidad y quería ayudar. ¿Pero cómo podía confiar en su hermana? Incluso aunque se tomara bien su secreto, lo cual no creía posible, la pondría en una situación difícil dentro de la comunidad. Tendría que mentir a sus padres y a su futuro marido. Se convertiría en otra parte silenciosa de la vida secreta y encerrada que vivía Aisha y eso, al final, la haría infeliz, como le había sucedido a ella misma. “No puedes ayudarme. Nadie puede. Esto es algo que tengo que arreglar por mí misma.”

Conchita se secó las mejillas y salió de la habitación. Aisha cogió el cucharón y continuó haciendo las velas.

Su madre entró en la casa y puso la cesta de las verduras sobre la mesa. “¿Dónde está tu hermana?” preguntó.

“Descansando,” dijo, y se quedó mirando la olla.

“Bien. Necesito hablar contigo.”

Se le revolvió el estómago. Siguió agitando la cera, lentamente y con determinación, para

controlar el temblor que empezaba a sentir en los dedos y dar tiempo a que su voz no temblara al hablar, porque se notaría si hablaba demasiado pronto. “¿Sobre qué?”

“Estuviste en el taller de Matías el martes.”

No había duda de que su madre se enteraría de la visita y se alegró de no haber mentido en eso. Nada era sagrado en el pueblo. Aisha se inclinó más cerca de los moldes y trató de mantener toda su concentración en las velas, pero era imposible con el estómago revuelto y sabiendo lo que vendría después. Volvió a remover la olla de espaldas a su madre. “Sí.”

“¿Quién era la mujer con la que estabas?”

“Una amiga.”

“Nadie la reconoció. No es del pueblo.”

“No.” Aisha se alejó de la estufa. Tenía que ser fuerte y mantenerse firme sin parecer a la defensiva o culpable. No tenía nada de qué avergonzarse y nadie iba a impedir que volviera a ver a Gabi. Era una amiga y Aisha quería conocerla mejor. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz y no estaba preparada para renunciar a ello, aunque sabía que probablemente debería hacerlo. Se sentía atraída por Gabi de la misma manera que se había sentido atraída por Esme, y eso era algo que necesitaba ocultarle a su madre. Contuvo el aliento y se estiró, agarrando con fuerza el cucharón en su mano. La cera goteó al suelo. Parecía como si a su madre se le hubiera metido una abeja en la nariz.

“¿Es de Granada?”

“No.”

Mama arrugó la nariz. “¿Española?”

“Sí.”

Su expresión se suavizó, como si fuera a sonreír. No lo hizo. “¿Dónde en España?”

La situación habría resultado más divertida si a Aisha no le importara, pero precisamente porque le importaba, era desalentador. Su madre nunca le había preguntado sobre la única persona que realmente le había importado porque Esme había sido una de ellos y la conclusión natural siempre fue que una gitana solo tenía ojos para un gitano.

Pensar en Gabi delante de su madre la ponía nerviosa, pero si se mostraba evasiva, la curiosidad natural de su madre se convertiría en sospecha y entonces la observaría más de cerca. “Está de visita con su abuela, vienen de Inglaterra. Su abuela nació aquí y vivió con su familia hasta que escapó de la guerra. Los padres de su abuela fueron asesinados por Franco. Ha vuelto para presentarles sus respetos en el cementerio. Probablemente conozca a algunos de los ancianos de aquí. Gabi es su acompañante, para asegurarse de que no le pase nada.” Recitó la información que le había contado Gabi en el tono más relajado posible y añadió un pequeño detalle para ayudar a dirigir el pensamiento de su madre. “Gabi...”

“¿Gabi?”

“La mujer que llevé a ver el taller de Matías. Nos conocimos en su puesto del mercado. Hace joyas y quería ver algún trabajo auténtico y real. El suyo es el mejor y él le va a enseñar.”

Mama enarcó las cejas. “¿Ah, sí?” dijo, en un tono mitad incredulidad, mitad intriga, o alguna combinación de ambas. Aisha no se decidía. Había omitido intencionadamente detalles importantes como que Gabi hubiera visto sus actuaciones, dándoles una gran propina, o que había tomado café con ella, o que había ido a la librería, porque esas cosas no eran para compartir con nadie. Esas cosas eran solo para ella. Si su madre se enteraba de eso, respondería a las preguntas según surgieran, pero, hasta ese momento, decir poco era lo mejor.

“¿Y dices que su abuela nació y creció aquí?”

“Sí.”

Mama se rascó la cabeza. “Mm. Quizás deberíamos invitarlas a que vengan. A lo mejor la abuela conoce a esta abuela.”

Aisha abrió los ojos como platos. El alivio dio paso a un poco de euforia, que luego quedó opacado por algo parecido al miedo. Se secó las gotas de sudor de la frente. Sentía la aspereza del cucharón contra la palma de su mano y lo dejó a un lado con cuidado. El olor de la cera empezó a causarle náuseas. “Sí.” Se sirvió un vaso de agua y se lo bebió todo de un trago, pero todavía se sentía mareada. Su madre notaría el cabello corto de Gabi y su forma de vestir y no le gustaría. “Se lo puedo preguntar,” dijo.

“Excelente. Pregúntales si les gustaría venir a celebrar la Fiesta de Santiago en julio, cuando todo el mundo estará aquí. Bueno, ¿cómo van las velas? Necesitaremos trescientas para poner en la calle durante las celebraciones.”

Aisha trabajaba lo más rápido que podía. Soltó un largo suspiro. La fiesta estaba a unas semanas. Le daría tiempo para que estos sentimientos se aplacaran. Removió la cera y llenó un segundo molde. La ansiedad desapareció cuando su madre charló animadamente sobre los arreglos de la boda de Conchita, incluido un carruaje y seis caballos para la novia.

Aisha solo pensaba en Gabi. ¿Qué pensaría de la casa de Aisha? Hizo una mueca al pensar en lo pequeña que era, podía parecer estrecha o acogedora. La oscuridad podía relajar los ojos cansados o ser deprimente. El ambiente fresco, un alivio al calor del verano o un frío que revelara los temores ocultos de Aisha.

Observó a su madre lavar las verduras. Debe ser fácil ser ella, la abuela y las demás ancianas. Vivían sin expectativas de que el mundo cambiara y a su alrededor, así era. Su satisfacción se sostenía en mantener su status quo. Ningún deseo que les manchara ni les volviera locos. El cambio no solo les asustaba, les aterrorizaba y no era bienvenido, porque la vida funcionaba como debía, tal y como estaban las cosas. Excepto para la vieja María, la mujer que todos suponían que había perdido la cabeza porque no había tenido hijos. La incapacidad de una mujer para ser madre contagiaba el alma, decían los mayores mientras se santiguaban, como siempre hacían. Todo lo que no estaba contemplado en las leyes gitanas, estaba en manos de Dios, y había que temer ambas cosas.

Sacó otro lote de velas de los moldes y los dejó a un lado para continuar endureciéndolas y reajustar el molde con mechas y cera nueva. Echó otro bloque de cera en la olla y lo removió hasta que se ablandó.

“Me gusta verte disfrutar,” dijo Mama. Dobló un paño y lo guardó en el cajón. Se acercó a Aisha, le rodeó la cintura con el brazo y la besó en la sien. “¿Cómo van las cosas con Nicolás?”

Aisha empezó a remover la cera con más fuerza. “Mama, no me quiero casar.”

“Aisha, no seas tan despectiva. Por supuesto que sí. Tienes que hacerlo.” Apartó un mechón de cabello suelto del rostro de su hija. “*No quieres ser solterona, Aisha.*”

Aisha prefería ser una solterona a esposa, si tuviera opción. La sonrisa de su madre se puso rígida. Su insistencia se refería a la necesidad, no a la pasión o al amor. No importaba que eso rompiera el corazón de Aisha. Lo importante era que el acto del matrimonio de Aisha traería un gran alivio a la familia. Seguro que su madre lo veía, ¿no?

“Es un buen hombre y podrías hacerlo mucho peor. Pedro se ha acercado a tu padre para preguntarle sobre tus intenciones. Está ansioso por salir contigo.”

Aisha se estremeció. “Pedro golpeaba a su última esposa.”

Mama frunció los labios. “Estás haciendo esto imposible, Aisha. Cuando la gente piensa que hay algún problema, atrae a los que tienen una historia. Solo queremos lo mejor para ti y lo mejor se está acabando. Pedro trabaja mucho y tiene casa propia. Hay hombres peores.”

“Tiene dos hijos y querrá más.”

“No hay nada más hermoso que los niños, Aisha.”

¿Avergonzaría a su familia por no tener hijos o no casarse? Sabía que la respuesta era sí. En todos los sentidos, era culpable. Pero el amor no debería venir acompañado de una culpa como esta. Se movió hacia el centro de la habitación para crear distancia entre ambas, derrotada por la insistencia de su madre. Se pasó los dedos por el pelo. En su mente, los gritos agarraban los barrotes de la jaula en la que estaba atrapada, pero necesitaba mantener la calma y darse más tiempo para adaptarse. Negó con la cabeza. Nunca tendría suficiente tiempo para acostumbrarse a casarse con un hombre. “Pensaré más detenidamente en Nicolás,” dijo.

“Le diré a tu padre que hable con Pedro y le explique que planeas comprometerte pronto.” Mama sonrió. “Estoy muy emocionada por ti, Aisha. Serás muy feliz.”

Aisha volvió a la estufa y agitó la cera con fuerza. La rabia hacía que la presión en su cabeza subiera mientras la cera cedía al calor.

Haría las velas hasta que no quedara más cera que fundir. Se iría a su habitación y dibujaría, pensaría en Gabi y en el paisaje verde y húmedo de su casa y en los olmos ingleses. La vida es de color verde. “*¿No ves la herida que tengo desde el pecho hasta la garganta?*” Una sola línea resumía cómo se sentía. Un día reclamaría su vida y encontraría liberación al dolor que padecía. Un día sería libre.

15.

La mañana del lunes no había llegado lo bastante rápido. Había pasado la mayor parte del tiempo desde que había visitado la librería preocupándose por Aisha, si estaba bien, si *ellas* estaban bien, qué estaba haciendo. Se había esforzado por frenar su irritación por no poder ver a Aisha, pero fracasó estrepitosamente. Había caminado kilómetros por la ciudad pero, aún así, no pudo quitarse de encima la sensación de inquietud. Era ridículo, porque ellas no formaban un *ellas*. Aunque Gabi sentía que había algo entre ellas y había sentido el cambio de humor en Aisha como si se le hubiera cerrado el corazón. Había pensado mucho en sus caminatas y decidió que la dejaría ir si tuviera que hacerlo. Así que el fin de semana había pasado como cuando era niña que volvía a mirar del reloj de pie. Tic, sin saber, y tac esperando a descubrirlo. Un sentimiento de malestar por su decisión de dejar ir a Aisha había dado paso a la secreta esperanza de que la próxima vez que se vieran, Aisha volvería a ser como Gabi pensaba que era y entonces, quizás, podría dejar de intentar proteger su corazón con falsas declaraciones de que podía alejarse de ella.

Había leído algunos de los poemas gitanos de Lorca, una y otra vez, sobre el amor y la luna. No lo entendió todo, pero quedó cautivada por las imágenes que creó con sus palabras y descubrió cómo los gitanos habían vivido y muerto a manos de los guardias. No había sido una lectura alegre ni fácil, pero había sentido el poder de la poesía que Aisha había descrito. Lorca había sido asesinado por la guardia civil por ser homosexual. Era horrible y una inquietud se aferró a su estómago al preguntarse si este tipo de persecución todavía se perpetuaba en la cultura de Aisha, por parte de su propia gente, contra ella. Había sido difícil dormir después de eso.

Y ahora, mientras esperaba en la parada del autobús, una sensación de emoción y anticipación la invadían.

Nana había insistido en usar el transporte local para llegar a la Alhambra, a pesar de que Gabi prefería que tomaran un taxi. Nana se apoyó en su bastón con una mano y con la otra se subió las gafas de sol más arriba de la nariz. “Necesitamos vajilla para el apartamento,” dijo.

Gabi sonrió.

Habían aceptado la oferta por el apartamento de dos habitaciones y los propietarios acordaron que podrían alquilarlo hasta que se completara la venta. Habían cancelado el alquiler para pasar las vacaciones y se mudaban al apartamento el viernes. “¿Necesitamos algo más?”

“Iré al mercado a comprar hierbas y especies esta semana. Tenemos que empezar a alimentarnos nosotras mismas otra vez.”

“Tener comida casera de nuevo va a ser genial.” Gabi agradeció la suave brisa que eliminaba las quemaduras del sol. “Hoy va a hacer mucho calor,” dijo.

Nana miró al cielo. “¿Te has puesto crema solar?”

Gabi se rió. “Sí, ¿y tú?”

“Por supuesto.”

Gabi se agarró del brazo de Nana. “¿Conociste alguna vez a Lorca?” preguntó.

“¿Por qué lo preguntas?”

“He leído algunos de sus poemas. La abuela de Aisha lo conoció y me preguntaba si tú también. Quizás la hayas conocido a ella también.”

“Lo vi una vez. Qué hombre más inteligente. Nos sentamos alrededor del fuego mientras él leía.” Dejó escapar un suspiro. “Juan estaba tan emocionado que fue corriendo hasta mi casa y tiró piedras contra la ventana de mi habitación para despertarme. Me escapé. Federico entusiasmaba a todo el mundo, menos a los nacionalistas, claro.”

“¿No tenías miedo de que te descubrieran?”

Nana puso sus manos juntas sobre el regazo. “Era joven y la emoción valía la pena. Cuando mis padres se enteraron, me impidieron ver a Juan, por supuesto.” Se rascó la barbilla. “Era inteligente y rápido, nunca nos pillaron. Por eso era el mejor cazador de ratas.”

Gabi frunció el ceño. “¿Cazador de ratas?”

“Todos los niños y los jóvenes cazaban ratas. Necesitaban comer.”

“Eso es asqueroso.”

“No cuando te mueres de hambre, *cariño*. Para algunos, era la única proteína que tomaban. Una vez robé cordero de nuestro frigorífico y se lo di a Juan. Culparon a uno de nuestros sirvientes y perdió su trabajo. Nunca más volví a robar carne pero sí le daba huevos, queso y arroz cuando podía.”

“¿Comiste rata?”

“Sí.”

Gabi se estremeció de nuevo, preguntándose si sabía a algo parecido a pollo o ternera.

“Su madre me invitó a comer con ellos. Era un gesto de agradecimiento por la comida que les había dado. No habría sido de buena educación rechazar su generosidad y, además, yo habría hecho cualquier cosa por estar con Juan.”

“¿Veían bien que Juan y tú estuvierais juntos?”

Nana negó con la cabeza. “Ellos le insistían en que se casara con una chica del pueblo y estoy segura de que lo hizo después de que yo me fuera. Hablamos de estar juntos, pero si la guerra no nos hubiera separado, no tengo dudas de que la guardia civil lo habría hecho. Sus padres querían que dejara de verme pero desconfiaban de que yo, por venganza, lo mandara matar.”

La tortilla que Gabi había tomado para desayunar se le revolvió en el estómago. Llegó el autobús y se subió a él. Con la espesa nube de humo de tabaco, el intenso olor a perfume y el olor a aceite de pescado pasado de tiempo, el estómago se le revolvió aún más. Tragó el ácido y se dirigió a un asiento junto a la ventana. Nana dio los buenos días alegremente a todos por los que pasaba antes de sentarse junto a Gabi.

“¿Te gusta esta chica?” preguntó Nana.

“Sí,” dijo Gabi mientras miraba por la ventana.

Nana se arregló la blusa por la espalda y se acomodó con el bastón entre las piernas y las manos sobre su regazo. “Es gitana.”

“Sí.” Gabi no quería hablar sobre todos los desafíos a los que tendrían que enfrentarse si estaba juntas. Era demasiado pronto para pensar en eso, aunque ya había pasado por todos esos tormentos durante todo el fin de semana y no había encontrado ninguna respuesta. Deseaba que el autobús acelerara para poder tomar un poco de aire antes de que el huevo cuajado de la tortilla no apareciera de manera inesperada.

“¿Le gustas tú?”

“Creo que sí,” dijo.

“Vino al hotel a buscarte.”

“Es una chica agradable y amable. Eso no quiere decir nada.”

“Vi cómo te miraba. Le gustas.” Nana le dio unas palmaditas en la rodilla. “Sé que te han

hecho daño antes, *cariño*. Puede ser difícil volver a confiar tu corazón en manos de otra persona, pero si no lo haces, siempre habrá una sombra donde debería brillar una luz. Amar y sentirse amado es haber vivido.”

Nana había florecido desde que habían llegado, como si hubiera vuelto a nacer en su hogar natural. “Juan era el elegido, ¿verdad? No el abuelo.”

Nana lo había insinuado en su conversación en el río, pero Gabi no había apreciado la profundidad de sus sentimientos por Juan hasta que ella comenzó a darse cuenta de los suyos por Aisha. Debió haberle roto el corazón alejarse de él.

“Siempre fue Juan.” Miró a Gabi y sonrió. “Y siempre lo será. Mantuve su lugar en mi corazón en secreto durante muchos años, pero nunca olvidé cómo me sentía al ser amada por él. Y ahora puedo arreglar las cosas. Puedo hablar de él. Era guapo y valiente, gentil y amable. Lo echo muchísimo de menos.”

El autobús se detuvo junto a la entrada del palacio de la Alhambra. Gabi vio a Aisha, vestida con vaqueros y una camisa blanca de manga larga, con las mangas arremangadas hasta la mitad del brazo, dejando al descubierto sus brazos bronceados y una pulsera de hilo multicolor alrededor de la muñeca. Su sonrisa irradiaba pura alegría y Gabi sintió un gran alivio al comprobar que la conexión entre ellas seguía ahí, y la luz en su corazón de la que Nana hablaba parecía más brillante. Su estómago burbujeaba como un sorbete y casi tropezó mientras luchaba por coordinar sus pies en un acto tan simple como era caminar. Podría ser una locura pensar que estaba enamorada de Aisha porque apenas se conocían, pero la forma en que le dolía el corazón por su preocupación por Aisha y la calidez y confusión de sus sentimientos, era demasiado bueno como para ignorarlo. Le decían que algo importante estaba ocurriendo.

Aisha le sonrió a nana. “Hola,” dijo.

Nana la abrazó y le dio un beso en cada mejilla. “Llámame Estrella.”

El corazón de Gabi empezó a latirle con fuerza al pensar en besar las mejillas de Aisha, y cuando ésta se volvió hacia ella y le dijo “Hola”, pensó que se iba a desmayar por el horno que se había encendido en su interior. Aisha se acercó a ella, la tomó por los hombros y la besó en las mejillas. Todo sucedió en un instante, dejando a Gabi débil y conteniendo la respiración. Gabi la miró sin pestañear, sus mejillas cálidas por el contacto, e inhaló el perfume de vainilla que revoloteaba a su alrededor. “Hola,” dijo.

Aisha entrecerró los ojos y le dedicó una media sonrisa, luego dirigió su atención a Nana. “¿Qué tal si empezamos por el Patio de los Leones?”

“Me pregunto si es tan formidable como lo recuerdo,” dijo Nana y se puso en marcha.

Será precioso, pensó Gabi, porque todo le parecía precioso en este momento. Incluso los trabajos de renovación mal hechos parecían emocionantes y brillantes.

“¿Has estado muchas veces aquí?” preguntó Aisha a Nana.

“Unas cuantas, con Juan. Buscábamos oro y plata en el río con el sueño de hacer fortuna y huir juntos.”

“Eso es muy romántico,” dijo Aisha, sonriendo.

“Eso creía yo.” Se tocó el relicario que llevaba alrededor del cuello. “Quién sabe, tal vez hizo fortuna en algún momento de su vida.”

“Es un relicario muy bonito,” dijo Aisha.

Gabi no había visto nunca esta pieza en la extensa colección de Nana y eso que había visto sus joyeros muchas veces cuando era niña.

“Me lo dio Juan.”

“Debió haberte amado mucho,” dijo Aisha, miró a Gabi y sonrió.

“Nos amábamos, hace mucho tiempo.”

“Eres afortunada,” dijo Aisha.

“Lo era.”

“Aquí está, la Fuente de los Leones,” dijo Aisha, llevándolas al patio.

Gabi miró fijamente la luz abovedada en el techo delante de ellas, los marcos dorados en forma de panal, los azulejos con dibujos simétricos y las paredes con dibujos de filigrana. Los leones que rodeaban la fuente estaban desgastados y se veía claramente dónde los trabajos de reparación estaban bien hechos y dónde no. A sus ojos, no era nada especial, pero era magnífico gracias a Aisha. Aisha era increíblemente hermosa, deseaba estar a solas con ella. Quería besarla, abrazarla, hablar con ella.

“Los leones son un símbolo de poder, fuerza y soberanía,” dijo Nana.

“Sí,” dijo Aisha.

A Gabi le encantaba el acento de Aisha, le encantaba todo de ella.

“En el pasado se pensaba que los sistemas hidráulicos que producen el agua de la boca de los leones eran un misterio. Tanto es así, que incluso se escribió un poema sobre ello.”

Otro poema no.

“Todavía está aquí,” dijo Aisha señalando un lado de la fuente.

“Magnífico,” dijo Nana.

Mientras Nana se inclinaba para mirar la inscripción en la pared, Aisha miró fijamente a Gabi y se subió las mangas de la camisa todo el brazo. La tela volvió a bajarse. Juguetó con el cuello de su camisa y se mojó los labios. ¿Por qué su mirada de vulnerabilidad parecía estimulante, aterradora y tentadora? Gabi se rió entre dientes mientras Aisha volvía a subirse las mangas de la camisa y se volvían a caer.

“Me gustaría descansar aquí un momento,” dijo Nana, levantándose. Se sentó junto a la fuente y cerró los ojos.

Aisha se volvió hacia Gabi. “¿Te gustaría caminar un rato junto al río?”

Nana abrió un párpado. “Excelente. Dadme media hora y estaré lista para seguir.”

Nana inclinó la cabeza en dirección al sol, ahora con ambos ojos cerrados. Su pecho subía y bajaba con respiraciones breves y lentas. La edad se le notaba más cuando estaba descansando, con la boca hacia abajo y la mandíbula relajada. Gabi, asegurándose de que Nana estaba bien, se dirigió hacia el río con Aisha a su lado.

La esencia de vainilla flotaba en el ambiente. Aisha le dedicó una débil sonrisa, que no necesitaba explicación en palabras para que le llegara a Gabi. “¿Has buscado oro alguna vez?” preguntó Gabi.

“Cuando era niña, para divertirme. No creo que nadie haya encontrado nada en años.”

Lejos del palacio y junto al suave silencio del río, Gabi disfrutó del aire, más fresco aquí, de la fusión de fragancias, flores silvestres, pinos, anís y miel. Caminaba muy cerca de Aisha, acompasando sus pasos con la comodidad de una amante y, con el vaivén natural de su ritmo, rozó accidentalmente a Aisha. Una sacudida le recorrió el brazo.

Aisha se sonrojó pero no hizo ningún movimiento para crear espacio entre ellas.

“¿Siempre has querido ser bailaora?” preguntó Gabi.

“Sí.” Aisha se paró, recogió una flor de la orilla del río y se la dio a Gabi.

Los pétalos de color azul oscuro, perfectamente simétricos y delicados como el papel de seda, eran preciosos. Se llevó la flor a la nariz y aspiró el suave aroma a nuez.

“Hace juego con tus ojos,” dijo Aisha. Cogió otra flor y la hizo girar entre sus dedos. “¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?” preguntó.

Gabi miró fijamente el río y pensó en el bar, en su apartamento, que ya no era suyo, y en despertarse junto a mujeres que no conocía en su cama. No tenía planes. Había llegado a este punto guiada por los remolinos de una vida vivida con una leve consideración por las consecuencias y un miedo profundo a estar sola. “No tengo una carrera. Trabajé durante un tiempo en una oficina y lo odiaba. Trabajé en turnos de noche en un bar, así que los días eran míos...”

La mano de Aisha tembló mientras sostenía la flor, mirándola fijamente. Mantuvo la cabeza gacha. “¿Hay alguien especial?” susurró.

Gabi se acercó a Aisha y se le aceleró el corazón. “No estoy con nadie, si te refieres a eso.”

Aisha levantó la vista y rápidamente la volvió a la flor.

Le sentaba bien el sonrojo de sus mejillas y eso hacía que Gabi deseara besarla aún más. “Pero sí hubo alguien antes,” dijo.

Aisha parpadeó, tragó saliva y respiró hondo varias veces. Parecía un poco incómoda, pero no lo suficiente como para dar por terminada la conversación o regresar al palacio.

“Juzgué mal la situación,” susurró Gabi. “Fui una ingenua y salí quemada.”

Aisha asintió. “¿Alguna vez se curan los corazones rotos?”

Aisha parecía haberse encerrado un poco en sí misma y Gabi quería abrazarla desesperadamente.

Aisha suspiró y miró en dirección al río. “*El día hace promesas, la noche deja vacío y frialdad. El corazón se hincha con la marea del deseo y se encoge en las sombras del miedo. El amor, siempre presente y libre. No así para el corazón impuro.*”

“Amor no correspondido,” dijo Gabi.

“Nunca podría haber estado con ella. Creo que ese es el peor tipo de dolor,” dijo Aisha.

Gabi pensó en Nana y Juan. “Creo que tienes razón.”

Se quedaron mirando al río, una junta a la otra. Gabi quería cogerle la mano pero se detuvo, porque una pareja venía en su dirección y así es como tenían que ser las cosas. Esperó hasta que pasaron de largo. “¿Sigues enamorada de ella?” preguntó.

El ruido del río y los pájaros cantando mientras volvían a sus nidos en los árboles llenaron el silencio.

“Siempre tendrá un lugar en mi corazón,” susurró Aisha.

“Así es como debería ser,” dijo Gabi.

Aisha parecía cansada de volver a visitar ese recuerdo. “Nunca he hablado de ella con nadie.”

Gabi retrocedió un paso. Luchó por encontrar las palabras adecuadas ante la enormidad de la confesión. Cuando Shay la dejó, Issa estuvo allí para ayudarla con dos botellas de Chardonnay y un curry extra picante. “Prometo no decir nunca nada,” dijo.

Aisha asintió. “Se llamaba Esme. Éramos mejores amigas. La había amado desde que éramos muy pequeñas. Nunca le dije cómo me sentía, pero se lo imaginó y dejó claro que no sentía lo mismo. Ser lesbiana no es aceptado en nuestra cultura. Se casó con Nicolás y murió hace dos años. Complicaciones en el parto.” Se le llenaron los ojos de lágrimas y le temblaba la barbilla. Se pasó los dedos por el pelo, dio un largo suspiro y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Se las secó. “Todavía me duele el corazón cuando pienso en ella.” Se volvió hacia Gabi. “¿Es normal eso?”

Gabi la rodeó con sus brazos en un sentido abrazo, porque Aisha necesitaba consuelo más que cualquier otra cosa en este momento. “Sí es normal,” susurró y aspiró su perfume. Su

pérdida le apretaba el corazón.

Aisha se separó de ella.

“El amor llena el corazón y la pérdida lo rompe en pedazos. Creo que podemos amar muchas veces y de manera diferente,” dijo Gabi. Por dios, había estado leyendo demasiada poesía. Pero sentía cada palabra y esperaba que Aisha se sintiera reconfortada por ellas.

Aisha negó con la cabeza. “No creo que mi corazón pueda volver a amar de esa manera tan profunda,” dijo.

Las palabras de Aisha se le clavaron en el pecho. Sin esperanzas y desanimada, miró hacia el suelo. “No es fácil dejarlo ir, pero si no lo hacemos, entonces el futuro será solo el pasado revivido una y otra vez.”

Aisha sonrió y asintió. “Tal vez.”

Gabi levantó la flor. “Vamos a pedir un deseo,” dijo, y la arrojó al río.

Aisha arrojó la suya y se echó a reír. Fue como si los últimos minutos no hubieran existido. Gabi observó cómo las flores se alejaban río abajo, sintiendo el pellizco de la admisión de Aisha de que no creía que pudiera volver a amar.

“¿Qué deseo has pedido?” preguntó Aisha.

Gabi negó con la cabeza. “No puedo decírtelo.” Sonrió. “¿Y tú?”

“Lo que siempre he deseado,” contestó Aisha.

Y de nuevo, esa expresión. Esa que decía que sabía lo que quería y quería lo que no podía tener. La intensidad de su mirada hizo que Gabi sintiera un hormigueo en su interior. Se acercó hasta que rozó su camisa con la blusa de ella. La calidez, el aroma y la sensación de pérdida que ambas compartían eran una droga potente de cuyos efectos no podía escapar. No quería alejarse. Quería tocarla y besarla, pero este no era el momento ni el lugar para hacerlo. Aisha estaba tentadoramente cerca. Cerró los ojos y sintió que esa calidez se desvanecía. Los abrió, respiró hondo y sonrió al ver sus mejillas sonrojadas.

Aisha inclinó la cabeza y movió nerviosa las manos a los lados. “Será mejor que volvamos con tu nana.”

“Sí, supongo que sí,” dijo Gabi, y caminaron lentamente de regreso a los leones de cemento en silencio.

Nana acarició los azulejos de cada pared y sumergió su mano en cada fuente por la que pasaban mientras paseaban por los palacios, recuperando lo que alguna vez fueron viejos recuerdos, sueños y deseos. Gabi admiró a Aisha desde todos los ángulos con un suave hormigueo en su estómago y decidió que ella era, sin duda, más excitante, más interesante, en mejor forma y más maravillosa que cualquier cosa que pudiera ofrecer la Alhambra.

“Creo que me gustaría volver al hotel ahora,” dijo Nana.

Gabi se quedaría todo el día si eso implicaba pasar más tiempo con Aisha. Las palabras del poema la perseguían. *Un corazón impuro*. ¿Así era como Aisha pensaba de sí misma? Gabi caminó hacia el autobús con un dolor en el corazón y un deseo de encontrar la manera de cumplir: pasar tiempo a solas con Aisha.

“Tenemos una celebración el veinticinco de julio,” dijo Aisha mientras esperaban en la parada del autobús.

“La fiesta de Santiago,” dijo Nana.

“Sí. Nosotros lo celebramos a nuestra manera. Habrá flamenco. Toda la gente del pueblo estará allí. ¿Os gustaría venir?” preguntó Aisha. “A mi madre le gustaría conocerlos.”

Nana se apoyó en el bastón. “¿Cómo se llama tu madre?”

“Pilar. Pilar Moreno.”

Nana apretó los labios, entrecerró los ojos y movió la cabeza. “No creo que la conozca. Le dije a Gabriela que el mejor flamenco está en el Sacromonte. Sería un placer. Por favor, dale las gracias a tu madre.”

Aisha se volvió hacia Gabi y sonrió. “Empieza a las ocho de la noche.”

Gabi asintió. Faltaba más de un mes. Tenía que ver a Aisha antes de eso o el tiempo hasta entonces sería como cumplir cadena perpetua. La idea de conocer a los padres y a la familia de Aisha la hacía sentir incómoda. La vida de Aisha era dura y ella no era del todo feliz. Estaba atrapada. A Gabi le molestaba la actitud de sus padres con ella y se sentía frustrada porque Aisha no podía hacer nada. Tampoco le gustaba la sensación de impotencia que irritaba su pecho y oprimía su corazón.

Gabi dio un abrazo rápido a Aisha y rozó mejilla con mejilla mientras se despedían.

Aisha abrazó a Nana. “Ha sido encantador verla de nuevo,” dijo.

Nana sonrió, mirando a ambas. “Gracias por el paseo. Estoy deseando dormir una buena siesta cuando volvamos.”

Gabi sonrió. Ella prefería pasar la tarde con Aisha.

“Es muy dulce,” dijo Nana cuando se sentaron en el autobús de vuelta al hotel. “Y preciosa.”

“Sí que lo es.” Dijo Gabi mientras miraba por la ventanilla y sentía la distancia física que las separaba. “¿Por qué no volviste a España antes?” preguntó. Gabi regresaría, pasara lo que pasara, si eso significaba que podía ver a Aisha una última vez.

Nana le dio unas palmaditas en la pierna. “Lo pensé después de morir Miguel, pero nunca encontraba el momento adecuado. No quería ver a Juan con su propia familia. No estaba preparada para dejar ir a mis padres y estaba nerviosa por reabrir esos recuerdos.” Miró hacia los palacios. “Inglaterra era mi hogar y pensé que terminaría mis días allí. Era más fácil así.”

“¿Qué cambió?”

“Me estaba acercando a los setenta y cinco. Si no lo hacía pronto, nunca lo haría. La idea de no volver a ver Granada me inquietaba y ese sentimiento no desaparecía. Tenía que volver para reavivar mi corazón antes de que se me acabara el tiempo. Quiero morir con la felicidad que tenía cuando estaba aquí. Una tontería, supongo. Pero me siento más cerca de Juan y más en paz. Creo que sabes a qué me refiero.”

Gabi tomó la mano de Nana y la apretó. “Sí.” Sintió todo lo que Nana, Aisha, Juan y sus abuelos habían perdido. “No creo que mi corazón pueda volver a amar de esa manera tan profunda,” había dicho Aisha y esas palabras se le atragantaron en la garganta. Pero tampoco estaba preparada para dejarla ir.

16.

Las manos de Matías estaban hechas para la agricultura, aunque trabajaba con la destreza de un pianista consumado. Cortó, soldó y moldeó el precioso metal plateado con facilidad, y cuando terminó, surgió un corte tosco de dos pájaros de la paz unidos por el ala.

Gabi los giró en la palma de su mano. “Es fantástico.”

Cortó otra pieza de metal y la martilleó hasta convertirla en una lámina fina redonda. Enrolló la lámina con cuidado alrededor de un poste de madera en forma de ola y estiró sus bordes para que se tocaran. Comprimió el centro para crear curvas que formaban ángulos rectos entre sí y se movían en direcciones opuestas, como pétalos. Apareció la forma fundamental de la espiral.

Se lo dio a Gabi. “Es muy básico.”

“Es impresionante.”

Se puso de pie y señaló el asiento. “Ahora es tu turno.”

Las manos de Gabi temblaban cuando empezó a trabajar. Sopló sus palmas para quitarse la humedad del sudor. Moldeando y soldando, perdió la noción del tiempo. Frunció el ceño cuando vio la forma en que había quedado el metal. Era basto, pero al menos era un comienzo.

Inspeccionó la forma del pájaro. “Eres buena,” dijo Matías.

“Tengo mucho que aprender.”

“He conocido a otras personas mucho mayores que sabían menos.”

Bajó la cabeza. “Gracias.”

“¿Te apetece un té de hierbas o agua?”

“Nada, gracias.”

“Intenta hacer la espiral mientras salgo un momento.”

“No quiero desperdiciar el...”

“No lo harás,” dijo, y sonrió.

Matías salió del taller y, sin la presión de estar siendo observada, se relajó y empezó a disfrutar. Trabajó lentamente, teniendo mucho cuidado en cada paso del proceso, asegurándose de que la lámina de metal tuviera una profundidad consistente en toda su superficie, estirándola de manera uniforme en sus bordes y presionando con la misma fuerza para crear las dos curvas en ángulo recto entre sí. Parecía una mariposa con las alas recogidas, aunque carecía de los contornos que Matías había creado sin ningún esfuerzo.

Tenía un vago recuerdo de la puerta abriéndose a su espalda y de algo siendo colocado sobre una superficie mientras colocaba la plata en su posición. El jodido metal no se estaba formando como que ella quería. Resoplaba mientras trabajaba. Se recostó en el asiento y miró fijamente la pieza. Una ligera presión sobre su hombro la hizo dar un salto. Se llevó la mano al corazón para sentir sus latidos disparados y entonces registró un perfume familiar. Se volvió hacia Aisha y se rió. “Casi me provocas un infarto.” Sacó la pieza en la que había estado trabajando y la dejó sobre la mesa entre las otras piezas, avergonzada de que Aisha la viera.

“¿Qué estás haciendo?”

“Ah, no es nada.”

“Pues parece algo.”

Aisha se inclinó sobre su hombro y cogió las palomas unidas por las alas que Gabi había hecho. Era demasiado basto para su gusto, pero la calidez de Aisha hizo que sus pensamientos

giraran en una formación más perfecta que la hélice que acaba de intentar ocultar.

Aisha dio un paso atrás y cogió dos tazas de una caja que había al lado de la puerta. “Te he traído tu té.” Le ofreció una taza a Gabi y tomó un sorbo de la suya. “Es menta,” dijo.

Gabi asintió. “Qué agradable sorpresa.”

“¿El té de menta?”

“No. Tú.”

“Quería verte.”

El tiempo que Gabi se había perdido, ese vago recuerdo de la puerta abierta, se iluminó y las puntas de las orejas ardieron cuando se dio cuenta de que había estado siendo observada. “¿Cuánto tiempo has estado ahí?”

Aisha sonrió. “El suficiente para disfrutar viéndote trabajar.”

Aisha se acercó y cogió la pieza en forma de mariposa. “Esto es bueno.”

“Se supone que es una espiral. Nunca he trabajado con...”

“Me encanta lo abstracto. Permite que la imaginación vuele y haya más posibilidades.”

“¿Qué ves tú?”

Aisha lo observó más de cerca. “Libertad. Movimiento. Expresión.”

Gabi abrió mucho los ojos. Nunca antes había pensado en las joyas de esa manera, pero ahora no podía dejar de verlo así, y eso le dio vida a la pieza, a pesar de que todavía le quedaba mucho para que estuviera terminada.

“Si lo giras así, son casi dos corazones superpuestos,” dijo Aisha. Dejó la pieza de nuevo sobre la mesa y miró fijamente a Gabi.

El centro de Gabi palpitaba. “Nos mudamos al apartamento el viernes,” dijo. “¿Te gustaría venir a verlo?”

Aisha dejó de mirarla y Gabi tomó un sorbo de su té.

“No puedo el viernes.”

“¿El sábado?”

Aisha negó con la cabeza. “¿El lunes por la tarde?”

“¿Paella?”

“Me encanta la paella.”

“Nana hace la mejor.”

“Tú tienes su talento.”

Gabi farfulló. “Ja. No estoy yo muy segura de eso.”

“Yo sí.”

El estómago le dio un vuelco. No era tan buena cocinera como Nana, aunque había hecho algunas tortillas españolas a lo largo de los años. Eran perfectas para la resaca. “El lunes entonces.” Arrancó un trozo de papel de un paquete, escribió su dirección y se la dio a Aisha.

Aisha se volvió hacia la puerta cuando se abrió y deslizó la nota en el bolsillo de su falda. Dio un sorbo a su té y sonrió a Matías. “Gracias por el té,” dijo.

“Recién recogido esta mañana y hecho esta tarde,” dijo Matías y se acercó a Gabi. “¿Cómo te ha ido con la espiral?”

Gabi levantó la pieza, con las mejillas más calientes que una plancha de acero. “Es solo un comienzo,” dijo.

“Esto es muy bueno. Muy bueno. Un poco más de presión sobre la madera antes de estirarla te ayudará a mantener la forma que quieres.”

Gabi se secó el sudor del labio.

“Tiene buen ojo,” dijo Aisha.

Matías se volvió en su dirección. “Sí.”

“Estabas buscando a alguien que te ayudara, ¿no?”

Gabi negó con la cabeza.

Matías se frotó la barbilla y frunció el ceño. “Sí.”

“No dudes porque sea mujer, Matías.” Aisha le dio un manotazo en la espalda y se rió. “Las mujeres son iguales a los hombres, ¿sabes?”

Matías asintió. “Sí, sí, lo sé. Ana María era más hábil que yo.”

Gabi frunció el ceño.

“La hermana de Matías,” dijo Aisha.

“Ella era la inspiración en nuestro negocio. Dejé de hacer arte de verdad cuando ella se fue a vivir a Estados Unidos.”

Gabi se preguntó si esa era la mujer de la foto que había en la pared de su casa. “Me encantaría ayudar, si estás dispuesto a enseñarme a usar estas herramientas.”

Matías las miró y se creció en estatura mientras su sonrisa se hacía más grande. “¿Por qué no? Si tienes tiempo.”

“Tengo mucho tiempo. Con una condición.”

Él asintió.

“En todo lo que vendamos, el dinero es para ti y para el negocio.”

Negó con la cabeza. “Tenemos que trabajar como una compañía.”

“Tú me enseñas y yo te ayudaré a hacer las joyas. Yo adquiero nuevas destrezas y tú haces crecer el negocio. Es lo justo.”

“Y tal vez más adelante, cuando todo funcione bien, puedas revisar el plan,” dijo Aisha.

Así estaba de nuevo la mirada de “ella sabe lo que quiere” que hacía que las pocas defensas que le quedaban se resquebrajaran. Matías la miró fijamente y ella se preguntó si él se había dado cuenta del efecto que Aisha tenía en ella. Gabi le tendió la mano. “Trato hecho.”

Matías estrechó su mano y sonrió. “Nunca soñé algo así,” dijo y abrazó a Aisha.

Permanecieron un rato allí de pie, mirándose. Matías levantó el dedo en el aire. “Tengo algunos dibujos que quizás te gustaría ver.” Salió del taller a toda prisa.

Gabi sonrió. “Me acabas de conseguir un trabajo,” dijo.

Aisha atravesó el taller y se inclinó sobre ella. La calidez de su aliento besó su oreja y contuvo la respiración, con el corazón acelerado.

“De nada,” susurró Aisha.

Un escalofrío le recorrió el cuello y la columna, bajó por los brazos y llegó hasta los dedos de los pies. Aisha dio un paso atrás. Gabi gimió en silencio por el deseo que recorría su cuerpo. ¿Se había dado cuenta Aisha?

“Tengo que volver a casa,” dijo Aisha.

Gabi suspiró. “¿Tienes que hacerlo?”

Aisha miró al suelo y luego la puerta. “Tengo trabajo por hacer.”

“Voy a ir a verte el sábado a la plaza.”

Aisha sonrió. “Bailaré para ti.”

“Solo te veré a ti.”

Aisha se rió y movió la cabeza. Gabi no sabía qué quería decir eso porque lo había dicho en serio. Cuando Aisha se fue y Matías volvió demasiado pronto con sus dibujos, su cabeza todavía estaba dando vueltas. El sábado no podía llegar lo bastante rápido.

17.

“Tendremos una boda en primavera. Así no estropeará una ocasión tan especial para tu hermana,” dijo Nicolás.

Aisha se puso la mano en el pecho, donde la opresión era peor que las nubes de tormenta que les acechaban siniestras sobre sus cabezas. La lluvia pasaría rápida, como siempre ocurría en esta época del año, pero el dolor en su corazón se haría más profundo. “No hay prisa por fijar una fecha,” dijo. Su corazón se negaba a pensar en el momento exacto en que terminaría su libertad limitada.

La tomó de la mano mientras caminaban hacia el punto de recogida. “Soy el hombre más feliz del mundo,” dijo.

Aisha soltó su mano y se recogió el cabello, aunque no era necesario. Estaba enfadada con su madre por haber hablado con su padre, quien se había encargado de hablar con Nicolás después de que éste hubiera confirmado las intenciones de Aisha con Pedro. “Por favor, Nicolás, prométeme que no le dirás nada a nadie hasta que se fije una fecha.” Alargó el paso para alejarse más de él. Cuando estaban cerca de otras personas, podía mantener la distancia fácilmente y fingir que esto no estaba sucediendo. Podía olvidar que estaba prometida a él. Se perdería en la música y en el baile para alimentar la vida que le habían arrebatado hoy.

“Mis labios están sellados por tu amor,” dijo, persiguiéndola como un cachorrito mientras caminaba.

Se iba a poner enferma. Parecía menos guapo, aunque había hecho un esfuerzo especial. Su cabello, negro brillante, lo llevaba peinado hacia atrás y sus mejillas mostraban hoyuelos alrededor de su sonrisa. Olía a un perfume dulce y a canela. Su mano, que había estado sosteniendo la suya con suavidad, era cálida. Había logrado, con perseverancia y pasión, atrapar al pájaro asustado y ahora era libre de acariciarlo con ternura. Ella podía soñar todo lo que quisiera, pero no había forma de escapar de la jaula que habían dispuesto para contenerla y controlarla. Tiró del cuello de la blusa e inspiró profundamente, por miedo a desmayarse.

“Tendremos tres hijos. Dos chicos y una chica,” dijo. “A los chicos los llamaremos José y Jesús, como nuestros padres. A la chica, María del Pilar, como nuestras dos maravillosas madres. Será tan guapa como tú y los chicos serán tan fuertes como yo. Bailarán y cantarán, y tocarán música juntos.”

“Eres avaricioso.”

Él se echó a reír. “Quiero lo que todos los hombres quieren, una familia propia. ¿Eso es avaricia o no es la voluntad de Dios bendecir el producto de nuestro amor de esta manera? Quiero que nuestra sangre fluya hacia el futuro. La tuya y la mía juntas, a través de los hijos de nuestros hijos. Serán inteligentes, valientes y apasionados, y nuestra hija tendrá tu espíritu. No les faltará de nada, Aisha. Les daremos el mundo.”

¿Qué sabría él lo que era dar el mundo? Que tuviera que someter a su hija a una determinada vida por su género y reglas que favorecían el pasado lleno de horror de Aisha. Nunca podría hacer algo así y vivir feliz. Quizás, si estuvieran casados durante unos cuantos años y ella no tuviera hijos, sería motivo para que él se quisiera divorciar. Y así nadie la querría y la dejarían en paz. Sola, sí. Siendo compadecida por todo el mundo, quizás. Feliz, no. Tenía que renunciar a cualquier esperanza de alegría o terminaría más loca que la vieja María.

Pensó en Gabi y en cuando estuvieron en el río. Había abierto su corazón porque confiaba

en ella y, aunque no se arrepentía de haber dicho las cosas que dijo, quizás la rapidez de su compromiso con Nicolás hubiera sido más fácil de aceptar si no hubiera abierto la caja de Pandora. Había salido de la Alhambra con la sensación de que había algo entre ellas, y no podía dejar ir el deseo que tiraba de su corazón y excitaba su mente. “Tenemos que concentrarnos en bailar esta noche,” dijo.

“Soñaré con nuestro futuro mientras tú bailas,” dijo Nicolás y cantó mientras esperaban su transporte.

Aisha se sentó en la parte de atrás de la camioneta y cerró los ojos. No podía soportar mirar a ninguno de ellos. Eran hombres honestos. Manuel tenía esposa y dos hijos, Julio tenía tres chicos y la esposa de Francisco estaba embarazada de su primer hijo.

Y todos representaban la vida que ella había llegado a detestar.

Se imaginaba en otro país que no tenía nombre, bailando sola en la calle, el viento agitando su cabello y el frío llenando sus pulmones. Estaría la incertidumbre de si la gente le lanzaría monedas para poder comer por la noche. ¿Dónde dormiría? ¿Dónde haría su hogar? ¿Cómo podría irse sin medios para mantenerse? Sus padres se sentarían a la mesa, en su casa, lamentando su pérdida. Su hermana y su marido bautizarían a su primer hijo. La abuela cosería y les contaría cuentos a los niños. Quitarían sus fotos y las historias para explicar su traición acabarían desvaneciéndose con el tiempo. Los mayores cantarían y bailarían alrededor del fuego como si nada hubiera cambiado, porque para ellos, nada había cambiado.

“Estás temblando, Aisha. Estás enferma,” dijo Julio.

Aisha abrió los ojos. El sudor de su cara se enfrió y le dio escalofríos. Estaba temblando y tenía náuseas. No podía soportar que su familia la repudiara. El precio que le costaría confiar en el amor era demasiado alto y las consecuencias demasiado devastadoras. Si alguna vez reuniera el valor y el coraje para abandonar Granada para estar con una mujer, tenía que estar preparada para no regresar jamás. Tendría que estar segura de que ese amor duraría toda la vida y ser lo bastante fuerte como para soportar el dolor que le dejaría el rechazo de su familia.

Julio se inclinó sobre el frente de la camioneta, donde Nicolás estaba sentado al lado de Manuel. “Aisha está enferma,” dijo.

“Estoy bien.” No tenía fiebre. No se sentía bien, pero no por las razones que ellos pensarían.

“Casi estamos allí,” dijo Manuel.

“Estoy bien. Sigue conduciendo.” Volvió a cerrar los ojos y aisló el sonido y el olor de los hombres que la rodeaban. Dulce Gabi. Cuando se le acercó, Aisha pensó que iba a besarla. Había soñado con la suavidad de sus labios y la ternura de su tacto, y con su cuerpo tocando el de ella. Gabi se le apareció ahora en su imaginación, en el exterior de la jaula, y aunque Aisha estiró los brazos para intentar llegar hasta ella, Gabi era inalcanzable. ¿Por qué se había molestado en pedir un deseo cuando quienes la rodeaban tenían el poder de destruirlo en un instante?

Puede que la música no hiciera cumplir sus deseos, pero calmaría su alma. Bailaría para Gabi, con Gabi en su corazón, y soñaría, porque soñando estaba a salvo.

La furgoneta se detuvo y se abrieron las puertas traseras. Nicolás la miró de arriba a abajo y le tendió la mano.

“Vamos a hacer cantar a esta ciudad.” Aisha salió de la furgoneta y respiró hondo. Sonrió y el ceño fruncido de Nicolás desapareció.

“Estaba preocupado por ti,” dijo.

“No hay nada de lo que preocuparse.” Se dirigió hacia la fuente y el corazón le dio un

vuelco cuando vio a Gabi sentada en la pared, con las piernas extendidas y los pies cruzados por los tobillos.

“Hola,” dijo Gabi.

Aisha sonrió y una calidez y calma la llenaron. “No esperaba verte tan temprano.”

Gabi levantó las manos. “No quería perderme ningún baile.”

Aisha miró hacia la furgoneta. Nicolás se acercaba con su guitarra, detrás de él, los otros con el cajón y el tambor. Deseó poder perderse en la noche con Gabi. “Estaré ocupada hasta tarde,” dijo.

“No te importa que me quede aquí toda la noche, ¿verdad?”

Aisha se rió. “Sería imposible detenerte. Y no, no me importa.”

Gabi se apoyó en la pared y Aisha se sintió valorada y admirada mientras montaban el escenario y empezaban a bailar. Era el sentimiento más maravilloso cada vez que veía a Gabi sonriendo. Adormecía sus pensamientos turbulentos y permitía que sus sueños de amor la liberaran. Y durante esas pocas horas, donde su imaginación encendía cada movimiento, cada sensación que su cuerpo deseaba, supo cómo sería ser tocada por Gabi.

Mientras recogían todas sus cosas, Gabi se acercó. “¿Vienes a tomar una copa conmigo?” le preguntó.

Aisha se volvió hacia Nicolás. Él la estaba observando. Que le jodan. Sonrió. “Nos vamos a Casa Torra.”

Gabi miró a los hombres y luego a Aisha. “Vale, tal vez en otro momento.”

Quizás debería tener más cuidado con Nicolás cerca, pero no estaba lista para darle las buenas noches a Gabi. No había nada malo en tener una conversación con ella, especialmente porque su madre la había invitado a las celebraciones de la Fiesta y sabía quién era, por si acaso a Nicolás se le ocurría decirle algo a mamá. “Nos vemos allí.”

Gabi se metió las manos en los bolsillos, arrastró los pies y miró a su alrededor. “No sé. No quiero estorbar.”

“Sigue la calle, pasando la iglesia.” Señaló Aisha. “Gira la primera a la izquierda y es el primer bar que verás. Es fácil de encontrar. Casa Torra. Nosotros llegaremos pronto. Por favor, di que vendrás.”

Gabi asintió. Aisha miró varias veces a Gabi de manera discreta mientras recogían las cosas.

“¿Quién es esa?” preguntó Nicolás.

Aisha tenía que cortar cualquier tipo de inquisición y solo había una forma de hacerlo. “Es una amiga. Mi madre la ha invitado a ella y a su nana a nuestra casa.”

“¿Por qué?” preguntó, levantando las cejas.

“Porque son buena gente y son de los nuestros,” dijo. Aisha no estaba segura de la verdad, pero Estrella había hablado de haber pasado tiempo con un hombre llamado Juan, buscando oro en el río y lo más probable era que fuese gitano.

Él asintió y dibujó una leve sonrisa.

“Gabi va a venir a tomar una copa con nosotros.”

Él se echó a reír. “No tengo ganas de dejarme enredar en charlas de mujeres. Tengo ganas de celebrar.”

Estaba entusiasmado por su futuro compromiso. La línea que la había separado antes de Nicolás, como amigos, había sido clara. Estando prometida a él, esa línea había cambiado y ella era más responsable ante él. Si se casaba con él, cosa que no tenía intención de hacer, no habría ninguna línea y estaría sujeta a lo que él dijera hasta que la muerte los separara. “Lo prometiste,”

dijo Aisha.

“Nuestro secreto,” susurró, llevándose un dedo a los labios.

Aisha sintió escalofríos al pensar en él. Caminó por la calle pensando en Gabi. La vio cuando entraron en el bar y fue directa a su mesa. Los hombres se dirigieron a la barra, riéndose y hablando y se alegró de poder deshacerse de ellos.

Gabi señaló la copa de Rioja que estaba sobre la mesa. “No sabía qué pedirte.”

Aisha se sentó frente a ella y dio un sorbo al vino. “Gracias.” Se sentía viva con el vértigo que le causaba estar cerca de Gabi y cada burbuja que estallaba la llenaba de alegría.

Gabi sonrió. “Se está bien aquí.” Miró a su alrededor. “Mucha gente, pero...”

“Sí.” Aisha miró para comprobar que los hombres estaban ocupados.

Gabi siguió su mirada. “¿Quién es? El que toca la guitarra.”

“Nicolás.”

“¿Sois familia? Parece muy protector contigo.”

Gabi frunció aún más el ceño y entrecerró los ojos, estaba claro que no le había caído muy bien. ¿Por qué debería? Aisha tenía alguna idea de lo que él diría y la culpa le remordió la conciencia. “Sí.” Tomó un sorbo de su bebida. “Estuvo casado con Esme. Hemos bailado juntos desde siempre. Es como un hermano para mí.” Tomó otro sorbo de vino para calmar la incomodidad que le producía no ser totalmente sincera sobre sus intenciones de casarse con ella. En primer lugar, no importaba lo que él pensara porque no se iba a casar con él y, en segundo lugar, no quería sacar a relucir algo que pudiera asustar a Gabi y que la hiciera huir. Y no era una conversación para tener en este momento ni en este lugar. Aún así, le resultaba difícil mirarla a los ojos sin sentir que la estaba engañando.

Gabi miró hacia él y volvió a fijar su atención en Aisha, tomando un trago de su bebida. Su sonrisa con los labios apretados revelaba la incomodidad que sentía Aisha. Quizás no debería haberla invitado a unirse a ellos. “¿Qué tal tu día?” preguntó Aisha.

“Agitado. Nos mudamos al apartamento ayer, así que he llevado a Nana de compras. La casa venía amueblada, pero le encantan los adornos, así que la llevé a la librería a la que fuimos. Cogió algunos cojines y cortinas del mercado. Dijo que le hacía sentir más como en casa.”

“¿En casa?”

“Sí. No me sorprendería que decidiera quedarse aquí.”

Aisha se recostó en la silla, su corazón latiendo más rápido ahora y con un revoloteo de mariposas de excitación en el estómago. Gabi tenía trabajo con Matías y un sitio donde vivir. “¿Y tú?”

Gabi empezó a hacer círculos con sus dedos sobre la mesa. “Eso depende, supongo.”

Aisha se aclaró la garganta. “¿De qué?”

“De lo que pase aquí. Con el trabajo. No me imagino dejando a Nana aquí sola. Yo también me siento diferente aquí. He conocido a alguien.”

Aisha abrió los ojos de par en par.

Gabi se echó a reír. “Es una chica interesante y sexy, y baila como no he visto jamás.”

Aisha se sonrojó y tomó otro sorbo de su vino. Miró hacia donde estaba Nicolás para comprobar que no la estaba mirando.

La expresión de Gabi la dejó sin aliento. El calor se expandió desde el pecho como una ráfaga de destellos. Al principio era como estar bañada en suavidad y comodidad. El hormigueo en su estómago aumentó y el dolor entre sus piernas era eléctrico y excitante. Se preguntó si la gente podría ver el placer que sentía. Miró a su alrededor y, satisfecha de no haberse convertido en un faro de luz de atracción la atención de todos, respiró hondo. Estaba segura de que Gabi podía

leerle la mente.

“No puedo esperar a que vengas y veas el apartamento. Tiene vistas al río y las colinas. Creo que te gustará.”

“Suenan bien.” Quería mirarla. Quería cogerle la mano. Quería besarla. Se terminó el vino, consciente de que Gabi la estaba mirando y de que Nicolás la vigilaba de cerca mientras hablaba y reía.

“Ven a dar un paseo conmigo,” dijo Gabi.

El calor de la bebida se mezcló con el fuego de su vientre. Se sintió ahogada por los asuntos y el ruido de los que quería escapar. Le sonrió y su expresión se agrió cuando vio a Nicolás acercarse.

Él sonrió. “Buenas noches.”

Gabi asintió. “Hola.”

Se volvió hacia Aisha. “Nos vamos a casa,” dijo.

A Aisha se le revolvió el estómago.

“¿Puedes coger un taxi más tarde?” preguntó Gabi.

Aisha vio cómo el ceño de Nicolás se fruncía mientras miraba a Gabi. Podía imaginarse lo que pensaba de la apariencia de Gabi. No se vestía como ellos, ni se parecía a ellos, ni se comportaba como ellos. Se le hizo un nudo en el estómago. Si no volvía con él, su madre le haría preguntas que no quería tener que responder. No estaba preparada.

“Tenemos una furgoneta, gracias,” dijo él.

Aisha negó con la cabeza y le sonrió. “Daremos ese paseo en otro momento,” dijo y se puso de pie.

Gabi asintió.

Nicolás miró de Aisha a Gabi y sonrió. “Vamos,” dijo y le apretó el brazo.

“Te veo el lunes,” dijo Aisha.

Gabi volvió a asentir.

Aisha salió del bar y, cuando miró hacia atrás, vio a Gabi dirigirse en la otra dirección con la cabeza gacha. Miró a Nicolás y quiso borrarle la sonrisa del rostro. “¿Tenías que ser tan grosero?”

“¿Qué pasa el lunes?” preguntó él.

Quería decirle que no era asunto suyo. “Voy a ayudarles a hacer cortinas para su casa nueva,” dijo y aceleró el paso, adelantándolo.

Permaneció en silencio durante todo el camino de regreso y, sorprendida por algo más que el cansancio, le dio las buenas noches antes de que él pudiera sugerir algo más. Ya en la cama, se abrazó e imaginó que era Gabi quien la abrazaba con fuerza. Cálidas lágrimas acariciaron sus mejillas y ella hizo más fuerte el abrazo. Pensó en volver a ver a Gabi y su mente se calmó, su cuerpo se volvió pesado y se quedó dormida.

18.

“*Mío cariño*, esto sabe delicioso. Un poco más de pimentón y otro poco más de limón al final y quedará *excelente*.”

Nana llevaba puesto un vestido de algodón rosa que había comprado en el mercado, su relicario y su broche de mariposa. Se había aplicado sombra de ojos y colorete, cosa que normalmente no hacía nunca, y se había arreglado el pelo. Estaba elegante y había hecho un gran esfuerzo para lo que Gabi calificó como una cena informal con Aisha. “Siento como que me he dejado algo en la invitación,” dijo, mirando sus pantalones cortos y su chaleco.

“Se me ha olvidado decirte que esta noche voy a salir.”

“¿A dónde?”

“El señor Cortez me ha invitado a una copa.”

“¿Quién?”

“Pablo, el hombre de la casa al final de la calle, con la piscina infinita y los árboles frutales tan bonitos y los olivos.”

Habían visto la casa grande cuando la pasaron mientras paseaban y no necesitaban usar los prismáticos de Nana para admirar la maravillosa vista que había de los jardines de la parte de atrás desde su terraza. Era como la mansión donde Nana había pasado su infancia, por la que habían pasado después de llegar a Granada, aunque era más pequeña, mucho menos pretenciosa y el terreno estaba menos cuidado. Se había imaginado apoyada sobre el borde la piscina con un cóctel en la mano, el agua escurriendo entre sus dedos hasta el infinito, disfrutando de la vista de las montañas. Las tierras alrededor de la propiedad estaban llenas de hileras de cítricos, ciruelas e higos que darían una buena cosecha. Las vides trepaban por las rejas, dando sombra a un extenso patio. Podía ver a Nana disfrutando allí de los jardines y de la compañía.

“He visto a Pablo un par de veces,” dijo Nana. Se aclaró la garganta. “Va a enseñarme su sinensis arancio.”

“Seguro que sí,” dijo Gabi riéndose.

“Es un naranjo dulce. Lo mejor de Granada.”

Gabi no sabía si era sonrojo propiamente o un aumento del calor corporal lo que hizo enrojecer las mejillas de Nana. Era encantador verla feliz y haciendo amigos. “Suena fantástico.”

“Tiene huertos de púncica granatum que me va a enseñar.”

“¿Me estás examinando de griego?”

Nana sonrió. “Es latín, Gabriela. Es dueño de la fábrica local de granadina. Es un hombre muy interesante,” dijo Nana y le dio unas palmaditas en el brazo.

“Pero volverás para la cena, ¿no?” dijo Gabi.

“Oh no, *cariño*. Pablo va a preparar la cena, así que volveré después de medianoche.”

Gabi cerró los ojos cuando un calor le recorrió el cuerpo. Le hormigueó el estómago y el corazón se aceleró. Estar a solas con Aisha era todo lo que quería y la ponía muy nerviosa. Había creído que Nana cenaría con ellas y que no lo hiciera era fantástico.

“Bueno, me voy,” dijo Nana. “Saluda a Aisha de mi parte.”

Gabi asintió porque la emoción que sentía le había robado la voz.

“Ah, y quizás debas usar ese agradable perfume tuyo. Pero no demasiado, o estropeará la paella.”

“Vete.” Gabi señaló la puerta, riéndose.

“Ah, el ramo de flores que está en la mesa del pasillo es para Pilar.”

Gabi no había pensado en regalos. “¿Es costumbre aquí? ¿Debería haber comprado algo para Aisha?”

“Compré algunas frutas en gelatina para ella en el mercado y un cenicero, que se te había olvidado, para Maggie.”

Gabi hizo una mueca.

“Las gelatinas están al lado de las flores.”

Gabi se acercó a Nana y la besó en la frente. “¿Qué haría yo sin ti?”

Nana le dio unas palmaditas en el brazo. “No quemes la paella,” dijo Nana mientras abría la puerta. “El fondo debe estar dorado y rico de sabor.”

Gabi no tenía apetito por la comida. Su estómago estaba ocupado retando al *Libro Guinness de los Récords* por la cantidad de saltos mortales realizados en un minuto. En cuanto Nana cerró la puerta, Gabi empezó a levantar el puño en señal de victoria repetidamente. Corrió por el salón ahuecando los cojines y volviendo a colocarlos, sonriendo y riéndose. Recolocó los adornos en el alféizar de la ventana, añadió más pimentón a la paella, la probó y limpió la encimera. El vino y la cerveza estaban a la temperatura perfecta y el Rioja ya llevaba una hora respirando. Quitó los cubiertos de Nana de la mesa de la terraza y encontró velas. Puso dos velas pequeñas en tazas y colocó una a cada lado del centro de la mesa donde estaría la paella. Podría contemplar el atardecer con el sonido del río. Volvió al salón y comprobó que todo estaba en orden antes de dirigirse a su habitación para cambiarse. Se puso pantalones cortos vaqueros de tres cuartos y una camiseta limpia y holgada. Se pasó un poco de gel en el pelo para fijarlo. Aún así, todavía no se sentía lista.

Un golpe en la puerta hizo que su estómago diera vueltas y la llenó de pequeñas vibraciones eléctricas. Decirse a sí misma que se relajara y se calmara hizo el efecto contrario. Chascó los dedos y soltó una bocanada de aire para liberar algo de la tensión que sentía. Volvió a sonar un golpe en la puerta. Le temblaba la mano al abrir la puerta y el corazón latía con fuerza detrás de las costillas cuando vio a Aisha. “Hola,” dijo, agradecida del alivio que sintió cuando liberó el aire.

Aisha le tendió un ramo de flores amarillas, naranjas, rojas y violetas mezcladas con tallos de hojas verdes y pastos. “Son de nuestro jardín, para Estrella de parte de mi madre,” dijo.

“Nana tiene una cita con el hombre que vive al final de la calle,” dijo. Aisha la miró con esa mirada que la puso del revés con una mezcla de deseo y vulnerabilidad. “Ha dejado esas flores para tu madre. El regalo es para ti.” Estaba divagando. “Perdona, entra.”

Aisha dio un paso y se paró justo al lado de la puerta. Gabi se llevó las flores a la nariz y aspiró el aroma. Rosa dulce, miel y algodón de azúcar. La llevaron de vuelta a la casa de campo, cuando ella y Nana hacían pasteles. Aquellos días de verano, con sol, sonrisas y deliciosa limonada casera habían sido pocos, pero habían sido los mejores. “Estos olores me recuerdan a los veranos en Inglaterra. Ven, entra.”

El olor de Aisha le llegó a la conciencia y tuvo que evitar empujarla contra la pared y besarla. “Esa puerta da a un cuarto de baño,” dijo, señalando la puerta más cercana a la puerta de entrada. Se dirigió a la cocina para buscar un jarrón y, mientras corría el agua, respiró hondo.

Aisha la siguió. “Siento mucho que Nicolás fuera tan grosero contigo el sábado,” dijo Aisha.

Gabi puso el jarrón sobre la encimera. Quería decir que era un idiota, pero Aisha parecía un poco tensa y Gabi quería que se sintiera cómoda. Se había dado cuenta del efecto que él tenía en Aisha, cómo la hacía parecer cautelosa e inquieta. A ella también la puso nerviosa. Era un

matón, pero no quería hablar de él esa noche porque eso le bajaría el ánimo. “Lo ignoré,” dijo, y sonrió. “¿Podemos hablar de otra cosa esta noche?”

Aisha medio sonrió. “La paella huele bien.”

Gabi se echó a reír. Miró el plato sobre la cocina. “Es una de las recetas familiares de Nana, probada a lo largo del tiempo, así que debería saber bien. La paella es una de mis comidas favoritas.”

“Mía también.”

El calor en su pecho llegó a sus manos, que le hormiguearon por la necesidad de extenderla y tomar a Aisha entre sus brazos. “¿Te apetece vino tinto, blanco o cerveza? Creo que hay vodka o jerez si...”

“Vino tinto está bien, gracias.”

“Aquí tienes,” dijo y le dio una copa.

Aisha miró a Gabi y sonrió. “Me encantan tus pantalones cortos.”

“Los hice hace años con unos vaqueros demasiado cortos. Te haré un par,” dijo Gabi y Aisha se rió. A Gabi le encantaba las notas de su voz, le encantaba la voluminosa falda blanca que pedía ser explorada para descubrir los placeres que se escondían bajo sus pliegues. Le encantaba la blusa de color rojo oscuro que pedía a gritos que la aflojara para dejar al descubierto la parte superior de sus pechos antes de deslizarla por los hombros. Le encantaban las sandalias de tacón bajo que no romperían una ventana si Aisha, en un momento de pasión, las arrojaba de sus pies. Guardó esa imagen en el fondo de su mente. “Me gusta coser,” dijo Gabi y se dirigieron a la terraza.

“Nosotros hacemos la mayoría de nuestras ropas,” dijo Aisha.

Gabi observó el elegante corte del cuello de la blusa y la ordenada costura donde la tela unía la parte superior del brazo con el hombro. La costura era impecable. “¿Hiciste tú eso?”

“Sí.”

El centro de Gabi palpitaba, no por el vestido, sino porque Aisha parecía perfecta. “Es precioso.”

Aisha bajó los ojos y se ruborizó. Apartó la mirada de Gabi y miró hacia las montañas. “¿Te gusta Granada?” preguntó.

“Sí,” dijo Gabi. El día que llegaron parecía estar a años luz. “Es difícil de explicar y parece una tontería si lo digo en voz alta, pero me siento como si perteneciera a este lugar.”

Aisha asintió. “Su belleza te llama. Entrás en la ciudad y rápidamente te conviertes en parte de ella. Dejarla atrás sería como sacrificar una parte de tu alma.”

Gabi dio un sorbo a su vino, observó las colinas y se sintió en calma. “Eso es muy profundo y serio.”

Aisha sonrió. “Lo siento, no era mi intención.”

“Me gusta lo profundo. He leído algo de poesía y realmente no la entiendo. Pero tú sí. Ves las cosas como artista. No se limitan a pintar un cuadro. Lo sienten y lo convierten en algo que otras personas pueden apreciar. Tú cambias vidas con tus palabras.”

Aisha bajó la cabeza. “No soy tan buena.”

“Tú ya has cambiado la mía.” Gabi notó la forma en que su boca se torcía, la forma de corazón de su rostro, su cuello, donde el pulso se le aceleraba. Aisha respiró hondo y una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo. “Tienes talento. Podrías aprender más.”

Aisha puso una mano sobre la de Gabi. “Eres muy amable.”

El corazón le latía con fuerza. “Lo digo en serio. Y es muy sexy.”

Aisha se sonrojó y retiró la mano.

“Eres atractiva, inteligente y...” *Y quiero besarte.* Tomó un sorbo de su bebida antes de que se le escaparan esas palabras. Se sonrojó también y se aclaró la garganta. Aisha la miró fijamente mientras tomaba un sorbo de su bebida y el calor se intensificó. Quería besar a Aisha pero no se le ocurría cómo llegar a ese punto sin parecer torpe o desesperada.

Aisha se volvió a sonrojar, cogió su bebida y dio un sorbo, sin dejar de mirarla fijamente. “Me gustaría enseñar algún día. Idiomas, literatura quizás. Disfruto enseñando a los niños.”

“Podrías hacerlo.”

“Pero también tengo muchas ganas de viajar.”

“Podrías viajar por el mundo y enseñar.”

“Eso sería increíble. ¿Has estado en otros países?”

Gabi pensó en los viajes que había hecho lejos de casa: a Exeter, que apenas era una metrópolis; el fin de semana que había pasado en Londres con su primera novia, Lillian, porque pensaba que podrían mudarse y trabajar allí; y una noche en Bristol con Shay, que terminó con una discusión y con Gabi regresando sola a casa en el tren. “No hasta que vine aquí.”

Aisha frunció el ceño. “Pensé que sí. Vemos tantos turistas por aquí que asumí que viajar era normal.”

Gabi negó con la cabeza. “Odio el transporte público.”

La carcajada de Aisha la atravesó.

“Nunca pensé en ello, la verdad. Para ser honesta, no he hecho nada interesante. Pero venir aquí me ha abierto los ojos. En una de las fuentes hice la promesa de que haría algo con mi vida.”

“¿Qué vas a hacer?”

“No sé. Trabajaré en las joyas y veré hacia dónde me lleva eso.”

“Podrías hacer lo que quisieras si quisieras.”

Podría besarte. Gabi contuvo la respiración. Bajó la cabeza, pasó el dedo por el borde de la mesa y soltó el aire suavemente. La mano de Aisha temblaba mientras jugueteaba con el pie de su copa y Gabi se preguntó que estaría pensando.

Aisha miró a Gabi, olisqueó el aire y frunció el ceño.

“Oh, mierda.” Gabi saltó de la mesa y sacó la sartén de los fuegos de la cocina al son de la risa melodiosa de Aisha.

Aisha se reunió con ella en la cocina. “Estoy segura de que estará deliciosa.”

Gabi apagó el fuego y hurgó en la paella. “Creo que lo pillé a tiempo.”

Aisha puso su mano sobre su brazo y a Gabi le hormigueó la nuca.

Aisha bajó la cabeza, pasó la mano sobre la comida y olió. “Huele bien.”

Cuando se enderezó, estaba lo bastante cerca como para besarla. Su respiración rápida, su mirada fija, sin parpadear, y el ligero temblor en su labio mientras sonreía estaba sin duda aliados con el corazón acelerado de Gabi y con la emoción que la inundaba y latía en su centro. Gabi se inclinó hacia adelante.

Aisha levantó el guante de cocina. “Necesitarás esto.”

Gabi gimió y agarró el mango de la sartén con manos temblorosas y con su corazón latiendo con fuerza. La sartén rodó como una ola cuando la levantó y la puso sobre la encimera. Aterrizó con un ruido sordo y una gamba se escapó y fue a parar en la encimera.

Aisha se lo metió en la boca. “*Perfecto.*”

Aisha se chupó los dedos y a Gabi se le hizo la boca agua. Casi podía saborear el azafrán en los labios húmedos de Aisha y sentir su suavidad y su forma perfecta.

Aisha le rozó el brazo al coger la cuchara para servir. Mirándola a los ojos, se la dio.

“También necesitarás esto.”

Gabi cogió la cuchara por el mango, sus dedos se tocaron en el intercambio y sostuvieron la cuchara juntas, mirándose la una a la otra. La atención de Gabi se centró en el deseo que veía en la expresión de Aisha. “Gracias.”

Aisha soltó la cuchara. “¿Dónde están los platos?”

“Platos.” Gabi parpadeó, tratando de recordar dónde estaban. Recorrió la cocina con la mirada. “Ah, sí, platos. Están en el mueble del salón.”

Aisha se aclaró la garganta cuando la rozó al pasar. Se quedó helada y le hormigueó la piel. Cerró los ojos y respiró hondo. ¿Cómo podía estar tan nerviosa por dar el primer paso? Observó a Aisha venir con los platos y disfrutó del suave contoneo de sus caderas, la leve sonrisa en su rostro y la intensidad en sus ojos. Era imposible pensar, mucho menos en mantener el control.

Aisha le tendió los platos. “¿Estos?”

Gabi dio un paso hacia ella y la besó.

Se le cayeron los platos. Jadeó cuando el estallido de la porcelana interrumpió el momento. Gabi se echó a reír y Aisha la besó.

La calidez, la ternura y una chispa de vino agitaron algo en lo más profundo de su interior. Tenía la sensación de haber llegado y de que esto era hacia donde siempre se había dirigido, donde debía permanecer. Con sus manos en la cintura de Aisha y los brazos de ésta alrededor de su cuello, Gabi la guió hacia atrás. Se besaron profundamente mientras Gabi aplastaba la porcelana rota y empujaba a Aisha contra la pared.

Aisha acarició la nuca de Gabi y pasó los dedos por su cabello. Gabi respiró suavemente cuando sus lenguas se encontraron y la palpitación en su centro se volvió más insistente. Acercó más a Aisha. El calor le recorría el cuerpo. Aisha le tomó la cara con ambas manos, le mordió el labio y la besó con firmeza. Gabi gimíó de placer.

Aisha se separó y la miró con los ojos como platos y las mejillas sonrojadas. “Yo...”

Gabi le pasó el pulgar por los labios húmedos. Sonrió, aunque la vulnerabilidad de Aisha la tomó por sorpresa e hizo que le temblaran los dedos. “¿Estás bien?” susurró.

Aisha asintió. “Siento lo de los platos,” dijo.

Gabi se rió. “Eres tan mona.”

Aisha se rió y le acarició la mejilla. Gabi pensó que tenía una expresión de asombro, como si hubiera descubierto una nueva joya preciosa. Le besó la nariz y las mejillas, debajo de cada ojo. La besó con ternura en los labios, que se convirtió en algo más profundo. Se apartó un poco de ella y sonrió. “Me encanta besarte.”

Los dedos de Aisha temblaban cuando volvió a acariciar su mejilla. “Creía que esto estaba mal,” susurró.

Gabi la envolvió en sus brazos y Aisha se apoyó en ella, con las manos firmes y cálidas en su espalda. Sus corazones latían al mismo ritmo. Presionó sus labios contra el pelo de Aisha y respiró profundamente, intentando calmar su deseo. “Esto está bien, y si alguien te dice lo contrario, está mintiendo.”

Aisha se apartó un poco de ella. Sonrió y sus ojos estaban vidriosos. “Gracias,” susurró y la besó de nuevo.

Cuando se volvió a apartar, sus mejillas estaban mojadas por las lágrimas silenciosas que había derramado. La vulnerabilidad y belleza de Aisha despertaron en Gabi un deseo feroz de protegerla. Acarició los mechones de pelo de su cara, trazó la forma de su oreja hasta la barbilla y pasó su pulgar ligeramente por sus mejillas bañadas en lágrimas. “Estoy aquí para ti,” dijo.

Aisha asintió.

Gabi la besó lenta y pausadamente.

Aisha gimió suavemente. Gabi dio un paso atrás y sonrió.

“La paella se está enfriando,” susurro Aisha.

Gabi sonrió. “¿Tienes hambre?”

Aisha negó con la cabeza. “¿Y tú?”

“Sí. De ti.”

Aisha trazó una línea desde el hombro de Gabi hasta su pecho y lentamente sobre su duro pezón.

Gabi intentó con todas sus fuerzas no jadear y dejó escapar un leve gemido. “Esto te va a meter en muchos problemas,” dijo.

Aisha trazó la línea desde su estómago y se paró con la mano en su pecho. “Me gusta sentirte,” dijo.

Un shock llegó al clítoris de Gabi y esa sensación de excitación la dejó sin aliento. “En serio. No tienes idea de lo que me haces.” Tomó la mano de Aisha y le besó la palma.

“Creo que ahora sí,” dijo Aisha.

Gabi la besó hasta que la paella se enfrió y se hizo de noche. Luego, el último autobús se llevó a Aisha y Gabi sonrió mientras recogía la vajilla rota con el corazón lleno.

19.

Aisha desenterró cuidadosamente las zanahorias y les quitó la tierra antes de ponerlas en la cesta. Sostuvo un tomate en la palma de su mano, consideró que no estaba listo para ser recogido y lo dejó colgado con los demás para otro día. Seleccionó la fruta más madura de las vides, aspiró su rica fragancia y sonrió al recordar sus besos con Gabi.

Lo que sintió bajo el vientre fue tan fuerte que la alarmó. Se había preguntado si era su penitencia por desviarse por este camino inmoral y si podría morir por su transgresión. Se había sentido aliviada cuando recuperó el aliento. En los brazos de Gabi y escuchando sus honestas palabras, se sintió segura y libre de culpa por su lujuria.

Se tocó los labios. La boca de Gabi había sido gentil e inquisitiva, y la suavidad de sus labios y su piel había sido como tocar seda. El estado de felicidad había permanecido en ella durante el viaje a casa, viaje que no había querido hacer. La había mantenido despierta hasta el amanecer y había deseado que saliera el sol, temiendo que, si se dormía, despertaría y descubriría que todo había sido un sueño. Hoy se había levantado más temprano, llena de amabilidad y alegría, había dado los buenos días a su madre con una taza de café y una tortilla.

Rompió tres tallos de menta e inspiró el aroma, recordando la menta que le había dado a Gabi el día que se sintió mal después del viaje en autobús. Cuánto había deseado besarla en aquel momento. La calidez y suavidad la llenaron y reprimió el impulso de reír a carcajadas o gritar de alegría a las montañas.

Su corazón no era un corazón impuro. Era un corazón lleno de amor y en perfecta armonía con otro. Su vibración era más melodiosa que las notas de una canción, más intensa que el baile que daría carácter a esas notas y más lírica de lo que Lorca había plasmado en sus romances gitanos. Hacía que los campos fueran más verdes, las cosechas más dulces y el sol más brillante. Esculpió una sonrisa tan grande en su rostro que sería difícil de cambiar. Su sueño ya no era un sueño y la realidad le dio esperanzas. Pero tenía que tener más cuidado. Era un momento peligroso, un momento en el que mostraba su corazón abiertamente y esto podría delatarle fácilmente.

“Aisha. Aisha.”

Se sobresaltó, como si el miedo a ser descubierta acabara de suceder. “Conchita.” Dejó escapar un suspiro y sonrió. “¿No es una mañana preciosa?”

Conchita se plantó las manos en las caderas y miró al cielo. “Va a hacer calor,” dijo, y frunció el ceño. “Necesito tu ayuda con las servilletas para la boda. Hay mucho que cortar y coser y me llevará una eternidad y...”

“Por supuesto.” Aisha enganchó la cesta en su brazo y se dirigió a la casa. Se giró cuando notó que Conchita no se había movido. “¿Vienes?” Conchita corrió para alcanzarla y caminaron la una al lado de la otra por el campo.

“Pareces más feliz,” dijo Conchita.

“Lo soy.”

Conchita la miró. “No eres tú.”

Aisha se echó a reír. “Me divertí mucho ayudando en casa de la nana de Gabi y me he despertado renovada.” Aisha no había visto a Estrella porque se había tenido que ir para coger el último autobús y no les había ayudado exactamente en nada rompiendo los platos, pero una mentirijilla piadosa, o dos, no era malo.

“¿No son las que van a venir en julio?”

“Sí. Estrella nació aquí. Estaba enamorada de uno de los nuestros, un señor llamado Juan y tuvo que irse por culpa de Franco y la guerra. Es exactamente como lo describió Lorca. Seguro que conocerá a algunos de los mayores.” Había adornado la historia y hecho su versión.

Conchita se agarró a su brazo y siguió su paso mientras ambas regresaban a la casa en silencio. Se sentaron y comenzaron a coser un adorno de encaje en los manteles de algodón individuales que se usarían en la mesa principal de la boda. Cada uno debía estar bordado con las iniciales de los novios como recuerdo que perduraría en el tiempo de su ocasión especial.

Conchita miró a Aisha por cuarta vez. Parecía dispuesta a decir algo, pero suspiró y dio otra puntada.

Aisha dejó el mantel en su regazo. “¿Qué es?”

Conchita levantó la cabeza pero evitó el contacto visual. “¿Puedo preguntarte algo?”

Se le aceleró el corazón. Juntó las manos sobre sus piernas, puso rígida la espalda y tragó saliva. Su mundo se derrumbó delante de sus ojos y borró la imagen. Si su hermana se había imaginado algo, lidiaría con la pregunta lo mejor que pudiera. Le mentiría en la cara si fuera necesario. “Sí,” dijo y esperó que Conchita no se hubiera dado cuenta de la tensión que había en ella.

Conchita la miró de nuevo y se quedó mirando fijamente a algo por encima de su hombro. “¿Cómo crees que es?” preguntó.

Aisha se hundió en la silla y dejó escapar un suspiro. “¿Qué?”

“Ya sabes.” Conchita se señaló el regazo. “Cuando lo hagamos.”

Aisha sonrió por dentro, aunque Conchita tenía el ceño fruncido y parecía que necesitaba que la tranquilizaran. “Me imagino que es el sentimiento más maravilloso del mundo, como ser besada.”

Los labios de Conchita se abrieron y sus ojos se hicieron más grandes. “¿Crees que dolerá?”

Aisha se acercó y le tomó la mano. “Estoy segura de que se sentirá cálido, tierno, suave, y...”

“Suave. Creí que...”

“Quiero decir suave por dentro,” dijo, y se rió. “Como su lengua cuando te besa.”

Conchita frunció el ceño. “Sus besos son toscos y ásperos y a veces me roza la mejilla.”

Aisha frunció el ceño. “Entonces dile que sea amable.”

“¿Debería?”

“Sí. Él está contigo para complacerte, no sólo para complacerse a sí mismo.”

“Creí que así era como se suponía que tenía que ser.”

Aisha negó con la cabeza. Sabía muy bien lo que les habían dicho que tenían que creer. Puede que Conchita se fuera a casar con un hombre, pero, aún así, también debería ocuparse de sus propias necesidades. “Bueno, pues no es así. Puedes decirle lo que quieres y deseas, y él tiene la obligación de dártelo como tú le das a él.”

Conchita bajó la mirada. “¿Incluso eso?” preguntó.

“Especialmente eso. Si te hace daño, le dices que pare.”

“¿Lo has hecho antes?”

Aisha negó con la cabeza. Gabi no había hecho ningún movimiento para desnudarla o tocarla, aunque ella había deseado que lo hiciera. “Puede que no esté de acuerdo con todas nuestras leyes, pero las respeto.” Estaba segura de que ardería en el infierno por todas las mentiras.

“Entonces, ¿cómo sabes tanto?”

Aisha se llevó la mano al pecho. “¿No sabes en tu corazón cómo se debería sentir cuando estáis unidos por el amor?”

Conchita, con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza. “Nunca lo pensé.”

“Bueno, tal vez deberías.”

Conchita cogió la tela y volvió a coser.

Aisha planeaba visitar a Gabi, y si Gabi no se oponía, le gustaría romper la ley más sagrada de todas las leyes gitanas.

20.

Aisha sostenía una bolsa de dulces que había comprado mientras paseaba por el mercado. Caminó de un lado a otro, abanicándose con la otra mano. Se paró para llamar a la puerta del apartamento de Gabi. Se rió de nervios, se llevó la mano al estómago y respiró profundamente tres veces para calmar esos nervios. Llamó a la puerta y escuchó, rezando para que Gabi estuviera ahí.

“Entra, entra.”

Era la voz de Estrella y Aisha sintió que la presión desaparecía. Abrió la puerta cuando la abuela de Gabi se acercó.

“Hola, Aisha. Qué sorpresa tan agradable.”

“Buenos días, Estrella.”

“Gabriela se está duchando.”

La imagen de Gabi desnuda, el cabello mojado, el agua recorriendo su cuerpo, sobre sus pechos, hasta llegar a esa parte que deseaba explorar desesperadamente, no la ayudó a controlar su deseo. Estaba segura de que se estaba sonrojando más que el horizonte del cuadro que había en la pared del pasillo. Volvió su atención hacia él y observó los girasoles en un prado verde inmenso que se inclinaban hacia el sol poniente. Se imaginó tumbada en la hierba, cogida de la mano de Gabi y hablando de amor.

“Es un cuadro precioso, ¿verdad? Mi amigo el señor Cortez, Pablo, conoce al artista. ¿Te gusta el arte, Aisha?”

“Son los campos del norte. Sí, me encanta el arte.” Le tendió la bolsa. “Esto es para ti.”

Nana sonrió y tomó el regalo. “¿Te apetece un café?” preguntó. Asomó la cabeza por la puerta que conducía a los dormitorios. “Gabriela, Aisha está aquí.” Se dirigió a la cocina.

Aisha se quedó mirando fijamente la puerta por un momento y se imaginó entrando en la habitación de Gabi. Le dio un vuelco el estómago. Nana había sacado los merengues de la caja y los había puesto en un plato cuando Aisha llegó a la cocina.

“Lo siento, pero voy a tener que dejaros otra vez. Estoy buscando un plato para las frutas y Pablo ha prometido llevarme a ver a un alfarero local.”

Aisha sonrió. “Necesito reponer los platos que rompí,” dijo.

Nana movió la mano desdeñando la idea. Cogió un dulce y se lo comió. “Gabi dijo que fue culpa suya. Tenemos muchos platos. Hm, estos pasteles están muy buenos.”

“Son *soplillos de la Alpujarra*.”

“Sí. La madre de Juan solía hacerlos. No puedes encontrar nada igual en Inglaterra. Se derriten en la boca. Son demasiado tentadores y debo controlarme para no comer más.” Dijo, dándose unas palmaditas en el estómago.

Aisha sonrió. “Mi madre también los hace, pero estos los compré en el mercado.” Su madre no sabía de sus planes de visitar a Gabi, si no, Aisha los habría hecho ella misma. No había querido levantar sospechas. Todavía no estaba preparada para las preguntas.

Un golpe en la puerta llamó la atención de Nana y se disculpó. En el pasillo, gritó a Gabi que iba a salir. “Que tengas un día maravilloso, *cariño*,” dijo, y cerró la puerta tras ella.

El silencio hizo que Aisha sintiera más mariposas en el estómago y que la excitación de antes volviera con fuerza. Las manos le temblaban y la boca se volvió más seca que la tierra quemada por el calor del verano. Miró por la ventana hacia el río y las montañas para distraerse y

no ser consumida por su ardiente deseo. Había pasado años anhelando, soñando y negando la única razón por la que su corazón latía con pasión. Ahora que había besado a Gabi, tenía que saber cómo era hacer el amor con ella.

Se giró al oír pasos detrás de ella. Gabi se acercó, llevaba una camiseta y unos pantalones cortos, el pelo mojado y en punta. La dejó sin aliento.

“Qué sorpresa tan agradable.”

El corazón se le aceleró, cada vez más rápido y más fuerte, y creyó que le iba a estallar. Tenías las manos sudorosas y le temblaban. Si no hacía lo que había venido a hacer, le entraría el miedo y sería una oportunidad desperdiciada. Agarró la camiseta por la cintura, tiró de ella para acercársela y la besó. Menta. Tan suave, tan cálida. El latido entre sus piernas era innegable por la atención que necesitaba. Pasó sus dedos por el cabello de Gabi y la besó con más fuerza, adorando la sensación de la lengua de Gabi en su boca.

Gabi se separó un poco de ella. “Hm, muy buenos días para ti también.”

Aisha tiró de la cintura de los pantalones de Gabi y pasó la punta del dedo por su vientre. Gabi rompió el contacto visual y soltó lo que a Aisha le pareció una sonrisa ahogada. Aisha subió la mano.

Gabi se sobresaltó y gimió. “Me estás matando.”

Aisha la atrajo hacia sí y la besó con ternura. La piel de Gabi estaba caliente y suave y sentía escalofríos cuando Aisha pasó los dedos por ella. Gabi gimió de deseo y la animó a que siguiera explorando. Subió más la mano, imprimiendo la forma de Gabi en cada célula de su cuerpo. El calor en el centro de Aisha aumentó cuando le tocó el pecho y Gabi jadeó cuando le pellizcó un pezón. Nunca había imaginado poder dar tanto placer con un gesto tan simple. Lentamente, levantó la camiseta por encima de su cabeza y se llevó el pezón a la boca.

“Dios mío, es maravilloso.” Gabi cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y sostuvo a Aisha contra su pecho.

La firmeza del pezón de Gabi en su lengua y la suave carne de su pecho contra sus labios era exquisita, embriagadora, delirante. Jugó con el pezón, fascinada por el efecto que estaba causando su lengua y que se reflejaba en su propio cuerpo, la excitación en su centro, y el latido entre sus piernas. Era increíble y sorprendente y exactamente como el ascenso en una partitura musical. Solo que no quería que llegara el descenso. Quería seguir subiendo, cada vez más alto.

Gabi se apartó de ella y soltó una bocanada de aire. Acarició su cara y la besó con suavidad. Recogió su camiseta.

“Quiero hacer el amor contigo,” dijo Aisha, y la forma en que Gabi la miró hizo que se le acelerara el corazón. Estaba segura de que esto era también lo que Gabi quería.

Gabi se rascó detrás de la oreja y la frente. Se mordió el labio, miró por la ventana y soltó un largo suspiro. Se volvió hacia ella y la miró a los ojos. “¿Estás segura? Quiero decir, ¿estás realmente segura?”

Aisha le quitó la camiseta de las manos y la arrojó al sofá. Se desabrochó su blusa y la dejó a un lado. Se desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo, seguido muy de cerca por su falda. Atrajo a Gabi hacia ella, pecho con pecho, estómago con estómago. La calidez, la suavidad y el olor a madera de Gabi reafirmaron lo acertada que había sido la decisión que había tomado cuando se besaron por primera vez. “Sí, estoy *realmente* segura,” dijo. “Mis padres no...”

Gabi la besó suavemente, con ternura, sin prisas y sintió como si pudiera explorar cada parte de Aisha como si fuera una pluma. Cuando trazó la línea de su espalda, sintió el efecto en su cuello y sus brazos. Cuando tocó su estómago, sintió una sacudida en la parte baja de su vientre, y cuando tomó su pecho, sintió chispas de energía por todas partes. Sus rodillas se

aflojaron y llevó a Gabi al sofá antes de que cedieran por completo.

Gabi se puso encima de ella y la besó en el cuello. Disfrutó de su cabello puntiagudo en la punta de sus dedos y de la aspereza en la nuca. Las sensaciones de hormigueo que produjeron los besos de Gabi aumentaron a medida que bajaba por su cuerpo. Y cuando Gabi tomó el pezón en su boca, Aisha jadeó cuando una sensación explosiva la recorrió. Gritó y abrió los ojos. Gabi levantó la vista y sonrió.

“¿Te gusta?” dijo Gabi, y volvió al pezón de Aisha.

Aisha se removió debajo de ella. “Es demasiado y no es suficiente,” dijo jadeando. “Quiero sentirte en todas partes.”

Gabi la besó en los labios. “Eres preciosa.”

Gabi la miró intensamente a los ojos mientras ponía la mano entre sus piernas. Cuando Aisha jadeó por la suave presión de sus pantalones de algodón contra su sexo, la expresión de Gabi no cambió. Puso una mano sobre el hombro de Gabi y la presión entre sus piernas aumentó. Estaba embelesada por la intensidad de la mirada de Gabi y la oleada de calor la paralizó. Gabi se acercó lentamente a ella y la besó con tanta ternura y, aún así, sintió el efecto de ese beso donde Gabi tenía posada su mano. Gabi la besó de nuevo. La sensación entre las piernas cambió cuando Gabi la tocó directamente. Arqueó la espalda y sintió sus dedos deslizándose. Se sobresaltó cuando los movió sobre su clítoris y cuando lo hizo una y otra vez, el calor era abrumador. Cerró los ojos y apretó el hombro de Gabi, desesperada por que parara y desesperada por que continuara.

Gabi se deslizó dentro de ella, gritó y abrió los ojos. Gabi la miraba fijamente. La ternura y la calidez se volvieron ardientes e intensas, luego se calmaron y pudo respirar de nuevo. Las sensaciones dentro de ella comenzaron de nuevo y el fuego se elevó con las lentas embestidas de Gabi. Sentía como si estuviera perdiendo la cabeza y se dejó llevar de buena gana. Se ahogó en esas sensaciones y ansiaba más. Ni en todos sus sueños se había imaginado esto. Todos los carnavales, todos los bailes, toda la música y todas las emociones del mundo, nada podía compararse a este sentimiento.

Gritó más fuerte cuando ya no pudo soportarlo más y tembló con la sensación de estrellas fugaces iluminando cada célula de su cuerpo. Se sintió débil y se dejó caer en el sofá. El corazón le latía con fuerza y jadeaba por recuperar el aliento. Gabi la besó, y el recuerdo del pezón de ella en su boca provocó un fuego en su vientre. Gimió por su deseo insaciable, abrió los ojos y se echó a reír. Gabi sonrió. Aisha sintió el temblor en sus labios y el corazón latiendo con fuerza en su pecho. “Te amo,” susurró, y se empezó a reír, aunque no entendía por qué.

“*Te amo,*” susurró Gabi.

Gabi la besó y Aisha le tocó el pecho. Esa sensación de fuego en su vientre se encendió de nuevo. Le encantaría hacer lo que Gabi le había hecho a ella.

21.

Gabi se bajó del autobús cerca de la casa de Matías. Entró al taller y recogió algunos cierres y las herramientas que necesitaba. Caminó por el camino hasta el lugar donde había quedado con Aisha. Llegaba temprano, así que dejó la pesada mochila sobre el suelo y se apoyó contra el muro, con el sol dándole en la cara. Aspiró el aire limpio, preguntándose si se había excedido comprando tantas cosas para que los niños hicieran joyas. No había podido decidirse por algo en concreto, y al no saber cómo funcionaba la mente de un niño, había querido darles distintas opciones para que nadie se sintiera excluido. Quizás debería haber comprado algunas agujas más grandes, por si resultaba demasiado complicado trabajar con las más pequeñas. Se frotó las manos. Se le hizo un nudo en el estómago. Era difícil saber qué era más estresante, si ver a Aisha cuando todavía tenía presente haber hecho el amor con ella, o conocer a los niños a los que ella enseñaba. La sensación entre sus piernas le dio la respuesta. Se sentó en el muro y se inclinó hacia adelante para tratar de detener el flujo de sangre que iba hacia su clítoris. No funcionó, así que se enderezó y disfrutó de la sensación.

Aisha caminó hacia ella, contoneando las caderas, y Gabi tuvo que apretar las piernas. Iba a ser un día muy largo. Las sandalias cruzadas acentuaban sus tobillos y Gabi quería besarlos, seguir hasta donde comenzaba la falda y más allá. La falda era más corta que las otras que la había visto llevar y le hacía las piernas más largas. Gabi preferiría estar presionada por esos músculos firmes de sus muslos que ir a una escuela con niños. La blusa de manga corta que llevaba estaba abierta en el cuello y revelaba más de lo que creía apropiado que vieran los niños. Estaba radiante.

“Hola,” dijo Aisha.

Gabi la miró entrecerrando los ojos. “Estaba pensando en lo follable que estás.”

Aisha se rió. Se mordió el labio mientras la miraba de arriba a abajo. “¿Y?”

Gabi se aclaró la garganta y se puso de pie. “Eso no ayuda.” Cogió la mochila.

“Tú también estás muy follable,” dijo Aisha y se puso en camino.

Gabi estaba disfrutando de la forma en que movía sus caderas, pero necesitaba concentrarse en las tareas de la mañana o daría la impresión de haber perdido el rumbo, algo que, para ser honesta, estaba muy cerca de suceder. “Cuéntame un poco sobre los niños, así puedo prepararme.”

“Hay dos niñas y tres niños de entre cinco y ocho años. No pueden ir al colegio porque eso implicaría pagar el transporte, uniformes y libros, y sus familias no tienen esa cantidad de dinero.”

“Vaya mierda.”

“A ellos no parece que les importe mucho. Vienen cuando pueden. Les enseño matemáticas y lengua y un poco de inglés. Los niños prefieren jugar al fútbol y a las niñas les gusta coser. Algunas veces hacemos pasteles y se los comen. Están todos muy emocionados de que vengas.”

“Tengo que decir que intimida bastante.”

Aisha se echó a reír. “No te van a morder”

“¿Puedes estar segura de eso?”

Aishaladeó la cabeza. “Bueno, uno de los niños sí que podría, pero lo vigilaré.”

“¿En serio?”

Aisha le sonrió. “Gracias por hacer esto. Significa muchísimo para ellos.”

“Quiero besarte,” dijo Gabi, y se metió las manos en los bolsillos y alargó el paso.

Aisha se rió. “Y no me importaría si no estuviéramos en medio de la calle.”

No había nadie a la vista, pero sabía a qué se refería. Las muestras de afecto públicas no iban a ser posibles en lugares donde pudieran destacar, lo que significaba cualquier lugar de Granada. Era una mierda, pero era un precio que estaba dispuesta a pagar, al menos por ahora. Poder pasar tiempo con Aisha era un extra con el que no había contado cuando emprendió este viaje. Eso no impidió que se preguntara cómo podría estar a solas con Aisha y lo bastante lejos del Sacromonte para que pudieran relajarse juntas y disfrutar de una libertad que Gabi consideraba normal. “¿Puedes tomarte un día libre en algún momento?” preguntó.

“¿Qué estás pensando?”

“No lo sé exactamente. Pero si puedes tomarte un día libre, ya se me ocurrirá algo. Me gustaría llevarte a un lugar donde no hayas estado antes.”

Aisha sonrió. “Nunca he salido de la ciudad.”

Gabi frunció el ceño. “¿En serio?”

Aisha negó con la cabeza. “No nos podemos permitir viajar, aunque he soñado en cómo sería.”

“¿Ni siquiera con el baile?”

“Vivimos del campo. No me pagan por enseñar. El dinero que gano bailando nos mantiene fuera de la pobreza, pero no queda nada para lujos.”

“No había sido consciente de eso.” Evitó los ojos de Aisha. Ojalá lo hubiera sabido. Desearía poder hacer algo para ayudar.

“Está bien. Tenemos lo que necesitamos para sobrevivir y no malgastamos nada. Pero me gustaría ver otros lugares, como museos de historia y arte, y me gustaría ir al teatro. Me gustaría estudiar poesía, música y ciencias y hablar con más personas como yo. Hay tanto que aprender.”

“Yo desperdicié mis años escolares,” dijo Gabi y se sintió fatal por eso. Si hubiera podido regalarle su educación y sus oportunidades a Aisha, lo habría hecho. Sabía que Aisha lo habría aprovechado.

“Es difícil apreciar lo que tienes cuando no te falta de nada.”

Gabi se quedó en silencio y se sintió aún más mierda por tirar a la basura lo que Aisha habría valorado como un tesoro. La risa de los niños interrumpió su festival de lástima y Aisha la dirigió hacia la parte trasera de un edificio, a una pequeña zona cerrada.

“Por aquí.”

El estómago le dio un vuelco y el corazón se le aceleró. Y entonces vio sus rostros cuando cada uno de los niños la miró por turnos. Eran una oleada mejicana de grandes sonrisas, dientes blancos, piel bronceada y cabello oscuro. Eran preciosos y tuvo que contener la repentina emoción que sintió.

“Niños, esta es Gabi. ¿Qué tenemos que decir?”

“Hello, Miss Gabi,” dijeron al unísono en inglés.

Aisha sonrió. “Hemos estado practicando.”

“*Hola a todos*,” dijo Gabi.

Las dos niñas soltaron unas risitas. Los niños se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia una pelota de fútbol marrón devorada por los perros.

Una de las niñas, de no más de seis años, se puso de pie y se acercó a Gabi. La tomó de la mano, la llevó hacia la otra niña y señaló el suelo.

Gabi dejó la mochila y se sentó con ellas. La niña le tocó la nuca, jugueteó con su pelo

corto y sonrió.

“Traeré algunas bebidas,” dijo Aisha.

Gabi abrió los ojos de par en par. “¿Me vas a dejar aquí sola?”

“Solo voy a entrar. Vuelvo en un minuto.”

La segunda niña, sentada con las piernas cruzadas, señaló la mochila. Gabi notó una cicatriz en su mejilla que parecía una marca de quemadura. Había algo cautivador en ella que no podía definir.

“¿Qué hay ahí?” preguntó.

“¿Te gusta coser?” Gabi abrió la bolsa y empezó a sacar cosas.

La niña asintió. “Me llamo Marta.”

“¿Te gustaría hacer una joya?”

Marta asintió. Se sumergió en la pila de bolsas y empezó a rebuscar en ellas.

La primera respuesta que le vino a Gabi fue crear cierta sensación de orden, pero se abstuvo de controlar a las niñas y observó cómo se le iluminaron los ojos cuando descubrieron los cordones de cuero de colores, las cuentas, las formas de madera tallada y los animales de metal que Gabi había pensado que serían buenos para hacer una pulsera de dijes.

“Me llamo Verónica,” dijo la niña que había estado jugando con el pelo de Gabi.

“¿Qué quieres hacer, Verónica?”

Levantó una figura de metal. “¿Qué es esto?”

“Es un delfín.”

“Es bonito.”

“¿Te gustaría hacerle una cadena?”

Verónica sostuvo el delfín entre sus dedos y lo miró desde todos los ángulos y frunció el ceño. “¿Me lo puedo quedar?”

Gabi sonrió. “Sí. Podéis quedaros con todo lo que hay aquí, y lo que no uséis hoy, tal vez podéis usarlo otro día.”

Verónica abrió la boca y no la cerró. Se puso de pie y salió corriendo en la misma dirección en la que había ido Aisha. Estaba a punto de desaparecer de vista cuando apareció Aisha con una bandeja de tazas y una jarra de zumo.

“Eh, Verónica.” Aisha levantó la bandeja cuando Verónica se lanzó a sus piernas y la abrazó con fuerza.

“Gracias, Aisha. Gracias.” Corrió hacia donde estaban los pedazos en el suelo y se sentó. “¿Cómo hago una cadena?” le preguntó a Gabi.

“Hm. Vamos a ver. ¿Qué tipo de cadena te gustaría? Podemos hacer algo de plata, de cuero o de cordón. Podríamos hacer una trenza con tres colores. ¿Qué te parece?”

“Una trenza,” dijeron ambas niñas.

Aisha dejó la bandeja al lado de las niñas y sirvió las bebidas. Los niños vinieron corriendo y formaron un círculo alrededor de la mochila. Se tomaron todo el zumo de un trago y observaron a Gabi trenzar el cordón y poner un broche apretando el metal firmemente alrededor de la trenza.

“¿Puedo hacerlo yo?” preguntó el niño más alto.

Gabi le dio la herramienta y los broches y observó cómo los tres niños comenzaban a tejer una trenza con hebras de cuero. Al niño le resultó difícil encajar el cierre. Era todo dedos y pulgares y no tenía suficiente fuerza para usar los alicates.

“Es un poco difícil y complicado. Prueba otra vez.” Gabi les dio más materiales y se recostó para observarlos trabajar. Esto era más fácil de lo que había imaginado. Era maravilloso

ver cómo se les iluminaban los ojos y sus enormes sonrisas con el más mínimo éxito.

El niño más alto se levantó y se acercó a Aisha. Le mostró su creación de una pulsera tricolor. “Esto es para ti,” dijo.

Aisha le revolvió el pelo y lo atrajo hacia ella. Lo besó en la mejilla y el niño se sonrojó. Gabi también se sonrojó.

“¿Por qué no se lo das a tu mamá?”

El chico miró a Gabi. “¿Puedo hacer otro para mi mamá?”

“Todo esto es para vosotros, para que juguéis. Haz muchos y dáselos a tus amigos. Si necesitas ayuda, me preguntas.”

El niño se sentó, rebuscó entre los pedazos y se puso a trabajar. Todos los niños estaban absortos en sus tareas. Aisha le señaló a Gabi que la siguiera. Recogió las tazas y la siguió hasta el lado del edificio.

Aisha la llevó a través de una puerta hacia un área que tenía un lavabo pequeño y agua corriente. Apenas había entrado cuando Aisha la agarró y la sacó de la vista de todos.

Gabi sabía cuándo había deseo, pero no tuvo tiempo de saborearlo cuando la boca de Aisha se encontró con la de ella. Sostuvo su cabeza, acercándola, besándola con más fuerza y sintiendo el efecto de ese beso en el latido de su centro.

Gabi dio un salto cuando la puerta se movió y empujó a Aisha. Se secó la boca y se alejó de la puerta, con el corazón acelerado.

“Gabi, he hecho esto para ti.”

Se volvió y sonrió a Marta. Aisha también le sonreía, parecía como si no hubiera ocurrido nada. Gabi se agachó para estar a su altura. La niña abrió su mano diminuta y reveló un corazón de madera sobre un hilo de cuero negro. “Es precioso.”

“Rafa ha hecho el cierre. Es demasiado difícil para mí.” Señaló con los dedos y el pulgar y sonrió. Gabi le levantó la barbilla y le revolvió el pelo. “Has hecho un trabajo increíble. ¿Vas a hacer algo más?”

Marta negó con la cabeza. “No tengo a nadie más a quien hacérselo.”

Gabi miró hacia abajo y se aclaró la garganta. “Bueno, ¿qué te parece si me haces algunas cosas, yo las llevo al mercado y las vendo por ti? Te puedes quedar con el dinero que ganes.”

Marta miró a Aisha con los ojos de par en par. Aisha asintió y Marta miró a Gabi. “¿De verdad?”

Gabi asintió. “Totalmente.”

Marta le echó los brazos al cuello y la apretó. “Gracias. Gracias,” dijo, la soltó y salió corriendo de la habitación.

Aisha la besó con ternura en la mejilla. “Gracias.”

“Gracias a ti por traerme aquí.”

Aisha sonrió. “He estado pensando. Me gustaría ir a la playa.”

“¿Qué? ¿Ahora?”

Aisha se echó a reír. “Tendré que arreglar algunas cosas en casa.”

Gabi le cogió las manos, la emoción la inundaba. “Alquilaré un coche. Podemos encontrar un lugar apartado, hacer un picnic y ver la puesta de sol.”

Aisha le dio un beso rápido en los labios. “Eso me gustaría mucho, pero tengo que coger el último autobús de vuelta a casa.”

Gabi frunció el ceño. “Yo puedo llevarte.”

Aisha negó con la cabeza. “No, está bien. Cogeré el autobús.”

“¿Tiene algo que ver con Nicolás?”

“Es él, es mi madre, es el hecho de que la gente siempre está mirando y no necesito que nadie haga preguntas sobre ti.”

“Que se jodan.”

“Sí, pero yo todavía tengo que vivir aquí.”

Gabi la tomó entre sus brazos. “Lo sé. Lo siento,” susurró y la besó con ternura.

La mochila pesaba casi tanto en el viaje de vuelta como en el de ida. Solo que ahora estaba lleno de joyas para vender. Gabi no sabía si era porque no tenían a quién dárselas o simplemente preferían la idea de ganar dinero. Francamente, no le importaba. Sonrió durante todo el camino de regreso en el autobús y ni siquiera registró ese olor tan distintivo, aunque debía haber estado allí. También sonrió durante todo el camino de regreso al apartamento porque no podía evitarlo. Lo único que habría hecho que el día fuera perfecto habría sido que Aisha hubiera vuelto con ella.

22.

Aisha se quitó las sandalias y se paró sobre arena cálida por primera vez. Apretó los dedos y observó cómo los granitos se cerraban alrededor de sus pies y se preguntó hasta dónde podría hundirse. “Es diferente a la tierra. Más cálida y más suave,” dijo.

La suave brisa traía más calor que en las colinas y el chapoteo de las olas formaba más ruido del que había imaginado, por la falta de movimiento del mar. “Nunca pensé en lo azul que era. El cielo y el mar juntos. Es difícil apreciar su inmensidad y no sentirte tan pequeña.” Se sentía vulnerable y un poco asustada. No sabía si era porque estaba aquí sola con Gabi o era simplemente porque estaba en un lugar donde no había estado nunca antes. Este inmenso espacio azul delante de ella parecía extenderse hacia el infinito.

“El mar es variable. Unas veces es gris como nubes de tormenta y otras es esmeralda, como si reflejara una emoción.”

“Hoy está feliz,” dijo Aisha.

“¿Y tú? ¿Estás feliz?” preguntó Gabi.

Aisha notó una leve preocupación en la expresión de Gabi y sonrió. “Nerviosa por estar aquí contigo, pero sí, estoy feliz.”

Gabi asintió. Esperaba que Aisha dejara de mirar por encima del hombro y disfrutara de la experiencia. Estaba tranquilo y era bastante improbable que se encontraran con alguien que las conociera.

Aisha miró al mar. “Es tan grande, parece que nunca termina.”

Gabi tomó su mano. “Creo que en algún momento te lleva al norte de África.”

“Me gustaría visitar África,” comentó Aisha.

“No es un lugar bueno para gente como nosotras,” dijo Gabi.

Aisha suspiró. Más cerca del mar, un hombre y una mujer estaban tumbados boca abajo, uno al lado del otro, con una sombrilla que les protegía la cabeza y sus cuerpos brillantes por la crema bronceadora. Una mujer con un sombrero de ala ancha estaba sentada leyendo un libro a la sombra de las rocas más arriba en la playa.

Colocaron sus esterillas y vaciaron la mochila en un trocito de arena detrás de unas rocas para tener privacidad.

“¿Cómo sabías de este sitio?” preguntó Aisha.

“Nana. Los turistas no vienen aquí porque es pequeño, el trayecto es estrecho y está lleno de baches y no hay instalaciones.”

“Quiero tocar el mar,” dijo y salió corriendo. Se quedó donde las olas rompían y se producían otras olas de espuma que desaparecían en la arena. El tirón del mar cuando retrocedía la hizo perder el equilibrio. Gabi se puso a su lado y le cogió la mano. Se le aceleró el corazón.

“Aquí somos invisibles,” dijo Gabi.

“Me gusta lo invisible,” dijo Aisha. Inspiró profundamente, el placer recorrió sus venas y un calor agitó su cuerpo. Se metieron en el agua y la arena se sentía más sólida bajo sus pies. A la altura de los tobillos, Aisha se paró y miró a su alrededor. “Es como estar en el cielo,” dijo. “Es tan cálido. Huele como el mercado de pescado, solo que a menos pescado.”

Gabi se rió.

Era un sonido maravilloso, ligero, simplemente encantador. Un sonido que hacía que se le derritiera el corazón. Apretó su mano y juntas miraron el mar. Una lágrima se deslizó por su

mejilla. Los vellos de sus brazos se erizaron y no pudo encontrar palabras para expresar cómo se sentía. Gabi la rodeó con su brazo y se la acercó. Cualquier debate sobre lo correcto o incorrecto de lo que estaban haciendo se lo llevó el mar a algún lugar profundo o más allá del horizonte.

“Me encanta el mar. La costa cerca de donde vivimos es muy bonita. Te gustaría, pero el agua siempre está fría y las playas son en su mayoría de piedras.”

“¿Lo has echado de menos desde que estás aquí?”

“No.” Dijo sonriendo. “No me he dado cuenta de lo importante que es Nana para mí hasta que hemos hecho este viaje. Ella siempre ha estado ahí para mí, después de que mi madre muriera y cuando mi padre trabajaba lejos de casa. No la veía como la veo ahora. Dondequiera que esté ella, yo no quiero estar demasiado lejos.”

Aisha la miró fijamente. “Tiene suerte de tenerte.”

No se atrevió a preguntar sobre ellas ni sobre lo que les depararía el futuro. Ella misma no sabía la respuesta. No podía pedirle nada a Gabi, aunque estaba segura de que quería estar con ella. Pero, para estar juntas, tendría que abandonar Granada. Aisha no tendría el valor de enfrentarse a su familia después de la deshonra y la vergüenza. Vivir con otra mujer en la ciudad no era una opción y no podía correr el riesgo de que, como resultado, alguien hiciera daño a Gabi. No tenía miedo de la guardia civil como la abuela de Gabi, pero temía a su propio pueblo. ¿Dejaría Gabi a su nana? Pensar en eso estropearía la vista que tenía delante y el día sería bastante corto.

“Y ahora hay dos personas importantes en mi vida,” dijo Gabi. Le dio un golpecito en la nariz, le levantó la barbilla y la besó con ternura.

Un destello de ansiedad distrajo a Aisha del beso y miró a su alrededor.

“Nadie nos va a prestar atención, Aisha.” Dijo Gabi, cogiéndole la mano.

Aisha respiró hondo, se apoyó en ella y se quedó mirando fijamente al mar. “¿Viajarías por el mundo conmigo?”

“A pesar de que no me gusta el transporte público, sí, lo haría.”

Aisha se volvió hacia ella, con la imaginación desbocada. “Podríamos ir a América.”

Gabi le apartó el pelo de la cara y la miró fijamente. “Podrías bailar en Méjico.”

Aisha se rió. “Y Australia.”

“Nunca he pensado en Australia. Me gustaría ir a la India. Conocí a un hombre en el mercado y me habló de su familia en Kashmir. Podríamos ir a cualquier parte.”

“Tenemos raíces en la India. Hace muchas generaciones.”

“Tienes que visitar Inglaterra. Te encantaría la casa de campo de Nana.”

Caminaron por la costa, Aisha guardó sus sueños en su corazón, los encerró en él y se sintió más rica. Harían todas estas cosas y muchas más, juntas. Gabi lo había dicho. Ella ganaría dinero bailando y enseñando, Gabi vendería sus joyas y serían felices juntas. Cogió una concha pequeña que el mar había dejado y se preguntó qué viaje habría recorrido hasta llegar aquí. Miró hacia el horizonte y reflexionó sobre cómo sería estar en un barco, navegar lejos de aquí, de su familia y de la vida que había conocido. Miró a Gabi y el deseo de estar con ella era más fuerte, más profundo, aunque le dolía el corazón por todo lo que dejaría atrás.

“¿Vamos a nadar?” preguntó Gabi.

“No sé nadar”

“¿Quieres que te enseñe?”

Le dio un vuelco el estómago y se rió. El mar sería profundo y le preocupaba lo que se escondía bajo la superficie. La pareja que había estado tomando el sol estaba chapoteando ahora con el agua hasta la cintura. Parecían estar divirtiéndose. El miedo dio paso a la emoción.

“Quizás,” dijo.

Volvieron al lugar de la playa que habían tomado como suyo y Gabi le dio un bañador. “No sabía si ya tenías uno,” dijo. “Yo estoy preparada.”

De pronto le entró calor al pensar en cambiarse al aire libre, a pesar de que nadie podía verla. Tomó una respiración profunda, se envolvió en una toalla y se quitó la falda.

Gabi la observaba y sonreía mientras buscaba a tientas algo en la mochila. “¿Quieres que te sostenga la toalla por si...”

Aisha soltó un grito cuando la toalla cayó al suelo. La agarró rápidamente y se envolvió de cintura para abajo. El corazón se le aceleró.

Gabi se rió. “Estoy disfrutando de la vista y nadie más nos ve.”

Aisha sostuvo la toalla con una mano y se quitó las bragas. Metió las piernas por la parte inferior del bañador pero no podía ponérselo sin descubrirse. Aunque no hubiera nadie mirando, le reconfortaba tener un escudo rodeándola.

“Dame,” dijo Gabi y tomó los extremos de la toalla. Se puso delante de Aisha y sostuvo la toalla por la espalda, protegiéndola de los ojos del mar.

Aisha luchó con el material elástico sobre su parte inferior. El perfume de Gabi, su proximidad y su mirada fija en ella hacían que la tarea fuera más como un reto. Su respiración era rápida y se le aceleró el corazón.

Gabi se acercó la toalla, juntando sus cuerpos.

La respiración se le entrecortó por el deseo que vio reflejado en los ojos de Gabi. Su beso era firme y profundo y Aisha se abrazó al cuello. La toalla se volvió a caer, pero esta vez no le importó. Podría soñar con estar con Gabi, pero si solo estuviera con ella este día, quería entender lo que era disfrutar de la libertad de amar a alguien abiertamente. El placer se apoderó de ella. Era tan vasto y profundo como el mar y el cielo sobre él y, aparentemente, indestructible. Ese sentimiento de euforia era la razón por la que latía su corazón y el propósito de su alma. Sin *esto*, flotaría como un barco vacío arrojado al mar, recogiendo trozos de satisfacción por su trabajo pero sintiéndose siempre incompleta. Esto era amor. Y esta era la vida que ella quería.

“No quiero dejar de besarte,” susurró Gabi.

El calor contra su oreja le provocó un escalofrío en el cuello y le habló a su centro en un idioma que ahora conocía íntimamente. “No lo hagas entonces,” dijo ella, y dejó que Gabi la echara sobre la esterilla. Abrió un poco las piernas para que Gabi pudiera ponerse sobre ella y conectar.

Nunca había imaginado no poder tener suficiente de alguien. Cuanto más la besaba Gabi, cuanto más cuerpo le cubría, más deseaba su contacto íntimo. Gimió cuando Gabi le acarició su pecho cubierto, una sensación que le recorrió el estómago. Se arqueó cuando le pellizcó el pezón. Unas chispas de electricidad y calor se movían en ellas como olas, y aún así, no era suficiente.

Agarró la cintura de Gabi y se la acercó, se arqueó hacia ella y la besó con más fuerza. El sabor dulce y salado era más delicioso que el vino. “Te deseo,” susurró, ebria.

Gabi le desabrochó la blusa hasta la mitad mientras la besaba, y cuando levantó la copa de su sujetador y tomó el pezón con su boca, Aisha llevó la mano hasta su nuca y la apretó para acercarla, instándola a tomar más. Otra lluvia de estrellas, otra oleada de calor que ardía en su sexo. Aisha se puso tensa y jadeó cuando esa sensación eclipsó todos sus sentidos. Gabi la besó con ternura mientras la recorrían suaves olas, quería más. “¿Siempre será así?” preguntó.

Gabi se recostó boca abajo, apoyada en los codos, y sonrió. “Puede ser.”

Aisha se puso de lado y pasó los dedos por la nuca de Gabi. Le encantaba acariciar su cabello corto, la forma en que los pelos se metían entre sus dedos y trazar la forma de su cabeza.

“Pero las personas cambian. Cosas así, las cosas buenas, llegan a su fin.” Estaba segura de eso porque muchos poemas hablaban sobre la pérdida, la muerte, el deseo. Solo las cosas malas, como esperar que sus padres aceptaran que no se iba a casar, parecían persistir.

Gabi la miró. “La gente cambia, y nosotras podemos cambiar juntas, y podemos enfrentarnos a las cosas juntas. Dijiste que yo podría hacer cualquier cosa si quisiera. Bueno, todo es posible si lo queremos lo suficiente.”

“Eres preciosa.” La amó aún más por la forma en que se sonrojó y bajó un poco la cabeza. “Podría quedarme aquí contigo todo el día.”

Gabi sonrió. “Tenemos todo el día.”

Aisha se sentó. “Después de que me enseñes a nadar.”

Gabi se rió. “Vale, pero puede que eso no ocurra en un día.”

Aisha se puso de pie. “Entonces tendremos que volver otra vez. Tantos días como sea necesario.” Podía soñar.

“Trato hecho,” dijo Gabi.

Mientras Gabi se dirigía hacia el mar, Aisha pensó que preferiría hacer con ella otras cosas en vez de aprender a nadar. Quizás más tarde, cuando el sol se pusiera y contemplaran las estrellas al amparo de la oscuridad. Tal vez entonces sería aún más aventurera y no regresaría corriendo para alcanzar el último autobús de vuelta a casa.

23.

Gabi se estudió frente al espejo. Parecía mayor, aunque no lo era. Quizás era solo que se sentía mayor, en el buen sentido. Pasar tiempo con Aisha le había hecho darse cuenta de dos cosas. Una, que realmente la amaba, y dos, que la magnitud del desafío al que se enfrentaban para estar juntas era mayor de lo que había imaginado. No había hablado con ella todavía, pero tendría que hacerlo pronto, porque aprovechar momentos cada vez que ella venía a la ciudad, cuando podía escapar de su madre, no sería suficiente para Gabi.

Gabi se había mantenido fuera de la vista durante las actuaciones del grupo el sábado por la noche porque Aisha se lo había pedido. Pero los había visto desde la distancia. Aisha trabajaba las veinticuatro horas del día, mientras que para ella, aparte de trabajar en el taller de Matías, que disfrutaba muchísimo, los días transcurrían muy lentamente. Le había pedido a Aisha que volviera a salir con ella, a Málaga o al teatro, pero ella le había dicho que sería complicado. Llegar tarde a casa después del día en la playa no le había gustado a su madre y necesitaba andar con cuidado. Era una situación insostenible, atrapada entre el diablo y el mar azul.

Y ahora tenía que ir a la jodida fiesta del Sacromonte y enfrentarse a su madre y a su familia. Se le revolvía el estómago. Quería que le gustaran los padres de Aisha, por el bien de ella, pero no le gustaban. Solo había una cosa que la haría cambiar de opinión, y era que aceptaran a Aisha tal como era.

Se metió la camisa por la cintura de los pantalones, luego se la sacó y la alisó. ¿Por dentro o por fuera? Se decidió por llevarla por dentro, más elegante y menos moderno. Ahora que el gel se había secado, se arregló el pelo. Tiró de él para darle un poco más de altura, con la esperanza de que si parecía más largo en la parte de arriba, la madre de Aisha no la juzgaría demasiado duramente. El look de erizo no funcionaba, así que intentó suavizarlo y terminó con algo más desordenado pero más suave.

Se frotó las palmas de las manos en los vaqueros y tomó aire para calmar su pulso, acelerado. Ya se sentía observada y era aterrador. Tener que guardar las distancias con Aisha y evitar cualquier contacto físico sería doloroso. Tendría que tener cuidado al mirarla, esconder su sonrisa y no hablar con ella durante mucho tiempo porque sus sentimientos mutuos serían como un faro para su madre. Estaría de los nervios toda la noche, porque ¿cómo no iba a estarlo?

“¿Estás lista, Gabriela? No quiero llegar tarde.”

Podrían conducir hasta la playa y volver y, aún así, no llegarían tarde y, a pesar de su preocupación por enfrentarse a la familia de Aisha, quería verla. Aunque no entendía por qué tenían que coger el jodido autobús otra vez. “Ya voy.” Después de un último toque a su pelo, se dirigió al salón.

Nana le agarró un brazo y la miró de arriba a abajo. “Estás impresionante, *cariño*.”

Nana llevaba una blusa lila nueva y una falda negra que le llegaba hasta debajo de las rodillas. Parecía una bailaora de flamenco, aunque mayor que la media. Cogió una caja de tarta y se la dio a Gabi.

“¿Qué es esto?”

“Un flan. Lo he hecho con naranjas del jardín de Pablo. Tienes que llevarlo en posición vertical.”

“Sin presión.” Hacer malabarismos con una caja grande, con un flan que pesaba unos cuantos kilos, mientras era arrojada al autobús, no era una forma relajada de comenzar una

velada en la que Gabi ya estaba jodida. “¿Por qué no cogemos un taxi?”

“Porque me gusta el autobús. Bueno, tenemos un taxi reservado para la vuelta.” Cogió su bolso nuevo lila a juego y su bastón y salió por la puerta. “Vamos, Gabriela, o perderemos el autobús.”

Afortunadamente, el olor en el autobús era menos intenso o habría cuajado el flan. Nana estaba sentada con el bastón entre las piernas y las manos entrelazadas apoyadas en él, como siempre hacía. Gabi apoyó la caja sobre las piernas. El frío se convirtió en calor. Gabi pensó que el flan se podría desintegrar sobre su regazo, así que lo levantó para sostenerlo pero a los pocos minutos, sus antebrazos empezaron a arder por el esfuerzo. El sudor le perlaba la frente y se le hizo un nudo en el estómago. “Bueno, ¿cómo está Pablo?” preguntó, esperando que una conversación que la distrajera pudiera aliviar el malestar que sentía.

“Es un hombre tan amable. Ha perdido a su mujer recientemente. Creo que está disfrutando de la compañía. Tenemos un amor mutuo por la naturaleza. ¿Sabes cuántas variedades de pájaros hay aquí?”

“Qué bien.” Gabi miró por la ventana mientras Nana seguía hablando de los pájaros, sus marcas, sus hábitos de migración y anidación y sus dietas. Vio un pájaro posado sobre una roca a un lado del camino. Se parecía mucho a un petirrojo, con su pecho de color marrón rojizo, pero también a un jilguero, con su cabeza de rayas y sus alas marrones. Se fue volando y se preguntó cómo podría huir volando con Aisha.

Cuanto más se iban acercando a las casitas blancas en la ladera, más se le revolvía el estómago. Intentaría agarrarse a la emoción de pasar una velada con Aisha y no dejar que su ansiedad la eclipsara. Aisha había intentado tranquilizarla, pero Gabi vio la preocupación en sus ojos. Para Gabi no había sido fácil tener un padre que desaprobara sus decisiones. Tener dos sería increíblemente difícil, y todo un pueblo, aterrador.

Cuando bajaron del autobús, Gabi estuvo a punto de tirar el flan en lo que quedaba de camino colina arriba. Había dejado de contar las contracciones de sus bíceps cuando llegó a doscientos. Apoyó la caja sobre el muro, se sacudió la tensión y volvió a levantar la caja. Los músculos de los brazos se quejaron.

Nana se dirigió hacia las cuevas sosteniendo su bastón con entusiasmo. Gabi se enterneció. Nana no solo había dejado atrás Inglaterra, sino que también parecía haberse despojado de unos cuantos años desde su llegada a Granada. Y ahora regresaba al lugar del que guardaba sus mejores recuerdos.

“Aquí está,” dijo Nana y se acercó a Aisha con los brazos abiertos.

Gabi sonrió, agradecida porque sus manos estaban ocupadas por la caja. Aisha se acercó y la besó en las mejillas. Le invadió el calor y miró por la calle para evitar el contacto visual.

El rasgueo de una guitarra acompañaba el crepitar de la leña en el fuego y la carne asada encima hacía que hubiera un olor a especias. Las luces de gas, situadas en líneas, adornaban la calle y parpadeaban cuando el sol arrojaba rojos y naranjas sobre la ladera de la colina. Le recorrió un escalofrío por la espalda cuando un grito atravesó el cielo, se le erizaron los vellos de los brazos y del cuello.

“Ah, la llamada,” dijo Nana.

“¿Qué es?”

“Es el *cante jondo*, el cante flamenco tradicional, *cariño*. Flamenco de verdad.”

Sonaba a chillidos de gatos. La llamada se calló y el feroz sonido de las guitarras le asaltó los oídos.

“Y esa es la respuesta,” la informó Nana.

Gabi no había visto nunca a Nana tan emocionada.

“Qué maravilla, Gabriela. Asegúrate de disfrutar cada momento. Es un recuerdo que no querrás olvidar jamás.”

Gabi miró a Aisha y sonrió a medias. Agarró con torpeza la caja mientras se la entregaba. “El flan de Nana. Es para tu madre,” dijo.

Aisha la miró más tiempo de lo que Gabi creía seguro. Miró hacia donde estaba Nana, totalmente cómoda en este ambiente y su guardaespaldas esta noche y se envolvió con sus propios brazos.

“Ven a conocer a mis padres.”

A Gabi le costaba respirar mientras seguían a Aisha hacia el interior de la casa. Era más grande de lo que esperaba, al haber visto la de Matías, y el ambiente era fresco. Olía a pan recién hecho y a fruta dulce. Intentó no mirar a Aisha cuando ésta les presentó a su madre, pero sintió su mirada. “Gracias por invitarnos.” Tímidamente se inclinó hacia Pilar y la besó en las mejillas. Esperaba que Pilar no se sintiera tan incómoda como ella y agradeció que las presentaciones terminaran rápidamente.

Nana tenía una manera de encandilar que lo hacía hasta con el corazón más duro y eso es lo que estaba haciendo con Pilar. La madre de Aisha entabló conversación distendida con Nana mientras tomaban las tapas dispuestas en la mesa. Gabi las escuchó hablar sobre la abuela de Aisha y cómo los mayores estaban muy interesados en conocer a Nana. Expulsó un suspiro de alivio.

Una chica joven entró en la habitación desde el fondo de la cueva. Sonrió y se presentó como Conchita. Ahora entendía por qué Aisha pensaba que era demasiado joven para casarse. Un hombre mayor entró desde la parte trasera de la casa y no sonrió al acercarse. Asintió como muestra de bienvenida.

“Papá, estas son Estrella y su nieta Gabi.”

Gabi sintió su mirada severa como una crítica directa a su pelo corto, del que parecía no poder apartar la mirada. Lo encontró intimidante, aunque si se lo hubiera cruzado por la calle, no lo habría mirado dos veces. Cogió un trozo grande de carne cruda aderezada con hierbas y, excusándose, salió por la puerta de entrada. A Gabi no le gustó, como pensaba que sería.

“Estrella, tenemos jerez, ¿te apetece?” preguntó Aisha.

Nana sonrió. “Me encantaría, gracias.”

“¿Quieres vino o cerveza, Gabi?”

Gabi optó por el vino porque era lo que Aisha estaba bebiendo. Inspiró profundamente cuando sacaron las bebidas fuera. Una gota de sudor bajó por su espalda y se rascó donde le hacía cosquillas. Nunca le gustó la incomodidad que producía la formalidad forzada, y no ayudaba en nada el secreto que tenía que guardar. La atmósfera se había vuelto más tensa con las miradas que Conchita le lanzaba a su hermana mientras servía las bebidas. Tal vez era solo su imaginación, pero Conchita también había mirado fijamente a Gabi mientras que a Nana solo le dedicaba miradas breves.

“Es un privilegio para mí estar aquí,” le dijo Nana a Pilar. “Muchas gracias por invitarnos a su casa. Recuerdo cuando...”

Gabi dejó de escuchar y vio a Conchita desaparecer calle arriba, al otro lado del fuego, donde su padre atendía la carne, más cerca del origen de la música. Gabi reconoció al hombre del grupo que se acercaba, todo dientes blancos y pelo negro brillante. No le gustaba nada desde que había visto cómo dominaba a Aisha en el bar y había descubierto que se había casado con el primer amor de Aisha. Volvió el nerviosismo a ella. Vio desaparecer la sonrisa en la cara de

Aisha y lo odió aún más. Nana se acercó a ella y se calmó un poco.

“Buenas noches, señoras,” dijo. Le tendió la mano a Nana. “Nicolás Reyes. Espero que tenga sus zapatos de baile puestos esta noche.”

Nana golpeó sus tacones con el bastón. “Siempre viajo preparada,” dijo.

Nicolás se rió. “Bueno, entonces tal vez me conceda el honor.” Dijo extendiendo el brazo.

Vete a la mierda.

Nana lo ahuyentó con su bastón. “Necesito a alguien que vaya un poco más con mi paso y mi ritmo.”

Bien hecho, Nana.

Nicolás se rió de nuevo y se volvió hacia Aisha. “¿Bailamos?”

Aisha dejó su vaso y lo siguió. A Gabi se le erizaron los pelos del cuello. Se dirigió hacia donde estaba la música y Aisha y Nicolás fueron recibidos con una fuerte ovación. Pilar se unió a Nana y se sentaron en una mesa cercana. Nana tenía un par de castañuelas en una mano y su jerez en la otra. El ahora familiar rasgueo de la guitarra y las palmas rápidas y furiosas crearon el ambiente para el baile. Aisha comenzó a taconear.

Gabi se quedó paralizada y su corazón se llenó de amor y orgullo. Sí, los pies de Aisha se movían muy rápidos, pero cuando se levantó la falda y reveló su muslo, Gabi se quedó con el recuerdo de su lengua en esa carne tierna y las piernas fuertes de Aisha moviéndose rítmicamente contra Gabi, llevándola casi al éxtasis. Tomó un sorbo de su bebida para humedecerse la boca. Aisha la miró y le dio un vuelco el corazón. Gabi miró hacia Nana y Pilar, que la estaba mirando. Respiró hondo, volvió su atención al baile e inmediatamente vio a Aisha sonreírle. Era una sonrisa que transmitía el deseo compartido. Gabi se dio la vuelta y se alejó.

Se dirigió hacia Nana y se paró a su lado, de espaldas a Pilar. Miró a su alrededor para evitar fijar su atención en Aisha. Su padre charlaba con otro hombre mientras cocinaban. Conchita hablaba con otro hombre cuya altura no era rival para la de ella, aunque no era alta tampoco. Tenía un aspecto travieso y asumió que era su futuro marido. Vio a Matías y lo saludó. Él levantó la mano y se dirigió hacia ella, disminuyendo su tensión.

“Nana, es Matías, el hombre del mercado para quien trabajo.”

“Con quien trabajas,” corrigió Matías. “Su nieta tiene mucho talento,” dijo.

La sonrisa desapareció del rostro de Nana y abrió la boca mientras miraba más allá de él. Levantó la barbilla, entrecerró los ojos y movió la cabeza. “¿Juan?”

Matías volvió la cabeza. “¿Conoce a mi padre?” preguntó.

“¿Juan Altamira?” preguntó ella.

“Papá.” Matías hizo señas a su padre para que se acercara.

Nana se puso de pie y se tapó la boca con la mano.

“¿Estrella?” Juan se acercó. Su sonrisa se hizo más grande y abrió los brazos. “Estrella Flores.” La tomó por los hombros y la miró. “¿Eres tú de verdad?”

Gabi cerró la boca. *Joder*. Este era el hombre del que se había enamorado Nana hacía sesenta años. Se le aceleró el corazón al ver cómo le temblaba la mano a Nana al saludar a Juan. Tuvo que tragar saliva para no llorar.

Una ovación que señalaba el final del baile se filtró en la conciencia de Gabi. Vio a Nana secarse las lágrimas de las mejillas y abrazar a Juan, sintió dolor en el corazón por ambos. Nana no dejaba de tocarle el brazo, él le cogió la mano y se la besó. La trataba como lo haría un perfecto caballero y Gabi sintió la ausencia de Aisha. La vio acercarse a ellos y sonrió, se giró y vio a Pilar, que la miraba fijamente.

Nana se volvió hacia Gabi. “Gabriela, *cariño*.”

Gabi dirigió su atención a Juan.

“Juan, esta es Gabriela, mi nieta.”

Su sonrisa era cálida y sincera. Se llevó la mano al corazón. “Qué gusto conocerte,” dijo. Le abrió los brazos y la besó en las mejillas. Olía a cigarrillos, a vino y a sándalo. Había algo más. No un olor sino más bien una sensación a la que no podía poner nombre. “Te pareces a tu nana.”

“Excepto en los ojos,” dijo Nana.

Aisha se puso al lado de Gabi.

“Este es Juan,” dijo Gabi.

“Sí, el padre de Matías,” afirmó Aisha.

“Excelente baile, Aisha,” dijo Juan. “Lo haces mejor cada vez que te veo.”

“¿Cómo os conocéis vosotros dos?” preguntó Matías.

Juan y Nana se miraron con tiernas sonrisas y una mirada fija. Su cariño brillaba como un faro, sin duda provocado por el recuerdo de los tiempos que habían compartido y el amor que no se había apagado a pesar de los años de separación. Comprobó dónde estaba Pilar antes de sonreírle a Aisha.

“¿Cuánto tiempo hace?” preguntó Juan a Nana.

“Cincuenta y seis años, unos meses más o menos,” dijo Nana.

Se miraron el uno al otro, sonriendo.

Juan era guapo pero más bajo de lo que había imaginado. Tenía el pelo canoso y una energía gentil que irradiaba bondad. No le pegaba con la imagen de pícaro que Nana le había descrito, pero era al menos tan mayor como Nana, así que probablemente tuvo que cortarse las alas. Sus ojos eran de un azul zafiro, como los de Matías, y parecía contemplar su entorno con las mismas ganas de vivir que Gabi veía en Nana. Mientras charlaba con Nana, se reía, y parecía como si el tiempo se hubiera detenido y todo lo que había sucedido en los años pasados se hubiera vivido en una realidad alternativa.

La risa de Nana le derribó el corazón. Los vio tocarse las manos de vez en cuando, mientras ella se mantenía alejada de Aisha y sentía la injusticia de todo. Nana bebía jerez, Juan vino tinto. Fumaba lentamente un cigarrillo fino y charlaba sin detenerse siquiera a respirar. Y cuando le ofreció la mano a Nana y bailaron juntos, se movían como una sola persona, con gracia y elegancia, como si siempre hubiera sido así.

“¿Te gustaría dar un paseo conmigo?” preguntó Aisha.

Gabi miró a su alrededor. No vio a Pilar. Su corazón latía con fuerza mientras miraba al grupo que había a su alrededor.

“Todo el mundo está ocupado.”

Gabi la miró fijamente. El recuerdo de su tacto encendió su deseo de escapar de este grupo de personas y pasar tiempo a solas con Aisha, sin hacer nada. Incluso simplemente mirar las estrellas sería preferible a la presión de la vigilancia de Pilar.

Aisha las condujo a través del campo, adentrándose en la oscuridad, donde el terreno era irregular. Detrás de una pequeña construcción de piedra, una especie de almacén de alimentos, Aisha se detuvo y miró hacia atrás. Las farolas iluminaban la noche sobre el tejado del almacén de piensos. No podían ver dónde estaba la música, que resonaba suavemente ahora a lo lejos. El chirrido de las cigarras y el susurro de los arbustos captaron su atención. Solo esperaba que no hubiera serpientes entre la maleza. Lejos de la calle, las estrellas brillaban más en el cielo despejado y el aire cálido olía a hierbas, girasoles y un toque de lavanda. Aisha la apoyó sobre la

piedra fría.

“Te he echado de menos esta noche,” dijo y la besó con pasión.

El olor a vino en su aliento era fuerte y arrastraba las palabras un poco. Gabi besó su boca y su cuello y le susurró al oído. “Yo también te he extrañado.”

Aisha le pasó el pulgar por los labios y Gabi lo besó. “Quiero hacer el amor contigo,” dijo Aisha.

Gabi negó con la cabeza y el latido entre sus piernas aumentó. “Es demasiado arriesgado.”

Aisha la miró fijamente. Parecía envalentonada por el vino o quizás por la ocasión. O tal vez era simplemente que Gabi se estaba conteniendo. Si estuvieran en otro lugar, Gabi ya la habría desnudado. Cada vez era más difícil resistirse, pero ¿y si las pillaban?

Aisha le pasó la mano por la nuca y la atrajo hacia un beso prolongado que era todo un reto para la conciencia de Gabi. Aisha la empujó contra la pared y le desabrochó los vaqueros. Gabi debería ser sensata y negarse. Deberían regresar a la fiesta dando un paseo lento, hablar con la gente y proteger sus sentimientos. Gabi debería irse a casa, adaptarse a los acontecimientos de la noche y del ambiente reprimido en el que vivía Aisha, disfrutar de la felicidad de Nana. Había sido una noche extraña.

Pero Gabi no podía hacerlo. No podía volver a la fiesta, no con esta necesidad. Deseaba a Aisha como nunca antes había deseado a nadie. La besó, la saboreó, la exploró con ternura y susurró un gemido cuando Aisha encontró su humedad. Tuvo dificultad para soportar su propio peso mientras Aisha deslizaba sus dedos profundamente dentro de ella y se movía al suave ritmo de una marea tranquila. Llegó a su punto máximo demasiado pronto y se sintió vacía. Momentos ilícitos detrás de un cobertizo para alimentar a los animales nunca serían suficientes y ella no quería ocultar su amor. Quería dormir con Aisha entre sus brazos y despertarla con sus besos. Quería ver el mundo con ella. La amaba, y cualquier cosa que no fuera estar juntas, le rompería el corazón.

“Tu madre sospecha,” dijo Gabi mientras caminaban de regreso a paso lento a través del campo.

“Es una entrometida,” dijo Aisha.

Aisha le tocó la mano pero ella se apartó. Aisha estaba borracha y comportándose como si no le importara, cuando Gabi sabía que sí, y mucho. “Tenemos que tener cuidado. Alguien podría vernos.”

“No desde tan lejos,” dijo Aisha, cogiéndose del brazo de Gabi y acercándose.

Deambularon en silencio. La frustración de Gabi crecía mientras reflexionaba sobre lo desesperanzadora que era su situación. El Sacromonte era como retroceder cien años en el tiempo. “¿Qué vamos a hacer?” preguntó.

“Escaparnos,” dijo Aisha y se rió.

Gabi deslizó su mano por la espalda de Aisha. “Eso sería un poco extremo.”

Aisha se detuvo. “¿Lo harías?”

“¿Escaparme contigo?”

Gabi asintió, aunque se le hizo un nudo en el estómago. “Si eso es lo que quieres hacer,” dijo, aunque no había sonado nada convincente.

Miró hacia las luces donde la fiesta estaba en pleno apogeo, donde su Nana se había reunido con el amor de su vida. Parecían como si se pertenecieran el uno al otro, a pesar de todos los años que habían pasado. No tenía idea de lo que Nana podría planear hacer ahora, pero abandonarla le dio dolor en el corazón. El padre de Aisha, Nicolás y Conchita la habían mirado

como si fuera algo que tuvieran que quitarse de los zapatos después de trabajar en el campo. No hacía falta mucho para imaginar que sus preocupaciones aumentarían cuanto más tiempo pasaran ellas dos juntas. Lo que sabía era que estaba enamorada de Aisha y que quería vivir una vida normal con ella, y eso nunca sería posible en el Sacromonte. El escenario estaba lleno de preguntas sin respuestas y tenía el potencial de generar dolor y sufrimiento. No había nada fácil con la opción de huir.

“¿Por qué dudas?”

La mente de Gabi se detuvo en una pregunta que necesitó de toda su determinación para controlar la emoción que sustentaba ese pensamiento. “¿Qué harías si nos fuéramos y luego, en algún momento, rompiéramos?”

Aisha negó con la cabeza. “Te amo. No quiero estar con nadie más.”

“Lo sé. Por eso lo estoy preguntando.”

Aisha se llevó la mano a la cabeza. “¿Por qué hablas de romper?”

“Porque no se me dan bien las relaciones. Me sentiría responsable por hacerte considerar una decisión que te alejaría de tu familia.”

Aisha tropezó mientras intentaba mantener el equilibrio. “Nunca me he sentido atraída por los hombre, Gabi. Nunca he estado con una mujer porque esa no es una opción para mí. Estoy rompiendo nuestra leyes porque tengo que seguir a mi corazón.” Se pellizcó el puente de la nariz y, cuando miró a Gabi, la luz de la luna reveló sus mejillas húmedas. “Nunca te lo pediría si no tuviera claro cómo me siento. No puedo seguir viviendo en una comunidad que no respeta quien soy. Lo que nosotras compartimos es más de lo que nunca pude imaginar. Me asusta, pero yo no pienso en que podamos romper. Pienso en estar juntas. Me merezco ser feliz y lo soy cuando estoy contigo.”

“¿Y si estar juntas significa que perderás a tu familia?”

Aisha movió la cabeza y se secó las mejillas. Se dio la vuelta y dio dos pasos, volvió atrás y dio dos pasos más. “Los quiero mucho.”

Gabi bajó la cabeza y dio una patada al suelo. ¿Estaba Aisha preparada para dejar a su familia y renunciar a todo lo que tiene solo por ella? Y si no se acostumbraba una vez que se fueran y se diera cuenta de que había cometido un error, habría destruido todo lo bueno que había en su vida. Las destruiría. Quizás Gabi estaba asustada. Quizás era ella la que no estaba preparada. “No sabes lo que es estar en una relación, mucho menos con alguien como yo.”

Aisha negó con la cabeza. “No hagas eso, Gabi, por favor.”

Gabi miró hacia otro lado. “¿Qué?”

“No me digas a quién amar. Ya estoy harta de que me digan quién y qué es lo adecuado para mí. No lo necesito de ti también.”

Le dio un vuelco el estómago. Tomó a Aisha entre sus brazos. “Lo siento,” susurró. La reconfortante calidez de Aisha y el olor de haber hecho el amor pusieron patas arriba sus pensamientos y le revolvieron las entrañas. El miedo hacía cosas extrañas, pensó. El amor también. ¿Cómo podría marcharse y dejar a Aisha con esta gente que se hacía llamar familia? Pero había algo más que considerar. Si escapaban juntas ahora, ¿cómo afectaría eso a Nana y a Juan? Se le retorció el estómago cuando unos pensamientos alarmantes resonaron con fuerza.

Aisha se apartó de ella y la miró fijamente. Las lágrimas se habían secado y ella parecía como si de repente hubiera recuperado la sobriedad. “¿Por qué te valoras tan poco?”

El golpe la dejó sin aliento. Aisha tenía razón. Siempre había pensado más en sus novias que en ella misma. Su primera novia de verdad, Lillian, había terminado la relación porque había dicho que Gabi era muy dependiente. Y aunque a ella le había parecido extraño ese comentario,

le había jodido la cabeza. Había iniciado la siguiente relación tratando de no ser esa persona y fue acusada de no importarle nada. La verdad era que Karin había sido un error, un rebote por su parte después de Lillian. Y luego estaba Shay, que había estado tan llena de sí misma, que no veía a Gabi más que como alguien que le proporcionaba una cama para pasar la noche y una manera fácil de no tener que pagar un alquiler. La conclusión era que Gabi pensaba que era pésima en las relaciones y tenía pruebas suficientes para demostrarlo. “Me vuelvo dependiente cuando amo a alguien,” dijo.

Aisha frunció el ceño. “¿Qué quiere decir eso?”

Gabi reflexionó antes de contestar. “Querer estar con ella todo el tiempo. Querer compartir cosas con ella todo el tiempo. Salir juntas y hacer regalos. Adorarla y mimarla porque es lo único que importa en mi vida. No querer estar nunca lejos de ella.”

Aisha le cogió la mano y se la llevó a los labios. “Eso no es ser dependiente. Eso es amar a alguien. Y yo quiero eso. Quiero eso contigo.”

A Gabi se le hizo un nudo en la garganta y le ardieron los ojos. Le brotaron lágrimas pero se las secó. Se sintió como aquella chica de dieciocho años cuando Lillian la acusó, vulnerable y muy sola. “Alguien me dijo que era dependiente.”

Aisha tomó su mejilla entre sus manos y la besó. “Bueno, pues se equivocó.”

Los labios de Aisha eran suaves y cálidos, su contacto tierno. Gabi no sintió vergüenza por necesitarla y de que ella también la necesitara.

Miró hacia las luces y la música y se alejó un poco de ella. “Te amo. Irme de aquí sin ti me rompería el corazón, pero lo haría si eso significara que estás a salvo.”

Aisha negó con la cabeza. “No quiero seguridad. Quiero sentir mi corazón latir de amor.”

“¿Y tu familia?”

“Quiero estar contigo. Esa es mi elección.”

Gabi no estaba segura de que no hubiera sido la bebida la que había hablado, y si había alguna fuga, necesitaba mucha mayor planificación y tiempo. Y tenía que pensar en Nana. Era una locura que no tuviera ni idea de cómo procesarlo. “¿Y qué pasa cuando empieces a echarlos de menos tanto que duele?” La estaba presionando porque no era una decisión que pudieran tomar a la ligera.

Aisha apretó las manos. Miró hacia la fiesta y la tierra que las rodeaba. “No sé qué pasará en el futuro. Pero tengo que irme. Quedarme aquí me destruirá.”

Aisha tenía razón. A ella la mataría si tuviera que vivir en esta comunidad. Pero el amor de Aisha por su familia era muy fuerte. Quizás no se daría cuenta de lo que perdía hasta que fuera demasiado tarde. Gabi quería estar con ella y no quería dejar a Nana sola. Era demasiado para procesar y no era una conversación que se pudiera tener estando borracha. “Ven al café mañana y hablaremos de ello.”

Aisha la miró fijamente. “Iré.”

Gabi la besó y se le derritió el corazón. “Venga, volvamos antes de que tu madre envíe a los cazadores.”

Aisha se echó a reír.

Gabi no pudo distinguir a la mujer en la oscuridad mientras se acercaban a las casas, justo antes de la fiesta principal. Acortaron el paso. Miró hacia el campo y no pudo distinguir exactamente por dónde acababan de caminar, aparte de reconocer la silueta de la pequeña dependencia a poca distancia. Soltó un suspiro cuando la hermana de Aisha salió de las sombras y las saludó.

Conchita se dirigió a Aisha. “¿Dónde has estado?”

“Fuimos a dar un paseo. Las estrellas brillan mucho hoy. Es una noche preciosa.”

Aisha rozó el brazo de Gabi y ésta sintió la mirada de Conchita en ese contacto. El olor de su amor flotaba en el aire y esperaba que Conchita fuera demasiado ingenua para darse cuenta. Sintió una oleada de calor y, disimuladamente, revisó los botones de sus vaqueros mientras mantenía cierta distancia con Aisha.

“Mama te ha estado buscando,” dijo Conchita.

A Gabi le dio un vuelco el estómago.

Aisha se encogió de hombros. “¿Qué quiere?”

“No sé.”

Mientras se acercaban, Pilar las saludó gesticulando como una loca y sonriendo como si acabara de ganar la lotería. Gabi pensó que la había mirado brevemente, pero no podía estar segura en la oscuridad.

“Nicolás, aquí está Aisha.” Pilar le hizo un gesto con la mano para que se acercara, rebosante de emoción.

“Aisha, ven a bailar conmigo. Todo el mundo quiere que bailemos,” dijo Nicolás.

Todo el odio que Gabi sentía por él se centró en su pecho. Apretó los puños y los puso tras la espalda. Nicolás le agarró la mano a Aisha y se la llevó hasta la multitud.

Aisha miró a Gabi y con los labios dijo “lo siento.”

Gabi, consciente de que Pilar la estaba mirando con una sonrisa que transmitía triunfo, asintió. Las luces del taxi que se acercaba llamaron la atención de Gabi, probablemente no lo suficientemente pronto para la madre de Aisha, quien estaba segura que habría visto gustosamente la espalda de Gabi antes, si no hubiera sido porque Nana era tan maravillosa. Tendrían que irse pronto, sería una bendición. Gabi no quería volver aquí. No quería volver a ver a la familia de Aisha ni a Nicolás nunca más. Miró a su alrededor pero no vio a Nana.

El sonido de la llamada atravesó la noche, estridente y tan feroz como el baile que le seguiría. Luego la guitarra se encendió y la música se detuvo.

“Atención todo el mundo.” Nicolás agitó los brazos al aire para acallar los aplausos.

Aisha estaba a su lado y sonreía mientras miraba a su alrededor.

“Gracias. Me gustaría decir algo.”

Gabi observó a Pilar mientras ésta asentía con las manos entrelazadas frente a ella y su sonrisa repugnante. La forma en que a Gabi se le revolvió el estómago y el escalofrío que le recorrió la espalda le dijeron que algo iba mal. Algo malo iba a pasar.

“Aisha y yo nos vamos a comprometer.”

“Mierda.” Gabi se dio la vuelta y empezó a caminar calle abajo.

Hubo vítores y aplausos, y el ruido de las castañuelas llovió sobre ella con fuerza. Sus sueños, los sueños de *ambas*, cayeron como fichas de dominó y el dolor en su corazón que la habría hecho gritar “No”, la habría hecho caer de rodillas si lo hubiera permitido. Se le vino a la mente la conversación que acababan de tener sobre huir y se le atascó en la garganta. Sentía tanta presión en el pecho que pensó que se iba a asfixiar.

“Gabriela, espérame. Gabriela.”

Redujo el paso sin mirar atrás.

Nana entrelazó su brazo con el de ella. “No quiero hablar de eso,” dijo Gabi.

“Más tarde, *cariño*. Más tarde.”

Nunca, pensó Gabi.

24.

Aisha no había conocido nunca un dolor de cabeza tan violento o ácido, lo sentía como si le salieran ampollas en la garganta. El anuncio de compromiso de Nicolás no había sido una pesadilla. Ojalá lo hubiera sido. A medida que el recuerdo se adentraba más en su mente, su corazón latía más lento y más débil.

La exuberancia de su madre y la forma en que había observado la reacción de Gabi ante la noticia, habían provocado que su enfado se convirtiera en tal ira que se había tenido que reprimir para no deshonorar a su familia. El vacío la dejó paralizada y en silencio durante el resto de la noche, y las felicitaciones y celebraciones en su honor habían caído en saco roto, dejándola con el corazón destrozado.

Gabi había desaparecido antes de que tuviera la oportunidad de explicarse. Y con todos los ojos puestos en ellos después del anuncio, Aisha no había podido correr detrás de ella sin causar una escena grandísima. No había necesitado ver a Gabi para saber cómo se sentía, Aisha se sentía igual. Tenía que hablar con ella.

Tomó un sorbo de un vaso de agua y éste intentó volver a subir. La sensación de claustrofobia dentro de la casa era más abrumadora por el entusiasmo de su madre por tener una segunda boda en primavera. Aisha fijó sus ojos en los de Conchita. Ésta no sonrió, esperaba que su hermana pudiera ver el dolor en su corazón.

“Necesito un poco de aire.” Aisha cogió la cesta, salió por la puerta principal y cruzó el campo.

La cesta vacía colgaba de sus brazos inertes. Entrecerró los ojos para enfocarlos, aunque el sol proyectaba su luz de manera uniforme y suave. La sensación en su garganta se volvió más densa y los latidos de su corazón más lentos y sordos. Se le nubló la vista. Sus ojos se humedecieron. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras se dirigía al cobertizo donde ella y Gabi habían disfrutado mutuamente. Si pudiera dar marcha atrás al tiempo, debería haber huido la noche anterior antes de que hicieran este juego cruel y sucio, pero Gabi tenía razón, no estaba preparada para dejar a su familia. La agonía del amor verdadero y pensar que tal vez no podría retenerlo era mucho peor que cuando solo lo soñaba.

Arrancó las zanahorias del suelo y las puso en la cesta, añadió tres lechugas y media docena de tomates.

“Aisha. Aisha.”

Su voz, su intrusión no deseada, la paralizó. Caminó hacia las judías verdes y él volvió a llamarla. “Déjame en paz.”

Él se acercó por detrás y le quitó la cesta. Le cogió la mano y la hizo darse la vuelta. “Estás radiante. Necesito comprarte un anillo de compromiso que brille tanto como tus ojos.”

Aisha soltó la mano. La cabeza le daba vueltas y sentía náuseas. Le arrebató la cesta. Prefería coger cebollas que escuchar su exasperante felicidad. La verdura se negó a moverse del suelo y se maldijo a sí misma en silencio por ser tan débil, sabiendo que él rondaba detrás de ella esperando a que fallara para poder rescatarla.

Tiró del tallo sin esfuerzo, lo recogió del suelo, le quitó la tierra y lo arrojó a la cesta. “Siéntate conmigo un rato debajo del árbol,” dijo.

“Tengo trabajo que hacer.”

“Tu madre me ha dicho que tienes tiempo.”

Aisha apretó los dientes y miró hacia la casa. Su madre saludó desde la puerta, haciendo que el asco que sentía para proteger su corazón de su rechazo aumentara. Se dio la vuelta y se sentó bajo el árbol. Sentarse un rato le daría tiempo para que su cabeza y su estómago se asentaran y a él para que dijera lo que tuviera que decir, así tal vez la dejaría en paz. Nicolás presionó su muslo contra el de ella. Su olor le arañó la garganta. Ella se alejó unos centímetros. Él también.

“Deberíamos hacer planes,” dijo.

“No estoy preparada para hacer planes.”

Se agachó frente a ella y le tomó la mano. “Hablemos de dónde viviremos.”

Aisha le soltó la mano y cogió tierra.

“Hay una casa en venta colina arriba. Es pequeña, pero tengo suficiente dinero ahorrado para hacer la reserva. No está muy lejos de tus padres. Allí nos instalaremos bien.”

Aisha estrujó un trozo de tierra seca y lo desmenuzó hasta convertirlo en granos, aunque no tan finos como la arena cálida que se le había escapado de los dedos en la playa. El recuerdo del día se burló de ella con sus promesas y dejó que los granos gruesos se deslizaran por su palma. Miró de nuevo hacia la casa, hacia los campos donde trabajaban y hacia las colinas de las que él hablaba para comprarse una casa para ellos y la familia que crearían. Él se movió inquieto a su lado, se frotó las manos y dio un profundo suspiro, sin poder ocultar su impaciencia ante su indiferencia. ¿De verdad había pensado que podría huir con Gabi? “No quiero vivir allí.”

Nicolás se inclinó hacia adelante, su aliento tan rancio como el de ella después de la noche, y se frotó la palma de la mano con el puño cerrado. “¿Dónde entonces? ¿Dónde quieres vivir?”

Aisha movió la cabeza y se quedó mirando fijamente la cesta. Las zanahorias estaban vibrantes, mientras que sus palabras sobre el futuro resultaban asfixiantes. Miró hacia la casa. Tal vez sus padres lo entenderían si pudiera hablar con ellos. ¿No debería darles al menos la oportunidad de verla enamorada, de conocer ese amor tal como ella lo conocía? Quizás respetarían su decisión de no casarse. Si pudiera reunir el valor para hablar con ellos.

Se imaginó frente a sus padres en el salón, su madre sentada en la silla, su padre de pie a su lado. Ambos la mirarían con una mirada de preocupación, que aumentaría mientras ella tenía dificultad para encontrar las palabras que había ensayado mil veces. “Mama, Papa, hay algo que necesito deciros.” El temblor en su voz traicionaría sus miedos y se convertiría en su presa. El sacrificio sería rápido, pero se llevaría el dolor con ella y viviría con él si eso la liberaba, sabiendo que, al menos, lo había intentado.

“¿Qué es, Aisha? Puedes hablar con nosotros,” diría su madre.

No, no podía. No sobre su amor. Pero tenía que hacerlo porque necesitaba la bendición de su madre.

“Yo...” Flaquearía, porque ¿cómo no iba a hacerlo?

Al escuchar lo que ella tenía que decir, su padre crecería en estatura y presionaría su mano firmemente sobre el hombro de su madre. Su madre se apretaría contra el respaldo de la silla, alejándose lo más posible de su repugnante hija. Se cruzaría de brazos y evitaría el contacto visual, porque ¿cómo iba a poder mirar a su hija después de esto? Había traído la mayor deshonra a toda la familia y eso era imperdonable. Si les hubiera dicho que estaba embarazada, la habrían visto con mejores ojos, habrían adelantado la fecha de la boda y, más tarde, habrían bailado en la boda para celebrarlo. Esta noticia les haría entrecerrar los ojos y cuando sus palabras se registraran por completo, sus caras se llenarían de rabia. No la aceptarían. Y eso hizo que la verdad fuera lo que era. No estaba preparada para enfrentarse a su rechazo, para alejarse

después de haberles roto el corazón y haber puesto su mundo patas arriba.

Culparían a Gabi dijera lo que dijera y entonces ella tendría que abandonar Granada para mantenerse a salvo. Algo tan grave como esto nunca sería considerado solo un asunto familiar. Era una afrenta para la comunidad, su historia y sus antepasados. Aparte de lo que significaría para ella una vez que todo se hubiera calmado, como había pasado con la vieja María, no podía arriesgarse a que le hicieran daño a Gabi.

Su mente agitada estaba tratando de proteger su corazón, haciéndola pensar dos veces sobre las consecuencias de huir y, aún así, tenía que seguir lo que le dictaba el corazón. Amaba a Gabi. Quería creer en los sueños que compartían de ver el mundo y envejecer juntas. Tenía que hablar con Gabi.

“¿Ves? Ni siquiera puedes responder a una pregunta sencilla.”

Nicolás la sacó de sus pensamientos. “No sé.” Se volvió hacia él. “A veces simplemente quiero estar lejos de aquí.”

Él movió la cabeza y le secó la mejilla.

Se quedó helada. Las lágrimas silenciosas seguían cayendo, y ahora que era consciente de ellas, se sintió tonta e indefensa aceptando su amabilidad. Su angustia pareció suavizar su comportamiento hacia ella. Le pasó un brazo por los hombros y la hizo apoyarse en él. Se le revolvió el estómago. Sus músculos no eran tan suaves como los de Gabi y la abrazaba con demasiado fuerza, deseándola más que consolándola. Era familiar y cálido, y aunque tenía claro que no quería casarse con él, estaba confundida en todo lo demás.

“Yo quise irme de aquí cuando murió Esme,” dijo Nicolás.

Aisha se apartó. A menudo se había preguntado si sus sentimientos por Esme siempre se reflejarían en sus ojos. Pero al observarlo ahora, pensó que no, el dolor era solo de él.

“Lo sé. Como mejores amigas, probablemente estabas más unida a ella que yo en algunos aspectos. Te echó de menos después de casarnos, cuando tus sueños de estar en otro lugar te absorbieron.” Sonrió con tristeza. “No te estoy criticando por tener imaginación, Aisha. Es lo que te hace la mejor bailaora de Granada. En aquel momento, Esme era el centro de mi universo y cuando ya no estuvo a mi lado, me sentí perdido. Mi corazón murió cuando ella y nuestro bebé murieron.”

Volvió a ser ese hombre, consumido por su pérdida, con la mandíbula apretada y los ojos vacíos, desesperado por sentirse impotente. Era el mismo sentimiento con el que ella había vivido desde que se dio cuenta de que era diferente.

“Pero mi corazón está lleno contigo ahora. Sé que nunca me amarás como yo te amo. Algo bloquea tu corazón. Siempre has sido así.” Miró al cielo, su nuez subía y bajaba. “No me hagas parecer un imbécil, Aisha. Me preocupo por ti y espero que algún día me dejes hacerte feliz.”

Esta conversación parecía tan equivocada, tan fuera de lugar, sus palabras se apretaban como una soga alrededor de su cuello. “¿Crees que es así de simple?”

“¿Por qué no?”

“El amor, quiero decir. ¿Crees que una persona puede aprender a que otra la haga feliz y que eso será suficiente? ¿No crees que ese tipo de felicidad es producto de dos corazones que se conectan de forma inconsciente y sin ser forzado? No a través de un acuerdo que nos han vendido nuestra leyes. Leyes que expulsan a las personas que son diferentes.”

Él se rascó la cabeza.

“¿No crees que el amor es algo tan especial que no se puede definir, que pasa a través de las personas, entre ellas y alrededor de ellas? No se doblega a nuestra voluntad, Nicolás, la

dirige. El amor es lo único que importa. Sin él, simplemente somos barcos vacíos arrojados a un mar demasiado grande para que poder navegar.”

“Eres una soñadora con la cabeza en las nubes. Crees que la vida es lo que lees y cantas, un canto que te llena la cabeza de ilusiones y te vuelve loca. Te he visto cambiar. Te he visto perderte en esos sueños salvajes.”

“Estaba perdida sin ellos. Me estoy encontrando a mí misma gracias a ellos. Y este amor del que hablo no es una ilusión. Es tan real como el sol y el cielo y el aire que respiramos. Quizás tuviste eso con Esme. Yo sé que nunca podré tenerlo contigo.”

Se rascó la cabeza con más fuerza y respiró profundamente. “Soy feliz contigo.”

“Hablas como si yo fuera algo de tu propiedad. ¿Cómo puede ser eso amor?”

Negó con la cabeza. “No te entiendo. Te proporcionaré todo lo que necesites. Una casa, comida en la mesa, niños. Te mantendré a salvo, y no te faltará nada. Estaremos bien.”

Ahora era ella quien negaba con la cabeza. “No quiero comodidad. Quiero amor, Nicolás. Quiero que mi corazón cante de felicidad. Quiero sentirme viva con todo lo que pensemos y hagamos. Quiero compartir los mismos intereses. Quiero hablar y reír.”

“Tenemos los mismos intereses.”

“Bailamos juntos.”

“¿Y eso no es suficiente?”

“Sin amor, no. No es suficiente.”

Él asintió. “Lo entiendo. Todavía es demasiado pronto para ti. La primavera está muy lejos.” Suspiró y se pasó los dedos por el pelo.

“Siempre será demasiado pronto para mí, Nicolás. Nunca voy a querer la casa de lo alto de la colina, ni niños, ni la seguridad de un hombre a mi lado. Preferiría...”

“¿Qué? ¿Qué preferirías?”

No podía abrirle su corazón, aunque le encantaría despedirlo con el rabo entre las piernas. Ya llegaría ese momento. “Preferiría arriesgarme y viajar por el mundo.”

Se levantó y empezó a caminar hacia las casas, de pronto se detuvo. “¿Sabes? Quizás deberías irte. Y cuando veas que la hierba no es más verde,” dijo, señalando el campo a su alrededor. “En un mes, o tal vez dos, si duras tanto, no pienses que voy a estar aquí esperándote.”

Aisha se puso de pie y se colocó las manos en las caderas. “¿Sabes qué? Creo que lo haré.” Dio un paso hacia ella. Su aliento rancio le rozó la mejilla y la línea de su mandíbula se hizo más pronunciada. La podía asustar, pero no se echaría atrás.

“Te dejaré que se lo cuentes a tus padres, así podrán encontrarte otro hombre para casarte.” Se dio la vuelta.

“No me amenaces.”

“He oído que Pedro está buscando esposa todavía,” dijo y se fue furioso.

Lo vio alejarse y el temblor que sentía en su interior se hizo más fuerte porque tenía razón. Si no era él, sus padres buscarían a otro. Él saldría adelante, como lo había hecho después de Esme. Quedaría justificado por haber sido abandonado. No podía cambiar quien era. Y después de haber estado con Gabi en la intimidad y haber probado la realidad mucho más de lo que había soñado, no se traicionaría ni a ella ni a las dos. Se apoyó en el árbol, cerró los ojos y respiró profundamente. “*Verde que te quiero verde. Verde viento. Verdes ramas.*” La hierba era más verde y ella lo vería. La emoción que sintió cuando pensó en Gabi dio paso de nuevo al miedo, más rápido que el sol secando la lluvia en verano, cuando pensó en cómo podría empezar una conversación con sus padres.

25.

“*Cariño*, ven y siéntate. Hay un desayuno muy bueno. Puedo hacerte huevos si quieres.”

“No tengo hambre.” Gabi había tenido problemas para comer desde que descubrió que Aisha estaba comprometida con el idiota de pelo grasiento que ahora odiaba con todas sus fuerzas. A medida que pasaba la semana, con esa sensación de tic, tac que había tenido cuando era niña, estaba más convencida de que el compromiso no había sido lo que Aisha quería.

Gabi había deambulado por las calles durante horas en trance a principios de semana, se había sentado en la cafetería a la que la había llevado Aisha e incluso fue en el autobús para visitar la Alhambra. Sufrir el hedor en el autobús había sido terrible ese día. Había caminado por el río con la vana esperanza de ver a Aisha. Todas esas horas le habían recordado lo que echaba de menos, y beber hasta quedar sin sentido la había ayudado a borrar la realidad durante el tiempo suficiente para poder dormir un poco. Pero las mañanas habían dado luz a la realidad y eso había provocado lágrimas y confusión.

Había pasado junto al grupo el sábado, esperando encontrar un momento para hablar con Aisha. Había algo diferente en la forma en que Aisha había bailado. Todavía con pasión, pero distanciada de la multitud. Sus movimientos habían sido más tensos, más furiosos. Los espectadores la vitorearon y aplaudieron. No habrían notado la diferencia que había visto Gabi. No había podido conectar con la música y verlo a él vigilando a Aisha de cerca, había alimentado su ira, así que se escabulló entre la multitud antes de que ninguno de los dos pudiera verla.

Se había enojado consigo misma por no haber encontrado la forma de acercarse a Aisha, pero ¿cómo podía prepararse para un mayor rechazo cuando ya tenía el corazón en carne viva? Difícilmente podría enfrentarse a Aisha con ese bastardo escuchando la conversación. Estaba segura de que se daría cuenta de la tensión entre ellas. Él le transmitiría toda la información a Pilar la Huna, y no quería causar a Aisha más dolor del que ya tenía. No tenía idea de lo que la Huna sería capaz de hacer, pero su instinto y la forma en que Pilar la había mirado, le habían dicho que haría cualquier cosa para asegurarse de que Aisha se casara. Eso no era amor de madre, era control matriarcal. Le había dejado un sabor amargo en la boca y una sensación de inquietud en el estómago que, desde entonces, había competido con las resacas de cada día.

“No te lo estoy preguntando, Gabriela. Siéntate.”

Gabi se sentó y se sintió como una niña sin consuelo por haber perdido su juguete favorito y se había vuelto irritable. Se merecía expresar su mal humor. ¿Quién no lo haría en estas circunstancias?

Nana se puso de pie. “Bébetelo el zumo. Son las naranjas de Pablo y son excelentes.”

A Gabi le importaban un carajo las naranjas. Tomó un sorbo y el líquido le heló la boca. Esperaba ácido y lo encontró dulce, era un sabor muy agradable. Le zumbaba la cabeza, como durante toda la semana. Un gesto habitual al comenzar el día. Se odiaba a sí misma por lo rápido que había vuelto a su hábito de beber para ahogar lo que no podía soportar. Sin embargo, había una costumbre a la que no había vuelto y era las aventuras de una noche. El sexo con cualquier otra mujer no estaba en sus planes mientras se sintiera así, aunque se le habían acercado en los bares que había frecuentado. Una mujer, de la que ni siquiera recordaba su aspecto, se había sentado a su mesa y ella se había excusado inmediatamente para evitar entablar conversación, prefiriendo regodearse de su angustia a solas. Por eso sabía que su corazón estaba roto y por eso sabía que no había terminado con Aisha.

“Haré huevos,” dijo Nana.

Gabi ya había superado el shock, simplemente estaba enojada y muy, muy triste. Se contuvo las lágrimas mientras Nana cocinaba. Pero sus ojos se habían vuelto como las jodidas fuentes, chorreando agua día y noche cada vez que pensaba en Aisha, que era prácticamente todas las horas en que estaba despierta. Aisha había sido lo mejor que le había pasado en la vida. Recordó la primera vez que habían quedado y que ella no apareció. Sabía por qué no había venido esa vez, cuando sabía exactamente dónde encontrarla. Porque no podía escapar. Era prácticamente una prisionera dentro de su propia comunidad.

Gabi había cogido el autobús para ir a la casa de Aisha ayer en un ataque de necesidad por hacer algo para detener el dolor de la incertidumbre que la estaba matando. No tenía ningún plan. Había observado desde lejos y la había visto sentada junto a Nicolás debajo de un árbol en el campo. Pilar la Huna los saludó y les sonrió. Él la rodeó con un brazo. Ella se apartó. Gabi no pudo leer el confuso lenguaje corporal de Aisha, pero se dio cuenta de que no podía presentarse en su casa. No sería una cálida bienvenida. ¿Y qué haría ella? ¿Llevar flores y felicitarla por su compromiso? ¿Llevar un anillo y pedirle que se escaparan juntas, como Aisha le había pedido antes de que él interviniera e hiciera añicos su burbuja de felicidad? Joder.

Nana regresó con dos platos de huevos, beicon crujiente, salsa picante y guacamole. Se sentó y miró a Gabi. “*Cariño*, ¿qué vamos a hacer?”

Gabi cogió el tenedor, pinchó el beicon y se lo comió. “No lo sé.”

Nana abrió un huevo y derramó la yema sobre la salsa. Cogió un poco de todo con el tenedor y se lo comió. “*Excelente*.” Repitió el proceso y, al terminar, se limpió la comisura de los labios con una servilleta. “Hay algo que necesito decirte y no estoy segura de si estás preparada para oírlo, pero no descansaré hasta que sepas la verdad. Espero que pueda ayudarte con tu situación.”

“Te vas a quedar aquí, ¿verdad? No me extraña. Tienes a Juan, ¿por qué ibas a volver? Pero yo tengo que irme, Nana.”

“Llegaremos a eso en un momento, si te parece bien. Sí, he decidido quedarme, pero hay algo más.” Se aclaró la garganta y tomó un sorbo de su zumo. “Juan es tu verdadero abuelo.”

Gabi se atragantó con la salsa, que le quemó como el infierno. Dejó el tenedor y dio un sorbo a su zumo. Intentó escuchar.

“Embarazada. Sexo antes del matrimonio. Las leyes gitanas. Castigado con la muerte.”

Silencio.

“¿Qué?” es todo lo que se le ocurrió decir.

Nana se rió.

Era evidente que se le había escapado algo.

“Gabriela, *cariño*, no pensarías que era una mojigata, ¿verdad?” Nana suspiró y miró al vacío. “Fue maravilloso e imprudente. Pero cuando eres joven y estás enamorada, no piensas así, ¿verdad?”

Gabi se dio cuenta de que Nana había estado hablando de su experiencia con Juan, lo cual era un alivio, porque la parte de la muerte era particularmente inquietante. Sus pensamientos la llevaron a la playa con Aisha y a lo que había pasado en los últimos momentos juntas detrás del cobertizo. La emoción tenía un gran poder sobre las leyes. Volvió al punto inicial de Nana, porque las otras palabras se habían convertido en un reflejo confuso de su propia situación y no le gustaba cómo se sentía. “¿Así que el abuelo de Inglaterra no es el abuelo?”

“No. Sabía que nuestro hijo no era suyo. Asumió el papel porque venía acompañado de un buen estilo de vida. Eso lo alejó del frente y mi padre lo recompensó económicamente. Nunca

volvimos a hablar del embarazo.”

“¿Lo sabía Juan?”

Nana comió lentamente un trozo de pan. “Se lo dije ayer. Lo he visto todos los días y hemos hablado mucho. Juan y yo nunca nos hemos guardado secretos. Quería que él te conociera y tú a él.”

“¿Y qué pasa con papá?” Era extraño que le importara ahora, pero lo hacía. Había habido demasiados secretos y esto era una noticia importante. Su verdadero padre estaba vivo.

“Hm.” Tomó un poco de zumo. “Quiero hablar contigo de eso porque no puedo pensar con claridad.”

“Seguramente debería saberlo.”

“Eso es lo que me dice la cabeza. Pero, ¿en qué mejorará esto su vida?”

“Quizás algo haga clic. Tal vez quiera conocer a su verdadero padre.”

“Él adoraba e idolatraba a Miguel como si fuera un rey. Incluso resultó más parecido a él que a mí o a Juan.” Se rió, aunque sonó una risa tensa. “Extraño, lo sé. Lo que tú no sabes es que tu padre tuvo un ataque de nervios cuando murió Miguel. Me preocupa que al descubrir que el hombre al que él amaba con tanta pasión, un hombre al que tomó como modelo, no es su padre, le haría más daño que bien. Se enfadará mucho. La noticia podría destruirlo.”

Para Gabi, Miguel era solo un nombre en una lápida y fotos en un álbum. Le costaba digerir que Juan era su verdadero abuelo, que estaba vivo y bien, y que ahora él y Nana iban a estar juntos. Ni siquiera tener la cabeza jodida describía sus sentimientos. Tampoco estaba pensando con claridad. “¿Qué quiere Juan? Es su hijo.”

“Le gustaría verlo, pero solo si es bueno para Hugo.”

Se pasó los dedos por el pelo y se sujetó la cabeza. “No sé qué es lo mejor.”

“Hm, exactamente Gabriela. No podemos saber qué es lo mejor porque no podemos seguir dos direcciones diferentes al mismo tiempo.”

Gabi pensó en Aisha. Estaba atrapada entre amar a su familia y amarla a ella. No sabía más que Gabi en si abandonar el Sacromonte era lo mejor para ella y tenía mucho más que perder. Sin embargo, estaba dispuesta a arriesgarlo todo por Gabi. Su mente le diría que se quedara con la seguridad de lo que conocía, pero su corazón le diría que huyera por amor. Y Gabi debería estar allí para apoyarla, en lugar de preocuparse por un futuro, que rompieran, que podría no ocurrir.

“¿Alguna vez dejaste de amar a Juan?”

“No, Gabriela. Pero si no me hubiera ido de España cuando lo hice, me habrían matado durante la guerra junto a mis padres. Suponiendo que la guardia civil no nos hubiera atrapado a Juan y a mí primero. ¿Cómo hubiera podido tener un hijo ilegítimo aquí? Habríamos tenido que huir y eso habría significado una muerte segura.”

Gabi no podía mirar los huevos. “Así es para Aisha y para mí.”

Nana asintió. “Tiene la libertad de irse, pero sin la bendición de sus padres. Ese privilegio tiene un precio grande.”

“No podríamos vivir aquí.”

Nana masticó un trozo de huevo. “Incluso con su bendición, las leyes gitanas no le permitirán quedarse. Tendrá que irse y no se volverá a mencionar su nombre.”

“Es una mierda.”

“Eso me lleva a la otra cosa que quería hablar contigo.”

Gabi no podía dejar de pensar en Aisha, no podía detener el dolor, cada vez más profundo, de su corazón.

“Gabriela.”

“Perdona. Dime.”

“La casa de campo está en un fondo fiduciario a tu nombre. Hay una asignación de veinte mil libras al año que cubrirá el mantenimiento si decides quedártelo, y veinte mil libras para que hagas lo que quieras.”

Si Gabi no podía estar con Aisha, no quería vivir en la casa sin Nana. “No puedo...”

Nana levantó la mano. “Soy demasiado mayor para escuchar tus protestas. Heredarás el resto de mis bienes cuando yo muera.”

“¿Y qué pasa con papá?”

“Hugo estará bien. Estuvo de acuerdo con el fondo después de la muerte de tu madre y no necesita nada que yo pueda darle.”

“¿Incluso sabiendo que su padre no es quien pensaba que era?” preguntó Gabi.

Nana suspiró. “No es fácil, ¿verdad?”

Gabi negó con la cabeza. Su padre debería saberlo, pero no le correspondía a ella decírselo. Además, en este momento, su padre no era su mayor preocupación. Nana sí. “¿Estarás a salvo aquí con Juan?”

“Sí, *cariño*. Él tiene su casa y yo el apartamento. Ya no soy la hija de un alto comandante de la guardia civil. Podemos disfrutar de la compañía del otro durante los años que podamos pasar juntos.”

“¿Y Pablo?”

“Solo somos amigos. Nunca habría habido nada más entre nosotros. Él amaba demasiado a su esposa y yo no había dejado ir a Juan.”

La idea de irse sin Nana le hizo un nudo en la garganta y luchó por tragárselo. Se frotó los ojos para detener las lágrimas. “No quiero estar en Inglaterra si tú estás aquí. Me alegro por ti y por Juan, pero te echaría demasiado de menos. Y no me puedo quedar aquí si Aisha se casa con él. No puedo verla con él.”

“¿Crees que eso es lo que ella quiere realmente?”

Gabi notó el temblor en sus manos mientras bebía su zumo. “Mi corazón dice que no, pero mi cabeza está confundida.”

Nana sonrió. “Entonces necesitas averiguarlo.” Le dio unas palmaditas en la mano y se la sostuvo. “Estoy segura de que encontrarás la manera.” Se reclinó en la silla.

Encontraría la manera. No podía simplemente presentarse en su puerta, pero estaba la escuela, el único lugar al que podía ir y donde podrían hablar un rato.

“¿Te gustaría visitar a tu abuelo?” preguntó Nana.

La felicidad de Nana tapó el dolor en el corazón de Gabi. “Sí.” todavía no podía entender dónde encajaba Juan en su vida y en sus sentimientos, pero con tiempo, tal vez eso cambiaría.

“Bueno, ¿qué vas a hacer con papá?” preguntó.

Nana suspiró. “Necesito pensarlo bien. Es algo de lo que no puedo echarme atrás una vez que lo haya dicho. Y es algo que necesito decir en persona.”

“¿Tiene derecho a saberlo?”

“Tal vez, *cariño*.” Dijo y se terminó el zumo. “No es tan simple. ¿Podrías soportar que no se lo diga todavía?”

“¿Puedo guardar un secreto?” Gabi negó con la cabeza. No estaba en sus planes verlo pronto, y si Nana no iba a volver a Inglaterra, no sabía cuándo volvería a verlo, si es que eso se producía alguna vez.

Nana frunció el ceño. “Sí, supongo que sí. Nunca me he considerado alguien que puede

guardar un secreto y sí juzgar cuándo es el momento adecuado para transmitir la información. Los corazones son frágiles y, como bien sabes, no es una experiencia agradable cuando te lo rompen.”

“Puedo dejar que tú juzgues cuándo es el momento adecuado,” dijo Gabi.

Nana le dio una palmaditas en el brazo. “Gracias, *cariño*.” Cogió su plato y se dirigió a la cocina. “Por cierto, Matías preguntó por ti porque no fuiste al taller la semana pasada. Estoy segura de que a tu tío le encantaría tu compañía y luego quizás podrías pasarte por la casa de Juan a tomarte un café.”

Un tío y un abuelo. ¿Quién lo hubiera pensado? De alguna manera explicaba su conexión con Matías el hecho de que a ambos les encantaba hacer joyas. Haría que su relación de trabajo fuera más interesante. Rara no describía cómo se sentía. Al menos no estaba tan sola en el mundo como había creído. Necesitaba que esta nueva realidad se asentara porque, a pesar de haberles encontrado recientemente, los abandonaría. Siguió a Nana hasta la cocina y la abrazó. “Gracias. Por todo. Voy a ir a la escuela a hablar con Aisha. Pase lo que pase, tengo que irme de aquí. Solo espero que se venga conmigo.”

Nana le acarició la mejilla y sonrió. “Lo sé. Y todavía no soy demasiado mayor para viajar, así que no creas que te vas a librar de mí.”

Gabi sonrió, aunque las lágrimas le quemaban los ojos. Besó a Nana en la mejilla. “Me iré el viernes por la mañana,” dijo con la voz entrecortada.

Los ojos de Nana se llenaron de lágrimas y se secó una que había bajado por su mejilla. “Tan pronto.”

Gabi bajó la cabeza. Ver a Nana llorar la derrumbaría y tenía que ser fuerte. “No me puedo quedar si me rechaza.”

“No lo hará.”

Gabi esperaba que la confianza de Nana no fuera en vano. “Si se quiere venir conmigo, entonces cuanto antes nos vayamos, mejor, ¿no?”

Nana le dio otras palmaditas en el brazo. “Sí, es verdad. Bueno, será mejor que te encontremos un buen hotel. Málaga no está muy lejos,” dijo.

Gabi la besó en la frente. La abrazó con fuerza y rezó para no abandonar Granada sola. “Te voy a echar mucho de menos.”

“No por mucho tiempo. Además, iré a Málaga en unas cortas vacaciones con Juan.”

Gabi se echó a reír. “Me encantaría.”

26.

Aisha había llorado hasta quedarse dormida todas las noches y los días habían pasado más lentamente de lo que se acercaba la sombra de la muerte. Su corazón pesaba tanto que tenía miedo de que le aplastara la vida. Había encontrado poco consuelo en dibujar la imagen abstracta de Gabi, algo que antes la había ayudado tanto a aferrarse a nuevas posibilidades. Sus lágrimas lo habían transformado de una obra de amor a una muestra de dolor.

Había tratado de reunir el coraje para hablar con sus padres, pero nunca era un buen momento, con su madre consumida por los planes de boda de Conchita y su padre decidido a pasar el menor tiempo posible en la casa.

Había defraudado a Gabi, ese era el peor sentimiento de todos.

La lista de trabajos que requerían su atención todos los días se había hecho más larga, obligándola a quedarse más tiempo en casa. Le habían encomendado la tarea de ayudar a los mayores con cosas sencillas que antes eran perfectamente capaces de hacer por sí mismos, llevar comida y suministros a los lugares más lejanos de las colinas, que primero tenía que cocinar o recoger y preparar. Los mayores la acosaban durante horas con sus historias familiares y la importancia de las tradiciones, especialmente en tiempos de dificultades y crisis. Estaba segura de que era una conspiración, una intervención. Y ya había tenido suficiente.

Creyó haber visto a Gabi el sábado por la noche pasando por donde estaban bailando. Había perdido el ritmo porque sus oídos tronaban con los latidos de su corazón en vez de con la música. Cuando levantó la vista y Gabi no estaba, se preguntó si estaba perdiendo la cabeza. Se dirigía rápidamente por el camino por el que habían conducido a la vieja María. Era la más cruel y malvada de las traiciones, ser aislada del amor por las personas que profesaban amarla más.

Observó a su madre restregar la tierra de las verduras, la ligera postura encorvada que había aparecido y el color plateado que rayaba su cabello oscuro. Parecía cansada, agotada sin duda. ¿Y por qué le importaba? ¿Por qué era tan difícil hablar con ella y, a la vez, tan difícil alejarse?

Recordaba estar sentada a la mesa de niña, dibujando en el reverso de un trozo de papel en el que había estado envuelta la carne del mercado. En los pliegues, el carbón había formado un patrón que se parecía a los cultivos que crecían en el campo. Su madre lo había puesto en la pared de la cocina, sostenido por el salero, hasta que un día, el dibujo ya no estaba allí. Mama le había contado historias mientras cocinaba, le había explicado recetas, y Aisha había aprendido a medir la harina y a amasar. Había aprendido a hornear pan y a hacer pasteles, a crear diferentes sabores con hierbas y especias y, lo más importante, había aprendido a agradecer a su madre.

Ella también había sido sometida a aprender las lecciones de la vida mientras estaba sentada en esa mesa. Su madre había destripado un bagre mientras hablaba. Nunca había entendido cómo Mama podía hablar de amor y de cómo hacer un bebé en la misma frase. Pero salió decidiendo que nunca quería tener hijos propios. Esa noche, recitó los poemas de Lorca hasta quedarse dormida y supo que el amor era algo más que la interpretación de su madre.

Hubo una vez en que Aisha había estado tan enferma que creyó que se iba a morir. No le habría importado demasiado, porque estaría con su abuela, la madre de su padre. Mama había dicho que el tiempo se detiene en el otro lado, así que no sientes la pérdida. Le había gustado esa idea. Había sentido la tela helada contra su piel y había temblado durante días, hasta que un día la calidez del sol le tocó la cara. Su madre siempre había estado allí cuando abría los ojos,

sonriéndole y acariciándole el pelo, dándole sopa y agua.

Cuando Aisha empezó a sangrar todos los meses, la actitud de su madre se hizo más dura y estricta. Se obsesionó con el matrimonio y los hijos y Aisha sintió pena por ella, porque sentía que la vida era más que eso y le entristecía que su madre no pudiera verlo.

Aisha tragó el nudo que tenía en la garganta y se dirigió a la puerta.

“¿Adónde vas?”

La dureza del tono de su madre la sobresaltó. “Al mercado de pescado.” ¿Qué era otra mentira más en la corriente a la que se dirigía?

Mama cortó las zanahorias con movimientos bruscos. “Ya ha ido Conchita.”

“Ese es mi trabajo.”

Mama se giró lentamente, puso una mano en su cadera y se inclinó hacia adelante, proyectando una sombra sobre Aisha que era más oscura que la que ya la estaba consumiendo.

“No llegaste a tiempo.”

Eso no era cierto. “Me enviaste al señor Pérez.”

“Sus necesidades son mayores que las tuyas. Te has obsesionado con ir a la ciudad.” Señaló su sien. “Te ha dado la vuelta a la cabeza.”

“Eso es mentira.”

Su madre dio un paso hacia ella y la abofeteó.

Aisha se tocó la mejilla, levantó la barbilla y apretó los dientes. El picor hizo que le lloraran los ojos, pero se negó a que su madre viera sus lágrimas. “*Te odio*,” dijo en voz baja, pero lo bastante alto para que la oyera.

“No sabes lo que significa el odio. Pero esa es la insolencia de la que hablo. Te volverá tan loca como a la vieja María.”

Aisha gesticuló con los brazos, señalando la habitación. “Esto me está volviendo loca. ¿No lo ves?”

Su madre volvió a cortar zanahorias. “No tienes ni idea de lo buena que es tu vida aquí. ¿Crees que el mundo que hay ahí fuera te tratará mejor? ¿Que bailarás por más dinero? ¿Que tendrás mejor comida y más rica en ese estómago codicioso que tienes?”

“Tendré amor.”

El blanco de los ojos de su madre le hacía parecer salvaje y la forma en que contorsionaba la cara daba la impresión de estar en agonía. Excepto que había fiereza donde debería haber suavidad, si de verdad estuviera sufriendo. Esta ira tan brutal era aterradora. Aisha se puso tensa.

“Aquí tienes gente que te ama pero tú la rechazas.”

Nicolás le había hablado de su discusión. Se mordió el labio para evitar gritar.

“No muestras respeto por nadie.”

Aisha lanzó las manos al aire. “¿Y dónde está el respeto por mí y por lo que yo necesito?”

“Necesito. Necesito.” Mama dejó el cuchillo. Dio un paso hacia ella. Aisha se encogió de miedo y dio un paso atrás. “No voy a hacerte daño, Aisha.”

Aisha la fulminó con la mirada y aflojó la mandíbula. “Ya lo has hecho.”

Su madre bajó la cabeza. “No quise pegarte.”

“No estoy hablando de una bofetada. El dolor físico es fácil de soportar. ¿Alguna vez te han destrozado el corazón?”

Su madre volvió a coger el cuchillo y lo colocó sobre la tabla de cortar. “Tú no tienes idea de lo que es el amor, Aisha. Y ya no quiero oír nada más. Te casas con Nicolás o te casarás

con Pedro. Tú decides a quién amas más y luego me lo cuentas. Estás poniendo en ridículo a esta familia. Esto tiene que terminar ya.”

“No me voy a casar con ninguno de los dos.”

“¿Tú te crees que no sé que me has estado mintiendo mientras te veías a escondidas con esa chica? No quiero saber qué pasa por tu cabeza.”

Aisha se quedó helada. “¿Cómo puedes hacerle esto a tu hija? ¿Crees que esto es amor?”

“Sí, Aisha. Este es el tipo de amor más duro. Una madre que cuida de sus hijos. Nos ayudamos unos a otros a tomar las decisiones correctas para nuestras familias y nuestra gente. Es lo que nos hace más fuertes.”

Aisha negó con la cabeza. Los verdaderos gitanos eran los que condenaban al ostracismo a quienes se atrevían a pedir cambios en sus leyes. No, ella no iba a conformarse con eso. “Me hace más débil. Me está matando.”

“No seas patética. No tienes ni idea de cómo nuestros antepasados tuvieron que luchar, contra el gobierno, contra el sistema, contra la guardia civil, solo para sobrevivir. ¿Quieres que tiremos nuestras leyes y nuestras costumbres solo para que puedas vivir de una manera fantasiosa que ni siquiera entiendes?”

“No me casaré.”

“Lo harás, y no hay nada más que hablar. Si eliges a Pedro, haré que tu padre hable con Nicolás, pero ninguno de los dos estará contento. Es la única opción que tienes ahora. Es mi culpa. Te di demasiada libertad con el baile. Tu padre dijo que deberíamos haberte guiado, que tu espíritu era demasiado fuerte para que supieras usarlo sabiamente. Pensé que eras capaz, pero me equivoqué.” Movi6 la cabeza.

“Me iré,” dijo Aisha.

“*Nunca*. Eso no es posible. Crece, Aisha. Ya estoy harta de darte tantos caprichos.”

“Te odio con todo mi corazón,” murmuró Aisha y se dirigió hacia la puerta.

“¿Adónde vas?”

“A la escuela.” A los niños no les importaría que apareciera hoy más temprano. “Me voy de aquí para estar con los niños. Voy a ayudarles a creer que pueden usar sus mentes para soñar con un futuro al que puedan aferrarse y que tendrán otras opciones cuando crezcan, porque así, estas leyes no podrán crucificar a las siguientes generaciones.”

“Conchita tiene una última prueba del vestido más tarde y todo el mundo estará aquí. No llegues tarde.”

Aisha cerró de un portazo antes de que su madre dijera otra palabra y echó a correr colina abajo. Se paró fuera del patio de recreo, sin aliento, con la visión borrosa y el corazón latiendo tan fuerte y tan rápido como las lágrimas que corrían por sus mejillas. Respiró profundamente varias veces hasta que los árboles y los campos se volvieron nítidos y brillantes, el sol calentó su piel y tuvo la fuerza suficiente para enfrentarse a los rostros optimistas de los niños en el patio.

“Aisha, Aisha.”

Sonrió levemente a Marta mientras ésta corría hacia ella. Marta había quedado marcada de por vida por su padre borracho, un accidente, había dicho él. Su sonrisa podría iluminar el cielo por la noche y su curiosidad merecía mucho más de lo que le daría la falta de oportunidades viviendo aquí. Le acarició el pelo y la abrazó con fuerza.

Marta miró detrás de Aisha. “¿Está Gabi?”

Aisha se aclaró la garganta. “No. Está ocupada.”

“¿Cuándo va a venir otra vez?”

“No lo sé, *cariño*.”

“¿Por qué estás triste?”

Aisha se secó las lágrimas de las mejillas y puso su mejor sonrisa. Levantó a Marta en brazos. “Porque estoy feliz de verte hoy.” Se sentó en el suelo y sacó las cuentas y el hilo. “Bueno, ¿qué hacemos hoy?”

Marta cogió cuentas rojas y naranjas y una cuerda dorada y empezó a ensartarlos alternando los colores.

Aisha observó cómo trabajaban sus manitas. Las cuentas se le escaparon de las manos cuando intentaba encajarlas en la cuerda pero, con persistencia y esfuerzo, lo logró. La sonrisa de Marta crecía con cada logro y, después de añadir la última cuenta, miró a Aisha y su sonrisa desapareció.

“No va a volver para vernos, ¿verdad?”

Los labios de Aisha temblaban mientras hablaba y la tristeza hizo que se le saltaran las lágrimas. Acarició la mejilla de la niña y forzó una sonrisa. “No creo que pueda.”

“¿Por qué?”

Aisha suspiró profundamente y Marta la miró con el ceño fruncido.

“¿Es una turista?”

Aisha negó con la cabeza. “No exactamente.”

“¿Era amiga tuya?”

Aisha asintió.

“Quiero una amiga como Gabi,” dijo Marta. “¿Por qué no le haces una pulsera?”

Aisha le besó la cabeza y recogió cuentas verdes y azules y una cuerda blanca. “No me puedo quedar mucho tiempo. Mi hermana se va a casar pronto y tengo que ayudarla con el vestido.”

“Yo no quiero casarme,” dijo la niña.

Aisha enhebró dos cuentas verdes. “Yo tampoco.”

“Pero tú estás comprometida con Nicolás.”

“¿Puedes guardarme un secreto?” le preguntó Aisha acercándose a ella.

Marta asintió y enhebró una cuenta dorada. Sonrió mientras miraba el brazalete casi completo.

“No quiero casarme con él.”

Marta cogió otra cuenta y se encogió de hombros. “Pues no te cases entonces.” Enganchó la cuenta y sujetó los dos extremos de la pulsera y un broche y se lo mostró a Aisha. Marta miró detrás de Aisha y dio un grito. Se puso en pie de un salto. “Gabi, Gabi.”

A Aisha se le cortó la respiración.

“¿Me puedes arreglar esto?” le preguntó Marta, levantando la pulsera.

Gabi le revolvió el pelo y le arregló el broche. “Aquí tienes. Y tengo algo más para ti.”

Los otros niños corrieron hacia Gabi mientras ella se dirigía hacia donde estaba Aisha. Se sentaron en círculo, todos los niños mirando a Gabi sin pestañear.

Aisha se sentía inquieta, su corazón, más que latir, tronaba.

“Tengo una razón legítima para estar aquí,” susurró Gabi.

“¿Qué es legítimo?” preguntó Marta.

Aisha se echó a reír.

Gabi sonrió y dirigió su atención a los niños. “Me disteis algunas joyas para que las vendiera, ¿verdad?”

Los niños asintieron y sus sonrisas se hicieron más grandes.

“Bueno, tengo algo para vosotros.” Gabi entregó a cada niño un billete de quinientas

pesetas.

Aisha sonrió ante las carcajadas y los susurros de incredulidad mientras los niños inspeccionaban su dinero. Nunca habrían visto algo así y estaba bastante segura de que había sido subvencionado por el bolsillo de Gabi. La amaba aún más por eso.

Los niños se levantaron uno tras otro y, guiados por Marta, abrazaron a Gabi.

“¿Qué tal si nos tomamos algo?” preguntó Gabi.

Algunos dijeron que sí, otros ya estaban en profundas discusiones sobre qué iban a hacer con el dinero. Gabi se levantó y caminó al lado de Aisha hacia el edificio.

Aisha cerró la puerta y se apoyó en ella. Acarició la mejilla de Gabi. “Siento mucho haberte hecho daño,” dijo. No pudo contener las lágrimas y tembló mientras sollozaba.

“¿Quieres casarte con él?” preguntó Gabi.

Aisha negó con la cabeza antes incluso de que Gabi terminara la pregunta. “Ya te dije que no voy a casarme con ningún hombre.”

“Solo quería comprobarlo porque...”

“Porque él me lo impuso para controlarme. Es lo que pasa, siento que lo hiciera. Sabe que no voy a casarme con él. He intentado hablar con mi madre pero no quiere escuchar. Quiero estar contigo.”

Gabi la besó.

“He intentado muchas veces llegar a ti desde entonces, pero...”

Gabi puso un dedo sobre sus labios para que no siguiera hablando. “Está bien. No me creía que quisieras casarte con él. Tuve rabia durante un tiempo porque estaban pasando muchas cosas, contigo, con Nana y con Juan. También intenté llegar a ti. Te vi con él en el campo pero no podía enfrentarme a tu madre. Te vi bailando el sábado, pero él estaba demasiado cerca.” Le acarició el cabello y con la otra mano tomó su mejilla mientras la miraba fijamente. “Te amo. Te he echado de menos.”

Aisha se inclinó hacia ella y Gabi la rodeó entre sus brazos. Todo era perfecto y todo era posible. ¿Por qué tenía entonces esos nervios en el estómago? “¿Adónde vamos a ir? ¿Qué vamos a hacer?”

Gabi la abrazó con fuerza. El latido fuerte y rápido de su corazón, la calidez de su mejilla y el aroma del perfume de Gabi eran como seda para su piel en un día de verano. Pero esa sensación de nervios seguía ahí.

“¿Sabes que los olmos ingleses son de Inglaterra?” preguntó Gabi.

Aisha se rió. “Me lo había imaginado, sí.”

“Creo que te gustaría Devon, el campo y la casa, aunque es un tiempo húmedo y frío. Podríamos cultivar cosas.”

Aisha se apartó un poco y puso un dedo contra sus labios. “No necesito que las cosas sean como aquí. Quiero que sean diferentes.”

Gabi sonrió. “Bien, porque no soy muy buena jardinera.”

“Me gusta la idea de ir a Inglaterra y ver tu hogar. Y quiero viajar por el mundo contigo. Quiero cantar y bailar y vender joyas. Quiero ayudar a los niños pequeños a que sepan que tienen opciones, que pueden tener ambiciones y alcanzar sus sueños. Quiero enseñarles que no deben tener miedo por lo pasado, sino aceptarlo y hacerse más fuertes gracias a ello. Pero, sobre todo, quiero estar contigo. Para siempre.”

“Para siempre,” dijo Gabi.

Aisha frunció el ceño cuando se dio cuenta de algo. “No tengo pasaporte.”

Gabi se rió. “Podemos quedarnos en España hasta que te consigamos uno.”

Aisha sonrió. Gabi la besó y fue suave y dulce, sintió que la esencia de lo que significaba estar viva regresaba. Besó a Gabi y se preguntó si los olmos en Inglaterra serían tan verdes como los que rodeaban la Alhambra. Los saltos mortales en su estómago acrecentaban sus miedos y deseos e imaginó que sería así hasta que se establecieran en algún lugar, hasta que ella se liberara del control que su familia tenía sobre ella.

Pensó en la vieja María, en Marta, en Nana y en muchos otros a los que no había conocido nunca y que le habían conducido hasta este momento. Sin ellos, sin la promesa de amor de Lorca, palabras que tenía grabadas en su corazón, tal vez no tendría las fuerzas para alejarse de allí.

“No nos podemos quedar aquí,” dijo Aisha.

Gabi la abrazó. “Lo sé.”

Aisha asintió.

“¿Y tu familia?”

Aisha se mordió el labio. “Quiero irme con su bendición, si puedo.”

Gabi bajó la cabeza.

“Quiero que lo sepan para que no se preocupen por mí.”

Gabi la besó en la frente. “Supongo que no podemos saber cómo responderán hasta que lo hagan.”

“Si ellos lo vieran bien, quizás podríamos quedarnos aquí.” Aisha no sabía por qué había dicho eso. Si se fuera a vivir con Gabi y Nana, si eso fuera posible, no podrían ir juntas por la ciudad. Aisha no podría bailar con el grupo.

“¿Es eso lo que quieres?”

Aisha bajó la cabeza. “Quiero ser libre.”

“Entonces no nos podemos quedar aquí.” Gabi la tomó entre sus brazos y la abrazó con fuerza.

“Te amo,” susurró Aisha.

“¿Es suficiente?” preguntó Gabi.

Aisha se liberó del abrazo y se secó los ojos. “Sí.”

“Sé lo imposible que es esto para ti.”

Le resultaba difícil tragar saliva. Se le aceleró el corazón y se mareó. “Tengo miedo.”

“Yo también,” dijo y la besó. “Me voy de Granada el viernes por la mañana. No puedo ser simplemente una amiga para ti. ¿Lo entiendes? Quiero estar contigo como amante, como pareja. Me casaría contigo si pudiéramos.”

Aisha se secó las lágrimas de sus mejillas. “Mama sigue impidiéndome venir a la ciudad. Es como si supiera que estoy intentando verte.”

“Estaré en el taller de Matías mañana por la tarde, hasta las cinco. Si puedes llegar allí, entonces podremos ir juntas al apartamento.”

Aisha asintió y la besó. El taller estaba cerca de casa. No sabía si las lágrimas eran de tristeza, de alegría o de alivio o de las tres cosas a la vez. La sensación de ligereza que la hacía invencible de repente era abrumadora. Costara lo que costara, estaría allí mañana y nunca regresaría a casa.

27.

“Podemos ayudarte a conseguir la documentación que necesitas para Aisha,” dijo Juan. Gabi asintió. “Gracias.”

“El hotel está reservado para tres semanas,” dijo Nana. “No es el mejor de Málaga porque es temporada alta, así que está un poco más lejos de la ciudad...”

“Será perfecto,” contestó Gabi. Le temblaban las manos y se las frotó para disimular.

Bebieron té de hierbas y Nana sonrió. El té no le sentó muy bien al estómago de Gabi, algo inquieto. Miró fijamente a los ojos de su abuelo y vio los suyos en la forma y el color. También vio los de su padre. El parecido implicaba una conexión que sentía en su corazón. Su amabilidad y su compasión suavizaron la tensión.

“Si hubiera podido, me habría con Estrella,” dice en voz baja.

Nana le tomó la mano. “Me habría arriesgado,” contestó ella.

Escuchó su historia, el tiempo pasaba demasiado lento, y se puso al día con los años transcurridos entre la salida de España de Nana y su regreso. Cómo se había casado y tenía una familia y cómo siempre se había preguntado qué habría sido de Nana. Su esposa había muerto hacía unos años. Su hija, Ana María, había abandonado España para casarse con un norteamericano que la había enamorado completamente. Su expresión estaba llena de amor mientras hablaba y brillaba de orgullo al enseñarle fotografías de sus tres nietos. Los dos chicos adolescentes, uno de ellos con un balón de fútbol, estaban de pie al lado de su padre, y una niña más pequeña, que acababa de dejar los pañales, le sostenía la mano al otro lado. Todos mostraban la misma gran sonrisa y tenían los mismos dientes blancos y rectos. No los conocía pero recibía una tarjeta de cumpleaños todos los años y una llamada de teléfono de vez en cuando. El hombre que estaba al lado de Ana María no era como los hombres de aquí. Era alto, rubio y de hombros anchos. Como sus hijos, parecía feliz.

“¿Cuándo viene Aisha?” preguntó Juan.

Su memoria debe estar afectada por los años, porque ya se lo había dicho un par de veces. “Antes de las cinco.”

“Bien, bien. Y tienes un taxi reservado.”

“Sí, mañana a la hora del almuerzo.”

Nana había insistido en que cogieran un taxi en vez de navegar por los sistemas de trenes y autobuses. Iba a ser más rápido y solo un poco más caro. El estómago le dio un vuelco al pensar en todo lo que venía.

“Espero que volváis,” dijo. “La familia de Aisha es anticuada y me avergüenza decir que la homosexualidad no es aceptada en la comunidad gitana. Nos gusta pensar que estamos por encima de todo eso, pero no es así. Pero las cosas cambiarán.”

Gabi se rascó la palma de la mano con el pulgar.

Juan sonrió. “Estoy feliz por ti, Gabi. Aisha tiene un alma hermoso y el amor que compartís os ayudará a superar cualquier cosa.” Se volvió hacia Nana y le sonrió.

Los dejó juntos y cruzó la calle rumbo al taller de Matías. Estaba inclinado sobre algo que estaba puliendo. Lo deslizó hacia un lado y se secó las manos en un trapo.

“Me alegro de que hayas vuelto,” dijo, y sonrió.

“Hola ¿tío?”

Matías se echó a reír. “Sí, eso parece.”

“Secretos, ¿eh?”

“Aquí son moneda corriente.” Se puso de pie y le ofreció el asiento junto a la mesa. “¿Qué vas a hacer?” le preguntó.

“No sé.” Se volvió hacia él y se le quedó mirando fijamente. “¿Puedo hacerte una pregunta?”

Matías asintió, sonrojándose.

“No tienes que responder si es demasiado personal.”

Volvió a asentir.

“Tu hermana tiene familia, pero no tienes fotos de ellos en tu casa. Solo tienes una de ella. ¿Por qué?”

Matías levantó la barbilla y apretó los labios. “Nos peleamos cuando dijo que se iba de aquí y no hemos vuelto a hablar desde entonces.” Se aclaró la garganta. “Yo era joven y arrogante, le dije que estaba cometiendo un gran error. Era mayor que yo, pero yo la protegía enormemente. Me sentía responsable de ella, pero se fue con la bendición de papá y, durante mucho tiempo, no entendí por qué él la entregaba tan fácilmente.”

Se la quedó mirando en silencio durante un rato, más tiempo del que resultaba cómodo, y ella se imaginó el debate que se estaba produciendo en su cabeza. “¿Pero ahora sí?”

Inspiró y soltó el aire por la nariz. Su mejilla se torció. “Me enamoré.” Sonrió. “Eso cambió mi forma de ver las cosas.”

Gabi frunció el ceño. “¿No te casaste?”

Matías negó con la cabeza. “Como para Aisha, esa opción no es posible para mí.”

A Gabi no se le ocurría qué decir. Soltó una bocanada de aire y movió la cabeza. “¿Cuántas vidas se han destruido por estas leyes?”

“No tuve el valor para irme.”

“¿Desearías haberlo hecho?”

“Algunas veces sí.”

“Vaya mierda.”

“Algunas veces sí,” dijo y se rió. “Fue hace mucho tiempo. Elegí quedarme. Él decidió irse.”

“¿Era gitano?”

Matías sonrió. “Sabía que si me iba de aquí, no podría volver aunque papá nos diera su bendición. No tenía el espíritu de Ana María. No confiaba en que su amor por mí durara toda la vida. Y yo disfrutaba de la seguridad de esta comunidad. Quizás es que soy débil.”

Gabi abrió los ojos de par en par. “Eso no es debilidad, Matías. Es un sacrificio. Hay una gran diferencia. El estilo gitano es formidable y la gente muy protectora de vuestras leyes. No estoy segura de que yo hubiera podido irme tampoco.”

Dio un paso hacia ella, abrió los brazos y se abrazaron.

“Aisha y yo nos vamos.”

Él asintió. “Sabía que llegaría a esto. Aisha es más fuerte que nosotros dos.”

Gabi sonrió. “Es mucho a lo que renunciar, ¿no?”

“Fue demasiado para mí.”

Gabi no se sentía tan segura como debería en que Aisha fuera lo suficientemente fuerte como para alejarse de su familia. No resolverían nada hasta que llegaran las cinco y se dirigieran al apartamento.

“¿Cuándo os vais?”

“Mañana. Ella vendrá para acá esta tarde.”

Matías movió la cabeza. “Estoy triste. He disfrutado mucho de tu compañía.”

Gabi se giró al sentir que la recorría un calor. Miró hacia la puerta, pensando en Nana y en Juan. “No quiero que le echen la culpa a Nana.”

“En algunas partes de aquí hay sabiduría, gracias a Dios. Lamentablemente, la familia de Aisha es muy tradicional y esa sabiduría no se extiende a nuestra forma de vida.” Frunció los labios y agachó la cabeza. “Me imagino que el dolor durará unos años, hasta que los rumores se calmen, y se calmarán, con el tiempo. La situación para Estrella y mi padre es más fácil. Estarán bien.”

Gabi esperaba que tuviera razón. “Quizás puedas venir a vernos,” dijo.

Matías se rió. “Tal vez.” Cogió uno de los collares en espiral que había hecho Gabi y se lo dio. “Dondequiera que os asentéis finalmente, espero que hagas joyas como esta.”

Gabi sonrió al recordar la cantidad de veces que había maldecido mientras aprendía a hacer espirales. Unir dos de ellas había sido un desafío aún mayor, pero el resultado había merecido la pena. El collar parecía una serpiente con la plata enrollada alrededor de una cadena de cuero negro. “¿No lo vendiste?”

“Podría haberlo vendido mil veces.”

“Mil veces y seríamos ricos.”

“Cierto, pero creo que sería un regalo maravilloso para alguien especial, ¿no crees?”

El corazón se le hinchó de alegría y orgullo. La mano le temblaba mientras sostenía la delicada pieza en su mano. “Todavía podríamos trabajar juntos,” dijo. “Montaré un negocio y venderé tus joyas.”

Matías le tendió la mano y Gabi se la estrechó. “Trato hecho.”

Lo besó en la mejilla. “Gracias, tío.”

Él se rió. “De nada, sobrina. Ha sido un verdadero placer conocerte.” La miró fijamente y suspiró. “Debes crear, Gabi. Es lo que eres. Prométemelo.”

Gabi asintió.

“Ahora tengo que ir a la ciudad. Tengo reuniones con los proveedores hasta esta noche.” Se dirigió hacia la puerta. “Me gustaría llevarte mañana, adonde quieras ir.”

Gabi frunció el ceño.

Él se encogió de hombros. “Me sentiría bien ayudándote, a no ser que...”

“Me encantaría,” dijo Gabi y lo abrazó.

“Iré al apartamento. ¿A qué hora?”

“A mediodía.”

Matías asintió y se fue.

Gabi volvió a sentarse a la mesa y las palabras de ánimo sobre su trabajo de su tío se le quedaron grabadas en la mente, como si fuera donde siempre hubieran debido estar. Cogió un trozo de metal y lo trabajó despacio, suavizando la forma, pasando de algo abstracto a algo más real. Empezó a dibujarse un águila imperial, originario de la región. Sus fuertes alas extendiéndose y su pequeño pico afilado curvándose hacia abajo. Era un símbolo de poder. Sería su regalo para él.

28.

Cuando Aisha se despidió de Marta en la escuela, se preguntó si la niña había sentido que no iba a volver. Marta se había agarrado a ella y la había apretado con fuerza, el brillo de sus ojos había desaparecido y su sonrisa evaporado. Aisha esperaba que algún día ella encontrara la forma de irse de este lugar y se comprometió a ayudarla de alguna manera. Dejar a quienes amaba sin poder despedirse tenía que ser el peor sentimiento del mundo.

El dolor de estómago se había quedado con ella mientras caminaba desde la escuela hasta la prueba de vestido con las otras mujeres del pueblo. Había seguido las instrucciones de su madre al pie de la letra. Mientras estaba allí sentada y las escuchaba, las observó a todas, las mayores con sus opiniones, su madre controlándolo todo y Conchita, que ahora la miraba de otra manera. Había sonreído en los momentos oportunos mientras sentía que se ahogaba por toda la situación. No había cuestionado las horribles elecciones que estaban haciendo para su hermana y estuvo de acuerdo, amablemente, con todo lo que habían sugerido, hasta tal punto que el aire se había vuelto espeso, con una tensión insoportable y un silencio que cortaba más que las tijeras que habían usado para dar forma a la tela. No le importaba lo que ellas pensarán, sus juicios o sus críticas. Ya no le podían hacer más daño porque, en su mente, ya se había ido.

Pero esta mañana se había levantado con un nudo en el estómago y cuando salió de la cama, tenía el corazón acelerado y sentía náuseas.

También ahora lo tenía acelerado mientras intentaba actuar con normalidad, desayunando y sin prestar atención a la conversación que tenían su madre y Conchita. Cogió la cesta de verduras frescas y el pan y se dirigió colina arriba hasta la casa del señor Pérez. Disfrutó del sol sobre su espalda y se preguntó dónde estarían Gabi y ella mañana por la noche, cómo habría cambiado el paisaje y cuánta arena tendría la playa. ¿Qué comerían en el almuerzo? ¿Y cómo sería dormir en la cama de un hotel con Gabi? Algo no iba bien pero no sabía decir qué.

Había sido una visita breve porque el anciano le arrebató la cesta, murmuró un “gracias”, le devolvió la cesta vacía y cerró la puerta rápida y firmemente en su cara. “Que tenga un buen día,” le había dicho y regresó colina abajo dando un paseo.

Abrumada por una mezcla de emoción y pérdida mientras se dirigía a casa, no sabía por qué sentía débiles las piernas y estaba mareada. Se sentó sobre una roca a un lado del camino y contempló las montañas. Este hermoso paisaje que le dolía el corazón y la hacía vacilar ahora, había plantado la semilla de la duda hacía mucho tiempo. Había alimentado la tierra y había respirado su aire fresco, limpio, a cambio de su trabajo. Esta tierra había sido su guía y había escuchado pacientemente sus sueños y sus penas. Echaría de menos el susurro del viento y las promesas de tierra fértil que la acompañaban ahora a casa de la vieja María con una sensación de camaradería en espíritu.

La vieja María la recibió y cerró rápidamente la puerta. La miró fijamente con los ojos muy abiertos, aunque no estaba claro a qué miraba exactamente. “¿Está Franco todavía en el poder?” preguntó.

Aisha se preguntó cuándo había perdido la noción del tiempo la anciana. Si pensaba que Franco estaba en el poder, debía vivir con el miedo de la persecución. Se llevó la mano al dolor que sentía en el pecho. “No, María.”

La anciana miró hacia el exterior de la casa por la sucia ventana pequeña. “Que se joda la guardia civil,” dijo.

Aisha limpió una gruesa capa de polvo de la encimera de la cocina y les preparó un té de menta.

La vieja María le dio una fotografía descolorida en blanco y negro partida por la mitad. La mujer de la imagen tenía una expresión seria y una mirada penetrante. “¿Consiguió irse Carmen? ¿La viste? Por favor, dime que está bien.”

“Sí,” dijo Aisha. Carmen debió ser la amante de la vieja María.

La anciana se santiguó. “Gracias a Dios.” Se acomodó en la silla y se secó los ojos. “Debería haberme esforzado más, pero mi pierna estaba tan mal que no podía seguirle el ritmo.”

La recorrió un escalofrío al imaginar el sufrimiento de María y los años que había vivido sin la mujer que amaba. “Me dijo que te dijera que te ama mucho.”

La anciana asintió. “¿Siguen aquí los guardias?”

“No, se han vuelto a la ciudad.”

“¿Consiguió escaparse Carmen?”

Aisha tomó su mano huesuda. “Sí. Está a salvo. Te va a escribir.”

“No sé leer,” dijo María. “Ella es la inteligente.”

“¿Quieres que le envíe una carta?”

María levantó la vista y un brillo se abrió entre sus ojos, ahora vidriosos. “¿Puedes? ¿Es seguro?”

Aisha se preguntó si estaba generando falsas esperanzas a la anciana, pero en el estado mental en el que se encontraba, lo más probable es que por la mañana ya se habría olvidado de esta conversación. “Sí puedo hacerlo,” dijo.

“¿Hacer qué?” preguntó la anciana. Se levantó y se fue hacia la puerta. “¿Consiguió irse Carmen?”

Se volvió a sentar y se tomaron el té y, entonces, como el sol desapareciendo por el horizonte para dar paso a la noche, cerró los ojos. Las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo y sus mejillas se hundieron. Aisha la observó detenidamente para comprobar que todavía respiraba y salió sigilosamente por la puerta con el corazón encogido.

Le sonrió a su madre mientras ponía la cesta vacía sobre la mesa. “Deja que te ayude,” dijo, y comenzó a cortar verduras para la sopa que comerían en el almuerzo.

“Está bien verte feliz,” dijo su madre.

“Estoy feliz.” Miró a su madre a los ojos y la culpa le remordió la conciencia. Quería decirle que estaba enamorada y marcharse con su bendición.

Podía dejar una nota, pero Aisha sabía lo que se sentía al no poder compartir el dolor abiertamente. Si se lo dijera, podrían llorar juntas, apreciar la pérdida de la otra y podría irse sabiendo que había hecho todo lo posible por ellos. “Quiero hablar contigo sobre algo.”

Su madre entrecerró los ojos. “No vas a darme ahora malas noticias, ¿verdad? Solo porque te he dicho que pareces feliz.” Se echó a reír.

Aisha se tragó las palabras. Ahora no era el momento oportuno. Se prometió decirlas antes de irse, pero no antes del almuerzo. “He pensado que voy a ir esta tarde a ver a Matías. Dijo que le gustaría hacer mis anillos de boda.”

Su madre removió la olla. “Esta tarde no, Aisha. Nos vamos a la ciudad. Te lo dije en el desayuno, pero creo que estabas demasiado dormida para oírlo.”

Aisha se quedó helada. “No. No puedo.”

Su madre se sobresaltó y la fulminó con la mirada.

“Perdona, no quería gritar. Es solo que estaba emocionada por ir y hablar con él.”

“A lo mejor puedes ir cuando volvamos, pero hay mucho por hacer. Conchita viene con

nosotras. Quiere que la ayudes a elegir las flores para su boda. Tenemos una cita con la florista a las dos y necesitamos comprar telas para los vestidos de las damas de honor.”

El corazón se Aisha se disparó y las palabras bajaron hasta su estómago en una espiral de desesperación. Esto no podía estar pasando. No podía pensar con claridad. Debería decirle a su madre que era gay e irse ahora. “Necesito...”

“¿Cómo estaba el señor Pérez?” preguntó su madre.

“Vivo,” contestó.

Su madre se echó a reír. “De mal humor hoy, seguro. Siempre se queja los miércoles.”

“Mama, necesito hablar contigo.”

“Ahora no, Aisha, por favor. Necesito concentrarme en el almuerzo y luego tenemos que coger el autobús para ir a la ciudad. Ve a buscar a tu hermana. Está en el campo. Hablaremos más tarde.”

El almuerzo había sido difícil de digerir y el viaje hasta la ciudad había durado una eternidad. Aisha había mirado por la ventanilla cuando pasaron por el taller de Matías esperando verle a él o a Gabi, aunque ¿de qué serviría eso si no podía enviarle un mensaje a Gabi? El dolor en su corazón se agudizó al ver la puerta del taller cerrada y la ausencia de la camioneta de Matías. La voz de Conchita la ponía de los nervios. Quería gritar pero apretó la mandíbula para reprimirse.

La florista las recibió, rodeada de polen, que iba en sincronía con sus movimientos. Tenía la nariz roja y llevaba un pañuelo en la mano. “Pasen,” dijo y se sonó en el pañuelo.

Aisha siguió a su madre y a su hermana hasta una habitación más oscura y fresca e inspiró el dulce olor de las fresias. Había cubos de flores esparcidos por el lugar; ásteres morados, cosmos de un color chocolate intenso, girasoles, cardos azules y dalias blancas. Le llamó la atención la anémona de un color crema suave con el centro oscuro. Majestuoso en su elegancia, era perfecto para una boda.

“Por favor, siéntense. Voy a preparar un té. Hay revistas, por si quieren empezar a mirar. Las flores están enumeradas según su disponibilidad durante todo el año y hay fotografías, por si no están familiarizadas con ellas. ¿Tu boda es en septiembre?”

Miró a Aisha y ésta, negando con la cabeza, señaló a Conchita.

“Es el momento perfecto para muchas flores. Bueno, voy a por el té.” Y salió de la habitación.

Conchita cogió una revista y empezó a hojearla. “¿Qué colores crees?”

“Todo va bien con el blanco,” dijo Aisha.

Su madre sonrió. “Algunos colores combinan mejor que otros, incluso con el blanco, Aisha.”

“¿Cuál es tu color favorito?” preguntó Aisha a su hermana.

“Naranja o amarillo.”

“Crisantemos, girasoles, milenrama. Las fresias huelen de maravilla.”

“Pero García prefiere el azul.”

Aisha cerró los ojos. Esto iba a durar una eternidad. “Los cardos son azules.” Muy apropiado, pensó. “Los ásteres también.”

Eran ya las dos y media cuando regresó la mujer. “¿Tenemos alguna idea ya?” preguntó.

“Es todo muy confuso,” dijo Conchita.

Aisha negó con la cabeza. Por lo que ella estaba pasando sí que era confuso. Elegir unas cuantas flores para una boda no podía ser más fácil. “Ve con una mezcla de naranja, amarillo y azul.”

“También necesita combinar con la mesa,” comentó la mujer.

“La mesa es de colores dorados.”

La florista sonrió, aunque torció la nariz. Aisha tampoco habría elegido el dorado para la mesa. Era demasiado intenso, si a eso le añadíamos, además, el vestido estilo merengue y el pesado velo de encaje que habían elegido para Conchita.

Ya habían pasado las tres de la tarde y la tensión se le pasó a los hombros. Necesitaba coger el autobús a las cuatro y media para llegar al taller y todavía tenían que comprar la tela para los vestidos. “¿Qué crees, Conchita? Las fresias tienen un olor dulce y tendrías mucho colorido en la mesa, además podrías añadir cardos para darle más altura y ásteres o cosmos para dar un color más intenso. Serían fantásticos para los ojales de las chaquetas y un ramo precioso para ti.”

“No sé. Mama, ¿qué te parece?”

“Creo que las dalias y los crisantemos complementarían la mesa a la perfección.”

Aisha se puso de pie. Necesitaba un descanso del insoportable dolor de estar sentada y de una conversación que no iba a ninguna parte, cuando ella debería estar yéndose ya a otro sitio. “¿Hay algún baño que pueda usar, por favor?”

“Por supuesto.” La mujer le señaló el lugar. “Iré a preparar más té,” dijo.

Aisha respiró profundamente. Nunca volverían a las cinco y, mientras ella se ponía más nerviosa a cada momento, se dio cuenta de que su madre había planeado mantenerla alejada del taller hoy, sabiendo que Gabi trabajaba allí los miércoles por la tarde. Regresó a la trastienda.

“Tengo que ir,” dijo Conchita y se dirigió al baño.

“Necesito hablar contigo,” le dijo Aisha a su madre.

“Aisha, ahora...”

“Sí, ahora. Mama...”

“Aisha, no...”

“Sí.” Se giró para no mirar la patética y agitada protesta de su madre. “Estoy enamorada de Gabi y nada de lo que hagas o digas va a cambiarlo.” Se dio la vuelta.

Su madre la miró con los ojos muy abiertos y palideció mientras jadeaba una y otra vez. Tenía la mano en la garganta. Parecía como si quisiera decir algo pero tenía dificultad con las palabras. Se agarró el estómago y se dobló, gimiendo y con la frente bañada en sudor.

Un momento de confusión dio paso a otro de pánico. Esto no era una protesta, una objeción. Algo iba mal, algo malo le estaba pasando a su madre. Se desplomó hacia adelante y cayó al suelo.

“Mama. Por favor. Mama, perdóname.” Aisha corrió hacia ella. Tenía los ojos cerrados y había dejado de respirar. Corrió hacia la parte delantera de la tienda y le dijo a la mujer que llamara a una ambulancia. Volvió corriendo al mismo tiempo que Conchita volvía del baño. Su hermana gritó y Aisha la abofeteó. “Ve a por agua,” le dijo.

Le buscó el pulso pero no encontró ninguno. Comenzó a hacer compresiones en el pecho de su madre. “Venga mama, por favor.” Golpeó fuerte y rápido, contó y observó si había algún signo de respiración.

Conchita regresó con el agua.

“Y ahora, siéntate y bébetela,” dijo. “Y mantén la calma. Creo que ha tenido un infarto.”

Conchita empezó a gimotear. La florista entró, jadeó y se llevó una mano a la boca.

“¿Ha llamado a la ambulancia?” preguntó Aisha.

“Sí, sí. Oh, Dios mío. ¿Qué ha pasado?”

“Se ha desplomado de repente.”

“Le gritaste,” dijo Conchita.

“No le grité.”

“Te he oído. He oído lo que le has dicho. Eres egoísta y cruel.”

Aisha volvió a presionarle el pecho a su madre. El ardor en el suyo le quemaba la garganta y le bajó hasta los brazos. “Venga, mama, vamos.”

“Como si te importara,” le dijo Conchita.

“Si no me importara, me habría ido de aquí hace años. ¡Madura!.”

Conchita empezó a sollozar, la mujer salió y volvió con una caja de pañuelos.

Sonaron las sirenas y Aisha deseaba que estuvieran más cerca. Cerró los ojos y contó para mantenerse concentrada, para seguir adelante a pesar del dolor que se apoderaba de sus brazos. Oyó voces y sintió a alguien que la apartaba de su madre. Su resistencia inicial se debilitó cuando vio que eran los servicios médicos. Se apartó y se sentó con la espalda apoyada en la pared. Alguien la cubrió con una manta, entonces se dio cuenta de que estaba temblando y tenía frío. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras los hombres que atendían a su madre le colocaban cables y hacían descargas eléctricas sobre su cuerpo inerte antes de que se la llevaran en una camilla.

“Hospital San Juan de Dios,” dijo la florista.

Conchita y Aisha les siguieron en un taxi. Aisha no podía mirar a su hermana.

“Siento haber dicho esas cosas,” dijo Conchita.

“Estoy cansada,” contestó Aisha.

Viajaron sin decir palabra y esperaron en silencio en la sala de espera del hospital. Pasaron las seis y luego las siete. A Aisha le dolía el corazón por Gabi. El agotamiento hizo que su cabeza fuera más lento. Saber que no podía irse del hospital hasta tener la confirmación de que su madre iba a estar bien adormeció sus emociones. “Vete a casa, Conchita. Tienes que contarle a papa lo que ha pasado. Yo me quedaré aquí hasta que sepamos más.”

29.

La sensación de déjà vu apareció a las cinco y media. Gabi caminó hasta la casa de Aisha pero se encontró la puerta cerrada. No se quedó por allí por si Nicolás o el padre de ella la veían. Volvió confundida al taller y se sentó con las piernas cruzadas, apoyada contra el muro que bordeaba el camino que daba a la casa de Matías.

¿Se lo había dicho a sus padres? ¿Había cambiado de opinión?

No sabía qué le asustaba más.

Gabi no había tenido que decírselo a su padre porque él nunca estaba en casa el tiempo suficiente para que eso supusiera una diferencia. Nana lo sabía, probablemente antes de que Gabi desarrollara su figura, y le dio la noticia a su padre. Nana la abrazó y confirmó lo que pensaba. El amor no estaba definido por reglas, era un regalo del corazón y Gabi era libre de amar a quien quisiera amar. Nana también había dicho que no a todas las chicas les gustaba que la besaran y que la próxima vez, debería preguntar antes de dejarse llevar por sus sentimientos. No podía imaginarse tener esa conversación para salir del armario ahora y con unos padres, además, cuyas actitudes eran cien veces peores que las de su padre. Aisha no tenía a nadie que la apoyara. No había tenido a nadie con quien hablar en toda su vida.

Suspiró y miró hacia un lado y otro de la carretera, sintiendo el dolor de Aisha como suyo. No la culpaba si hubiera cambiado de opinión. Los autobuses pasaban cada media hora y la gente que estaba dentro la miraba como si fuera un bicho raro. Eso es lo que les parecería, desplomada contra la pared, llorando. Cerró los ojos para perder la noción del tiempo. Esperaría lo que fuera necesario, hasta por la mañana si tenía que hacerlo.

Pasaron las siete y media. A las ocho, se levantó y dio unos pasos para estirar las piernas y relajar la espalda, se masajeó el trasero, entumecido. Tal vez tendría que afrontar el hecho de que Aisha no iba a venir. Regresó a su casa pero se mantuvo a seis metros de distancia. La luz se filtraba por una ventana pequeña, pero la puerta permanecía cerrada. ¿Debería llamar por si Aisha se lo hubiera dicho y le hubieran hecho algo? Desechó esa ridícula idea, aunque una parte de ella no la descartaba por completo. Se abrió la puerta y salió el padre de Aisha. Parecía que tenía prisa y se dirigía directamente hacia ella. Aisha se agachó y él pasó de largo.

Gabi se asomó y vio a Conchita en la puerta. Podría hablar con Conchita, ¿no? Esperó hasta que el padre de Aisha se perdió de vista y echó a correr. “Conchita.”

Conchita entró en la casa.

“Por favor, Conchita. ¿Dónde está Aisha?”

Conchita negó con la cabeza, manteniendo la puerta entrecerrada entre ella y Gabi.

“Por favor. Solo dime si está bien.”

Conchita asintió.

“Mira. No voy a hacerle daño, ni a ti ni a nadie.”

Conchita volvió a negar con la cabeza.

Gabi intentó ver el interior de la casa.

Conchita cerró la puerta un poco más. “No está aquí,” dijo.

“Por favor, ¿dónde está? Me voy y quiero despedirme.”

“En el hospital San Juan de Dios,” dijo y cerró la puerta.

El corazón empezó a latirle con fuerza y se le revolvió el estómago. Corrió, sabiendo que pasarían casi otros treinta minutos antes de que pasara otro autobús para la ciudad.

Sentía que los pulmones le iban a estallar. Redujo la velocidad para caminar rápido y señaló con el pulgar a tres vehículos que pasaban. El autobús pasó junto a ella subiendo la colina pero aún tardaría un rato para bajar. Con suerte, se detendría, aunque no veía ninguna parada por ninguna parte.

Miró hacia el sonido de una bocina y vio una camioneta azul que se dirigía hacia ella. Matías. Qué espectáculo para sus ojos.

Matías se detuvo a un lado y se asomó por la ventanilla. “¿Qué estás haciendo aquí todavía?”

Gabi corrió hacia el lado del pasajero y se subió a la camioneta. “Han llevado a Aisha al hospital,” dijo. “San Juan.” Antes de que terminara la frase, ya había dado la vuelta a la camioneta y se dirigía colina abajo.

“¿Qué ha pasado?”

“No lo sé. Estaba esperándola y no apareció.”

Pisó a fondo, solo reduciendo la velocidad en las curvas más cerradas y cuando llegaron a la ciudad. “¿Quieres que te espere?” preguntó, deteniéndose a un lado del hospital.

“No, está bien. No sé cuánto tiempo llevará esto.”

Gabi se dirigió hacia la entrada principal y se detuvo cuando oyó su nombre. “Aisha.” Corrió hacia un banco de un área pequeña de descanso fuera del hospital. Las lágrimas corrían por el rostro de Aisha y sus ojos parecían hinchados y doloridos. Gabi se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros. “Gracias a Dios. Estaba tan preocupada de que fueras tú.”

“Ha tenido un infarto. Es todo culpa mía,” dijo Aisha sollozando.

Gabi le acarició el pelo y la besó en la cabeza. Aisha se apartó y miró a su alrededor. “No es culpa tuya,” dijo Gabi y juntó las manos sobre sus piernas.

Aisha negó con la cabeza. “Le dije que estaba enamorada de ti y se desplomó.”

Gabi respiró hondo y lo soltó lentamente. Le temblaban las manos. “¿Qué han dicho los médicos?”

“Está sedada y le están haciendo pruebas. Sigue entrando y saliendo del sueño.” Aisha empezó a llorar y a mover la cabeza. “Mi padre está con ella. Me dijeron que me fuera. No quieren saber nada de mí.”

Gabi gritó en silencio, apretó los puños y los dientes. La crueldad estaba lejos de su comprensión. La rodeó con el brazo y se la acercó. “Lo siento mucho.”

“Lo único que pedí fue su bendición y no me la quisieron dar.” Aisha se puso tensa en los brazos de Gabi pero no se apartó. “¿Es eso mucho pedir a tus padres?”

Su voz elevada hizo que la gente que pasaba las mirara. Gabi sabía que Aisha necesitaba dejar salir la ira, dejarse llevar, poder seguir adelante. La abrazó con fuerza mientras gritaba y lloraba.

“¿Por qué, Gabi? ¿Por qué? No lo entiendo. ¿Qué he hecho que sea tan malo?”

“No has hecho nada malo. Solo tienes la mala suerte de haber nacido en una familia cuya fe y leyes tienen consecuencias devastadoras. Para ellos, para ti, para todos. Nadie gana.”

“Pero eso no es amor, ¿no?”

“No. Es abuso. Pero ellos no lo ven de esa manera. El amor surge del corazón, no de las reglas.”

Aisha la miró fijamente. “Lo que nosotras tenemos es amor, ¿verdad?”

Gabi la abrazó y la besó en la cabeza. “Sí. Te amaré siempre.”

Aisha se apoyó en su hombro.

Gabi miró a su alrededor. “Fui a tu casa. Conchita me dijo que estabas aquí.”

“¿Cómo estaba?”

“Fría como un témpano.”

“Lo siento.”

Gabi se encogió de hombros. “No esperaba otra cosa.” Permanecieron sentadas en silencio durante un rato. “¿Estás bien?” preguntó Gabi. Era una pregunta estúpida pero ¿qué otra cosa podía decir? Acarició el rostro de Aisha y miró fijamente sus ojos inyectados en sangre, deseó más que nada poder quitarle el dolor.

“Lo estaré.”

“¿Nos vamos?”

Aisha asintió. Cogieron un taxi de los que estaban esperando en la fila fuera del hospital.

“¿Quieres recoger tus cosas?” preguntó Gabi.

Aisha negó con la cabeza. “No quiero volver nunca más. No quiero que me los recuerden. Quiero olvidar que existen.”

Gabi entendía ese sentimiento pero Aisha no estaba pensando con claridad y, una vez que el calor de esa emoción hubiera disminuido, se arrepentiría. No quería eso para Aisha ni para ellas. “Aisha.”

Aisha miraba por la ventanilla.

“Aisha.”

“¿Qué?”

“Sé que estás enfadada y dolida, pero no te sentirás así siempre. Los quieres y eso no va a cambiar.”

Aisha miró a Gabi con una expresión vacía que no había visto nunca antes. “No me importa si se muere.”

Gabi no creía que lo dijera en serio. Viajaron hasta casa de Gabi en silencio. Aisha necesitaba tiempo para pensar las cosas antes de dejar Granada. Tenía que saber que su madre estaba bien, o si no, que tenía la oportunidad de presentarle sus últimos respetos. Puede que ahora no se diera cuenta, pero Gabi sí. Y no se irían hasta que Aisha estuviera más calmada.

Gabi la arrojó en la cama y se dirigió al salón. Se lo explicó todo a Nana mientras se tomaba una Coca-Cola con vodka.

“Necesito otro jerez, Gabriela,” dijo Nana y llenó su vaso. “No me puedo creer que Pilar hiciera eso. Si tuviera veinte años menos, le daría algo de sentido común a esa mujer.”

Gabi negó con la cabeza. “Es cruel y no tiene corazón.”

Miraron hacia el río. Se veían rosas rojas y rosas detrás de las colinas que proyectaban un tono más claro entre el paisaje. Era como si alguien hubiera espolvoreado las copas de los árboles con algodón de azúcar rosa. Gabi le dio la caja rectangular que había envuelto en un fino papel plateado y un lazo rojo.

Nana sonrió. “¿Qué es esto?”

“Ábrelo. Lo hice yo y me gustaría que lo tuvieras.”

Nana desenvolvió con cuidado el regalo y abrió la caja. Levantó el collar en espiral y lo miró fijamente. “Es lo más bonito que he visto en mi vida, Gabriela.” Levantó la mirada, con los ojos vidriosos y el labio tembloroso. Devolvió la joya cuidadosamente a la caja.

“Te voy a echar de menos,” dijo Gabi.

Nana se aclaró la garganta y tomó un sorbo de su tercer jerez. “Yo también te voy a echar de menos.”

Gabi se mordió el labio y se secó los ojos. Nana le cogió la mano y la sostuvo entre las suyas. La calidez provocó que las lágrimas brotaran a borbotones.

“Todo irá bien, Gabriela.”

“Tengo miedo.”

“*Cariño*, estás preparada para esto. Has encontrado a alguien que hace cantar a tu corazón. ¿No es maravilloso?”

Gabi asintió.

“Me da un poco de miedo no tenerte aquí, pero no eres mi niñera y tienes una vida muy rica por delante. Es hora de hacer algo especial y estar un poco nerviosa es normal.”

“Eso espero.”

“Créeme.”

Y Gabi la creyó. Se disculpó después de su segunda copa y se dirigió al dormitorio. Se desnudó, se metió en la cama y abrazó a Aisha por detrás. Ella murmuró y Gabi la abrazó con fuerza. No era la forma en que había pensado que pasarían su primera noche juntas, pero era incluso mucho más especial e íntimo, por la tristeza y el sufrimiento que Aisha había soportado. Gabi no podía amarla lo suficiente. Se quedó dormida, no queriendo dejarla ir.

30.

Gabi llevó a Aisha a la habitación del hotel, la abrazó y la besó. “¿Estás bien?” le preguntó por centésima vez en las dos horas que les había llevado llegar a Málaga.

Aisha pasó los dedos por el cabello de Gabi. “Estoy bien.” Su sonrisa se hizo más grande. “Gracias por hacer que me quedara hasta que le dieron el alta a mi madre.”

“Me alegro de haber esperado.” A Gabi también le había gustado pasar unos días más con Nana. Había hecho que la partida fuera un poco más fácil, aunque todos derramaron una lágrima cuando Matías se las llevó. Envolvió sus brazos alrededor de su cintura y la acercó más. “Todo lo que importa es que tú estés bien.”

Aisha la besó en la nariz. Se apartó de Gabi y caminó por la habitación. Miró por la ventana, que daba a un campo de golf. “Esto es increíble.”

Gabi cogió el móvil que se había comprado justo antes de salir de Granada y llamó a Nana. Aisha se acercó a ella y la besó.

“Gabriela,” dijo Nana.

Gabi se apartó del beso. “¿Cómo sabías que era yo?”

“Nadie más tiene mi número.”

Gabi se rió. “Hemos llegado bien.” Cogió la mano de Aisha y la apretó.

“¿Está ya de vuelta Matías?”

“Sí.”

“Bien. Dile que conduzca con cuidado.”

“Ya se ha ido.”

“Ah, sí, claro.”

Gabi atrajo a Aisha a su lado y escucharon juntas. “Bueno, ¿en qué andas?”

“Juan y yo vamos a almorzar con Pablo.”

“Suenan divertido.”

“Lo será. Sus granadas son enormes esta temporada. Deberías ver sus mangos.”

“Creo que me quedaré con los melocotones,” dijo y Aisha soltó una risita.

“Bueno, son absolutamente deliciosos. Hacen un ponche estupendo también. Vamos a recoger algunos esta tarde. Es demasiado pronto para los melocotones, Gabriela.”

Gabi se distrajo con el calor de los besos de Aisha en su oreja y cuello. “Me tengo que ir, Nana. Llamaré pronto.”

“Bueno, puede que no esté. Tengo la agenda completa para las próximas dos semanas.”

Gabi se aclaró la garganta cuando una oleada de deseo la atravesó. “Y nosotras tenemos algunas cosas que explorar.”

“Asegúrate de ponerte protector solar cuando salgas.”

Gabi se rió. Terminó la llamada y besó a Aisha. “¿Qué estabas pensando?”

“¿Sobre los melocotones o sobre las cosas que explorar?”

Gabi arqueó las cejas. “Sobre explorar.” Le desabrochó la blusa y besó la parte superior de sus pechos. “Estos son mis melocotones favoritos,” dijo.

El golpe en la puerta hizo que Aisha se sobresaltara. Gabi la besó y fue a abrir. El conserje sonrió mientras ella cogía el carrito, una cubitera y una selección de tapas.

“No hemos pedido nada.”

“Estas son las felicitaciones del hombre que os dejó aquí. También nos pidió que os

diéramos esto.” Le entregó dos cajitas y un sobre.

Gabi cogió los regalos mientras él entraba el carrito a la habitación.

“¿Quiere que abra el champán, señorita Sánchez?”

Gabi miró a Aisha y ésta asintió. Gabi le dio una propina y, después de cerrar la puerta, dejó las cajas y el sobre encima de la cama. Sirvió dos copas de champán y dio una a Aisha.

“Es de Matías,” dijo Aisha. “Léemelo.”

Aisha abrió una de las cajas y se quedó mirando el contenido.

Gabi abrió el sobre y empezó a leer en voz alta.

Querida Aisha,

Me tomé la libertad de hacer tus anillos, como prometí que haría. Fue un honor. Espero que os guste a las dos. Espero que os los pongáis después de compartir vuestros votos ante los ojos de Dios en algún momento, cuando seamos tratados como iguales, pero, hasta entonces, por favor, ponéoslos y celebrad el amor que os tenéis todos los días. Eres más valiente de lo que yo fui o de lo que jamás podría ser. Cuida de mi sobrina y asegúrate de que siga haciendo hermosas joyas. Yo les echaré un ojo a tu madre y a Estrella. Ve y sé libre.

Matías

PD Dile a Gabi que podría haber vendido el águila mil veces más.

Gabi sonrió.

Aisha abrió la segunda caja y colocó los anillos sobre la cama, uno al lado del otro. Miró a Gabi. “¿Te pondrás un anillo por mí?”

Gabi asintió.

Aisha tomó la mano de Gabi y deslizó un anillo en su dedo anular. “Esto es una muestra de mi amor,” dijo, y la besó.

Gabi cogió el otro anillo y se lo puso en el dedo anular a Aisha. “Ahora somos esposa y esposa.”

Aisha se rió y Gabi la besó.

“Por lo menos hasta que tengamos la oportunidad de casarnos de verdad.”

Aisha asintió. Se desnudaron y bebieron champán.

“Nunca he hecho el amor en un hotel,” dijo Aisha.

“Lo sé,” dijo Gabi. Aisha le acarició el brazo. Gabi inspiró profundamente. “Yo tampoco.”

“¿De verdad?” Aisha pasó el dedo por la línea central del cuerpo desnudo de Gabi.

Gabi jadeó. “Por extraño que parezca, no. Serás mi primera vez.”

“Eres tan sexy,” dijo Aisha y se acercó más a ella.

Gabi la abrazó fuerte e inhaló su aroma.

“Me alegro de que tú hayas sido la primera,” susurró Aisha.

“Y la única,” dijo Gabi. “Ahora estamos casadas.”

Aisha le mordió el lóbulo de la oreja.

Gabi sintió el pelo entre las piernas de Aisha y su humedad y Aisha le mordió con más fuerza el lóbulo. “Peleona, ¿eh?” susurró Gabi con voz ronca.

Aisha se apartó y la miró con tanta intensidad que la dejó sin aliento.

“Juega limpio,” dijo Gabi. “No puedes mirarme así sin que tenga un efecto muy extraño en mí.”

Aisha entrecerró los ojos y se mordió el labio. Pasó los dedos por el cabello de Gabi e inspiró profundamente. “Ni siquiera sé lo que eso significa,” dijo, y se llevó un pezón a la boca.

Gabi gimió y se resistió ante la oleada de calor que le atravesó el cuerpo. Aisha deslizó su

mano entre las piernas de su amante y la fuerza y la firmeza dieron paso a la suavidad y a la ternura. Las sensaciones ardientes que fluían entre su pezón y su clítoris eran tan deliciosas que la dejaron sin palabras.

Aisha la hizo caer de espaldas sobre la cama y se sentó a horcajadas sobre ella. Gabi saboreó una pizca de mar en sus labios. Aisha acarició su cálida piel y una sensación de éxtasis la recorrió cuando Aisha entró en ella.

“Me encanta sentir esto,” dijo Aisha jadeando.

Se llevó el pezón de Gabi a la boca mientras le hacía el amor. Las embestidas, lentas al principio, se hicieron más rápidas y la tocaron en lo más profundo. La presión que su clítoris anhelaba iba y venía, ansiaba esa sensación una y otra vez. Acercó a Aisha hacia ella y la besó con fuerza en la boca.

Cada vez que Aisha la besaba, bajando por su cuerpo, Gabi sentía cómo se extendía por su centro. Cuando Aisha le lamió el clítoris, pensó que iba a explotar. Aisha siguió besándola, provocándola con ligeras presiones de la lengua que la volvían loca. Quería el sexo de Aisha en su boca. “Date la vuelta para que pueda tocarte.” Aisha se movió y ambas quedaron en sentidos opuestos.

Gabi le sostuvo la cintura y cerró la boca alrededor de su clítoris. Deslizó la lengua entre sus pliegues y la penetró. La seda contra su lengua y sus labios era cálida y embriagadora. Masajeó su clítoris con el pulgar mientras exploraba su interior hasta que Aisha comenzó a temblar.

Gabi dejó de besarla y deslizó sus dedos dentro de ella. Se movía con un ritmo ligero que Aisha copiaba con el movimiento de sus caderas. Aisha gimíó. Se sentía tan bien por dentro, tan suave, que se entregó a Gabi.

Pequeños destellos de energía en el sexo de Gabi le quitaron el aliento y se puso tensa. Las embestidas dentro de ella eran cada vez más rápidas y la intensidad era tal que no pudo frenarla. Ella también se rindió y gritó.

Gabi sostuvo las caderas de Aisha y empujó más profundamente dentro de ella. Aisha gimíó y tembló, cayó y se tumbó en la cama por unos segundos, con su cuerpo temblando.

Rió y besó a Gabi. “Ha sido asombroso.”

Gabi la besó con suavidad y sonrió. “¿Champán y tapas?”

Aisha arqueó las cejas. “Sé lo que me gustaría hacer,” dijo.

A Gabi le dolía el sexo anticipando lo que vendría. “Tenemos todo el tiempo del mundo,” dijo.

“Y yo quiero hacerlo ahora.” Se levantó de la cama y volvió con la botella de champán y las copas.

“Vas a mojar la cama,” dijo Gabi cuando Aisha vertió un poco de su copa sobre su estómago. Aisha lo lamió y Gabi sintió otra oleada de deseo.

“Tendré cuidado.” Sonrió, tomó un sorbo y bajó hasta su sexo.

“Joder.” Una sensación burbujeante hizo que le entrara hormigueo. Se sacudió sin control, y casi con la misma rapidez, se quedó inmóvil. “Fóllame,” susurró y se desplomó sobre el colchón.

“Cuando quieras,” dijo Aisha y tomó otro sorbo de champán.

Epílogo

Granada, España. Marzo 2014.

Necesitaban hacer dos cosas. Luego ya podrían relajarse durante la noche y recordar un poco. Número uno, ir al cementerio y número dos, recoger las cenizas de Nana. Específicamente en ese orden porque Nana no quería que su último lugar de descanso fuera el cementerio. Quería que sus cenizas fueran esparcidas al pie del pequeño granado que había sido plantado hacía casi veinte años al lado del taller de Matías. Era donde se habían esparcido las cenizas de su abuelo apenas cuatro meses antes, y las de Matías también, cinco años antes que las de su padre. Se habían perdido el funeral de Nana porque habían estado haciendo senderismo por el interior de Australia y sin señal de teléfono. Una vez que Gabi superó la tristeza inicial, logró esbozar una sonrisa irónica. Probablemente Nana lo había planeado así para ahorrarle a Gabi el dolor de tener que lidiar con todo. Su padre se había encargado de eso. También había estado allí para Nana cuando Juan, su verdadero padre, falleció. Se alegraba de que Nana hubiera encontrado el momento oportuno para decírselo. Había sido muy clara sobre qué se debía hacer con sus cenizas y Gabi no la iba a decepcionar en este último viaje.

Gabi giró la llave de la puerta del apartamento y se encontró con el suave y familiar aroma de rosas y azahar. El jarrón sobre la mesa no tenía agua y las cabezas de las flores amarillas que no se habían caído estaban giradas hacia la luz del sol. Se preguntó si Pablo seguiría viviendo en la casa grande al final de la carretera con el huerto de granados y las naranjas más dulces de toda Granada. Probablemente no. Era al menos cinco años mayor que Nana.

Gabi cogió el jarrón y lo llevó a la cocina. Caminó hasta el dormitorio de Nana. El vestido rosa fucsia y el sombrero a juego que había usado cuando viajaron hasta aquí hacía casi veinte años estaban colgados en su ropero, junto con los vestidos negros, que eran costumbre aquí. La cama estaba perfectamente hecha, como si Nana hubiera dormido en ella. El broche de mariposa y su relicario favorito en forma de corazón estaban colocados sobre el tocador. Probablemente fue la única vez que se lo quitó, la noche en que se fue a dormir y ya no despertó.

Gabi lo cogió y lo giró en su mano. Lo abrió y sonrió al ver el trocito de oro, no más grande que unos pocos granos de arroz pegados. Juan había encontrado oro. Nana, al final, también había encontrado su oro.

Aisha le rodeó la cintura y la abrazó. “¿Estás bien?”

Gabi le enseñó la pepita dentro del relicario. “Estoy bien. Ella fue feliz aquí.”

“¿Crees que se puede morir de un corazón roto?”

Acarició la mejilla de Aisha. “Yo sí podría.”

Aisha la besó.

“Quiero llevar flores,” dijo Gabi.

“Podemos comprar algunas en el mercado.”

Los puestos del mercado que Gabi recordaba habían cambiado de dueños. El puesto de alfombras del anciano había sido reemplazado por una galería de cerámica de estilo bohemio. El puesto de joyería de Matías había sido sustituido por otro. Compró un ramo de claveles rosas, rosas rojas y azucenas blancas y, de la mano, se dirigieron al cementerio.

Parecía más grande, probablemente porque ahora albergaba a más personas. Había

nombres nuevos en la pared de las cajitas que contenían las cenizas, y la estatua que había estado hacía tantos años en un estado decrepito, no había sido restaurada.

Se detuvo en la parcela de la familia Flores y se quedó mirando el nombre completo de su nana, Estrella Sánchez Flores, grabado debajo de los nombres y fechas que marcaron la corta vida de sus padres. Aisha le apretó la mano. Gabi dejó las flores. “Nana tuvo una vida larga. Una buena vida.”

Aisha se secó las lágrimas de las mejillas y Gabi se la acercó. “Aún así, es triste.”

“Las pérdidas siempre lo son.”

Regresaron al apartamento con la urna y la colocaron en la mesa del balcón, que daba al río y a las colinas del Sacromonte. Esperaba que Nana pudiera verlos.

Aisha le sirvió una copa de Rioja y brindaron. Aisha miró hacia las colinas y Gabi notó el temblor en su mano mientras daba un sorbo a su bebida. Le rodeó la cintura con un brazo y la abrazó.

“¿Estás lista para regresar allí?”

Aisha suspiró. “Si no voy ahora, nunca lo haré.”

Las cuevas tenían el mismo aspecto, un cambio de color de puerta aquí y allá, y el taller de Matías en el campo de enfrente se había mantenido en buen estado. Gabi sintió su calidez y su amabilidad. Aisha daba vueltas al anillo de bodas con el pulgar mientras contemplaban el granado.

Gabi echó las cenizas de Nana alrededor de la raíz y las miró. Sus ojos se llenaron de lágrimas, que rodaron por sus mejillas. “Juré que no iba a llorar,” dijo.

Aisha se limpió sus propias lágrimas. “Es imposible no llorar con todo el amor que hay aquí.”

Sollozaron juntas, cogidas de la mano. Los sollozos se convirtieron en risitas y las risitas en risas. Gabi no tenía ni idea de qué se estaba riendo pero era bueno reírse aquí. Respiró hondo. “¿Estás lista?”

Aisha miró hacia la casa de sus padres. Nana las había mantenido informadas. Su padre había muerto hacía mucho tiempo y su hermana tenía tres hijos y un nieto que aún era un bebé.

“Sí,” dijo.

La puerta de la casa estaba abierta. Aisha desvió su mirada hacia el campo. Su madre estaba recogiendo la cosecha, con la espalda doblada y movimientos lentos como un caracol. Aisha se puso una mano en el pecho.

“Estoy aquí,” susurró Gabi. “Podemos irnos si quieres.”

Aisha negó con la cabeza. “Es el momento oportuno.”

Aisha frunció el ceño al ver a una mujer con un niño pequeño cogido de su mano y que caminaba en su dirección. Sonrió. Conchita se detuvo y se llevó la mano a la boca. Gabi sintió las dudas de Aisha y le dio un vuelco el corazón. Conchita soltó la mano del niño, corrió hacia ellas y se arrojó a los brazos de su hermana.

Gabi dejó escapar un largo suspiro.

“Eres tú, eres tú,” dijo Conchita.

El ruido de Conchita alertó a su madre, que levantó la vista y se dirigió hacia ellas. El niño lloró.

“No me puedo creer que seas tú de verdad,” dijo Conchita, los ojos húmedos de lágrimas.

Aisha se secó las suyas de sus mejillas.

“*Mi amor*, Aisha. Has vuelto.” Pilar la tomó por los hombros y la miró de arriba a abajo. Miró a Gabi y sonrió. “Eres bienvenida en mi casa.”

“*Gracias, Pilar,*” dijo Gabi. El orgullo que sentía por el coraje de Aisha se le instaló en el pecho y soltó un largo y lento suspiro de alivio.

Miró hacia las colinas y a través del campo hacia el cobertizo, recordando la noche en que Aisha le había pedido que se fugaran, todo lo que había ocurrido en este tiempo y cuánto se habían perdido. Ahora había mucho que poner al día, mucho que descubrir. Aisha era tía y eran bienvenidas. Tenían familia aquí. Habían tomado la decisión correcta al volver, para curar heridas. Ya no mirarían atrás. Quién sabe, tal vez incluso decidieran instalarse en Granada y quizás su padre las visitaría en vacaciones.

Gabi le cogió la mano. “Te amo,” susurró.

“No podría haberlo hecho sin ti. Nada de esto. No me habría ido, ni habría viajado por el mundo, si no hubiera sido por ti. Y es gracias a ti que estoy de vuelta ahora.”

Gabi la besó. “Has cambiado vidas, Aisha. Siempre ibas a hacerlo, mi amor. Y puedes seguir haciéndolo aquí, por tu propia gente. Me alegro de que me eligieras a mí para hacer este viaje juntas.”

Sobre Emma Nichols

Emma Nichols vive en Córcega con su pareja y sus dos hijos. Sirvió durante 12 años en el ejército británico, estudió Psicología y publicó varios libros de no ficción con otro nombre, antes de sumergirse en el mundo de la ficción lésbica.

Puedes contactar con Emma a través de su página web y las redes sociales:

www.emmanicholsauthor.com

www.facebook.com/EmmaNicholsAuthor

www.twitter.com/ENichols_Author

Y, por favor, deja una reseña si has disfrutado este libro.

Las reseñas ayudan mucho a los autores independientes para que su trabajo se haga más visible.

Gracias.